



Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan. Tomo III

Alonso Ramos (autor)

Gisela von Wobeser
(coordinación y estudio introductorio)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
(Serie Documental 31)

Primera edición: 1689

Primera edición impresa: 2017

Primera edición electrónica en PDF: 2017

ISBN de PDF 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN de PDF 978-607-02-9439-6 (tomo III)

<http://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>.

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM



Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan. Tomo III

Alonso Ramos

Coordinación y estudio introductorio
Gisela von Wobeser



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**Los prodigios de la Omnipotencia
y milagros de la gracia en la vida
de la venerable sierva de Dios
Catarina de San Juan**

Tomo III

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Serie Documental / 31



ALONSO RAMOS

**Los prodigios de la Omnipotencia
y milagros de la gracia en la vida
de la venerable sierva de Dios
Catarina de San Juan**

Tomo III

GISELA VON WOBESER
coordinadora de la edición
y estudio introductorio



Universidad Nacional Autónoma de México

2017

Ramos, Alonso, autor

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida

de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

/ Alonso Ramos; Gisela von Wobeser, coordinadora de la edición

y estudio introductorio

3 tomos.– (Serie Documental; 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (Obra completa)

ISBN 978-607-02-9439-6 (Tomo III)

1. Catarina de San Juan-aproximadamente 1614-1688.

I. Título. II. Serie

CT558.CE R34 2017

Esta obra se realizó con el apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, a través de su Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT).

Primera edición: 1692

Primera edición, UNAM: 2017

DR © 2017. Universidad Nacional Autónoma de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria

Coyoacán, 04510. Ciudad de México

+52(55)5622-7518

www.historicas.unam.mx

ISBN 978-607-02-9436-5 (Obra completa)

ISBN 978-607-02-9439-6 (Tomo III)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México



La V. Catarina de S. Ioan Natural del G. Mogge:
murió de edad de 87 años a 5 de Enero de 1668 en la
Puebla de los Angeles de Nueva España Enterróse
en el Colegio del Espiritu Santo de la Comp. de N. S. V.

P. de la Rosa sculp Joseph R. Juane

Coordinación de la edición

Gisela von Wobeser

Transcripciones

Carolina Aguilar García

Leopoldo Basurto Hernández

Javier Dávila

Gabriela Espinoza Vázquez

José Humberto Flores Bustamante

Elsa García Ávila

Claudio García Ehrenfeld

Berta Gilabert

Ligia Guerrero Jules

Mía Menéndez Motta

Jorge Luis Merlo Solorio

Wendy Morales Prado

Vera Moya Sordo

Brenda Tierrafría

Abraham Villavicencio García

Gisela von Wobeser

Notas

Berta Gilabert

Javier Dávila

Revisión de textos

Jorge Luis Merlo Solorio

Agradecemos al Centro de Estudios de Historia de México Carso por habernos facilitado la obra original sobre la que se basa el presente estudio.

Índice del tomo tercero

Tercera parte de los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

[Escritos y documentos preliminares]

Dedicatoria al obispo Manuel Fernández de Santa Cruz y a la ciudad de Puebla de los Ángeles, por ALONSO RAMOS	17
<i>Parecer de Alonso de Quirós</i>	22
<i>Licencia del conde de Galve, virrey de Nueva España</i>	23
<i>Parecer de Joseph Vidal</i>	23
<i>Licencia de Francisco de Aguiar y Seijas, arzobispo de México</i>	25
<i>Licencia de Ambrosio Odón</i>	25
<i>Prólogo, por Alonso Ramos</i>	27
<i>Protesta del autor</i>	28

LIBRO TERCERO

De sus virtudes teologales y de los efectos que se vieron en el universo, sin excepción de los subterráneos senos, que engrandecen la perfección de esta prodigiosa alma y la acreditan de bienhechora común y protectora especial de todo el orbe

CAPÍTULO 1

De la grandeza de su fe y firmeza de su esperanza	35
1. Cómo la virtud de la fe fue el fundamento de toda la perfección que comunicó Dios a esta esclarecida virgen, n. 1	35
2. Cómo acompañaba la virtud de la fe con todas las demás virtudes, n. 5	39
3. Cómo acreditó Dios en el mundo la grandeza de fe de la sierva del Señor, por lo que estimó sus obras y oraciones, por el poder que le dio para resistir a las potestades infernales y favorecer al universo, n. 11	43
4. De la grandeza y firmeza de su esperanza, n. 16	48

CAPÍTULO 2

Del ardentísimo amor que tuvo a Dios y de algunos de sus maravillosos efectos 52

1. De cuán poderoso se ostentaba el divino amor en esta escogidísima alma, n. 19 52
2. De los excesos del divino amor que reverberaba y aun rebosaba en su sierva, favorecida del humanado Verbo, n. 23 55
3. De varios favores y regalos con que el divino ser trino y uno ostentó los excesos del mutuo amor con que estaba unido y estrechamente enlazado con esta escogidísima alma, n. 30 61
4. Prosigue la misma materia de las demostraciones de amor con que las tres divinas personas se comunicaban a la sierva de Dios, cercada de oscuridades y desamparos, n. 37 68
5. De otras demostraciones del divino amor y cuánto estorba el amor de las creaturas al verdadero y perfecto amor de Dios, n. 43 74

CAPÍTULO 3

De la grande caridad que ejercitó la sierva de Dios con todos los necesitados del mundo y de algunos efectos de la pobreza evangélica que profesó por todo el tiempo de su vida 82

1. De la especialísima caridad que tenía con los pobres, y de su grande pobreza y cosas particulares que le sucedieron en esta materia, n. 51 82
2. De su grande caridad con los enfermos y cómo con enfermedades propias curaba las ajenas, n. 58 90
3. Del celo que tuvo de las almas y lo que padeció por ellas, n. 62 94
4. De algunos efectos de su caridad y cómo Dios la hizo bienhechora común del mundo y dispensera de su preciosa sangre, n. 67 100

CAPÍTULO 4

De varios efectos y celestiales beneficencias que experimentó el mundo; y con especialidad los bienhechores de la sierva de Dios, por la eficacia de sus oraciones y lo abrasado de su caridad 106

1. De muchas conversiones de pecadores que hizo Dios por los ruegos y clamores de esta esclarecida virgen, n. 72 106
2. De algunos casos particulares que confirman las muchas almas que convertía Dios por la intercesión y sumo padecer de su sierva, n. 76 110

3. Prosigue la misma materia, y de varios símbolos con que mostró Dios lo mucho que debe el mundo a la ardiente caridad de su sierva, n. 81	117
CAPÍTULO 5	
De varias visitas que hizo su espíritu a los subterráneos senos	124
1. De lo que vio espiritualmente en el terrible lugar del infierno, destinado para las eternas penas de los condenados, n. 87	124
2. De una visión particular que tuvo la sierva del Señor de un hermano suyo que murió sin bautismo, n. 92	130
3. De la devoción que tuvo con las ánimas del purgatorio y de lo que padecía por ellas con varias visiones de este terrible lugar, n. 100	139
4. Prosigue la misma materia, y de algunos casos particulares en que se ejemplifica y confirma lo dicho en el párrafo antecedente, n. 107	147
LIBRO CUARTO	
<i>De su oración y contemplación; de algunas de sus visiones y profecías, y de su muerte y entierro</i>	
CAPÍTULO 1	
De su oración y contemplación	155
1. Del modo de orar que comunicó Dios a su sierva, n. 112	155
2. De la perfecta contemplación y unión con Dios que se reconoció en esta sierva de Dios, por los efectos que notaron y calificaron sus confesores, con la debida y prudencial advertencia, n. 116	160
3. De varios efectos, al parecer encontrados, de su contemplación, n. 119	164
4. De otros varios casos particulares en que se declara y confirma la doctrina de los párrafos antecedentes, n. 123	168
CAPÍTULO 2	
De algunas de las muchas visiones que tuvo de la Compañía de Jesús; de sus profecías, y con especialidad, las pertenecientes a su dichosa muerte y solemnidad de su entierro	170
1. Varias visiones en general y en particular del gobierno de la Compañía de Jesús, n. 125	170

2. Visiones de algunos de los colegios de la Compañía y sus súbditos, n. 127 172
3. De algunas de sus profecías acerca del tiempo de su dichosa muerte y lugar de su sepulcro, n. 129 174
4. De otras visiones y profecías de su feliz muerte y de la gloria que la esperaba en el cielo, n. 134 178

CAPÍTULO 3

De su última enfermedad, muerte, entierro y honras que le hizo la piedad cristiana 182

1. Informe de uno de los médicos que, con mucha caridad y más frecuente y dilatada asistencia, visitó a la sierva de Dios, n. 139 182
2. De los principios, medios y fines de su última enfermedad y feliz muerte, n. 147 185
3. De su entierro y cosas particulares que sucedieron en aquellos días, n. 152 189
4. Prosigue la misma materia y otras cosas que sucedieron al tiempo de su entierro, funeral y honras, n. 157 193
5. Epitafios que sirvieron de adorno al túmulo, en el día de las honras que le hicieron a la sierva de Dios, n. 160 195
6. Sermón pronunciado por Francisco de Aguilera con motivo de las honras fúnebres de Catarina de San Juan, el 24 de enero de 1688, n. 180 210
7. Dos testimonios jurídicos y comprobados de lo que sucedió el día del entierro y el de las honras de la venerable madre Catarina de San Juan, n. 252 248
8. Testamento hecho por Catarina de San Juan, vecina de la ciudad de los Ángeles, y distribución de sus bienes, n. 255 252

CAPÍTULO 4

De otras noticias particulares que acreditan las virtudes de la sierva de Dios Catarina de San Juan 254

1. De una salud repentina y prodigiosa que se atribuyó a la sierva del Señor, en la ciudad de San Luis Potosí, n. 263 254
2. De varias noticias, dignas de todo crédito, que pueden conducir al conocimiento de las virtudes de la sierva de Dios, Catarina de San Juan, n. 266 256
3. Otras varias noticias que nos dejó escritas de su mano y pluma, 260

acerca de la muerte y gloria de la venerable virgen, doña Juana de Irazoqui, a quien piadosamente se puede dar crédito por sus heroicas virtudes, que deseo y espero dar a la estampa, n. 273	
4. De otras noticias espirituales que acreditan con probabilidad las virtudes de la sierva de Dios Catarina de San Juan n. 284	267
5. De otras noticias que llegaron tarde a manos del último confesor de esta sierva de Dios, n. 291	272
Índice de las cosas notables que se contienen en estos dos libros de la tercera parte de esta historia	279

TERCERA PARTE DE LOS PRODIGIOS
DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS
DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA
VENERABLE SIERVA DE DIOS
CATARINA DE SAN JUAN

[ESCRITOS Y DOCUMENTOS PRELIMINARES]

DEDICATORIA AL OBISPO MANUEL FERNÁNDEZ DE SANTA CRUZ Y A LA CIUDAD DE PUEBLA DE LOS ÁNGELES

Muy ilustre señor: Me valgo, señor, de unas palabras de san Bernardo para empezar esta carta, que son las mismas con que el santo empezó otra al conde Teobaldo, movido quizá de los muchos beneficios que de su liberal mano y ánimo generoso recibió; y así confieso me veo obligado [pues le es tan debido a vuestra señoría] a dedicarle este tercer y último tomo, de la vida, virtudes y muerte de la venerable sierva de Dios Catarina de san Juan, cuando no es más que mostrarme agradecido a las grandes demostraciones de estimación con que usted procedió en las exequias de la venerable sierva de Dios. *Cum multa mihi, vestrae erga me dignationis indicia praebeatis hoc me maxime, toto vobis affectu dilectionis adstringit*¹ [Apostilla: San Bernardo, *Epístolas*, 39]. Y no se contenta el santo con haber recibido tantos beneficios, como añade en otra epístola, sino que los primeros sean estímulo para acrecentar otros mayores que espera recibir; que en ánimos generosos y reales, un beneficio abre la puerta para conceder otros mayores. Yo, de la misma suerte, aunque confieso de la noble piedad de vuestra señoría por muy grandes los primeros, espero que en las informaciones (que tengo esperanza) que se han de hacer de la vida y virtudes de esta sierva de Dios, es donde ha de echar vuestra señoría todo el resto de su empeño para solicitarlas. *Praemisa itaque devotissimarum gratiarum actione, pro experta benevolentia, iterum audeo petere, quod iterandis gratiis, secundo me faciat debitorem*² [Apostilla: *Epístolas* 43]. También me confieso deudor a vuestra señoría en esta obra pues fue el primero que con generosa liberalidad contribuyó para el gasto del primer tomo y pues éste ha dado para que se pueda imprimir aun este tercero, es muy justo que como deuda debida se le ofrezca a vuestra señoría juntamente con lo que, espero en Dios, ha de sobrar de dineros, para que vuestra señoría con ellos sea deudor a la venerable sierva de Dios para sus agencias, como yo lo soy siempre de vuestra señoría.

1 “El ofrecerme muchas pruebas de vuestra estima para conmigo, me liga a ustedes al máximo con todo el afecto del amor.”

2 “Y así, previamente enviado el cumplimiento de los devotísimos favores ante la benevolencia probada, de nuevo me atrevo a buscar ávidamente lo que, al renovar los favores, por segunda vez me hace deudor.”

Parece miraba también el santo esta circunstancia cuando dijo: *Iam dudum ad invicem tenemur alterutrum debitores*³ [Apostilla: Epístolas 107].

No podía, señor, dedicarse el fin y corona de esta obra sino a la muy ilustre e imperial ciudad de Puebla de los Ángeles; porque si el grande emperador Carlos V (que Dios haya) la quiso ennoblecer con sus mismas armas, añadiéndoles el *plus ultra* en las dos columnas y dos ángeles que las sustentan, desde que la sierva de Dios entró en esa ciudad tuvo a pares las armas: las del emperador, que la ennoblecen, y las de Catarina, que la defienden. Fue la venerable sierva de Dios las armas más eficaces de Puebla, pues tantas veces la defendió de los enemigos, pero dejó estas armas, que ya de ellas he hablado en varias partes de esta obra, por tratar sólo de las de la nobleza de Puebla y de la conexión que con ellas tuvo la sierva de Dios.

Y empezando por la corona imperial con que se ciñen. Ya había visto la venerable sierva de Dios Catarina de san Juan [como refiero en este tomo] a la ciudad de los Ángeles en una visión que tuvo, adornada con una hermosísima corona imperial, que bajaba del cielo y toda la rodeaba; y por eso, sin duda, esta ciudad como madre que es de esta sierva de Dios, el día de su fallecimiento la honró poniéndole otra corona imperial de flores en las sienes. La corona que bajó del cielo la sierva de Dios con la eficacia de sus oraciones, fue símbolo del convite eterno de la gloria, donde entraban y habían de coger asiento los moradores de aquella nobilísima ciudad, a quien con razón podemos dar el nombre de madre de esta esclarecida virgen, pues apenas conoció otra tierra o patria. La corona de flores que pusieron los nobles ciudadanos a Catarina el día de su dichosa muerte, fue símbolo del buen concepto que tenían nobles y plebeyos de las virtudes de la sierva de Dios, y que se persuadían [prudencial y piadosamente hablando] de que aquel día era el del triunfo y desposorio que iba esta alma justa a celebrar al tálamo glorioso del divino esposo. Con este noble y piadoso afecto salieron todos los vecinos de esa nobilísima y populosa ciudad, convidándose los unos a los otros con voces tiernas y gozosos júbilos, a ver y asistir a las honras y glorias de la sierva del Señor Catarina de san Juan. Parece que se describió esta coronación con la semejanza de la otra, de que hizo mención Salomón en sus Cánticos: *Egredimini et videte, filiae Sion, Regem Salomonem in diademate, quo co[ro]navit illum mater sua in die desponsationis*

³ “Hace ya tiempo, mutuamente nos tenemos por deudores el uno o el otro.”

*illius, et in die laetitiae cordis eius*⁴ [Apostilla: Cantares 3]. El día de esta magnífica pompa, en sentir de Ruperto, fue el de su nacimiento; porque el día de la muerte de los justos se llama nacimiento, pues con ella comienzan a gozar de la eterna bienaventuranza, que es la verdadera e inmortal vida a que aspiramos y debemos aspirar todos los vivientes [Apostilla: Ruperto *apud* Cornelio].

Esa corona que vino del cielo y coronó con esmaltes de purísimo oro la ciudad de Puebla, fue efecto de las oraciones de nuestra Catarina y simbolizó la extraordinaria congregación de lluvias celestiales en los particulares y multiplicados auxilios de la divina gracia, que venían como llovidos sobre la ilustrísima ciudad de los Ángeles; estas celestiales lluvias son los justos, dicen a cada paso las escrituras sagradas. De Cristo dijo el real profeta, que había de descender como lluvia: *Descendet sicut pluvia in vellus*.⁵ [Apostilla: Salmos 71] Y esto mismo dijo Isaías: *Rorate caeli desuper et nubes pluant iustum*.⁶[Apostilla: Isaías 45] Un justo en la tierra es una pluvia que la fertiliza, fecunda y llena de almas puras y santas. Pondérese ahora la muchedumbre de justos que se reconocen con visos de admiración y espanto en aquella imperial e ilustrísima ciudad; toda ella parece que se ha dedicado enteramente a obedecer a Dios en sus santos mandamientos y divinos consejos. Apenas se hallará calle, ni aun familia, en que no se hallen personas que no se empleen en ejercicios cristianos para conquistar el reino de Dios, por el camino estrecho y espinoso que guía a la perfección. Apenas se hallará lugar ni corte donde resplandezca más el culto de Dios en sus hermosos y magníficos templos; y esta católica devoción es la que hace más o menos célebres las ciudades del cristianismo, porque como dijo Libio: *Omnia prospere eveniunt colentibus Deum*⁷ [Apostilla: Libio, 1, 5]. El divino culto en una ciudad es el principio de todas las felicidades; y el descuido en esto, el manantial de las miserias y desgracias. Y es lo mismo que dijo el Espíritu Santo: *Scimus, quia diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*⁸ [Apostilla: Epístola a los romanos 8]. A los que sirven a Dios, les sirven y

4 “Salid a contemplar, hijas de Sión, a Salomón el rey, con la diadema con que le coronó su madre el día de sus bodas, el día del gozo de su corazón” (versículo 11).

5 “Caerá como la lluvia en el retoño” (versículo 6).

6 “Destilad, cielos, como rocío de lo alto, derramad, nubes, la justicia” (versículo 8). La traducción empleada es ambigua para el sentido que le impone el autor, pues traduce *iustum* como “la victoria”.

7 “Todas las cosas se presentan bien a los que honran a Dios.”

8 “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (versículo 28).

honran todas las cosas; porque todas les suceden bien, todas a porfía⁹ concurren a su asistencia y provecho, todas como abejas enjambradas acuden a sus prosperidades. Es tanto el gusto que tiene Dios con los que lo aman, que no se contenta con que obren las cosas creadas en su provecho, sino que compitiendo unas con otras, quiere que concurren, que se desvelen, se desentrañen y se deshagan para enriquecerlo; porque todas las criaturas obran y cooperan con el Creador para las felicidades de un justo. Todas las cosas en que pone éste las manos las hace oficiales de sus prosperidades y pregoneras de sus honras.

Por este motivo le viene bien a esta nobilísima ciudad la inscripción del *plus ultra* que mandó poner el emperador Carlos V en las columnas de sus armas, en contraposición del *non plus ultra* de Hércules. Pero le sobran otros muchos que la hacen célebre, aun comparada con las opulentas y hermosas ciudades del otro oriental mundo; pues nos enseña la experiencia cuán fecunda es de hijos sabios y de ánimos generosos, que, para reducirlos a número, faltara a la aritmética guarismo. ¡Oh, ínclita ciudad! En estas dos columnas del valor y de la ciencia, confieso con veneración tu indefectible firmeza y me confirman en este sentir los ángeles custodios que te defienden. Y si alguno dijere que pudieras flaquear con el tiempo como flaquearon las columnas del templo de Salomón y ciudad de Jerusalén, primera universidad donde los maestros de la ley sagrada la enseñaban públicamente a los que cursaban la escuela: *Hoc templi pi[n]naculum erat Rabbi consistorium, in quo sacra lex conferebatur?*¹⁰ [Apostilla: Josefo, *Antigüedades judaicas*] responderé con las palabras que dijo Dios a Isaías, que compadecida la soberana clemencia de los llantos y clamores de su pueblo, trató de reedificar la casa que había antes edificado su eterna sapiencia para adoctrinar a su pueblo: *Sapientia aedificavit sibi domum.*¹¹ [Apostilla: Proverbios 9] Y fue la respuesta: Que vería el profeta con sus ojos, pasado tiempo, a Jerusalén con más segura hermosura y más hermosa opulencia. Como si dijera: Verás mi templo seguro de mudanzas y translaciones; porque yo empeñado en su restauración con amarras y clavos le tengo de fijar, y ni un clavo consentiré que se traslade a otra tierra: *Oculi tui videbunt Hierusalem opulentam; Tabernaculum, quod nequaquam transferri poterit, nec transferentur clavi*

⁹ "A porfía", de consuno, imitándose unas a otras.

¹⁰ "¿Este pináculo del templo era el consistorio de los rabinos, en donde se conversaba sobre la ley sagrada?"

¹¹ "La sabiduría edificó casa para sí" (versículo 1).

eius usque in sempiternum.¹² [Apostilla: Isaías 33] Estos clavos, que habían de servir de amarra firme a la casa de los sabios y ánimos valerosos, dice Teodoreto, citado de León de Castro: “Que son los huesos de los justos que estaban por Jerusalén esparcidos, desde que por decreto de Nabucodonosor la destruyó y arruinó la invasión tirana”. [Apostilla: Teodoreto, *ibidem*] Pues si los huesos y reliquias de los justos prometió Dios colocarlos por cimientos de su casa, y estos eran los clavos de fortaleza que fijarían eterno aquel templo de la sabiduría, ¿por qué no discurriré yo que en la ley de gracia, cuando los raudales de la misericordia infinita se derraman con mayor abundancia, que esta nobilísima ciudad de sabios y corazones magnánimos y generosos ha de permanecer estable y opulenta hasta el fin del mundo? Pues aunque nos faltase la firmeza simbolizada en la corona de oro con que coronó el emperador Carlos V las armas de esa ilustrísima ciudad, y la que vio la sierva de Dios bajar del cielo para ornamento y defensa de sus nobilísimos ciudadanos; y aunque flaqueasen las inscripciones del *non plus ultra* de las columnas de Hércules y la del *plus ultra* que puso entre las armas de la ciudad de Puebla el emperador Carlos V, afianzadas en la fortaleza y manutención de dos ángeles, que la ilustran, conservan y defienden; no puede faltar a mi entender su firmeza, en los cimientos de tantos cuerpos y huesos que están multiplicados y derramados por los suntuosos y hermosos templos que acreditan esa muy noble ciudad de grande, por la devoción católica y el divino culto que resplandece en sus obras, y con especialidad por la nobleza y liberalidad con que siempre ha honrado a las personas que han muerto con opinión de santidad. Ya tengo expresados los nombres de muchas almas justas en la historia y por eso no las repito; y también porque a mi asunto basta el nombre de la sierva de Dios Catarina de San Juan, a quien Dios con su poderosa mano, traspuso desde los más remotos términos del Oriente, del gran Mogor o feliz Arabia, a la populosa ciudad de los Ángeles, en el nuevo mundo del Poniente, para que fuese una singular corona que la ilustre, una prodigiosa columna que la sustente, y un nuevo ángel en carne que la defienda y haga estable, firme y opulenta hasta el fin del mundo. Para este fin discurro yo con san Bernardo, llamó el solícito y divino pastor a esta sierva de Dios y la trajo a esa muy noble y católica ciudad, desarraigándola de las espesas y venenosas malezas del gentilismo:

¹² “Tus ojos verán a Jerusalén, albergue fijo, tienda sin trashumancia, cuyas clavijas no serán removidas nunca” (versículo 20).

*Quid ista non ab illo speret? Non nehaec est ovis errans, cuius cura etiam supernorum curae gregum praelata est? Denique Pastor descendit ad istam quaesivit diligenter inventam non reduxit, sed revexit.*¹³ [Apostilla: Bernardo, *ibidem*] Esta, pues, oveja traída al aprisco de la Iglesia es el asunto de esta historia, que corono con el nombre y patrocinio de vuestra señoría, para que en el archivo noble de su piadoso pecho, consigan tan singulares noticias el esplendor que merecen y que no se lo puede dar la cortedad de mi ingenio, la tibieza de mi pluma y la tosquedad de mi estilo. México y 22 de septiembre de 1692.

Besa la mano de vuestra señoría, su afecto servidor y capellán
Alonso Ramos

PARECER DE ALONSO DE QUIRÓS

(Profeso de la Compañía de Jesús y confesor del excelentísimo señor conde de Galve, virrey y capitán general de esta Nueva España)

Excelentísimo señor: Con particular gusto he obedecido el decreto de vuestra excelencia en que anticipándome el cumplimiento de mi deseo, por lo mucho que hallé qué admirar y documentos en qué aprender en la primera y segunda parte dadas a la estampa, se sirve mandarme vea la tercera parte de *Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia, en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan* compuesta por el padre Alonso Ramos de nuestra Compañía de Jesús, prepósito actual de la Casa Profesa de esta ciudad. Y vista con la atención que se concilia su contenido, hallo en ella tanta consonancia con las primeras y con tanta perfección finalizada esta obra, que en su apoyo no sólo merece se reproduzcan los elogios, con que (dignamente) tan doctas y místicas plumas las aplaudieron, sino es que de esta redundan nuevos aplausos a las primeras. *Nam bene coepit opus* —dijo Othón en sus emblemas— *qui bene finit opus*.¹⁴ Por lo cual, y no reconocer cosa alguna que desdiga de la puridad de la fe ni opuesta a las

¹³ “¿Qué no esperará ésta de allá? ¿No es ésta la oveja errante, cuyo cuidado incluso es puesto por delante de los cuidados de los rebaños supernos? En consecuencia, el Pastor descendió diligentemente a ésta [oveja] descubierta, no la retiró, sino la trajo consigo.”

¹⁴ “Porque bien comenzó la obra quien bien la terminó.”

buenas costumbres; antes bien aquella con maravillosos ejemplos apoyada y éstas con tan singulares ejemplares persuadidas, juzgo puede vuestra excelencia conceder la licencia que se pide para darse a la estampa y que goce de la luz común material, por persuadirme la ha de comunicar de superior esfera en lo espiritual. Este es mi sentir, *salvo meliori*,¹⁵ etcétera. En este Colegio de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús de México en 9 de septiembre de 1692.

Excelentísimo señor
Besa la mano de vuestra excelencia,
su muy reconocido y afecto capellán
Alonso de Quirós

LICENCIA DEL CONDE DE GALVE, VIRREY DE NUEVA ESPAÑA

El excelentísimo señor conde de Galve, virrey de esta Nueva España, concedió su licencia para la impresión de este libro, vista la aprobación del padre maestro Alonso de Quirós de la Compañía de Jesús, su confesor, por su decreto de 10 de noviembre de 1692.

PARECER DE JOSEPH VIDAL

(Padre de la Compañía de Jesús, rector y maestro que fue de teología; prefecto de las misiones y de la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores en nuestro Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de México)

Ilustrísimo señor: Por orden y comisión de vuestra señoría ilustrísima he leído esta tercera parte de los *Prodigios de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de san Juan*, que pretende sacar a luz el padre Alonso Ramos de nuestra Compañía de Jesús, prepósito actual de la Casa Profesa de México. Y habiendo ya visto y dado mi parecer para la impresión antecedente de la segunda parte de esta historia, en que me dilaté

¹⁵ "Salvo mejor [opinión]."

ponderando las virtudes de esta escogidísima alma, omito los agradecimientos debidos al autor por ser de casa. Ahora en esta última parte y fin de su prodigiosa y gustosa obra que espera el mundo para leerla gozoso, no hallo qué decir sino que este ramo es muy semejante a los otros dos primeros tomos, como nacidos de un mismo árbol fertilísimo de frutos sazonados y deleitosos, por las maravillas de la gracia que nos refiere y por los ejemplares de verdaderas virtudes que nos propone en el objeto y asunto de su pluma, dilatándola por el mundo para que sea Dios glorificado en sus creaturas y para que los piadosos y prudentes lectores por el medio de la imitación crezcan en fervor y espíritu. Por esta razón no he tenido por lisonjas ni ponderaciones los elogios de los extraños con que aprueban y han aprobado esta obra comparando a esta sierva de Dios y a su historiador al otro árbol fertilísimo de buenos frutos, plantado, como dijo el profeta rey [Apostilla: Salmos 1],¹⁶ a las corrientes de las aguas de la sabiduría: *Aqua sapientiae salutaris potavit eos Dominus*;¹⁷ [Apostilla: Eclesiástico 16]¹⁸ ni a los que le comparan con alguna semejanza, al árbol que vio el evangelista san Juan en sus revelaciones misteriosas (cuyos frutos eran repetidos, hasta sus hojas saludables) [Apostilla: Apocalipsis 22]. Yo venero gustoso estas alabanzas y las aprecio como propias por la parte que me toca en los elogios del autor y por el afecto que tuve a la venerable Catarina de San Juan, a quien comuniqué y traté, reconociendo siempre en sus palabras y obras, para mi confusión, extraordinaria virtud y santidad envuelta en una amable sencillez e inocencia; y si el árbol bueno se conoce por sus frutos, no puedo dejar de decir que esta prodigiosa vida tiene las propiedades del árbol de ciencia, enriqueciéndonos del bien y del mal; del bien, porque se enseña y persuade con muchos ejemplos y doctrinas; del mal, porque le disuade y corrige. Por esto y porque no hallo en esta tercera parte disonancia a la verdad cristiana ni doctrina que no sea muy conforme a lo que nos enseña la Iglesia católica, juzgo que merece el autor la licencia que pide. Este es mi parecer salvo etcétera. En este Colegio de san Pedro y san Pablo de México, en 7 de septiembre de 1692.

Joseph Vidal

16 Versículo 3.

17 El texto bíblico está en tiempo futuro, pero aquí Joseph Vidal lo presenta en pasado: “Dios les dio a beber la saludable agua de la sabiduría”.

18 La referencia correcta es a Eclesiástico 15, 3.

LICENCIA DE FRANCISCO DE AGUIAR Y SEIJAS, ARZOBISPO DE MÉXICO

El ilustrísimo señor doctor don Francisco de Aguiar Seijas y Ulloa, arzobispo de México, del consejo de su majestad, concedió licencia para imprimir este libro, habiendo visto la aprobación del padre Joseph Vidal, como consta por su decreto de 10 de noviembre de 1692.

LICENCIA DE AMBROSIO ODÓN

(Provincial de la Compañía de Jesús de la provincia de Nueva España)

Ambrosio Odón, provincial de la Compañía de Jesús en esta provincia de la Nueva España. Por la facultad y potestad que para esto nos es concedida por nuestro muy reverendo padre Tirso González, prepósito general de nuestra Compañía de Jesús: por la presente damos facultad al padre Alonso Ramos, profeso de nuestra Compañía y prepósito de nuestra Casa Profesa de México, para poder imprimir la tercera parte de los *Prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia, en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de san Juan*, por haberlo examinado y aprobado personas doctas de nuestra Compañía y no haber hallado en él cosa digna de censura. En fe de lo cual damos ésta, firmada de nuestro nombre, sellada con el sello de nuestra Compañía y refrendada de nuestro secretario. En la ciudad de México a 20 de noviembre de 1692 años.

Ambrosio Odón

Por mandado del padre provincial
Martín Carlos de Ramales, secretario

PRÓLOGO

POR ALONSO RAMOS

Al lector:

Propongo a tus piadosos y nobles ojos (lector prudente), una erudición que escribe Plutarco en el libro de sus apotegmas y es que cuando iban los lacedemonios a la guerra, no adoraban al sol como los franceses, ni sacrificaban a Júpiter como los romanos, sino a las Musas. Se admira un discreto de que siendo tan contrarias las armas a las Musas, se les hiciesen a éstas ofrendas. Preguntó a uno de los sabios de aquel tiempo que por qué no se hacían aquellos holocaustos gentílicos a Marte, a Hércules o a Belona, presidentes de las batallas. Le respondió Eudomidas: *Ut rebus fortiter gestis continga[n]t honesta commemoratio*;¹⁹ que se hacía para que las Musas diesen lenguas que celebrasen lo que obraban sus manos. El vencer enemigos, el destruir los campos contrarios y ponerlos en huida atemorizados es empresa que con armas, valor y buena suerte se acaba. Pero que triunfen esas memorias del olvido, de la emulación y envidia, depende del favor y patrocinio de las Musas o de las letras. De suerte que poniendo en el peso de la dificultad, en una balanza las victorias y triunfos de los ejércitos más pertrechados y victoriosos y en la otra el daño que los envidiosos hacen, reconocieron que pesaba más ésta. La verdadera victoria y el nervio de su dificultad sólo lo ponían en que a pesar de envidiosos y maldicientes, se hiciesen sus memorias eternas; porque el golpe de la espada con el escudo se repara, pero contra la lengua no hay escudo. La espada al presente hiere y la lengua al presente y al ausente daña. La espada al que vive da muerte, la lengua a vivos ni a muertos perdona. Y así, para atajar el mayor daño, sacrificaban a las Musas sus proezas los antiguos. En aquella edad y en todas juzgara yo más acertado para los que escriben, el sacrificio de las Musas, que el de Marte, Hércules y Belona; pues poniendo en el anfiteatro del mundo sus sudores y trabajos, sin haber quién vuelva por ellos, ni quién los defienda ni quién satisfaga a los que quisieren ofenderlos, están puestos por blanco del sabio y del mordaz ignorante. No tengo yo de qué quejarme

¹⁹ "Para que junto con las gestas alcancen honorable conmemoración."

en este punto, como lo he protestado en los prólogos de la primera y segunda parte de esta historia, a donde remito al piadoso lector para que vea con cuánta benevolencia hallaron en el mundo acogida mis escritos. Lo que ahora me pertenece es dar razón de la dilación en sacar a luz esta tercera parte. Y digo lo primero, que las muchas ocupaciones que se han ofrecido, mancomunadas con repetidos achaques graves y notorios, han ocasionado la detención de darse a la estampa esta obra. Lo segundo y la principal causa es el haber sido forzoso el interrumpirla con la impresión de la primera y segunda parte de las *Doctrinas*²⁰ del padre Juan Martínez de la Parra de nuestra Compañía de Jesús. Y digo forzoso, porque merecen el nombre de fuerza las insinuaciones e instancias de los príncipes y personas a quienes juntamente respeto y debo respetar; y porque me obligó también el conocimiento de que serían en el mundo sus escritos de más gusto y utilidad. Este ha sido mi fin, y si le he conseguido en las unas y otras impresiones, deseo se dé la honra y gloria a aquel señor, de cuya mano todo el bien procede. Vale.

PROTESTA DEL AUTOR

En obediencia del decreto de nuestro santísimo padre Urbano VIII, de feliz recordación, expedido en la sagrada congregación de la universal Inquisición de la Iglesia, a 13 de marzo de 1675, declarado por su Santidad en 5 de junio del año de 1631 y confirmado en 5 de julio de 1634, en que se prohíbe dar culto de santidad a las personas no canonizadas: protesto que todas las veces que en esta historia uso de las palabras “santa”, “bienaventurada”, “venerable”, “esclarecida” o cualquiera otra que insinúe virtud relevante, así de la persona que es asunto de esta obra como de cualquiera otra que con esta ocasión nombro con éstos o semejantes epítetos, no es mi intento caiga sobre la persona dándole el culto debido a los santos, que con definición de la santa Iglesia están en el cielo, sino sobre las costumbres y opinión. *Ídem* protesto, que todas las cosas que refiero con nombre de “ilustraciones”, “revelaciones”, “raptos”, “éxtasis”, “profecías”, “milagros” y otros favores extraordinarios, no tienen más autoridad que la humana, fundada

²⁰ El nombre completo es *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana, que siguiendo la costumbre de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús de México, todos los jueves del año ha explicado en su Iglesia el P. Juan Martínez de la Parra, profeso de la misma Compañía*. Se explica la premura por la necesidad de sacar a la calle esta doctrina tan seguida, de la que se hicieron numerosas ediciones hasta bien entrado el siglo XVIII. El padre Martínez (1655-1701) predicó en la Profesa todos los jueves de su última década de vida, al parecer con mucho éxito.

en motivos humanos, expuestos a la falibilidad, reservando siempre la infalible decisión al oráculo del Espíritu Santo, el romano pontífice en su canónica declaración, a quien me sujeto en todo como hijo obediente de la santa Iglesia católica romana, nuestra madre.

Alonso Ramos

TERCERA PARTE
DE
LOS SUPRODII
GIOS
DE LA OMNIPOTENCIA.

Y MILAGROS DE LA GRACIA
EN LA VIDA DE LA V. SIERVA DE DIOS

CATHARINA DE S. IOAN

NATURAL DEL GRAN MOGOR, Y DIVENTA
en la Imperial Ciudad de la Puebla de los Angeles
en la Nueva-España.

ESCRITA
POR EL PADRE PREPOSITO ALONSO RAMOS
Professo de la Compañia de IESVS su ultimo Confessor.

DEDICALA
A LA MUY NOBLE, Y CESAREA IMPERIAL CIUDAD
DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES
en esta Nueva-España.

CON APROBACIONES, Y LICENCIAS DE
los Superiores

En Mexico, en la Casa Profesa en la Imprenta de Diego Fernandez de Leon, año de 1692.

LIBRO TERCERO

DE SUS VIRTUDES TEOLOGALES
Y DE LOS EFECTOS QUE SE VIERON
EN EL UNIVERSO, SIN EXCEPCIÓN
DE LOS SUBTERRÁNEOS SENOS,¹
QUE ENGRANDECEN LA PERFECCIÓN
DE ESTA PRODIGIOSA ALMA
Y LA ACREDITAN DE BIENHECHORA
COMÚN Y PROTECTORA ESPECIAL
DE TODO EL ORBE

¹ Cuando Ramos hace alusión a los “subterráneos senos”, se refiere al infierno y/o al purgatorio, según la creencia de encontrarse ambos espacios en lo profundo de la tierra; además de sugerir su talante cavernoso.

CAPÍTULO 1

DE LA GRANDEZA DE SU FE Y FIRMEZA DE SU ESPERANZA

1. Cómo la virtud de la fe fue el fundamento de toda la perfección que comunicó Dios a esta esclarecida virgen

[1] El primer paso que dio la sierva del Señor en el camino del espíritu y la primera piedra que puso la suma sapiencia en el edificio de su ejemplar cristiandad y en el cielo de la perfección de esta su querida y escogidísima esposa, fue la preciosa virtud de su fe; a quien llama el apóstol, fundamento y sujeto en que estriban las columnas de toda la espiritual fábrica del cristianismo [Apostilla: Epístola a los hebreos 11]; así como la sustancia es fundamento y apoyo de la variedad hermosa de los accidentes. Por eso dijo san Juan en su Apocalipsis [Apostilla: Apocalipsis 21] que el primer fundamento de la ciudad de Dios era de jaspe, porque si bien se considera en esta piedra preciosa depositó el autor de la naturaleza todos los colores de las demás piedras, pues vemos que resplandece en lo blanco del diamante, lo verde de la esmeralda, lo rojo del rubí, lo azul de la turquesa, lo morado del ametista;¹ y finalmente, todas las demás piedras preciosas parece vaciaron allí todo lo rico y lustroso de sus colores y esta es sin duda la razón y causa porque los autores proponen por el más propio símbolo de la fe al jaspe: donde se halla virtualmente toda la belleza y preciosidad de las demás virtudes. Pues así como es el primer fundamento de todas ellas, es también el primer adorno del alma, sin el cual, como dice san Pablo: “Es imposible agradar a Dios, ni dar paso en el camino de la perfección” [Apostilla: Epístola a los hebreos, 11]; por estar depositadas en esta primera y fundamental piedra las semillas de todas las otras virtudes. De aquí nace y tiene su principio la esperanza; porque la fe que tenemos de las promesas y amenazas de un dios justísimo y omnipotente, nos obliga a esperar el premio y a temer el castigo. De aquí emana la caridad fervorosa, pues del creer que Dios es infinitamente bueno procede el amarle sobre todas las cosas y el temor de ofenderle y desagradarle en la más mínima.

[2] Comunicó Dios a Catarina esta virtud en los primeros años de su infancia, sirviéndole de predicadores sus mismos padres, con aquella

1 Amatista.

imperfecta o parte de fe que tenían, cercados de las oscuras tinieblas, espesas malezas y punzantes espinas del gentilismo, donde no llegaba la predicación evangélica sino como entre dos luces y por vía de pasajeros de que hice mención en los primeros capítulos de la historia, cuando referí: “Que rendían vasallaje y adoración al verdadero dios de Abraham, que tenía madre en la tierra”.² La cual noticia procuraron cuidadosos introducir en su hija Mirra, para que fuese éste el primer adorno de su alma y el cimiento de todas las demás perfecciones y prodigios con que el altísimo y verdadero dios de Abraham quisiese enriquecer a esta su amada y escogida creatura, a quien, aun antes de darle el ser, dispuso con su admirable e incomprensible providencia fuese su expectación prodigiosa en el mundo, como lo fue la de Moisés y la del gran Bautista. Por este mismo fin la inclinaron y exhortaron a la devoción de la madre de la Omnipotencia, por cuya intercesión, como por puerta franca de la divina misericordia, experimentaban inexplicables beneficencias entre las nocturnas luces de la ignorancia. Con estas persuasiones paternas, empezó a entrar la fe y rayar la verdadera luz del cristianismo en los oídos de esta preciosa Mirra y alma con especialidad escogida para los castos desposorios del celestial y soberano esposo, verificándose en ella lo que dijo el apóstol: “Que el oído informado de la palabra de Dios es la puerta o ventana por donde se introduce la luz verdadera y el infalible conocimiento de la verdad” [Apostilla: Epístola a los romanos 10]. Se perfeccionó³ esta noticia con las singulares y repetidas visitaciones de la emperatriz de los cielos, cuando con el Niño Dios en los brazos, acompañada de la gran matrona señora santa Ana, se comunicó con ella e infundió aquellas amorosas y santas propensiones, aquellos vehementes impulsos y ardientes deseos de dejar a sus propios y nobles padres, a su patria y las riquezas del Oriente, por ser esclava de los esclavos de la más sagrada familia, a que se ofrecía esta especiosa⁴ niña, solicitando con lágrimas y suspiros en aquella infantil edad en que no suele rayar el uso de la razón (sino es por prodigio o milagro) en las demás creaturas, como lo dejó insinuado en el capítulo cuarto del primer libro.

[3] Pero en aquel tiempo podía decir esta oriental y deliciosa Mirra lo que dijo la otra alma santa y escogida esposa, de quien habla Salomón en sus cánticos, [Apostilla: Cantares 1] y es: “Que estaba negra como las

2 Cf. capítulo II, apartado 3, libro primero.

3 Modalidad antigua de la palabra “perfeccionar”.

4 Hermosa.

tiendas de Cedar, porque el sol de la idolatría le había tostado el rostro”; o como trasladan los intérpretes: “Porque el sol de justicia Cristo no había ahuyentado, ni apartado de su alma las oscuras sombras del gentilismo, con la amable vista y resplandecientes luceros de sus divinos ojos” [Apostillas: San Ambrosio, *Sobre el Salmo 118*. P. Cornelio, *Acerca del Salmo 12*]. Aludía la esposa de los Cantares al haberse descuidado de su viña por guardar las ajenas, cuando olvidada de la adoración a su verdadero dios y señor, rendía adoraciones a los otros falsos y mentidos dioses. Pero la esclarecida virgen que es el sujeto y objeto de esta historia, ya instruida de sus padres, rendía vasallaje al verdadero dios de Abraham y reverentes veneraciones a su santísima madre, en cuyos brazos ilustrada y bañada de soberanas luces del cielo daba multiplicadas veces adoración de divinidad humanada al Niño Dios. Aludiría a aquel retirársele y escondérsele el divino y majestuoso rostro, sin dejarse mirar de esta su escogida y preciosa Mirra, sino es debajo de dosel y entre los velos de una esquividad y gravedad desdeñosa, como lo referí en el poco antes citado capítulo, hablando de las virtudes de su niñez. A la otra esposa santa respondió el divino amante, diciéndole: “Que no se congojase, ni afligiese; porque para apartar de ella toda fealdad y dejarla hermosa a sus soberanos ojos, le haría unos zarcillos de oro con gusanillos de plata” [Apostilla: Cantares 1] (que es el adorno exterior y más vistoso de los oídos). Y fue decirle que la adornaría con la virtud de la fe por medio de la palabra de Dios, que en frase de la sagrada escritura se llama plata acrisolada con fuego. Y el prometerle este adorno antes que los demás fue significarnos que esta presea es la primera que se requiere en el alma, para agradar al verdadero dios de Abraham. A nuestra Catarina respondió el Señor sacándola con maravillosa providencia de entre gentiles y conduciéndola por prodigiosos rodeos y peregrinos rumbos a tierra de cristianos; donde instruida de varones apostólicos, ilustrada del Espíritu Santo, asistida del Verbo encarnado y de su santísima madre, se halló adornada y enriquecida perfectamente con la doctrina y fe de Cristo nuestro señor, con quien quedó tan unida y enlazada en apretados lazos del divino amor, que protestando antes morir cien millones de veces que perder su amistad y romper la íntima unión y felices paces, se conservó hasta la muerte en estrecha e inseparable unión de fe y caridad con el divino esposo; a quien llama el apóstol piedra [Apostilla: Epístola a los corintios 10], y es la primera y fundamental de la católica Iglesia, de la cual no pudieron apartarla ni por un instante de tiempo las furias infernales con todos sus poderíos violentos y cavilosas astucias, ni el mundo traidor con toda su artificiosa malicia; ni

la carne, sirena engañosa con sus paliados,⁵ rebeliones y contradicciones, tanto más fuertes cuanto más cavilosas y disimuladas.

[4] Asómbrese aquí la antigua cristiandad y la religión católica se pame atónita y suspensa, considerando a una creatura recientemente arrancada de la cambronería⁶ y espinosa maleza del gentilismo, abrazada tan fuertemente con la piedra Cristo, que se vio despedazada innumerables veces antes que dejarse apartar del objeto o sujeto con quien estaba unida en estrechos lazos de caridad, y del honesto y divino amor. Esta unión (se me permita esta ampliación para confusión de la tibieza del cristianismo) es la que pretendió explicar el Nacianceno⁷ con el símil de aquel otro animalito que se abraza tan estrechamente con las piedras y se une y enlaza tan apretadamente con ellas, ayudado de la multitud de brazos que tiene, que el que por fuerza quisiere romper la unión de los dos, o ha de arrancar alguna parte de la piedra con el animalillo, o ha de dejar algo de él impreso en la piedra. Así quedó unida Catarina con Dios por la gracia del bautismo, pues no hubo poder en el mundo ni en el infierno para apartarla de su querido y divino amante, como se ha dicho y consta de los dos libros antecedentes y se comprobará en lo que resta de la historia. Pero notemos aquí con Pierio Valeriano [Apostilla: Pierio Valeriano, libro 27, capítulo 21], que esta misma sabandija, que es símbolo de unión fuerte y verdadera entre Dios y el alma, es jeroglífico también de los malos cristianos, pues para pintar los antiguos a un hombre que por una cosa pequeña y de poco valor deja otra grande y de mucho precio que tenía con tenacidad asida, pintaban un pulpo fuertemente arraigado e íntimamente cosido con una piedra tosca y despreciable; y echando sobre él una gota de agua dulce, fijaban un letrado que decía: *División o desunión repentina*; porque este animal, en sintiendo que lo bañan con agua dulce, luego deja la primera piedra y sujeto con quien estaba estrechamente unido. ¡Oh, cuántos cristianos viejos que se precian de estar enlazados con apretados lazos de fe, amor y caridad con su redentor, al volver de cabeza, por un descuido en la vista o por no sufrir un leve trabajo, por interesar una vil conveniencia o por gozar un bien transitorio, dan con todo al traste y se apartan de Cristo, pierden su amistad y el gozar de la hermosura de aquel infinito y eterno bien! ¡Oh!, y quién pudiera poner

⁵ Ramos emplea “paliados” como sinónimo de “disimulos”.

⁶ Género de zarza que se suele plantar en los valladares de viñas y huertas para evitar el acceso de intrusos.

⁷ San Gregorio Nacianceno.

aquí con puntual individuación, las palabras con que la sierva de Dios se lamentaba y ponderaba la humana flaqueza en la católica cristiandad, cuando hablando con Dios, que se le representaba herido y maltratado de sus creaturas, le decía: “¿Es posible, Señor, que haya en el mundo quien ofenda y ultraje tu majestuosa bondad, posponiendo tu amistad a unos caducos deleites? ¿Puede haber miseria más digna de lamentarse? ¿Puede imaginarse locura, ni desacato mayor? ¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen!” ¡Oh, imitemos a nuestra Catarina, que pudo gloriarse con san Pablo [Apostilla: Epístola a los romanos 8] de que ni la muerte ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la persecución, ni las cosas presentes y futuras, le pudieron apartar de la caridad de Cristo, a quien amaba con constancia de fe y firme esperanza!”

2. *Cómo acompañaba la virtud de la fe con todas las demás virtudes*

[5] No sólo ha de preceder la fe a las demás virtudes para que sean del agrado de Dios, sino que debe también acompañarlas para levantar el punto y acrecentar en todas las buenas obras el merecimiento. Por eso la otra alma santa hablando con el divino esposo, dijo: “Que era semejante a la cabra montesa y al cervatillo encumbrado sobre los montes de Bethel” [Apostilla: Cantares 2], que en sentir de Orígenes, fue decirnos: “Que aunque son necesarias dos cosas para conseguir la salvación; esto es, el conocimiento de la fe y la perfección de las obras; es justo y necesario que el conocimiento y consideración de la fe sea como paje de hacha, que acompañe y vaya por delante en todas nuestras acciones”. [Apostilla: Orígenes, *Expositiones in Canticum*, 2] Este misterio encierra el haber comparado la esposa al esposo a la cabra montesa antes que al cervatillo; porque aunque este es animal más perfecto y tiene perpetua guerra con los animales venenosos y aspira a los lugares altos, que significan las obras perfectas con que hacemos guerra a los vicios que emponzoñan el alma significada en los montes de la perfección, simbolizada en los montes de Bethel;⁸ pero la cabra es de agudísima vista y cría en sus entrañas un humor admirable para quitar la ceguera de los ajenos ojos, y por esta razón es símbolo de la fe, con la cual penetramos hasta lo invisible y debemos procurar que el ejercicio de esta divina virtud

⁸ Ciudad que aparece muy a menudo en el Antiguo Testamento. Sede de un santuario en el que juzgaba Samuel.

preceda y acompañe todas nuestras obras, a ejemplo de esta sierva de Dios, que apoyó y enseñó esta importante doctrina con sus ejemplares acciones. Pongamos uno u otro ejemplo en esta materia, aunque repetida en la historia, muy necesaria.

[6] Entraba Catarina en los templos, como lo insinué en el libro primero, con una fe tan viva de que quería Dios le diesen los fieles la honra y gloria debida en la iglesia a su infinita grandeza, que daban en rostro a la sierva del Señor aun las comunes saluciones que ha introducido la urbanidad y cristiandad cortesana; siendo así, que aun en los reales palacios de los príncipes de la tierra, se tiene por desatención el saludarse y hablar un amigo con otro en presencia del monarca que preside; porque se mira como materia de menos respeto a la superior autoridad, que pide para sí la atención de los que se ponen en su presencia. Pues qué mucho que se ofendiese la sierva del Señor, celosa de la honra y gloria debida a la suprema majestad, de ver a los católicos entrar y estar en la iglesia haciendo de ella lugar de recreación con prolijos coloquios y largas pláticas, sin acordarse que dice Dios por su profeta: “Que le den todos en el templo la honra y gloria debida” [Apostilla: Salmos 28]; sin reparar que asisten allí los ángeles para escribir todo lo que se parla, y que está presente el Señor, penetrando las intenciones y los afectos más ocultos de los que entran en su casa e iglesia. Catarina entraba en los templos con la consideración de lo que creemos y debemos creer que era la luz de la fe, tan viva, que la tenía atónita y suspensa en las iglesias, contemplando la omnipotente majestad y la suma grandeza de su dios presente. Y este era el modo con que la sierva de Dios acompañaba y llevaba delante de todas sus obras esta divina virtud, a quien el apóstol atribuye tantas prodigiosas hazañas, en la carta ya citada, que escribió a los hebreos [Apostilla: Epístola a los hebreos, 11].

[7] No pretendo ni es mi intención reprender y mucho menos condenar, las debidas atenciones a la prudente y política urbanidad que no se opone a la caridad y cortesana cristiandad; de que no se ofenden los divinos ojos ni se da por agraviada la suprema y verdadera deidad, pues se precia de tan urbana y cortés, que a todos sabe agasajar, a todos satisfacer y con todos cumplir [Apostilla: Lucas 7]. Por eso el seráfico doctor, ponderando con cuán alegre rostro y risueño semblante había admitido el envite o convite de un Simón Leproso, le llamó cortesánísimo y urbanísimo señor [Apostilla: San Buenaventura, *De vita Christi*, capítulo 27, tomo I, Opúsculos], y tanto, que convidado de él, no desdeñó su casa, ni extrañó su mesa y mucho menos sus saluciones y familiar conversación.

Lo que quiero decir es, que en cuanto fuere posible y cuando la necesidad no pidiere lo contrario, se ha de guardar silencio en el templo; porque así lo manda, como ya dije, la majestad suprema, para que en él, como en casa de oración, le rindan el culto y debidas adoraciones sus fieles. Y con esta doctrina satisfago una queja o impertinente nota de algunas personas que murmuraban y mordían a Catarina, porque en la iglesia se retiraba de ellas por indevotas y si la buscaban por mantenedora de inútiles y largos coloquios, no les respondía o no retornaba las respuestas tan cumplidas, como las mujeres parleras e inadvertidas deseaban. Confúndanse éstas y cúbranseles los rostros, no sólo del velo negro de sus mantos sino del encarnado de la vergüenza, a vista del reverente silencio de esta sierva de Dios en la iglesia, pues era efecto de la luz de la fe con que acompañaba y daba lustroso esplendor a todas sus obras.

[8] Un domingo de cuaresma en la tarde, poco antes de subir al púlpito el predicador, que era el padre Joseph de Porras de nuestra Compañía de Jesús, prefecto de la muy noble, devota y esclarecida congregación que está fundada en el colegio del Espíritu Santo de la ciudad de Puebla de los Ángeles, debajo del patrocinio y advocación de santa María la Mayor, que vulgarmente llamamos de la Anunciata y Nuestra Señora del Pópulo; reparó Catarina que todo el grave y numeroso concurso que estaba en expectación del sermón, no asistía con aquella exterior reverencia que debía tan cristiano teatro en tan sagrado y religioso templo; porque el deseo y regocijo con que esperaban oír al predicador y la misma muchedumbre del gentío, transformaban aquel devoto auditorio en un bullicioso concurso, más propio de un coliseo profano que de la iglesia. Pidió en esta ocasión la sierva de Dios al Señor, fervor de espíritu para su ministro y para el auditorio tanta abundancia de gracia, que todos cuantos asistían en el templo saliesen movidos y contritos, de manera que ninguno se atreviese a ofender más a su redentor. Le respondió Cristo: “Yo asistiré al predicador, que es mi voz y mi vicario, para que siembre en los corazones de los presentes las doctrinas de mis evangelios. Pero si no está la tierra dispuesta, ¿cómo quieres, Catarina, que fructifique mi palabra?” Con estas voces se halló elevada y suspensa, y como arrebatada del divino espíritu fue reconociendo cuán distraído estaba todo el auditorio y cuán olvidado de Dios, de quien sólo podía venir la ternura, la conversión y el provecho, que es la razón que movió al Bautista para llamarse “voz que clamaba en el desierto” y no “voz que convertía”; porque lo primero era lo que Dios le mandaba y lo demás quedaba reservado a la Omnipotencia.

[9] Reconoció también la sierva del Señor a un diablillo bullicioso, en forma de un negrito feezuelo, que andaba entremetiéndose por el numeroso concurso, provocando a todos a que profanasen el templo con palabras, risas y liviandades de los ojos. A este tiempo se dejó ver el predicador evangélico en el púlpito y con sólo su presencia se compusieron los oyentes, poniendo todos en él la vista con edificativo silencio, atención y el respeto debido a quien predica la sagrada doctrina del evangelio. Y con sólo esta reverente compostura del cristiano auditorio, advirtió Catarina que el monstruoso diablillo se retiró al rincón de la capilla más cercana al púlpito, donde se puso a oír el sermón con la mano en la mejilla, en quietud y con aparente aunque forzada devoción. Le preguntó entonces la sierva de Dios, tratándole de embustero, qué le había sucedido y qué hacía allí tan pensativo e hipócritamente devoto. No le respondió el Demonio, porque ya en otra ocasión había dado la respuesta, diciendo: “Que tenía licencia del Altísimo para hacer y hablar en la iglesia todas aquellas indecencias que ejecutasen en ella los cristianos. Y que cuando los fieles estaban con reverente devoción en el templo, le obligaban a él y a todos los suyos a estar en él como perros atados, sin permitirles ni aun el ladrar a vista de su creador humanado y sacramentado”. Pondere el piadoso lector esta confesión del infernal monstruo, y no deje la consideración que la presencia real de un hombre que sube al púlpito a predicar la palabra de Dios y tiene sus veces para evangelizar en su nombre al pueblo, es suficiente freno a componer y poner en orden una muchedumbre de gente turbada, inquieta y bulliciosa; siendo así verdad, que no experimentamos semejantes efectos en los fieles que asisten en el templo donde preside sacramentado el supremo rey de la gloria. Catarina asistía en las iglesias con tal conocimiento de fe, que la viveza de esta soberana luz la tenía como absorta e inhabilitada para profanar la casa de Dios con obras, palabras y pensamientos. Por eso no podía mantener largos coloquios ni pláticas escusadas, que prohíbe el Señor en sus templos y que no son argumento de grande fe, ni se compadecen con mucha cristiandad.

[10] En todas las demás acciones se asomaba y resplandecía lo realzado y grande de esta divina virtud, con que enriquecía y gobernaba su preciosa alma; como lo notará el piadoso lector por todo el discurso de la historia, y reconocerá los maravillosos efectos de su soberana actividad, en cuya meditación santa vivió y murió la sierva de Dios. Toda su vida, caminó a los resplandores de esta preciosa virtud y soberana luz, considerando todo lo que nos enseña. Y con esta consideración aprovechó mucho por las

sendas de la perfección, porque siempre la tenía [como se dice] en la cabeza y la obligaba a levantar el pensamiento a Cristo, y a ponderar los divinos misterios que la movían y traían en un continuo ejercicio de alabanzas de su creador y redentor. Con la memoria de esta divina luz, parecía Catarina un trasunto del profeta Jeremías, desahogando el corazón con continuas y copiosas lágrimas de devoción y contrición, considerando lo mucho que deben las creaturas a su creador y lo mucho que le ofenden. Y finalmente, por no dilatarme con la repetición de los casos de esta admirable vida, en apoyo del modo y verdad con que esta esclarecida virgen acompañaba y fortificaba todas las demás virtudes con la fundamental de la fe, hago solamente remembranza de aquellos sus continuos temores, sustos y sobresaltos que le causaba la continua presencia del majestuoso y supremo juez, agraviado y maltratado de los hijos de los hombres. Estos y otros mil efectos de esta divina virtud, no experimentamos los tibios por tenerla ociosa; y por esta misma razón no aprovechamos en el camino de la perfección, no damos paso adelante en la escala y subida del cielo. Imitemos a Catarina, que vivía y hacía todas sus obras a la luz de la fe, desmenuzando y trayendo en el paladar del alma con la consideración y meditación esta divina virtud. Y por eso sentía su actividad y experimentaba sus maravillosos efectos, verificándose la semejanza que dice el evangelio tiene con el grano de la mostaza [Apostilla: Mateo 13], en el cual si le dejamos entero, no podemos echar de ver su virtud, ni actividad; pero si lo gustamos molido y deshecho, en un punto se nos sube a la cabeza y luego nos saca las lágrimas a los ojos, y poco después nos obliga a estornudar y estremecer todo el cuerpo.

3. Cómo acreditó Dios en el mundo la grandeza de fe de la sierva del Señor, por lo que estimó sus obras y oraciones, por el poder que le dio para resistir a las potestades infernales y favorecer al universo

[11] No resplandeció menos lo realizado de esta soberana virtud en nuestra venerable Catarina por lo que Dios la estimó, por el poder que le dio contra las puertas del infierno y en patrocinio del mundo. La favoreció el divino poder aun antes de darle ser, escogiéndola para ejemplar prodigioso de virtudes e instrumento de maravillas y prodigios. La sacó a la luz del mundo con el esplendor de princesa, por sus nobles prendas y por hija de grandes señores y poderosos potentados de la tierra, para abatirla y ponerla entre los pequeñuelos del evangelio [Apostilla: Mateo 10], a quienes revela sus arcanos y franquea sus ocultos secretos; porque son los que más le agradan

y en quienes descansa depositado el tesoro del divino amor y de la suma sapiencia, que se comunica a los fieles según el grado de fe con que viven, aman y sirven al padre de las lumbres y fuente de toda verdadera luz. Pues como dijo el apóstol, no halla Dios grado [Apostilla: Epístola a los hebreos, 11] donde no tiene grado la soberana luz de la fe, ni tiene Dios en nada lo de que fe no tiene nada; y cuando vive esta divina virtud en el alma, vive ésta. Como luces son sus ojos, en sentir de san Pablo, cuando dijo: “Que eran los fieles luces en la mano y aprecio del Señor” [Apostilla: Epístola a los efesios, 3]; y los que en la urna de la ignorancia de los sobrenaturales misterios quedaron en tinieblas miserables y oscuras, por más partes que tengan y ventajas. Mucho eran los filósofos antiguos en el teatro del universo. Cielos eran de la tierra, mar de la sabiduría, ríos de la elocuencia; pero como les faltó la luz, no hace Dios caudal de ellos, ni los precia ni los estima. Porque grandes filosofías sin el conocimiento divino, grandes estudios sin la lumbre de la fe, poca importancia tienen; ni lucen ni parecen; en blanco les salió la buena suerte, para conseguir la eterna y verdadera felicidad. Mas los que son luces en el Señor, los que sacó de la urna de la ignorancia y les cupo la dichosa suerte de ser fieles, esos, aunque menores, vienen a ser mayores; esos son los estimados, esos los preferidos, pues dejando Dios a los grandes y aventajados de la tierra, a ellos comunica los resplandores de su divina sapiencia; no con igualdad, sino a la medida de sus merecimientos y conforme a la voluntad de la altísima providencia, que por su justísimo beneplácito, sin negar el auxilio suficiente a nadie, levanta a unos y abate a otros. Y entre todos los justos que están en la urna de la gracia, escoge a los que quiere para las primeras dignidades de sus dos iglesias, triunfante y militante, en que tienen la primacía los apóstoles, previniéndoles con sus eficaces auxilios para que fuesen no sólo justos, sino de rara santidad y perfección de vida extraordinaria. Por los favores, regalos del cielo y por lo realzado de sus virtudes referidas en los dos primeros libros, juntas con las que irán amontonadas en esta tercera parte, se debe medir la grandeza de la divina fe con que vivía y se animaba esta escogidísima alma.

[12] Y si alguno menos piadoso de los lectores le parecieren muchos los favores que mereció del cielo la sierva de Dios e increíbles los prodigios que obró en ella y por ella el divino poder, haga remembranza de lo que dice el evangelista san Mateo: “Que no hay cosa imposible al que cree” [Apostilla: Mateo 17]; que es lo que dijo el ángel de Dios en la encarnación del Verbo: “No hay cosa imposible para el Todopoderoso”. [Apostilla: Lucas 1] Esto mismo debemos creer de la virtud de la fe, pues cuando llega a ser perfecta,

todo lo puede, y lo imposible a las fuerzas humanas, para la fe es posible y hacedero. ¿Qué cosa más imposible que con una palabra arrancar de la tierra con todas sus raíces a un grande y envejecido árbol y trasplantarlo en medio del mar? Pues eso hace y puede, dice el Señor por su evangelista san Lucas: “Si tuvieses la fe como el grano de la mostaza y dijeres a un árbol que se trasplante en el mar, os obedecerá, y si dijeres a un monte que mude el puesto y se pase a otra parte, lo hará con presteza”. [Apostilla: Lucas 17] Y esto con sólo la virtud de la fe, como ésta sea semejante al grano de la mostaza, no en su cantidad, que es pequeño, vil, despreciable y de poca estima, ni sabe ni huele, ni parece nada; sino en su virtud, que es grande, supuesto que en comenzándole a moler, toda la casa llena de olor y fragancia, y tiene un gusto fogoso, vivo y eficaz y otras mil virtudes. Calificó Dios muchas veces de grande la fe de Catarina (como se verá en el discurso de la historia) y así no es mucho que toda su vida esté llena de prodigios, aunque hiciese trastornar los montes, desencajar las piedras, mudar los peñascos y arrancar las serranías, porque no hay cosa imposible al que perfectamente cree. Hasta en el cielo se reconocieron estos poderíos de la fe, cuando el grande caudillo del pueblo de Dios, Josué, con imperiosa voz hizo parar, detener y estar fijos los dos planetas grandes, sol y luna, sin dar un paso adelante [Apostilla: Josué 1]. Es grande su poder, grande su virtud, grande su fortaleza; y este conocimiento, a quien no se acaban de rendir los sabios y potestades del mundo, le comunicó y reveló Dios a su sierva. Por eso fue instrumento de maravillas y milagros de la Omnipotencia.

[13] Mas prodigiosa la hizo la fe católica en el resistir a las potestades infernales; supongo para que se haga concepto de la grandeza de la católica fe que infundió el Señor en nuestra Catarina, lo que es el Demonio y el poderío del infierno. Dice el apóstol san Pedro que es el Demonio un león rabioso y rugiente, que como hambriento, irritado y colérico, se muestra impío, cruel, sin mansedumbre ni clemencia, y de tal magnanimidad y grandeza que entre todas las bestias fieras no haya alguna que le ponga miedo, lo espante ni lo atemorice [Apostilla: Primera epístola de san Pedro 5]. Pues a este león terrible, a quien ni asombran reyes ni sabios amedrentan, ni poderosos espantan ni ejércitos ponen en huida, le resistía, confundía y ahuyentaba la sierva de Dios armada del incontrastable escudo de la fe. El mismo infernal averno lo confesaba obligado de la voluntad de Dios, a quien no podían resistirse. Y omitiendo por ahora las ocasiones y casos en que esta esclarecida virgen y mujer fuerte les oyó esta confesión pronunciada con voces sensibles, entre blasfemias, maldiciones y otros diabólicos

furores con que desahogaban sus envenenados pechos; pongo solamente por ejemplar un caso que le sucedió y atestigua uno de sus confesores, que hoy vive y cuya autoridad y verdad no permitiera saliese a la luz del mundo si no hubiera sido así. Estaba éste batallando con una legión de demonios que atormentaban y sofocaban a un alma obsesa, a quien tenía el exorcista por virtuosa y justa. Y revestido de un santo enojo y católico celo contra la obstinada pertinacia de los infernales monstruos, que como rabiosos perros, como hambrientos lobos, como furiosos leones, ensangrentaban las crueles uñas de su enfurecido rencor en el cuerpo y alma de su ahijada, les redarguyó, diciendo: “¡Ah, gente pertinaz, proterva y de empedernida obstinación! ¿Cómo os resistís al poder de los eclesiásticos exorcismos? ¿Cómo os atrevéis a perseverar con tan contumaz tesón en porfiada guerra con una creatura que está auxiliada de la gracia?” Pasaba la venerable Catarina al tiempo de esta batalla cerca de los combatientes y respondieron los demonios llenos de furor y rabia: “Peclaremos contra esta alma, contra ti y contra todas las creaturas hasta el fin del mundo, menos contra esa china vieja, embustera. Maldita ella sea y la tierra de que fue formada”. Pondere el piadoso lector esta confesión de los espíritus del averno tan malignos como soberbios, de cuyo poder, como dice el santo rey David [Apostilla: Salmos 103], puesto en el mar del mundo, se burla de sus olas y juega con las aguas, y cuando están alteradas de suerte que amenazan las estrellas, son para él juguetes: ¿Que éste ha de huir de una pobre mujer? ¿Y que ésta con el escudo de la fe y fortaleza de la gracia lo resista, refrene y confunda? Está contestada esta verdad en muchos de los capítulos de la segunda parte de su vida y se comprobará con especialísimos casos que pondré en estos dos últimos libros.

[14] Es la virtud de la fe piedra incontrastable, firme y entera contra la cual no valen ni pueden los poderíos del tenebroso abismo, de que no se puede dudar desde el tiempo en que dijo a san Pedro, cuando le confesó el hijo del eterno padre: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia incontrastable a las puertas del infierno” [Apostilla: Mateo 16]. La cual resistencia atribuyen muchos de los santos padres y sagrados intérpretes a la confesión de la fe que hizo el apóstol y piedra fundamental de la iglesia, contra cuya fortaleza y constancia no pueden las potestades del tenebroso centro. De manera que no sólo a un demonio, ni a ciento ni a mil, sino a cuantos por las puertas del infierno entraren, a todo aquel hormiguero de demonios, a todo aquel escuadrón de diablos y a todas las legiones juntas, hará volver atrás y poner en huida. Aunque todo lo que entró por las puertas

del infierno salga y se ponga en campaña contra la virtud de la fe perfecta, no será bastante a resistirla, y al fin llevarán las manos en la cabeza. Supuesta esta verdad cristiana, haga el piadoso lector remembranza y acuérdesse de los triunfos y victorias que por instantes conseguía esta valerosa virgen contra los infernales monstruos en las batallas referidas ya en la primera y segunda parte de la historia, cuando con un “¿Quién como Dios? Si Dios conmigo, ¿quién contra mí ni contra todas sus creaturas?”, los ahuyentaba como a mosquitos arrebatados de un remolino violento y los precipitaba a su tenebroso centro, oprimidos del divino poder que animaba y fortalecía la voz y la fe de esta sierva del Señor, para que fuese glorificado su santísimo nombre y ensalzada su omnipotencia.

[15] Otros argumentos eficaces nos restan que referir en prueba de la grandeza y fortaleza de la fe de nuestra venerable Catarina, que se leerán en los libros siguientes, con especialidad al llegar a ponderar la elevación de su espíritu, cuando arrebatado del poder de Dios como triunfador de todas las bestias fieras y de todo aquel bárbaro y condenado imperio, hollaba las puertas del infierno, abría y cerraba sus cerrojos, visitaba los calabozos eternos, y entre aquellas palpables tinieblas divisaba a las furias infernales y a todos los condenados sentados al remo⁹ que para siempre dura, entre bravuras, rabias, blasfemias y desgarros; no sirviéndoles sus ansias y terribles desesperaciones para embestirla, ni para hacer un solo araño en la fe de esta sierva del Señor, ni en su valeroso espíritu, que armado con el escudo de esta celestial virtud, los confundía y detenía encadenados y presos en las cadenas de fuego para que fueron rematados desde su primera caída, en que arrojados del cielo perdieron los bienaventurados alcázares de la gloria. Sea Dios bendito y glorificado por el poder que comunica a los que perfectamente creen, pues siendo el Demonio aquel de quien se dice en el libro del santo Job: “Que no hay en la tierra poder que le iguale. Y que el llevarse de un sorbo un río caudaloso y el cortar de un golpe todo el linaje humano y procurar darle muerte, son todas armas de su trofeo”; [Apostilla: Job 41] pero el batallar con nuestra esclarecida virgen, el presumir contrastar su fe, no sólo [según parece por sus confesiones y testimonios] estaba fuera de sus fuerzas, pero aun de su pensamiento. No llegaba a tanto su locura. Desesperado andaba en el mundo, de manera que todo su poder y maña no llegaba siquiera a presumir que podía prevalecer contra esta valerosa mujer, cuando

⁹ “Al remo”, es decir, sufriendo penas y castigos, como los condenados de las galeras.

todo el mundo le parecía al infierno en su oposición una paja y un juguete. La hermosura y fortaleza de la fe en todos los cristianos la explican los doctores con la preciosidad del jaspé; pero la fe de la venerable Catarina se había de simbolizar también en la otra resplandeciente piedra, asbesto,¹⁰ de la cual dice san Isidoro: “Que una vez encendida conserva el fuego de suerte que jamás se apaga, y que por eso habían puesto los antiguos por lámpara una de estas piedras en el templo de Venus”. De esta calidad fue esta piedra edificativa en la Iglesia de Dios, supuesto que desde que fue encendida con el fuego del Espíritu Santo en las cristalinas aguas del bautismo, nunca fueron sus resplandores apagados. Piedra fue tan fina y firme que pudo gloriarse a imitación del apóstol: “Que con la grandeza de fe y firmeza de su esperanza desafió a todo lo creado, sin haber perdido una victoria, ni un solo triunfo”; pues no ofuscaron la belleza de su luz las ignorancias de la tierra, las persecuciones del mundo, las baterías del infierno, ni los nublados de la culpa.

4. De la grandeza y firmeza de su esperanza

[16] Hay virtudes que por interiores deben ponderarse para que se conozcan y deben autorizarse para que se crean. Por este motivo sacó el Señor a pública plaza la grandeza de la fe y de la caridad de santa María Magdalena, cuando a vista de todos los convidados que la vieron llegar compungida y llorosa, cual cierva herida de la saeta de la divina inspiración, a la fuente de su remedio Cristo nuestro bien; ungió sus sagradas plantas con preciosos ungüentos, enlazar y limpiar con sus cabellos los divinos pies que prendieron tantas almas, regárselos con copiosas avenidas de amargo llanto; la absolvió plenariamente, diciendo: “Absuelta vas a culpa y a pena. Las lágrimas de tu corazón han borrado la fealdad de tus pecados. Tu amor ha sido grande, tu fe aborda con tu caridad. Bien puedes caminar en paz”.¹¹ Estas mismas dos virtudes alabó e hizo muchas veces notorias al mundo el Señor en su querida Catarina cuando lloraba, gemía y suspiraba por la salvación de las almas y bien de todo el universo, pero nunca advertí ni noté que hiciese la divina majestad mención de la grandeza de su esperanza; así como dejó también en silencio esta soberana virtud en ocasión que se mostró

¹⁰ En el original, aparece como “abestró”.

¹¹ Cfr. Lucas 7, 36ss.

predicador de la fe y amores de la Magdalena. Y la razón del uno y otro silencio pudo ser la que dio el cardenal Cayetano, y es que omitió el Señor el acreditar la esperanza de María Magdalena, porque esta preciosa virtud se manifestaba y dejaba bastante entender de sus obras: “Viene la Magdalena, señora tan noble y principal, de tan alta calidad, como cuantas había en la ciudad, rompiendo con los inconvenientes de su pundonor, descompuesto el cabello, olvidado el adorno, despreciada la gravedad, hollada la pompa del mundo. Sola por las públicas calles, la que por ellas antes de todos había sido tan asistida y cortejada. No repara en el decir de las gentes, en medio de tan esplendido convite: llora, suspira y gime, imprimiendo sin cesar los hermosos labios en las plantas del Señor; y le sirve de lienzo para limpiar los ungüentos que generosa derrama la desaliñada madeja de sus dorados cabellos. Pues, ¿quién hace tanto? Quién arriesga tanto, claro está que algo había de esperar. Y así dígame que la Magdalena tuvo fe y caridad, y cállese la esperanza porque no hay para qué decir lo que se está dicho y entendido; pues apenas se halla quien gaste sus obsequios, ni sude, afane, pierda y arriesgue, si no es pretendiendo y esperando ganar y crecer”. [Apostilla: Cayetano, *Sobre Lucas* 7] El hacer obsequios y sumisiones, tal vez puede ser sin amor y sin fe, pues tal vez como acá decimos: “Besa un hombre manos que quisiera ver cortadas”. Pero servir sin esperar es maravilla, que por maravilla se ve. Y así, para que quedase acreditada en el mundo la esperanza de la Magdalena, no fueron necesarios otros elogios que la narración de sus obsequios para con Cristo.

[17] Así podemos y debemos discurrir de la esperanza de nuestra venerable Catarina, supuesto que para que sea conocida por todo el orbe la extraordinaria grandeza de su firmeza, basta la experimental ostentación y publicación de sus obras. En ellas queda bastante acreditada esta soberana virtud, porque el haber seguido a Cristo desnudo y despreciado en tan dilatada vida, una hija de los príncipes de la tierra, no pudo tener otro principio y fundamento que el de la esperanza de la eterna felicidad. El haber sustentado y sufrido las multiplicadas batallas con que la combatió el mundo, infierno y carne, clamando al cielo misericordia, argumento es de que aspiraba y esperaba verse coronada entre los cortesanos celestes. Esta esperanza era su vida, aliento y fortaleza. Aun entre las mundanas glorias no sé qué vislumbres tuvieron de esta verdad los gentiles. Del emperador Alejandro refieren muchos autores que cuando emprendió la conquista del mundo, repartió toda su hacienda a los soldados. Y dando una heredad

insigne a uno de sus capitanes, llamado Perdica,¹² le reconvino éste, diciendo: “Pues, Señor, ¿qué os ha de quedar a vos?” Y el gran Alejandro le respondió: “Que le bastaba la esperanza”. A la cual respuesta añadió el fiel capitán: “Esa sea común a mí y a mis compañeros, supuesto que llevados de la esperanza y faltos de la posesión, con mayor brío y esfuerzo acometeremos las batallas y triunfaremos de las enemigas huestes hasta hacernos señores del universo”. De esta manera vivió la sierva de Dios peleando constante toda su vida hasta conquistar el cielo, dejando y despreciando desde su niñez todas las cosas de la tierra, como impedimentos para la espiritual milicia. Con la esperanza de la eterna felicidad, alentaba y esforzaba su constante perseverancia para conseguir la corona de la celestial gloria; porque como persona que no tenía cosa en la tierra, procuraba hacerse rica en la bienaventuranza.

[18] Ni es contra la firmeza y perfección de esta soberana virtud aquel continuo llanto (de que hice mención en el segundo libro) en que vivió en este mundo la sierva de Dios, temerosa de ofender a su dios infinito y justamente poderoso, y de condenarse por sus propias culpas; porque estos santos temores fueron argumentos y real prueba de lo acertado y seguro de su católica esperanza. Pues como nos enseñan los sumos pontífices y doctores cristianos: “Los dos polos sobre que se funda la perfección católica y las columnas que sustentan la virtud firme y verdadera, son el temor y la esperanza. Con estos dos compañeros camina un alma animosa, segura, alentada y defendida; porque en faltándole uno de estos dos cimientos y apoyos en que estriba el próspero acierto de todas las acciones, o desmayara el espíritu desalentado o se perderá y morirá a manos de su misma confianza” [Apostilla: Inocencio, 3, *Sermón de adviento*, 1, 3]. La venerable Catarina de San Juan traía presente el reino de los cielos y la eterna felicidad en aquel perpetuo descanso, y con esta consideración se conservaba y crecía la esperanza de una indeficiente gloria. Pero juntamente vivía en una continua memoria de la eterna pena que le podía caber por sus propias culpas, pues todo aquello que es posible, se puede esperar y temer. Y por eso, aunque esperaba la sierva del Señor salvarse como algunos, recelaba el condenarse como muchos: “Pues son pocos los que se salvan y muchos los que se condenan” [Apostilla: Mateo 10]. Y con este pensamiento no se engreía presumida, como se experimenta en algunos vanos y luciferinos espíritus, ni se desalentaba

¹² Se refiere a Pérdicas, general de Alejandro Magno.

cobarde, como otros pusilánimes y desesperados ánimos. Esta ejemplar esperanza es tan propia del cristianismo, que es documento no menos que del apóstol de las gentes, cuando haciendo comparación de las cosas que viven debajo de la jurisdicción de la vista y de las que se escapan de su dominio, dice: “Que estas son indeficientes y eternas. Y que aquellas son perecederas, caducas y momentáneas”; [Apostilla: Segunda epístola a los corintios 4] de manera que para menospreciar lo caduco de este siglo y anhelar a lo perpetuo de una bienaventurada patria, no nos propuso el premio de su reino y eterno paraíso, sino las cosas eternas; porque estas no solamente son los premios que Dios tiene consignados a los justos, sino también las penas y castigos diputados¹³ para los pecadores. Y de lo uno y de lo otro hizo mención san Pablo, pues así la gloria como la pena son eternas, para que cada uno escoja lo que mejor le estuviere. Y que sabiendo el malo que hay pena y castigo eterno, tema caer en manos de un juez infinitamente poderoso; y sabiendo el justo, que hay descanso y gloria perpetua, se anime a trabajar y caminar, volando aguijado con la espuela del premio que le aguarda y con las alas del descanso que le espera. Advirtieron algunas personas en nuestra Catarina un llorar, un gemir y un suspirar casi continuo por una buena muerte, por un rinconcillo glorioso en el cielo, el más retirado del trono de la suprema majestad. Y notaban inadvertidas la poca fe y corta esperanza de esta venerable mujer, juzgando temerarias predominaba en ella la pusilanimidad y cobardía de un débil y femíneo sexo y corazón. Queden desde hoy con el ejemplo de Catarina calificadas de ignorantes y demasiadamente presumidas estas censuras. Y acuérdense del aviso que dio aquel esforzado capitán y experimentado combatiente, en la corporal y espiritual milicia, el santo rey David, cuando dijo: “Que los sucesos de la guerra son muy varios y mudables”; [Apostilla: 2 Reyes 11] porque el que hoy se goza vencedor y alborozado triunfante, otro día se ve abatido y llora postrado. En ninguna otra materia es más necesaria esta doctrina que en la de estado del alma y camino del espíritu, cuya subida es para cumbre tan alta, que sólo se puede medir por las distancias que hay desde la tierra al cielo. Y así, para el acierto y seguridad, es forzoso que los escalones de las virtudes donde estriban los pies, sean muchos y que haya dos como barandas o arrimos para las manos de los que suben y bajan. Y si estos dos lados y apoyos se forman de la esperanza de la gloria y del temor de perderla, subirá seguro el cristiano que

¹³ “Diputados”, es decir, “destinados”.

aspira a la eterna felicidad; porque con este sazonado temperamento de lo amargo del temer y de lo dulce de la esperanza llegará el católico caminante a hollar la encumbrada parte que tocaba la escala de Jacob, por la cual subían y bajaban los espíritus de las celestiales moradas. Por esta escala de la perfección figurada y simbolizada en la del santo Jacob subió Catarina con seguridad al eterno y deseado término de la bienaventuranza, dejándonos esta cierta enseñanza: que para asegurar la estabilidad de la gracia en el camino del cielo son necesarias estas dos alas, que son el temor y la esperanza, para que cuando la esperanza nos hiciese demasíadamente confiados, el temor temple esa presunción desordenada.

CAPÍTULO 2

DEL ARDENTÍSIMO AMOR QUE TUVO A DIOS Y DE ALGUNOS DE SUS MARAVILLOSOS EFECTOS

1. De cuán poderoso se ostentaba el divino amor en esta escogidísima alma

[19] Con la frecuente comunicación que tenía Catarina con el Señor y con la fuerte y estrecha unión de la grandeza de su fe y firmeza de su esperanza, experimentaba la sierva de Dios tales y tantos maravillosos efectos de la Omnipotencia enamorada de su constancia, que llegó el divino amor a ser tan dueño de la voluntad de esta su creatura, que todo el poder del amor propio se dio por vencido y se hizo tributario y pechero del amor del Todopoderoso. Éste bien conoció en sí esta creatura en el principio de sus peleas y victorias, diciendo repetidas veces lo que decía la otra alma santa: “Toda mi voluntad es del divino amor. Él es mi voluntad y en ella ha puesto su bandera para espanto de sus enemigos” [Apostilla: Cantares 1]. Con este presidio¹⁴ salía siempre vencedora de todos los combatientes que se opusieron al apóstol san Pablo para apartarle de Cristo, asestando contra él todos sus tiros: la tribulación, la angustia, la desnudez, el hambre, el peligro, la persecución y la espada; el temor de la muerte y el amor de la vida; los príncipes del infierno y los poderíos del mundo; lo encumbrado de la honra y lo

¹⁴ Socorro, amparo.

profundo del desprecio; lo que insta de presente y lo que amenaza de futuro [Apostilla: Epístola a los romanos 8]. Todo este ejército se dio por vencido del amor de Dios que reinaba en su sierva, porque en hallándose fatigada de los trabajos pasados, acosada de los males presentes y amenazada de los futuros, conseguía de todos sus enemigos victoria, sólo con decir: “Más padeció por mí el Señor; más debo padecer por mi amado. Hágase en mí su santísima voluntad, que con su divino querer seré muro invencible y mis pechos fortaleza incontrastable”. [Apostilla: Cantares 8]

[20] Este divino amor la obligaba a buscar la voluntad de su creador con las dos principales potencias del alma, entendimiento y voluntad; porque el que ama está en el amado con todo su entender y querer; con el entendimiento escudriñando lo más íntimo y oculto de la divina voluntad; y con el amor abrazándose con todo lo que quiere el absoluto poder; porque el amante no tiene otro querer que la voluntad de su amigo. Esta divina voluntad era el primer mobile¹⁵ que llevaba tras de sí todas las acciones del cuerpo y los movimientos todos de su alma. Con el conocimiento de que era la voluntad de Dios, se facilitaba en nuestra Catarina el ejercicio de todas las virtudes y quedaba triunfante en todas las batallas que le presentaban los enemigos del alma y cuerpo; y venía el cumplimiento de toda la ley verdadera de Cristo, mostrando que amaba a su dios en la guarda de los mandamientos y divinos consejos, que es lo que pide y manda el Señor a sus fieles por pluma de su benjamín, el evangelista Juan [Apostilla: Juan 14].

[21] Creció tanto este amor en el corazón de nuestra Catarina, que cada día se esmeraba en excesos y se aventajaba en finezas con su divino amante. Este amor fue el que la desamoró de los bienes presentes, de manera que a los tres años de su edad, en que le previno el cielo con el uso de la razón, la obligó, como dijimos en el principio de la historia, a rogar a la gloriosa santa Ana que la admitiese por criada o por esclava de los esclavos de su sagrada familia, sin reparar en desterrarse de su tierra, de su casa y parientes, por seguir y acompañar a Jesús. Y después que Cristo la escogió por amante suyo, le daba todos los días gracias por haberla sacado de su patria y apartado de los cariños y reales regalos de sus nobles padres; que es la fineza que notó san Jerónimo en el amor de Abraham cuando se desterró de su patria por obedecer a su dios [Apostilla: Génesis 12]. Este amor la desamoró de las riquezas y así escogió desde niña una profunda pobreza,

15 El primer móvil, el principio de todo.

viviendo siempre a la providencia; como escribiremos, cuando se trate de esta materia. Este amor la desamoró de sí misma, olvidándose de sí, sino es para mortificarse y entregar su vida a rigurosos tormentos, por desempeñarse en la forma que podía del retorno que debía a su dios, como consta de los capítulos de su humildad, mortificación, paciencia y de toda la historia, ejecutoriada con multiplicados casos y ejemplos que nos dejó en toda su prodigiosa vida. Este amor la hizo desamorarse de su hermosura, que es lo más que se puede decir de una mujer, trocándola por fealdades para que todos la despreciasen y ella pudiese querer y buscar a su querido esposo.

[22] El primer ejercicio con que la subió el Señor a la cumbre de la perfección del amor de Dios fue el hacer la voluntad de su amado: “Hágase en mí tu voluntad, señor y redentor mío, como se hace en el cielo”. Era su consuelo y remedio. Y con esta resignación mereció que le enseñase el divino maestro que toda la suma de la perfección estaba en la obra y guarda de aquellas palabras: “Amarás a tu dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas; y a tu prójimo como a ti mismo” [Apostilla: Marcos 12]. De aquí le nacía el alegrarse y ofrecerse gustosa a pelear y batallar hasta rendir una y mil vidas por el amor de Dios y del prójimo, ofreciendo siempre al divino poder las victorias, como a fuente de todos los bienes. Este es uno de los principales asuntos de este libro y una de las más importantes y provechosas materias que nos dejó para la imitación nuestra Catarina, autorizada con amontonados y prodigiosos ejemplos de un ardentísimo amor de Dios y abrasada caridad con todas las creaturas. Se conservó y se aumentó este divino amor en la sierva del Señor por todos los días de su larga vida, con el conocimiento que tuvo de lo que Dios la amaba y por las veras con que procuró corresponder a las finezas de la Omnipotencia enamorada de su escogidísima alma. Se le representó Jesús entre otras muchas ocasiones, un jueves santo en la noche, el año de mil seiscientos y ochenta y tres, en forma de un hermosísimo mancebo. Y acariciándola amoroso el divino amante le preguntó repetidas veces si lo amaba (así como lo hizo el Señor en otra ocasión con su vicario y cabeza de la Iglesia, el apóstol san Pedro). Respondió Catarina otras tantas veces al divino maestro: “Yo no sé, Señor, si te amo. Pero tú que penetras los secretos de mi corazón, sabrás muy bien la grandeza o cortedad de mi amor”. [Apostilla: Juan 21] A esta respuesta de su creatura, correspondió la eterna sabiduría trayéndole a la memoria innumerables finezas que había experimentado de su soberana mano y otras muchas con que había ella correspondido. Y sólo con este infuso conocimiento, se halló anegada en un

gustoso golfo de llamas y tormenta dichosa de incendios del divino amor; porque solamente donde hay correspondencia, el amor crece y se conserva. No parece que iban lejos de esta verdad los antiguos cuando fingieron que habiendo parido la diosa Venus a Cupido y reconociendo que el rapaz no crecía, consultó a la diosa Temis sobre el medio que escogería para las medras del niño, la cual respondió: “Que necesitaba de otro cupido que se criase con él, y con esta diligencia vería lo que el chicuelo medraba”. Le nació otro niño, a quien pusieron por nombre Anteros, y sólo con la presencia y compañía de este su hermano, comenzó luego Cupido a cobrar alas y a extender las plumas, conservándose floreciente y vigoroso. Con esta ficción quisieron dar a entender los antiguos que para la conservación y aumento del amor es necesaria y forzosa la correspondencia recíproca de los que se aman. Por este medio aumentó Dios en su sierva los incendios de su divino amor. Otros y otras quieren que arda en sus pechos el amor de Dios, sin que les cueste, ni hacer de su parte, pretendiendo que venga todo de la mano de su creador. Y por este camino viven descaminadas, pues no puede crecer ni aun conservarse en sus almas el divino amor, pues es necesario que se mancomunen y confederen las finezas del Creador y las correspondencias en la cooperación de sus creaturas.

2. De los excesos del divino amor que reverberaba y aun rebosaba en su sierva, favorecida del humanado Verbo

[23] Hablando san Gregorio Nacianceno de las cosas que el hombre ofrece a Dios y de las que en retorno y como en recambio le vuelve, dice: “En la casa de Dios, sí que se puede negociar. En ella puede un hombre lograr felicísimos lances, pues dejando por su amor cosas de tan poca importancia, hollando cosas tan vanas, viene a conseguir cosas tan altas y divinas”. [Apostilla: San Gregorio Nacianceno, *Epístolas*, 21] ¡Oh, feliz negociación! ¿Que deje el hombre estiércol y le den oro? ¿Que menosprecie tierra y en cambio le vuelvan cielo? ¡Qué mayor dicha de negociar! ¡Qué mayor felicidad de contratar! Parece que le falta a Dios la sabiduría y que como si no conociera la calidad de lo que recibe y el precio de lo que da, le engaña el hombre. Para prueba de esta verdad, basta el acordarnos de que el eterno Verbo descendió de las altas y soberanas cumbres de la celestial corte de la infinita gloria al humilde valle de tantas lágrimas, a tratar y contratar con sus creaturas, a feriar y cambiar lo que tienen. Así se explicó el águila de los doctores, san Agustín, diciendo: “Se hace el divino amante de las almas solícito negociante.

Viene por lo que hay en la tierra y en trueque y cambio trae lo que hay en el cielo: gloria, descanso, cumplidísima abundancia de todos los bienes; y eterna falta de todos los males que hay en la tierra: azotes, bofetadas, afrentas, coronas de espinas, cruces, muertes, dolores, falta de todos los bienes y sobra de todos los males”. [Apostilla: San Agustín, *Fragmentos*, 7, tomo 9] Pues este grande mercader descendió del cielo a la tierra a dar por penas glorias, por fatigas descansos, por lágrimas risas y por muerte vida. Y de quien así cambia, qué diremos, supuesto que no le falta sabiduría y conocimiento, sino que el amor es tan infinito, la caridad tan inmensa, que con ser (como dice Daniel) el antiguo de los días, le hace hacer estos extremos y que parezca menor de edad. Todo este preámbulo y noticia de los excesos del divino amor con el hombre presupongo con atención, para que el piadoso lector no tanto se admire cuanto se confirme, en que Dios es siempre el mismo y que en todos los tiempos se ostenta admirable en sus siervos.

[24] Ya tengo insinuado lo mucho que padecía la sierva de Dios en las ausencias de su divino amante; y que lo desabrido de esta pena y dolor, causaba en su corazón varios y contrarios efectos que la obligaban a prorrumpir en multiplicados suspiros y deseos de hallarle. Decía: “¿Dónde te perdí, bien mío? ¿Dónde te hallaré, hermosa flor del campo? ¿Dónde te buscaré? ¿Dónde estás? ¡Ay, mi Jesús! ¿Qué haré? ¡Ay de mí! ¿Qué será de mí?” Y entre estos afectos tiernos, se desahogaba con lágrimas y suspiros, llorando y gimiendo como triste tórtola ausente de su consorte, y balando como corderita perdida de su pastor. Cuando el Señor se le dejaba ver, le decía amoroso: “¿Qué tienes hija? ¿Qué te aflige? ¿Aquí no estoy contigo?” A las cuales palabras, respondía la sierva de Dios: “¡Ah, Señor! ¡Que no estás conmigo o te me has escondido! Y como eres todo mi bien, mi padre y redentor, en ausentándote tú, todo me falta y se conjuran y mancomunan contra mí todas las penas.” El Señor entre estas amarguras y congojosas ansias, solía convidarla con sus honestos y divinos brazos, dándole el nombre de paloma y amada suya; con las cuales palabras se llenaba de tanto amor, que vencidas las ordinarias repugnancias de su verdadera humildad, se arrojaba como embriagada a los brazos de su dios, diciendo gozosa: “¡Ya he hallado a mi divino amante! Lo tengo asido. No le he de soltar por bienes algunos, aunque lluevan sobre mi trabajos y tormentos, y pelee contra mí todo el infierno”. De estos generosos afectos y excesos de amor, hizo el Señor muchas veces experiencia y real prueba, procurando [a nuestro modo de entender] desasirse y apartarse de su creatura; haciendo ya del vencido, ya del vencedor; dejándola en otra más obscura noche y en lo más amargo y terrible de sus desamparos.

[25] En otras ocasiones, arrebatava el poderoso y divino amor las potencias superiores de su creatura y la llevaba a lo más ameno y florido de un espiritual paraíso, donde con demostraciones de ocultarse entre las ramas, le tiraba frutas y flores para que se entretuviese. Pero el alma, como verdadera y fina amante de Dios, le amaba más que sus dones, y con las alas del amor que su Majestad le había comunicado, iba en su seguimiento hasta darle alcance. Y en cogiéndole, volvía a blasonar:¹⁶ “Ya, Señor, te cogí. Ahora no te tengo de dejar”. A que replicaba el divino amante, diciendo: “Que se quería ir a pasear sobre las encrespadas ondas del mar”. Y ella respondía: “Pues allá iré contigo, Señor. Y estando tú conmigo, no temo los riesgos de ese borrascoso elemento”. Después la amenazaba con el purgatorio y el infierno donde quería irse, y el alma encendida y abrasada en los incendios del divino amor, decía: “Pues vamos juntos a registrar esos tenebrosos senos, que estando yo en tu compañía, nada temo y nada puede empecerme”. Finalmente la amenazaba, diciéndole: “Y si te aparto de mí y te dejo dentro de las voraces llamas, ¿qué harás, creatura mía?” Y la sierva de Dios respondía constante y valerosa: “¿Cómo, Señor, puede ser eso, si te tengo tan fuertemente asido? No hay que tratar de ausentarte. No te he de soltar, ni me he de apartar de ti un punto; porque tú eres la azucena entre espinas y la hermosura de los valles. Tú eres mi rey, mi padre, mi redentor y mi único amado. Contigo sólo estoy satisfecha y sin ti todo me falta”. Más fuertemente asido tenía esta alma a su dios que Jacob al ángel; porque Jacob soltó de la prisión de sus brazos al Señor representado en el ángel, luego que le echó la bendición. Pero esta escogidísima creatura decía a su creador que no buscaba por fin último la bendición, sino al mismo Señor; porque no luchaba tanto por sus bienes, cuanto por el que es dueño y autor de todo lo que tiene ser. Lo tenía tan fuertemente asido, que ni sus beneficios, ni la muerte ni el infierno, podían apartarla. El bien inmenso de Dios entre los brazos honestos de esta su creatura, la satisfacía y llenaba tanto, que ponía fin a sus ansias y en quietud al amor con que le buscaba. Finalmente, Catarina andaba desvelada por no apartarse de Jesús y Jesús andaba como desalado por conservar en estrecha unión de amistad a su querida esposa, a quien agasajaba cariñoso y a quien se acogía, como si su inocencia y virginal pureza recompensara las fatigas que, a nuestro modo de entender, le causaban las ofensas de los hombres.

¹⁶ Presumir, ostentar como propio.

[26] Estaba un día nuestra venerable Catarina hecha un mar amargo de congojas, pareciéndole que vivía en este mundo descaminada, y fijando los ojos de su ilustrada alma en un Cristo crucificado, le pareció que se le mostraba con todo el sagrado pecho abierto, convidándola a que se guareciese en aquel sagrario de su infinita misericordia. La sierva del Señor, con el conocimiento de su indignidad, se acortaba y resistía; pero continuándose por muchos días la soberana visión, le iba mostrando la suma sapiencia dentro de su humanado, herido y divino pecho, tantos y ocultos misterios, tantos y soberanos secretos; ya de los que padeció en lo interior y exterior Jesús por su alma y por el mundo, ya de los sucesos futuros, con que castigando a unos y avisando a otros, procuraba nuestro redentor la salvación de sus creaturas redimidas con su preciosísima sangre. Y le preguntó el confesor en una de estas ocasiones en que veía todo el mundo redimido dentro del pecho y divino costado, cómo se hallaba en aquel sacrosanto sagrario de su dios humanado. Y respondió: “Eso no puede explicarse; porque no hay cama de flores olorosas tan deliciosa, ni hay comparación en las fragancias terrenas, para explicar los gozos y consuelos que experimenta mi alma cuando se halla en este celestial retrete.¹⁷ Muchas veces me veo obligada a pedir y clamar al Señor que suspenda el raudal copioso de sus misericordias, porque se reconoce mi espíritu anegado en un océano de júbilos y celestiales deleites, en que padece mi alma una terrible tormenta desecha de glorias”. Este favor se alternaba con mutua correspondencia, representándosele Jesús muchas veces dentro de su propio pecho. Y en prueba de este beneficio, podíamos referir tantos regalos y soberanas mercedes que solas ellas llenasen y compusiesen un libro. Pero no quiero omitir la siguiente, que sucedió en los meses de octubre y noviembre de mil seiscientos y setenta y tres.

[27] Vio por dilatado tiempo dentro de su mismo pecho al Señor [regalo muchas veces repetido] tan alegre, como que se estaba regalando en un suave y florido lecho, comunicándole tales consuelos y gozos, que no pudiendo Catarina explicarlos ni aun sufrirlos, vivía todos aquellos días desatinada y como anegada en un profundo mar de dulces aguas, y en un cielo de glorias que por excesivas le parecían penas. Al fin de los dos meses o cerca de ellos que estuvo en posesión de este singular favor, le sobrevino un pensamiento de que otras creaturas que buscaban al Señor carecían de

¹⁷ Lugar pequeño y apartado, propio para retirarse.

aquella espiritual y divina presencia por detenerse tanto tiempo la suprema majestad en el honesto retrete de su pecho. Y tuvo tanta eficacia esta imaginación en la grande candidez de su ánimo, que arrebatada de la caridad y atropellando con su propia conveniencia, prorrumplía entre lágrimas y suspiros tiernos en estas y semejantes voces: “Apártate, Señor, de mí. Desampara mi corazón y vete a alumbrar el mundo y a encender en llamas de amor todas las otras almas escogidas”. Se resistía la divina presencia a los ruegos de su querida esposa, haciendo del que no había de hallar igual relicario entre todas las creaturas del mundo. Pero instando la sierva de Dios con gemidos de su corazón y ternuras de su alma, a toda la corte del empíreo que viniesen por el supremo príncipe de su gloria; vio descender, entre otros muchos cortesanos celestes, a dos alados y bienaventurados espíritus, que hincándose de rodillas delante de esta esclarecida virgen con una toalla o lienzo blanquísimo en las manos, le suspendieron los sentidos y potencias, y en una misteriosa representación le abrieron el pecho y con profunda humillación se pusieron a esperar quisiese su rey y creador salir de aquel virgíneo y florido retrete. Pero aunque los ángeles le rogaban y su regalada esposa le persuadía, el Niño Dios se detenía y aun se retiraba hacia lo más profundo y secreto del corazón de su sierva, con ademanes y demostraciones de sentimiento de apartarse del amoroso y caritativo pecho de Catarina, de donde la favorecía con tantas gracias, que aun para fingidas parecieran exorbitantes a los no experimentados en la escuela del divino amor. Una de ellas fue el comunicarle por todo este tiempo tales llamas de amor y de encendida caridad, que abrasado el pecho en ardores, pasaba el fuego la ropa y le obligaba a andar desabrochada y a procurar la respiración con suspiros y clamores al cielo, por no acabar hecha pavesa o ceniza en aquel gustoso golfo de llamas y tormenta dichosa de incendios.

[28] Con la continuación o repetición de estos regalos y favores fue creciendo el amor de estos dos honestos amantes, hasta llegar a causar (a nuestro modo de entender) mutuos éxtasis en sus corazones, que manifestaron lo excesivo de la caridad de Cristo para con su sierva y lo fino del amor de Catarina para con su dios. Porque cuando el amor es mucho, no puede estar muy en sí el que ama; ni ha habido amor grande en el mundo que no obligase al amante a salir de sí y hacer cosas que a la primera vista no pareciesen imposibles con la razón bien ordenada. Dijo el Sinaíta: “Con exceso de amor salió de sí el divino verbo, haciéndose lo que no era, sin dejar de ser lo que era cuando se vistió de carne, se hizo mortal; quiso gustar del sueño de la muerte y tomar forma de siervo, ocultando su inmensa

majestad”. Pues este mismo amor empeñó a Jesús y le obligó a salir tanto de sí, que no parecía el que era en la comunicación y trato familiar que tenía con esta su querida esposa, representándosele muchas veces con amorosas dolencias de corazón, para significarle la grandeza de su amor y el generoso pecho de las tiernas entrañas de un dios enamorado, que por el bien del hombre, por sus acrecentamientos y mejoras, tomó forma de siervo, no sólo en representación sino en la realidad se puso (como nos lo asegura san Cirilo Alejandrino)¹⁸ [Apostilla: San Cirilo, *Ap. deth in Cat Aurea*] y expuso a tantas penalidades, a tantos trabajos y desvelos, como fueron el que le pisasen, amancillasen su soberano rostro, le escupiesen, abofeteasen y el que le cosiesen contra un afrentoso palo. Por todo esto pasó el Señor por el bien y utilidad de sus creaturas. Y para causar en ellas la piadosa remembranza de su muerte y pasión, se suele mostrar a las almas en imágenes, formas y figuras como pasible, aun cuando ya en su reino es incapaz de padecer.

[29] En prueba de esta verdad fue muy singular la visión que tuvo esta esclarecida virgen en primeros del año de setenta y nueve. Vio a la santísima humanidad de Cristo crucificado como engastada en la superficie de su corazón, haciendo del que quería apartarse de esta su querida esposa y del que no podía, por la resistencia de la virtud del corazón de su sierva, que como piedra imán le detenía y atraía a sí, para que se penetrase y no se apartarse ni dividiese de él. En esta misteriosa lucha, advirtió Catarina que estaba el divino amante como agonizando, herido del suave arpón de su creatura entre congojosas ansias de muerte, y que representándosele hombre en el amor, manifestaba los afectos que causa la ausencia entre dos que se quieren bien. Esto mismo notaron los sagrados intérpretes en el Señor [Apostilla: Nicolás de Lira], cuando la noche de la cena conversando con su querido rebaño, les dijo con denodado esfuerzo y alentado brío: “¡Ea, discípulos míos! ¡Levantaos y vamos de aquí!” [Apostilla: Juan 14] Y en acabando de pronunciar estas palabras, prosigue sentado con ellos el misterioso y largo razonamiento que refiere san Juan, diciéndoles: “Yo soy la verdadera vid y vosotros sois los sarmientos”. [Apostilla: Juan 15] Porque así como la vid en apartando de ella los sarmientos, como en demostración de su amarga tristeza, luego llora, en podándola, luego vierte lágrimas; así también el Señor por una parte les decía: “Vamos de aquí”, y por otra parte parece que se quedaba de asiento con ellos; porque no hay cosa que más se

¹⁸ Patriarca de Alejandría en el siglo v.

sienta que el partirse y dividirse de los que mucho se aman y quieren. Estos mismos efectos y encontrados afectos experimentaba en sí Catarina; porque por una parte, impelida de su ardiente caridad, rogaba al Señor que se apartase y fuese a alumbrar al mundo; y por otra parte, al tiempo de ausentarse, luchaba con la divina majestad por detenerle y obligarle a que se volviera a entrar dentro del corazón. Y para mostrar el humanado Verbo cuán grande y poderoso era el amor de su querida esposa en esta espiritual batalla, le dijo: “Déjame, Catarina, que me arrancas el corazón y el alma”. A las cuales palabras respondió la sierva de Dios llena y como embriagada del divino amor: “No hay que tratar, Señor, de resistiros, que os habéis de volver a penetrar con el corazón que creasteis para que os ame y sirva, sin apartarse en ningún tiempo de vos”. Hizo finalmente del vencido en esta ocasión el divino y poderoso amante, y lograron las finezas de esta dichosa alma una unión tan fuerte con su redentor, que comunicándosele los excesos del amor divino, se vio obligada a pedir se templasen los ardores de sus llamas y se mitigase lo fogoso de sus incendios, por no prorrumper en palabras y acciones que pareciesen locuras de amante o por no agonizar y morir en medio de tanto fuego. Estas palabras, de que “le arrancaba el corazón”, se las repitió muchas veces el divino esposo. Y en otras muchas más ocasiones prorrumpió Catarina en semejantes voces, diciendo a su creador: “Modera, Señor, tus favores, que me arrancas y despedazas el corazón”.

3. De varios favores y regalos con que el divino ser trino y uno ostentó los excesos del mutuo amor con que estaba unido y estrechamente enlazado con esta escogidísima alma

[30] De la amorosa y suave unión que dije en los capítulos pasados tenía esta esclarecida virgen con Dios, resultaba una continua presencia con que la regalaba su único amado y verdadero amante, que vive más donde ama que donde anima. Y cuando el amante es Dios, se hace de varios modos presente, como lo experimentaba esta su sierva y se puede colegir del discurso de toda su vida, comunicándosele y uniéndose con su bendita alma por modos tan singulares y desacostumbrados, que los particulares efectos que sentía pudieran asegurarle que estaba llena y rodeaba del ser inmenso de Dios. Porque en los ilustrados ojos del alma se le representaba claramente que estaba dentro de un golfo de divinidad, donde dentro y fuera de sí no hallaba más que Dios y más Dios. En otras ocasiones experimentaba este divino ser con un modo tan particular, tan presente, que sin ver, oír,

ni sentirle, estaba cierta de su divina presencia. De este modo de presencia entendían los confesores a Catarina, cuando suponiendo repetidas veces que estaba con el Señor, le preguntaban que dónde y cómo experimentaba la asistencia de la suprema majestad. Respondía ella alegre y gozosa: “Pues, ¿aquí no está conmigo? ¿Qué fuera de mí si me faltara la divina presencia?”. A estos modos de presencia le ayudaban mucho las visiones, en que veía todo el mundo ocupado y lleno de la grandeza inmensa de Dios, como la especial que referí en el número 199 del segundo libro de esta historia, cuando vio el corazón de Dios inmenso que abrazaba y abrasaba a todo el orbe creado y redimido con su preciosa sangre y caridad infinita.

[31] La presencia del divino Verbo humanado era tan frecuente y por modo tan realzado; como lo demuestran las innumerables visiones que tuvo de su divino amante, dejándosele ver ya en forma de mancebo galán, honestamente enamorado de su alma y de las preciosas virtudes con que la tenía su omnipotencia enriquecida, como a una de sus más queridas esposas. Y esta presencia se reconocía en sus soberanos efectos, dándose a conocer y aun a sentir en el regazo, entre los brazos, en el lecho, y a su lado en las calles e iglesias, avivando estas divinas y especialísimas asistencias con la suavidad de sus voces, de celestiales músicas y ungüentos de sus soberanas fragancias. Esta verdad está autorizada ya en la historia con amontonadas experiencias y se confirmará en los capítulos siguientes con otros más singulares y admirables favores. A este género de presencia podemos reducir las divinas asistencias en que se le mostraba Dios como padre y maestro, como juez supremo, como lucero, como sol y como redentor en los pasos de su sagrada pasión, o como triunfante en representación de los misterios gloriosos de su resurrección y ascensión. Semejante y no menos repetida fue la visión y presencia con que le regalaba el Señor vestido de rosas, flores y de piedras preciosas, mostrándosele con una palma, ramo o ramillete u otros jeroglíficos en la mano, que significaban los triunfos y perfecciones de su amada y querida esposa. Y de estas presencias parece que hablaba Catarina cuando decía que se le retiraba su divino amante, suspendiendo las corrientes de sus consuelos y dando lugar a las congojas y penas que la obligaban a gemir y suspirar por su consorte cual tórtola solitaria.

[32] No era menos ordinario el modo de presencia con que la favorecía el divino esposo sacramentado, manifestándole la belleza de su rostro frecuentemente, no sólo en la iglesia, donde los ojos del cuerpo

miran los accidentes¹⁹ y el alma adora a Cristo encubierto, sino también en las calles, en su casa y en el lecho; pues como tengo escrito, se le mostraba el Señor muchas veces en los templos, en que era festejado y alabado de sus creaturas, donde con la especial y soberana luz que tan liberalmente le comunicaba, lo veía encubierto o al descubierto y sin el disfraz de los accidentes. Con este modo de presencia consideraba y sentía a su dios sacramentado dentro de sí misma, con quien se hallaba en aquella dulce conversación que el espíritu del Señor quiere y acostumbra tener con las almas sencillas e inocentes, que desnudándose de sí mismas se hallan copiosamente llenas de la divinidad y se ven obligadas a prorrumper en actos de amor, gozo y confianza. Estos y otros maravillosos efectos experimentaba Catarina considerando y mirando la grandeza e inexplicable hermosura que tenía dentro de su pecho, donde le adoraba y reverenciaba humilde y rendida. Y con estos sentimientos crecía y se avivaba la fe de esta esclarecida virgen, tanto, que le parecía no faltaba más que tocarle con las manos, como solemos decir, cierta y asegurada de la presencia de su divino amante. En estas espirituales y soberanas uniones de Cristo [...],²⁰ Catarina ponderaba y aseguraba se hallaba llagada y herida con flechas de amor encendido, que causaba en su corazón y alma un tan rendido como sabroso encogimiento; un dolor suave y gustoso, una pena alegre, y tan delicado sentimiento que le parecía inexplicable su dulzura y vehemencia. Y preguntada en estas ocasiones si prorrumplía su enamorada y favorecida alma en algunos afectos, respondía lo que dicen los leídos y experimentados maestros de la Teología Mística, y es: “Que se desahogaba entonces su espíritu con suspiros tiernos; requiebros amorosos; encendidos afectos; júbilos celestiales; paz, gozo, unión, tranquilidad; y un modo de amar al Altísimo, tan extraordinario a su espíritu, que ella no podía decir”. Finalmente, en esta unión tan repetida y estrecha, se reconocía esta dichosa alma herida y prisionera con lazos del divino amor que inflamaba su voluntad, de suerte que amaba con lenguas de fuego vivo, lento y sosegado a su creador y redentor, que le comunicaba ardientes rayos de caridad fraterna, deseando el bien de los prójimos, rogando sin cesar

19 Los *accidentes* del sacramento eucarístico son la transformación de los elementos físicos del pan y vino (en el cambio de “sustancia” o “especie”), al verdadero cuerpo y sangre de Cristo. Así pues, lo referido por Ramos es que Catarina observaba la materialidad de la eucaristía pero, a su vez, era consciente de la presencia real de “Cristo encubierto”, quien también se le manifestaba en otros lugares fuera del templo.

20 El original tiene aquí una pequeña laguna.

por los que estaban en pecado mortal, por la conversión de los gentiles, reducción de los herejes, por el bien de los enemigos y ánimas del purgatorio.

[33] Entre los ardores de este amor, ya resplandeciente como una llama, ya encendido como una brasa, ya abrasado y fuerte como un ardiente hierro se veía el espíritu de esta sierva de Dios, de donde se le comunicaban no pocas veces a su virginal cuerpo, sintiéndolo dentro del pecho y aun en lo exterior hacia la parte del corazón; con tanta intensidad, que penetraba el vestido y lo experimentaban eficaz aun las manos ajenas. No dudo que muchas de las enfermedades que padeció fueron efecto de este encendido amor que le inflamaba el corazón y la encendía en calentura. Si bien, lo más ordinario era experimentar con este luciente y vivo fuego, arder en su pecho una soberana luz que le alumbraba; un gusto y gozo tan delicado que derretía el corazón en dulzuras tan extrañas a la naturaleza, que le parecía no pudiera naturalmente sufrir el cuerpo tanta felicidad, a no mantenerla y confortarla la Omnipotencia para que no desfalleciese. En otras ocasiones duraban estos efectos del divino amor por mucho tiempo, y hervía tanto en su pecho que, manifestándose algunas veces en ampollas que resultaban en el cuerpo, la obligaban a andar desabrochada, por no haber bien tan grande en el pequeño vaso de su corazón; siendo así, que el pecho de la sierva de Dios era tan capaz como se lo declaró el Señor con la visión siguiente. En víspera de la concepción de nuestra Señora, año de mil seiscientos y setenta y nueve, acabando de comulgar, se retiró a ponderar y a contemplar la grandeza de Dios en su pecho. Creciendo con esta consideración los fogosos ardores del amor divino, comenzó a quejarse de la pequeñez de su corazón, y recelosa de morir ahogada a la violencia de tanta dulzura y fruición, pidió a la suprema majestad, como otro san Francisco Javier, que templase los exorbitantes y excesivos incendios de amor. Le respondió el Niño Dios manifestándosele dentro de su pecho inclinado hacia el lado del corazón, donde estaba como acariciando a la sierva del Señor, representada en forma de niña muy pequeña y muy agraciada, y anegada en un profundo mar de gozos y júbilos celestiales. En esta plenitud de la felicidad que puede esta vida desearse y poseerse, reparó Catarina que la grandeza y capacidad de su pecho era espaciosísima. Y así, dijo a su querido y divino amante: “Si es tan grande y capaz mi pecho, ¿cómo vivo tan ahogada con los mismos regalos y favores que le ensanchan?” Y el Señor le respondió: “Tan grande y tan capaz es tu pecho como se representa. Y así fue menester lo dispusiese mi misericordiosa omnipotencia, porque pudiesen haber en él tantas y tan singulares mercedes y beneficios. Y aun con todos esos ensanches no pudie-

ras vivir, pues siendo mi amor inmenso e infinito, naturalmente te sofocara y quitara la vida, a no confortarte mi absoluto poder”. Estos incendios del divino amor parece que fueron, en sentir de algunos santos, los que causaron la muerte de la santísima Virgen, sin que concurriese otra enfermedad que amor y más amor.

[34] Otras veces este encendido amor se desahogaba en unos afectos tan ardientes y luminosos, que aspirando a subir hasta el cielo pretendían llevar consigo el alma con todos sus sentidos y potencias. Y reconociendo impedimento en la unión que tiene el espíritu con el cuerpo, se convertían en deseos de morir para ver a Dios cara a cara, sin sombras, sin velos y nubes de semejanzas. Todo era suspirar por las celestiales moradas, con ansias de verse libre del cuerpo mortal y corruptible para volar a las cumbres del empíreo y eterna gloria, como un pajarito ligero por sus plumas, que asido y aprisionado de los pies, bate y juega las alas para volar, hasta que reconociéndose preso y aprisionado, se rinde a los lazos que le aprisionan. Así esta sierva de Dios con deseos y ansias de volar a la gloria, que era su centro, repetía muchas veces: “Mi dios, ¿cuándo te veré? ¿Cuándo moriré? ¿Cuándo gozaré con claridad de tu divina presencia? No más tratar con tus creaturas. Basta de destierros y peregrinaciones. ¿Quién sino tú me podrá apartar de la pesadumbre de este mortal y pesado cuerpo?” Pondere el piadoso lector cuán parecidos son estos actos y afectos del verdadero y fino amor de Dios, al que se había apoderado del corazón del grande predicador y apóstol san Pablo, cuando hablando por escrito con los romanos, refiere de sí casi lo mismo. [Apostilla: Epístola a los romanos 7] Y que cause estos efectos el divino amor en las personas donde hace asiento, lo experimentó y confirmó el Nacianceno, diciendo: “Que desde luego que reconoció en sí al divino amor. Le dio el título de un dulcísimo y sabrosísimo tirano; porque de tal manera tiraniza los sentidos y potencias, que apenas deja entender ni atender a otra cosa más que a buscar, ver y conversar con la persona que bien se quiere”. [Apostilla: San Gregorio Nacianceno, *Oratio in Maximino*] Esta misma verdad sin tormento confesarán los amantes profanos (siendo así, que su amor por el objeto de que se pagan y que los cautiva es limitado, terreno, más aparente y fantástico que verdadero) y dirán que no hay cosa más dulce, paraíso más deleitoso, gloria más gustosa, que hablar y ver la cosa que bien se quiere y ama. Pues qué mucho que el amor de Dios, que es don suyo y que tiene por blanco un bien infinito, arrastre y tiranice las potencias de un alma, de manera que no deje atender, pensar, ni desear otra cosa que la presencia de su único amado. Con

estas ansias y ardientes afectos de no apartarse de su verdadero y divino amante, se halló un día en la triunfante Jerusalén con su dios, alabándolo, engrandeciéndole y pidiéndole remedio para todas las necesidades del mundo y del purgatorio. Y en este soberano deliquio²¹ de amor se hallaba su espíritu sin su amado, trasportadas las potencias de su alma ya en un monte alegre y vistoso de copados árboles; ya en unos jardines bien poblados de rosas hermosas y varias flores; ya en unas montañas peladas, cuya amenidad suplía la diversidad de riquísimas piedras preciosas, que hacían amables y vistosas las serranías que se le proponían por objeto de su vista y le causaban un extraordinario deleite, paz y gozo que experimentaban los sentidos y potencias de su alma, por la suavidad, amenidad y fragancia que despedían de sí y se comunicaban a la sierva de Dios.

[35] Todas estas transformaciones espirituales o imaginarias de flores, rosas y riquezas, se le solían representar ya como en cuadros o tablas de un bien cultivado jardín, ya divididas y amontonadas para caber en aquel dilatado campo y delicioso país. Y para dar lugar a otras de las flores y rosas que, o pasaban de camino junto a la sierva de Dios como si fueran tropas de gente o ejércitos de vivientes racionales, o venían hacia ella como ofreciéndosele y lisonjeándola con su hermosura y fragancia, dejándosele ver en el regazo, en los hombros y como regalándose con su honesto rostro. Otras se le representaban volando por el aposento; otras fijas y apiñadas en macetas o ramilletes vistosos. Finalmente, estas mismas rosas, flores y piedras preciosas le hacían compañía en todo tiempo y lugar, y con especialidad en las horas de su recogimiento, con indecible gusto, consuelo y gozo de su alma. Al preguntarle el confesor si estas flores y rosas eran parecidas a las que vemos acá en la tierra, respondía: “No sé cómo son. Muchas tienen alguna semejanza; otras no tienen comparación en las formas de flores que experimentan y reconocen nuestros ojos. Su materia no es explicable, porque no parece de cristal, ni de plata, ni de oro, ni hay en la tierra metal ni color con qué compararla; como ni la fragancia y aromáticos olores que despiden de sí y comunican a los sentidos del cuerpo y potencias del alma”. Entre estas deliciosas y soberanas felicidades, decía Catarina: “Que contemplaba la hermosura y grandeza de Dios absorta y extática, como dentro de un ameno y florido huerto; porque se hallaba en él con la presencia de su amado, que la asistía con tanta benignidad y tan singular belleza, que no

21 Éxtasis, arrobamiento.

daba lugar a la atención para gozar de todas las otras soberanas delicias, con que la convidaba la representación de este celestial paraíso, símbolo de una eterna gloria”.

[36] Pero decía, que cuando se le ocultaba el Señor entre estas representadas y apetecibles florestas, se le convertía toda la felicidad de su amable recreación en un campo sembrado de abrojos y espinas, recelando que todas estas visiones eran medios más proporcionados para su perdición que para su salvación; porque todo aquel accidental gozo se aguaba con el tormento de una sed insaciable de Dios, a quien buscaba con ansias, a quien llamaba con ternuras, a quien se quejaba con fatigas. Todo su amor gustoso se le convertía en sustos y temores, su esperanza no hallaba donde estribar, y su fe, tan oscura y confusa, que la atormentaba más que la alumbraba para buscar a su divino amante; a quien si le hallaba alguna vez, recelaba se le había de representar tan airado, majestuoso, terrible y formidable, que su presencia la espantase y quitase la vida, con todas las esperanzas de gozarla. De estas repetidas ausencias de su único amado le nacían aquellos ordinarios temores, frecuentes congojas y dudas de condenarse que admiraban muchas veces a los confesores, sin atender a los desamparos y oscuridades con que el Señor probaba las finezas de su enamorada y escogida esposa. Y sin advertir quizás que con estas tan espesas como terribles tinieblas se fortalecía y arraigaba su humildad, el conocimiento de su flaqueza y miseria, de que se avergonzaba, confundía, y como cubierta de un tedioso desmayo se abatía hasta el abismo de su nada y deseaba ser despreciada, y que resplandeciese el atributo de la divina justicia, resignándose en la voluntad y manos de su creador, para que la castigase en esta vida con pobreza y desnudez de todo lo creado. Finalmente, con esta luz oscura de la fe, crecían los deseos de verse con Dios en los soberanos alcázares de los cielos, en aquella ciudad santa donde todo es perpetuo día; de donde están desterradas las tinieblas; donde los muros defensivos son de incontrastable diamante, fundidos todos de metal incorruptible en la turquesa del *fiat*²² de la Omnipotencia. Con estos encendidos deseos de llegar a aquella eterna vista de Dios en que consiste todo bien, clamaba desde lo más profundo de sus desamparos a todas las tres divinas personas. Y estos continuos clamores fueron causa u ocasión de que todo el inmenso ser trino y uno, la favoreciese con singularísimos favores.

22 “Hágase”, la orden de la Creación.

4. Prosigue la misma materia de las demostraciones de amor con que las tres divinas personas se comunicaban a la sierva de Dios, cercada de oscuridades y desamparos

[37] En esta vida como continua de una contemplación tan oscura como realizada, por donde llevaba Dios a esta bendita alma (pensando ella que no tenía ninguna), perseveraba constante en buscar a su dios con las alas de un amor penoso, con las espuelas de un temor espantoso, con las sombras y tinieblas de una confusión triste que la purificaba al paso que la consumía o le despedazaba el corazón; donde el sentimiento espiritual era vehemente e intolerable por la compañía de las temerosas quejas interiores, que las más veces quedaban en el fondo más interior del alma, sin comunicarse al cuerpo, y cuando se le comunicaba algo, quedaba todo descoyuntado con intensísimos dolores y desfallecimientos, cuyo alivio no dependía tanto de medicinas cuanto de consuelos y alientos comunicados del divino poder, por sí o por medio de las palabras de sus ministros. En estas repetidas y dilatadas tribulaciones volvía el divino amor a poner una y otra vez a su amada creatura en el imaginario paraíso, que sirviéndole de espiritual recreación era un campo florido y un huerto de árboles fructíferos con que se confortaban los sentidos del cuerpo y las potencias de su bendita alma. En este remedo del terrenal paraíso, comenzó a ver tres hermosísimos niños por el mes de junio de mil seiscientos y setenta y ocho, que en todo iguales se transformaban a la vista de Catarina en varias formas. Y se vestían estos tres personajes de tantos trajes, que parecía cada una de estas personas un celestial Proteo,²³ porque se dejaban ver en forma ya como de cuerpos humanos con visos y resplandores de gloria; ya en representación de cuerpos transparentes, formados de cristales purísimos; ya transformándose todos en un solo resplandor tan luminoso que la cegaba o impedía la vista; ya en forma de manojitos de ramas y flores, como quienes deseaban ver sin ser vistos; ya armados de punta en blanco, asegurándole de una poderosa protección y omnipotente defensa; ya vestidos de telas riquísimas enriquecidas de preciosa e inestimable pedrería. Todas estas formas y otras más solían variarse entre los tres soberanos niños, dejándosele ver el uno en forma de

²³ En la mitología griega, deidad primigenia que tenía el don de prever el futuro, pero para no ser obligado a hacerlo, cambiaba constantemente de figura. Sólo le auguraba el porvenir al que lograba atraparle.

un hacecito²⁴ vistoso de flores o rosas, y los otros dos de cuerpos gloriosos con los resplandores y esplendores de astros de primera magnitud o del mismo sol. Estos tres divinos personajes se le representaban a la vista en los tiempos de su recogimiento, y con especialidad cuando los crueles y casi continuados martirios la derribaban en el lecho. Se le ponían delante de los ojos o en ala a los pies de la cama, o alrededor o a la cabecera, agasajándola y divirtiéndola con demostraciones de amor que templaban lo insufrible de sus penas y dolores y llenaban su dichosa alma de paz, gozo y aliento para otros mayores martirios.

[38] Pero la misma alma que sentía y experimentaba la grandeza de sus bienhechores en lo extraordinario y soberano de sus efectos, no acababa de conocer ni creer lo que veía y se le representaba; porque su humildad le vendaba los ojos para no dar asenso a lo mismo que entendía. Reconociéndola un día el confesor, con deseos de conocer y comprender lo que se le simbolizaba en estos tres celestes aunque disfrazados personajes, le dijo: “No te inquietes ni dejes llevar de esos curiosos pensamientos, que serán ángeles u otros tres de los bienaventurados que ha determinado el Señor te asistan para la perseverancia en el padecer, por ti y por el mundo”. A las cuales palabras respondió la sierva de Dios: “No son ángeles ni santos, porque tienen un mismo ser, un mismo poder y una misma hermosura y grandeza”. Añadió el confesor: “Pues, ¿serán las tres divinas personas?” A que respondió Catarina: “No me diga eso padre de mi alma. ¿Cómo puede ser que una bestia, un gusanillo y la mayor pecadora del mundo gozase en esta vida miserable de tan singular beneficio? ¿Quién soy yo? ¿Y quién es Dios?” Le preguntó el confesor además si se parecían en los rostros, y respondió: “Tan parecidos y semejantes son que, aunque se me representan con velos y disfraces, entiendo que tienen un mismo semblante y una misma esencia. Pero yo soy una bozal y una ignorante y no sé lo que me digo. Tú eres sabio y ministro del Señor, y lo entenderás y explicarás”. Muy bien entendía el confesor y se persuadía que era la santísima Trinidad la que asistía a la sierva de Dios Catarina de san Juan, y que aquel taparse el rostro era la cortina y velo de la fe con que en esta vida se suele dejar ver el ser de Dios, trino en personas y uno en esencia, a sus escogidos, para que tenga más lugar la fe y el mérito; pero no se lo declaraba ni aseguraba, esperando a que el mismo Señor se lo declarase, o a que ella entre las contradicciones propias de su

24 Manojito, ramito.

verdadera humildad, diese el consentimiento a lo que veía y se le manifestaba con estos tres símbolos, que declaraban la inocencia de Catarina y el mutuo amor con que estaban unidos el creador y su creatura.

[39] No se admire la piedad cristiana de tanta variedad de formas con que se mostraba Dios a esta su sierva; porque como dijo el Crisólogo,²⁵ hablando del humanado Verbo: “Son tan ardientes los deseos y entrañables las ansias del amoroso padre de nuestra salud, a tener gustosamente entretenidas las almas sus escogidas, que obligado de su infinito amor se transforma, siendo uno mismo, en varias formas. Sin mudar de persona, se hace diversos personajes para contemporizar con su gusto; pues por ti, ¡oh alma!, el Señor hace papel de rey; por ti representa el de sacerdote; por ti toma figura de pastor; por ti se viste de cordero; y por ti se hace todo, el que lo fabricó y creó todo. Y el que para sí es inmutable y tan firme, permanece en la forma de su inmutable majestad, por ti se muestra y parece en tantas y misteriosas formas”. [Apostilla: San Pedro Crisólogo, *Sermones*, 71]. Un día que nuestra Catarina se mostró incrédula a todos estos favores con que Dios le aseguraba de su amorosa asistencia, calificando su humildad de sospechosas tantas y tales demostraciones del divino amor, vio que el uno de los tres amorosos niños se convirtió o transformó en un ave blanquísima y de tan grandes alas y bizarra plumería, que no hallaba en la tierra ave con quien compararla, por lo excesivo de su grandeza y hermosura. Y suspensa la sierva del Señor entre las admiraciones que le causaba objeto tan raro como misterioso, sin saber quién le hablaba, oyó una voz que le dijo: “Ése es el Espíritu Santo”. Y aunque en el tiempo de la visión no pudo dudar de la verdad que le manifestaba la voz; pero pasada la luz se volvió al conocimiento de su indignidad, y envuelta en las cenizas de su espíritu verdaderamente humilde, se oscureció el entendimiento y memoria de lo que había visto y oído. Y estando el día siguiente con intolerables dolores su delicado y virginal cuerpo, y el alma llena de amarguras y confusiones, se le volvió a poner delante de los ojos este singular objeto en la misma forma desacostumbrada y nunca vista en el mundo, y le dijo: “¿No me conoces, Catarina?” Y ella respondió: “No te conozco; porque esa forma en que te manifiestas no es de paloma, ni de garza, ni de águila, ni he visto en la tierra cosa que se te parezca”. Añadió el objeto de la visión: “Pues ahora me conocerás por mi poder.” Y arrebatándola el divino amor con la velocidad

²⁵ Pedro Crisólogo (m. 450), padre y doctor de la Iglesia.

y fortaleza de sus alas, la llevó a un desierto y tierra incógnita que no conoció la sierva de Dios; pero reparó que era la tierra arenisca y blanca y que a lo lejos se descubría una arboleda y deliciosa amenidad, habitada de mucha gente, que deseó conocer y saber el nombre de aquel reino y tierra nuevamente descubierta a sus ojos. Mas el ave o espíritu que la llevaba, respondiendo a sus deseos, le dijo: “Deja eso y pídemelo por los habitantes de esta tierra, para que se dispongan a recibir mi gracia”. Advirtió Catarina, que en este viaje iba también asistida de su ángel de guarda, de san José y la santísima Virgen, así como acostumbraba experimentarlo en otros semejantes caminos y vuelos.

[40] Otra noche, estando en su lecho crucificada con mil cuchillos de dolor, se le dejaron ver a los dos lados de su cabecera los dos soberanos niños y en el techo la ya insinuada ave, con la plumería como de cristal fino y transparente, y que abiertas las alas formaba un toldo, pabellón o vistoso cielo, dándole conocimiento de que todas las tres divinas personas estaban asistentes para confortarla, alentarla y defenderla. Y con este especial patrocinio pasó toda aquella terrible y oscura noche, experimentando su delicado y mortificado cuerpo, las ansias y congojas de una espantosa muerte y los rigores de un temporal infierno; y su dichosa alma ocupada toda en padecer y desear más padecer por el mundo y su divino amante, conformándose con la voluntad de Dios, de manera que las amargas penas se le convertían en sabrosas dulzuras. Esta visión se le repitió en muchas continuadas noches, por tiempo de dos meses, con tan constante regularidad que al irse acabando la claridad del día y al irse introduciendo la oscuridad de la noche, se le iban representando y manifestando los tres soberanos objetos en la misma forma, con indicios y enseñanzas de que venía otra noche, símbolo de lo terrible y áspero de su sumo padecer, así como el día es símbolo de lo próspero y suave que en esta vida se goza. Y quizás por eso [en este sentido] están infamados y malquistos los días en boca del Señor [Apostilla: Mateo 6] y pluma de san Pablo, diciéndonos que hay en ellos grande malicia [Apostilla: Epístola a los efesios, 5] y que son malos, fermentados²⁶ y traidores; porque debiéndonos en esta vida exhortar a la noche de la aspereza, de la estrechez y el padecer, nos hablan sólo de lo próspero, nos persuaden a lo blando y nos tratan de lo delicioso. En una ocasión llamó nuestro soberano redentor a san Pedro “Satanás y Demonio” [Apostilla: Mateo 16]. Y si averiguamos la causa y la

²⁶ Falsos o engañosos.

ocasión, diremos con autoridad de Novarino,²⁷ que porque oyendo decir a su divino maestro que le convenía ir a Jerusalén y en aquella ingrata ciudad padecer diversos linajes de afrentas y tormentos, pretendidos y solicitados por los escribas, ancianos y príncipes de los sacerdotes; le comenzó a tirar de la ropa o de la capa, diciéndole que por ningún caso le habían de acontecer semejantes penas y baldones, como persuadiéndole a que no padeciese e intentando impedirle la pasión y estorbarle la cruz; para enseñarnos con esta acción e instruirnos con este ejemplo, que al que nos pretendiere apartar de las sendas estrechas del padecer, al que nos procurare divertir del santo camino de la cruz, a éste le hemos de arrojar de nosotros como si fuera un demonio, un Satanás y un capital adversario.

[41] Nos asegura de buena y verdadera la dicha visión en Catarina, el ver que el espíritu la alumbraba, la convidaba y prevenía para nuevos cristianos combates, y mirar como a un demonio del infierno al que la solicitaba a los deliciosos y mundanos convites. Y esto prueba el renombre y blasón que tantos tiempos antes tenía prevenido a su divino precursor el divino reparador del orbe. Título de ángel le tenía preparado y dispuesto por boca del profeta Malaquías, como por la suya misma lo pronunció el Señor cuando predicó sus alabanzas, y dijo: “Que se le había de dar al Bautista nombre de ángel al prevenir los caminos y sendas, para que el salvador del mundo fuese en él recibido y agasajado”. [Apostillas: Mateo 11, Marcos 1, Lucas 7] Donde se ha de advertir que los sagrados cronistas dicen que todas las prevenciones con que ilustró a los hombres el sagrado precursor, se redujeron a clamar asperezas, exhortar a combates contra la carne y persuadir a luchas contra sus antojos y apetitos; porque todo el Bautista era una rígida aspereza en las austeridades y penitencias [Apostilla: Mateo 3], y por eso se condecora con el timbre de ángel. Ya hemos experimentado almas que desean, buscan, y no tienen quietud y descanso hasta hallar un confesor que las quiera llevar a la eterna gloria, por los caminos y sendas del divertimento y terrenas dulzuras; y leemos también a cada paso en los libros, que ha habido directores y padres de espíritu que no han tenido por espíritu de Satanás ni de un infernal demonio, el desear y procurar a sus penitentes y espirituales hijas hibernos²⁸ serenos, días apacibles, que las convidan a las engañosas delicias, caducos pasatiempos y fementidos deleites de esta frágil

²⁷ Teólogo italiano admirado en la época, especialista en sagradas escrituras.

²⁸ Inviernos.

y precedera vida, diciéndoles que vale más un solo acto de amor de Dios que muchos años de penitencias, rigores y asperezas. Y a la verdad, si el acto de amor de Dios no es bastardo; si es legítimo, eficaz y verdadero, él pondrá al alma en ansiosos deseos de padecer, porque esto es lo que realza más los quilates del amor de Dios; pues el más fino amante ha de desear padecer por el amado no sólo con conformidad sino con gusto. Así lo confiesa de sí el apóstol san Pablo hablando por escrito a los corintios, cuando les dijo: “Me gloriaré yo gustoso en mis trabajos y enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo”. [Apostilla: Segunda epístola a los corintios 12] Y la virtud del Señor fue no sólo padecer conforme con la voluntad del eterno padre, sino alegre, risueño y gustoso, como lo notaron los sagrados expositores explicando las palabras del evangelista san Juan [Apostilla: Eutico, *Super Ioan*, 19].

[42] Esta católica doctrina fue la que el Señor infundió en el corazón de su sierva con la referida visión. Y ella la entendía y recibía tan gustosa que se ofrecía a la divina majestad para sufrir y padecer todo lo que quisiese disponer su divino poder, de manera que el Señor mostraba las finezas del amor con que amaba a Catarina, representándosele propicio para su aliento y defensa con todo su incomprensible ser trino y uno. Y la esclarecida virgen manifestaba el ser verdadera amadora de su dios, rindiéndose no sólo a lo más precioso y aquilatado del sufrir con conformidad y tolerancia, sino también deseando y convidándose a los martirios que se le simbolizaban en este repetido favor, como quien sabía por experiencia que los tormentos y amargas penas padecidas por su único y divino amante eran para su alma dulces y sabrosas. Así como la otra esposa de los Cantares, a quien llama el divino esposo a nuevas penas y amarguras con el símbolo de huerto deleitoso; porque para ella lo mismo era llamarla para el jardín que para el padecer; brindarle con penas era lo mismo que convidar a glorias; y sufrir fatigas se equivocaba²⁹ con lo mismo que recrearse en vergeles. [Apostilla: Cantares 5] Pero estos júbilos y alborozos eran tan espirituales y divinos que no los gustaba el afligido cuerpo, que se hallaba en una tan oscura como continuada noche de inexplicables martirios, y por eso decía la sierva de Dios a su confesor: “Yo no acabo de entender esta contrariedad de efectos que experimento, que por una parte está esta miserable naturaleza en unas ardientes y crueles parrillas de intolerables penas; por otra parte se halla mi

²⁹ Se confundía.

espíritu en esta misteriosa presencia, con un gusto y consuelo que no puedo explicar; porque todas las especies naturales de las cosas sensibles no sirven para manifestar lo que goza mi alma, sin que se comunique ni una sola gota de consolación a mi cuerpo, ni un pequeño rayo de luz a sus sentidos. Pero conozco y entiendo la unión estrecha que tienen mis potencias con estas tres divinas personas, y que se me representan pequeños niños porque reconocen su soberano amor con que quieren engrandecerme; comunicándome el uno, parte de su poder; y el otro, parte de su suma sapiencia; y el otro, parte del inmenso amor con que se encienden y abrasan las creaturas todas en el amor de su creador”. En otras ocasiones se le representaba la santísima Trinidad en forma de globos de refulgente luz y otros jeroglíficos, que pondré en el párrafo³⁰ siguiente y en otros capítulos de la historia.

5. De otras demostraciones del divino amor y cuánto estorba el amor de las creaturas al verdadero y perfecto amor de Dios

[43] Se hallaba la sierva de Dios en este misterioso y espiritual huerto, alfombrado de tantas plantas, árboles y flores que servían no sólo de disfrazarse los tres soberanos niños, sino también de un amable entretenimiento de su alma y de un deleitoso recreo de sus espirituales ojos, vestida con una saya morada bordada de oro y preciosa pedrería, cuya hermosura y riqueza le causaba admiración, en que vivía suspensa y arrobada. Pero sobre todo le arrebatában la atención los vistosos y lucidos disfraces con que las tres divinas personas se le representaban y festejaban, con tan hermosa variedad de trajes y cariñosas acciones, que aun en representación se hicieran increíbles si no supiéramos y creyéramos que el eterno Verbo se humanó e hizo verdadera y realmente hombre, por favorecer y redimir a los mismos hombres que le ofendían y habían de ofenderle, exhortándonos con su ejemplo y por la pluma de sus evangelistas, no sólo a tolerar y sufrir a los enemigos sino también a que los amemos, para que les mostrásemos cariño, gusto y halago. [Apostilla: Mateo 6] En estas soberanas y misteriosas transformaciones de las tres divinas personas, se le representaba a Catarina ordinariamente más cariñoso y como quien la asistía más de cerca el Verbo encarnado, con visos y demostraciones de esposo y divino amante. Y en una ocasión que se le dejó ver su majestad luminosa, con especial hermosura y luciente

³⁰ Ramos designa como “párrafo”, a todos los apartados numerados en los que divide la obra.

esplendor, prorrumpió la sierva de Dios en alabanzas de su extraordinaria belleza. Y el Señor como confirmándole en lo que decía y pronunciaba, le dijo: “Pues, ¿no te he dicho que soy la flor del campo?” Respondió Catarina: “Sí, Señor. Pero hasta ahora no entendía yo esas palabras, ni alcanzaba la significación de ese jeroglífico”. A que añadió la suprema majestad humanada: “¿Eso no entendías?” Y elevando a mayor profundidad su entendimiento, le comunicó tales y tantas inteligencias, que llena de nuevas admiraciones prosiguió elogiándole y engrandeciéndole con una soberana elocuencia, apellidándole estrella entre las olorosas flores de la tierra y rosa resplandeciente entre los astros más luminosos del cielo. Al mismo tiempo que desahogaba su enamorado corazón con estas y semejantes tiernas voces y debidas alabanzas a su dios; se le representaron como de competencia los otros dos misteriosos y divinos niños con el mismo esplendor y hermosura, acercándosele y pidiéndole que los alabase y ensalzase con su suave y amorosa voz. Y la sierva del Señor, reconociendo la igualdad de su soberana belleza y no hallando palabras para una obediente correspondencia, les dijo: “Yo, señores, soy una bozal que nada entiende, sabe, ni puede. Sólo deseo amar y servir a mi creador, cuyo ser infinito sé y creo que es trino y uno. Ése es el dios de mi corazón; ése es el dulce dueño y amoroso huésped de mi alma, a quien busco y deseo por fe y no por visiones, ni fantásticas representaciones. Y así, apartaos señores de mí, que soy una bestezuela y pecadora, y no soy digna de visitas de tanto poder y grandeza”. Con esta humildad provocaba al divino poder a que más la favoreciese, verificándose por instantes que ensalza Dios a los humildes, así como abate y confunde a los soberbios.

[44] Más frecuentes eran las visiones de la suprema majestad y de toda su celestial corte, que tenía la sierva de Dios en forma de luces, como lo tengo ya insinuado en la primera parte de esta historia. Y se comenzaron a multiplicar tan amontonadas como misteriosas, desde el año en que se acabó de blanquear y dorar el hermoso y magnífico templo de nuestro colegio del Espíritu Santo, porque desde entonces comenzó a ver en todas las luces de los altares y lucidos tronos con que se celebran en aquella iglesia las fiestas, unos rostros gloriosos como de serafines, formados al parecer de la misma aunque realzada luz de las candelas, cuyos refulgentes resplandores encubrían los cuerpos y hacían se confundiesen muchas veces los unos con los otros. Otras veces los divisaba con distinción, y entre los albores cristalinos de las luces muchas alas de los celestiales paraninfos, y en sus cabezas preciosísimas diademas o coronas, y sobre cada una de

las coronas una hermosísima cruz. Todas estas luces y rostros tenían otra singular proporción, porque los de la ínfima grada eran más pequeños y no tan luminosos como los que se dejaban ver en los superiores escalones, e iban creciendo en su esplendor y hermosura a la medida y paso que se acercaban a lo supremo del trono, de suerte que las luces más entronizadas eran de tanta magnitud y se manifestaban con tan lucientes resplandores, que formaban una confusión de rayos de refulgente luz, como si fuera despedida de muchos amontonados y luminosos soles. Y entre tanto y desacostumbrado esplendor, distinguía los rostros gloriosos más resplandecientes y hermosos, y que le comunicaban inefables gozos, consuelos, júbilos y alegrías. Pero con todo este glorioso espectáculo a la vista, no acababa Catarina de persuadirse que eran ciudadanos celestes los que tan liberalmente la favorecían; porque aunque los ojos veían un retrato de la gloria y su dichosa alma se hallaba en posesión de una bienaventuranza, cual se puede esperar y gozar en esta miserable vida, aún anhelaba a ver más y gozar más descubriendo en aquel lucido objeto de bienaventurados lustrosamente disfrazados y con debida proporción desiguales, la fuente de aquella soberana luz y el manantial de todos los bienes juntos, a quien deseaba y únicamente buscaba su enamorada alma. Parece que tenía cerradas todas las puertas de sus sentidos y potencias para no ver y gustar de otra cosa, sino sólo de la presencia de su dios, repitiendo muchas veces las palabras del santo rey David, como si hubiera leído sus salmos: “Yo, señor y dios mío, ¿qué puedo buscar en el cielo y en la tierra, a quien vos no excedáis con infinita distancia?” [Apostilla: Salmos 72]

[45] Pondere aquí el piadoso lector, antes de pasar adelante con la leyenda de esta continuada y misteriosa visión, en la desigualdad con que se le representaban los cortesanos del cielo a la sierva del Señor; pues los justos, que son las piedras vivas que Dios escoge para el edificio eterno de la gloria y se labran en esta vida con trabajos, penalidades y miserias; en la otra, cada una se pone en su debido lugar y viste el lucimiento proporcionado a sus merecimientos. Y por eso aquel divino reino permanece hermoso y durará constante para siempre, a cuya imitación y semejanza deben componerse las repúblicas y monarquías terrenas, donde si cada piedra no tiene su debido lugar, si no ocupa el puesto que merece, no podrán durar ni permanecer resplandecientes; pues vemos que en la perseverancia y eterna duración de la monarquía celeste cada piedra está en su lugar, cada justo en la silla que merece y cada bienaventurado en el asiento que le conviene. Esta doctrina fue la que nos enseñó el divino maestro, cuando suplicó a su eterno padre

que guardase y conservase a los suyos con estas palabras: “Estos hijuelos que me habéis dado, con quienes yo me alegro y regocijo tanto, guardadlos en virtud de vuestro soberano nombre, disponiendo que sean una cosa como nosotros. Y de esa suerte perseverarán y permanecerán sin que nadie sea poderoso a oscurecer sus mejoras y deslucir sus aumentos” [Apostilla: Juan 17]. Sobre las cuales palabras dice el cardenal Toledo: “En la santísima Trinidad hay tan grande unidad como distinción; porque en este sacrosanto e inefable misterio, la unidad de la esencia se compadece muy bien con la distinción de las personas. Una cosa es el Padre, otra el Hijo, otra el Espíritu Santo. El Padre no procede de ninguno; el Hijo procede del Padre; el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; de manera que no puede haber mayor unidad ni mayor distinción. Y en esto quiere Cristo que se parezcan a la santísima Trinidad las repúblicas católicas y que se vea en ellas unidad de naturaleza y distinción de personas” [Apostilla: Toledo, *Sobre Juan*, anotación 9]. Supuesto que mientras en las comunidades, reinos y monarquías, con la unidad de las voluntades no hubiere distinción de personas, pasando cada una por lo que es y ocupando el puesto que le es debido a su estado y merecimientos, no podrán permanecer; porque cómo podrá durar y florecer la república donde el discípulo se introduce a maestro, el súbdito a superior, el religioso a soldado, el obispo a caballero, el pastor a consejero, el esclavo a señor, y el hipócrita engañador a tirar gajes de santo verdadero. Pase finalmente en el mundo cada uno por lo que es, acomódese al estado y condición en que Dios le ha puesto y con eso podrá merecer y asegurar silla y asiento en la eterna gloria.

[46] La insinuada visión se continuó por muchos días y aun por espacio de algunos años, batallando continuamente el espíritu humilde de Catarina por apartarla de sí y su corazón encendido y abrasado en la hoguera del divino amor, con las congojosas ansias de discernir en el majestuoso trono que se le representaba el resplandeciente sol, de quien dimanaba toda aquella excesiva luz e inundaciones de aquel glorioso esplendor, hasta que desde principios del año de mil seiscientos y setenta y cinco comenzó a ver y distinguir en el hueco de las coronas de los bienaventurados, otros rostros más pequeños y con infinita distancia más hermosos y luminosos. Y aunque éstos se le representaban ordinariamente en forma humana, se transformaban a su vista algunas veces en corderitos, ya como muertos, ya como dormidos, y ya como despiertos, alegres y cariñosos, agasajándola, entreteniéndola y confortándola en las continuas y rigurosas fatigas, dudas, temores y confusiones en que vivía su atribulado espíritu. En otras

ocasiones advertía y miraba que estos misteriosos corderitos tenían las facciones del rostro de su querido esposo y divino amante, y que tal vez se reclinaban sobre uno de los brazos o manos que se le solían dejar ver entre soberanos resplandores, tan torneadas y hermosas, que recibía singulares consuelos con este amable y misterioso objeto. Pero no obstante todas estas señas, les preguntaba que quiénes eran y qué le querían dar a entender con tantas apiñadas luces. Y respondiéndole los cortesanos de la gloria: “Que eran flores del cielo, y que Dios era el sol de quien participaban el lustroso esplendor con que se le representaban”; Catarina con su profunda humildad, desechaba todas estas voces e inteligencias, sepultándose en el conocimiento de su nada, que explicaba con estas y semejantes palabras: “¿De dónde a mí tanto bien? Esto no puede ser; supuesto que soy indigna, soy un gusanillo y soy la peor del mundo. Fantasmas deben de ser los que me deslumbran”. Con este su propio conocimiento, oscurecía la evidencia y la luz con que el cielo la favorecía, y obligaba al príncipe de las celestiales cumbres que franquease en repetidas visitas con más benignidad y amor sus misericordias y divinos dones.

[47] El jueves santo de este mismo año, por la tarde, estando a los pies del confesor la sierva de Dios en la iglesia, vio que de los dos lados de la urna nacían dos caudalosos ríos de resplandores, que saliendo como a borbollones formaban un mar de olas encrespadas de luz que bañaba e inundaba todo el templo. En esta nueva visión que gozaba su dichosa alma, reparó que los rostros de los serafines y bienaventurados estaban como suspensos y que no la acariciaban y agasajaban como solían. Y causándole novedad, les preguntó que por qué se mostraban tan silenciosos y severos, y qué se le quería dar a entender en aquellas tan abundantes y luminosas aguas. Le respondieron: “Que porque era día de silencio y de admiración en el cielo. Y que en los dos ríos de resplandor que veía se le representaba al infinito amor con que su creador y redentor, bañaba y fertilizaba la tierra de los corazones de todas sus creaturas”. Y para que diese crédito a lo que los cortesanos celestes le respondían, comenzó a ver que todas aquellas ondas de la refulgente luz se encaminaban y se iban recogiendo en su corazón. Y en breve tiempo sintió que encendieron en su pecho tales llamas de amor y tantos júbilos y gozos, que no hallando capacidad bastante en el pecho, comenzó a desahogarse con voces y suspiros, tan turbada y desatinada, que a no tener a la mano al confesor que la reprimía con la obediencia y la exhortaba con la voz pidiese al Señor templase el mar inmenso de sus misericordias, hubiera publicado a gritos el beneficio común y el particular

que ella experimentaba. Y no hay que admirarse que estos excesos del divino amor reboasen y pusiesen en peligro de reventar el virginal pecho de la sierva del Señor, donde pretendían estancarse; porque la fuente de donde manaban era un dios inmenso, que con infinito amor desea comunicarse a las almas que de veras le buscan y aman con perfección. En el Génesis se hace mención y se cuenta: “Que sólo una fuente salía de la tierra, y que era tan abundante, que regaba y fertilizaba a todo el orbe”. [Apostilla: Génesis 1] Pues si una fuente limitada y terrena no podía estancarse y obligaban sus inundaciones grandes de aguas a que se repartiesen y derramasen por toda la redondez de la tierra, qué mucho que el mar inmenso de las divinas gracias y misericordias rebalsado, como quien quería estar de asiento y con grande plenitud en el corazón de la venerable Catarina, la obligase a salir de sí y procurase dar corriente a las aguas que bañaban su corazón para que se esparciesen y derramasen por todo el mundo. Espíritus hay tan codiciosos, ambiciosos y sedientos de vanagloria, que procuran retener en sí todos los bienes de la tierra, todos los despachos de las monarquías, todos los gobiernos del universo; pero su ceguedad los arroja a la pretensión de un imposible. Buen dechado tenemos en Moisés, a quien hizo el creador y supremo gobernador del mundo, dios de faraón; y para este ministerio le dio luego el que es Dios por esencia a Aarón por compañero, porque se entendiese lo poco que puede un hombre, aunque merezca el nombre de dios por participación, como Moisés. Pues para despachar con sólo faraón necesitó de otro hombre que le ayudase, pues ¿cómo podrá uno despachar con millares de hombres, cuando un ministro de Dios para tratar con uno necesitó de la ayuda de otro?

[48] El día de san Policarpo del dicho año de 1675, entre todas estas misteriosas luces que la alumbraban, vio en el hueco arqueado de la pared del altar mayor, en que se había de acomodar el sagrario del nuevo retablo que se estaba acabando de perfeccionar, un corpulento y confuso bulto de amontonados resplandores, que deslumbrando la vista, servía a la sierva de Dios de velo o nube para no discernir más que una confusión de refulgentes rayos de resplandor, tan desacostumbrado a los ojos de su alma y cuerpo, que algunas veces le parecía un manantial de soberanas luces, muy superiores a las que participamos de todos los astros del empíreo. Otras veces se le representaban como minerales de transparentes cristales, revestidos de las luminosas luces del más rubio planeta. Procuró Catarina huir y apartarse de esta tan hermosa como misteriosa visión; pero el objeto era tan poderosamente atractivo, que atropellando con su voluntad la arrebató los ojos del cuerpo y

del alma, hasta que en una profunda suspensión o arrobamiento descubrió una corona, que por su grandeza y por lo que se descollaba gloriosamente encumbrada sobre las coronas de gloria de todos los bienaventurados, ostentaba la majestuosa asistencia del omnipotente, que es y se llama el “rey de los reyes y señor de los señores” [Apostilla: Apocalipsis 9]. En medio de la admiración que le causó la singularidad de la visión, preguntó cuya era aquella insignia de tanto poder y majestad. Y la respuesta que le dieron fue el irse aumentando las luces y resplandores que le manifestaron el divino rostro del eterno padre y sobre su imperial corona un corderito o cara de su querido esposo, que lo uno y lo otro se le representaba; y en proporcionada altura vio juntamente una paloma más blanca que los albores de la nieve, con pico y alas de un dorado y soberano esplendor. Y con esta vista entendió ser la santísima Trinidad quien la asistía y tan frecuentemente la favorecía, en compañía y presencia de los cortesanos del cielo. Y este conocimiento la obligaba a prorrumpir por instantes en alabanzas del inmenso ser trino y uno, por lo que se humanaba con una vil creatura. Los gozos, los júbilos y los incendios de amor que recibía de estas prodigiosas visiones y el provecho que sacaba su alma de esta familiar conversación con los ciudadanos del emperio, lo dejó a la consideración del lector, porque es muy insuficiente mi pluma y elocuencia para explicarlo y ponderarlo.

[49] Por este tiempo se ausentó de la ciudad el confesor a quien comunicaba sus secretos. Y volviendo después de tres años, le preguntó en qué habían parado estas visiones de luces y estrellas. Y respondió: “Se quedaron así. Porque aunque andan a la vista todos aquellos gloriosos objetos, reparo poco en ellos y no hago caso de sus visitas. Todo mi cuidado es buscar y conservar por fe al Señor dentro de mi corazón y pecho, donde le rindo adoraciones y le suplico que me oculte, de suerte que las creaturas no me estimen ni conozcan, y que no permita se reparta mi amor, ni aun entre los ángeles y santos del cielo. Y esto entiendo ser voluntad de la suprema majestad; porque cuando rezo, clamo y pongo mi confianza en los bienaventurados, me dicen todas las tres que se me representan como divinas personas, que ponga en ellas toda mi fe y confianza, y que sólo en ellas deposite todo mi amor; porque todo lo demás es menos.” Esta enseñanza que nos dejó la sierva de Dios es digna de ponderaciones y de glosas; y con estas daré fin a este capítulo. La doctrina es católica, calificada y recomendada por el divino maestro, cuando por su evangelista san Lucas manda Dios al hombre: [Apostilla: Lucas 18] “Que le ame con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente” [Apostilla:

Mateo 6]. Porque querer repartir la voluntad y acudir con el amor a dos partes, ya lo tiene calificado el Señor por imposible, y en esta materia es muy delicado Dios y muy celoso; porque como quiere tanto, quiere vivir muy a solas en el alma y sólo él ser dueño de ella. Pues el día que el hombre quiera admitir en su corazón dos huéspedes tan encontrados, como son Dios y el mundo, luego se despedirá Dios; porque el Señor no gusta de vivir donde se aposenta el mundo.

[50] No condeno ni se puede condenar el amor a los santos del cielo y a los justos de la tierra, así como ni a los padres de alma y cuerpo, pues gusta Dios mucho de que los espíritus sean agradecidos y que se dé veneración y reverencia a sus amigos, por cuya intercesión y a instancias de su gracia y valimiento cada día recibimos copiosas mercedes y numerosos favores, con tal que este amor se ordene a la suprema majestad y se regule de manera que le podamos calificar de que todo él está puesto en Dios y que es por Dios y para Dios. Pero unos amores, que afectando seguridades de una eterna gloria, se afianzan en el valimiento de los santos, cuando se reconocen en almas cuya vida toda es una continuada ofensa del Señor, más parece que se deben reducir a presumida temeridad que a la escuela del verdadero amor de Dios. Otros amores y terrenos amantes hay, que reconociendo y creyendo que están depositados muchos favores del Altísimo en el retrete de sus corazones, los manifiestan y publican no tanto entre los confesores, que procuran humillarlos y desvanecer sus fantásticas aprehensiones e imaginaciones, cuanto entre sus amigos y vecinos. Y si esto se ordenara a que fuese Dios glorificado por sus misericordias infinitas, se compadeciera con el verdadero amor de Dios; pero si en la publicación se buscara la alabanza y estimación propia, debiéramos atribuirlo al poderoso reino del amor propio. Finalmente, Catarina, como verdadera y perfecta amadora de su creador, procuraba apartar todos sus amorosos afectos de las creaturas; porque sabía por experiencia y por las enseñanzas del cielo, que no eran compatibles en su corazón dos amores, ni podía acudir a dos cosas tan encontradas, como son el amor de Dios y el del mundo. No viene fuera de propósito, la doctrina que dio el divino maestro a sus queridos apóstoles, cuando les dijo por pluma del evangelista san Juan: “No bajará sobre vosotros el espíritu consolador, si yo no me ausentare. Y así conviene que yo me ausente para que recibáis sus dones y gracias”. [Apostilla: Juan 16] Sobre las cuales palabras dice san Bernardo: “¿Quién oyendo esto, osado y temerario, querrá gozar los consuelos del soberano espíritu, cuando tiene desordenadamente puesto su amor en las cosas creadas?” Supuesto que el mismo Cristo dijo

en inteligencia de este glorioso santo: “Parece, discípulos míos, que tenéis puesto solamente el amor en mi santísima humanidad, y parece que tenéis en ella ocupado el corazón todo. Y por eso, si yo no me apartare de vosotros, no bajaría la gracia del espíritu mío”. Pues si la carne del eterno Verbo parece que era de algún embarazo para recibir perfectamente la gracia del Espíritu Santo, errará miserablemente el que pretendiere, entregado a las comodidades de su gusto, gozar los divinos consuelos; porque no se puede encuadernar esta dulzura con aquella ceniza, mezclar esta divina triaca con aquella mortal ponzoña, y emparentar estos celestiales dones con aquellas cosas terrenas; supuesto que no pueden caber en el alma estas dos cosas, en el sentido que voy hablando: Dios y el mundo, la carne y el espíritu, la tierra y el cielo.

CAPÍTULO 3

DE LA GRANDE CARIDAD QUE EJERCITÓ LA SIERVA DE DIOS CON TODOS LOS NECESITADOS DEL MUNDO Y DE ALGUNOS EFECTOS DE LA POBREZA EVANGÉLICA QUE PROFESÓ POR TODO EL TIEMPO DE SU VIDA

1. De la especialísima caridad que tenía con los pobres, y de su grande pobreza y cosas particulares que le sucedieron en esta materia

[51] En todas las virtudes resplandecía lo precioso de esta celestial virtud, y era el esmalte de todas sus obras y el campo fértil de flores y rosas que servían de jardín delicioso para la recreación de su divino esposo. De esta virtud nacían todas las demás como arroyos de una gran fuente y como ramas y frutos de un copado y fecundo árbol. Dejo la prueba de esta verdad al discurso y leyenda de toda la historia, de la cual consta que con el uso de la razón se encendió en esta prodigiosa niña tal amor de la perfección propia y tal amor a Dios y a sus creaturas, que la hizo de un corazón valiente, de un pecho alentado, de unos brazos de acero para imitar al Niño Dios, gigante en las fuerzas y sin ejemplar en el amor, pues con su caridad cargó sólo y sin compañía nuestras culpas y nos alivió del peso que nos tenía a todos caídos y postrados en tierra, sin esperanzas de poder levantarnos. A esta perfección de caridad le convidó Cristo muchas veces representándosele herido, maltratado, crucificado y en todos los pasos de su sagrada pasión;

en otras ocasiones en forma agigantada, o para significar las fuerzas que comunicaba su inmenso poder a esta esclarecida virgen, o para manifestarle que él solo había corrido la carrera de su cruz y pasión, como dijo el santo rey David, [Apostilla: Salmos 18] y con su ejemplo alentarla a padecer más por su amor y por las creaturas. Aun cuando estaba en las parrillas de sus mayores tormentos, sin aliento y sin respiración para vivir, la confortaba y comunicaba ansiosos deseos de hacer por los prójimos lo que Cristo hizo por todos nosotros, pues siendo bienhechor común compró nuestra libertad con la suya, se empeñó con pobreza y deshonra por enriquecernos, y gustó de morir porque nosotros viviésemos. [Apostilla: A Tito 3]

[52] Esta virtud creció en Catarina desde su niñez hasta los últimos años de su vida. Siempre vivió pobre y desnuda por vestir a los mendigos. Fue verdaderamente imitadora de Jesús, que naciendo en un pesebre desnudo, amó siempre a los pobres, socorrió a los necesitados, defendió a las viudas, amparó a las huérfanas, y consolando a todos mostró ser esta benignidad propia del Salvador, a cuyo ejemplo la sierva de Dios nunca guardó ni pudo guardar su abrasada caridad cosa alguna para el día siguiente. Cuanto ganaba con sus manos y cuanto le querían dar por recompensa de sus trabajos y los sudores de su rostro en el tiempo de su mocedad, lo empleaba en los pobres; suficientes ejemplos dejamos ya escritos en prueba de esta verdad y aún viven testigos de vista y experiencia que pueden certificar con votos y juramentos otros muchos casos que confirman el piadoso oficio de piedad, con que ejercitó Catarina la alteza de esta amable virtud. En el tiempo de su ancianidad, cuando sin fuerzas y sin ojos no podía adquirir otra cosa que lo que Dios le enviaba, moviendo corazones de hombres para que la socorriesen, todo lo que le daban sus bienhechores lo depositaba luego en el tesoro de Jesucristo, repartiéndolo entre los pobres y mostrándose dispensa³¹ fiel de los bienes que Dios le enviaba, esperaba del cielo para sí lo necesario. La probó el Señor muchas veces remitiéndole numerosos necesitados cuando tenía ella mayor necesidad y Catarina correspondía constante en su caridad quitándose el pan de la boca y la luz de los ojos, repartiendo entre los pobres la comida, las candelas y los medios de que necesitaba para su corto sustento. Y parece que se sustentaba y vivía con ver salir de su pobre albergue, contentos y consolados a los mendigos que con frecuencia la visitaban por este pequeño aunque necesario interés. Testigos son de esta

³¹ Que tiene el encargo de dispensar o repartir lo que se le encomendó.

verdad todos sus confesores, que pueden deponer muchos como continuados y ejemplares casos. Yo por ahora solamente expreso uno que pasó por mis ojos y lo toqué, como dicen, con las manos. Vivía un eclesiástico con tan extrema pobreza en la ciudad de Puebla de los Ángeles, que por su desnudez no podía decir misa, ni aun salir de su casa, porque el vestido de su cuerpo se componía más de piojos que de andrajos. Esta necesidad y el hambre le obligó, no con poca vergüenza, a buscar modo para solicitar y hallar quién socorriese su penuria. En esta tribulación oyó hablar mucho de la caridad de esta sierva de Dios e impelido de su mendiguez u otro superior impulso, acudió confiado con el seguro de su socorro a la casa y madre de pobres. Lo recibió nuestra Catarina con la honesta y cariñosa suavidad que acostumbraba a los demás necesitados. Le preguntó qué era los que quería y qué era lo que buscaba. Le dijo: “Salí a buscar medio real para comprar pan y no lo he hallado”. Añadió la sierva de Dios: “Pues vuélvase vuestra merced, que ya lleva lo que ha menester”. Se despidió el humilde mendigo confuso y pensativo, discurriendo sobre las palabras que le había dicho la sierva del Señor. Y en llegando a su casa, entró contingentemente la mano en la bolsa y se halló con cuatro reales, que era lo suficiente para comer bien un pobre en la ciudad de Puebla. Con este prodigio creció la estimación de Catarina en el aprecio del necesitado; y repitiendo las visitas, experimentó y fue muchas veces testigo de vista de este piadoso ejercicio de caridad para con todos los mendigos que se le entraban por la puerta a Catarina.

[53] Cuando tenía más de lo necesario, no esperaba a que la buscasen los pobres en su casa; ella los buscaba. Porque al salir a la iglesia juntaba todos sus haberes, los reales atados en un pañito humilde, y el chocolate y dulces en otro más grande; y agenciando cuidadosa necesitados a quienes repartirlo, volvía a su estrecha choza aun sin lo que había menester para el sustento de aquel día, pero llena de un santa consolación de haber socorrido en algo las necesidades ajenas, diciendo al Señor: “Tú me lo diste y yo te lo volví en las manos de tus creaturas. Y así, a ti te toca el sustento y vestido de esta bestezuela, como favoreces con misericordia y clemencia a las bestias del campo”. Con esta pobreza evangélica, llena y rellena de fe y esperanza, obligó a la divina providencia para que dispusiese que nunca pidiese limosna a los hombres y siempre la esperase de la mano de su dios; porque quiso su divina majestad dejarnos en esta su sierva un argumento y real prueba de cuánto mayor es su providencia con los hijos que con los brutos, cuando de parte de los hijos corresponde una amorosa confianza. Le había mandado el Señor que descuidase de su comida y alimentos, porque esos habían de co-

rrer por su cuenta. Y así vivió como quien no tenía nada y lo poseía todo. Con esta palabra reconvenía a la divina providencia cuando la aquejaba alguna extrema necesidad, diciendo con voz tierna y confiada: “Señor, ¿tú no me dijiste que te dejase a ti el cuidado de mi vestido y sustento? Pues, ¿cómo te detienes y tardas en socorrerme?” Con estas pocas palabras obligaba a la Omnipotencia al necesario socorro, de suerte que parecía lo tenía ya prevenido y que sólo esperaba oír la voz de su sierva para que entrasen por la puerta las asistencias caritativas de sus bienhechores, en aquello mismo de que necesitaba, así como previene con su altísima providencia el sustento proporcionado al paladar de los pajarillos del aire y gusanos de la tierra. En otras muchas ocasiones la socorría Dios y respondía a su humilde voz, mandándole que se pusiese el manto y saliese a la calle, y a pocos pasos se encontraba con quien, teniéndola por pobre, le ponía en la mano más de lo que había menester para su corto alimento. Y agradecida al Señor y a sus creaturas, se recogía a su rincón, pidiendo con especialidad a la divina majestad por aquellos que habían sido instrumentos para la ejecución de estas divinas misericordias. Pudiera amontonar muchos testigos que experimentaron esta verdad y entre ellos a sus mismos confesores; los omito por ahora y sólo pongo este caso por prueba. El padre Domingo de Urbina de nuestra Compañía, que hoy vive, estaba un día revistiéndose para decir misa y se llegó a él un hombre afligido, que le dijo: “Hágame vuestra reverencia caridad de decir esa misa por cierta necesidad y aquí está la limosna”. Le respondió el padre que no decía misa por limosna y así que buscase otro sacerdote que le diese el consuelo que deseaba. El afligido instó con que no había otro y que la necesidad instaba. A estas instancias correspondió el padre, diciéndole: “Que diría la misa y que la limosna se la podía dar a un pobre”. Replicó el necesitado: “Que más consuelo tendría si su paternidad diese al pobre la limosna”. Se compusieron finalmente los dos y el padre cogió la limosna y se determinó desde luego dársela a nuestra Catarina. Y para ejecutarlo, cuando acabó de decir la misa, se asomó a una de las puertas de la iglesia para que le llamasen a la sierva de Dios que estaba ya en la misma puerta esperando la limosna. La recibió con humildad y agradecimiento. Y después preguntó el confesor de Catarina al padre Domingo de Urbina si le había dado algún socorro. Respondió que sí. Y refiriendo lo que le había pasado, le dijo el confesor: “Estaba la pobre necesitada y la Señora de la Congregación le mandó llegar a la puerta por donde vuestra reverencia se asomó, diciéndole que hallaría allí el remedio de la necesidad que la afligía”.

[54] Con estas puntuales y liberalísimas asistencias del cielo, crecía y se aumentaba en la sierva del Señor el afecto y deseo de desapropiarse y desnudarse de bienes terrenos, así como el caritativo celo de remediar las necesidades ajenas, a que correspondía nuestro creador con tan liberal y paternal providencia, que si un hombre de los poderosos del mundo diese las limosnas que repartió el Señor por las manos de esta su sierva, se acreditara sin duda de piadoso entre los más limosneros. No es ponderable lo que conseguía de la Omnipotencia su caridad para vestir y dar de comer a los pobres, y algunos juzgaron que Dios se lo multiplicaba para el consuelo de esta esclarecida virgen y por lo que le agradaba el piadoso y caritativo afecto con que ella repartía entre las creaturas necesitadas todo lo que ponía el Señor en sus manos. Falta me hace la vida del licenciado don Joseph Bocanegra, para que atestigüese en la historia lo que decía en vida y no puede negar después de muerto, acerca de las innumerables misas que por su mano mandó decir esta sierva de Dios por los vivos y por los difuntos, encargándole diese las limosnas a sacerdotes pobres, porque se socorriese también la necesidad que podían tener los ministros de su redentor. Pero aunque este testigo está muerto, no pueden faltar entre los que viven muchos que confirman esta verdad, así como las demás limosnas con que acudía a todos los demás pobres mendigos y vergonzantes de la ciudad donde vivía, por sí, por mano de sus confesores y de otras personas de su satisfacción, que ocultasen y no publicasen su humilde y grande caridad. Con este santo afecto en su mocedad, a costa de las puntadas de su aguja, buscaba cantidades de dinero, y ya juntas para el valor de un esclavo vendido o empeñado, solicitaba y conseguía su libertad, aplicándose con especial amor a los que vivían en obrajes, arrastrado su natural compasivo de lo mucho que padecen en ellos los esclavos y las esclavas. Muchos se cuentan de los que consiguieron la libertad a beneficio de esta esclarecida virgen; pero me consta de sólo cuatro por haber permanecido muchos años entre los papeles de Catarina, cuatro cartas de libertad por las cuales constaba ser ella la bienhechora y libertadora. En los últimos años de su vida, le prohibieron o limitaron los confesores este ejercicio de socorrer a otros porque la edad y los achaques pedían reservarse para sí lo necesario, pero como estaba tan habituada a dar y derramar los bienes terrenos entre los pobres, era intolerable este mandato a la nobleza de su espíritu, inclinado y ejercitado por toda su larga vida en hacer bien y socorrer a los necesitados del mundo. Y así los mismos confesores que le prohibieron este santo ejercicio, tomaron por prudentísimo consejo el retener en sí lo que podía hacer falta para la conservación de su preciosa vida

y dejarla en la libertad de dar y disponer de todo lo que Dios le enviase. Y con esta licencia vivió consolada hasta los últimos periodos de su admirable vida, encargando y explicando su última voluntad de que se repartiesen todas sus pobres alhauelas entre los necesitados, porque la encomendasen a Dios y le sirviesen de alivio sus oraciones en la tierra de la verdad, donde sólo se aprecian los bienes eternos.

[55] El desprecio y poca estima que hizo esta esclarecida virgen de todos los bienes de este mundo visible era copiosa materia para llenar muchos capítulos, si se hubieran de tratar como debían las excelencias de esta celestial virtud con los reales que resplandeció en esta sierva de Dios. Apunto aquí como de paso solamente su pobreza evangélica, por la conexión que tuvo con los esmeros de su caridad; que el desnudarse por vestir a otros es fineza y efecto de un grande amor de Dios y del prójimo, y porque el piadoso lector puede inferir y ponderar en el discurso de su vida lo encumbrado de esta perfección, notando en todas sus acciones, palabras y pensamientos una admirable pobreza de su espíritu, que comenzó a señalarse desde su niñez y edad tan temprana, que por desproporcionada al uso de la razón, puede la prudencia humana prudencialmente discurrir que resplandeció esta apostólica virtud en nuestra Catarina más como infusa que como adquirida; porque si consideramos y pesamos las aguas de la gracia que fertilizaron el espíritu y delicioso paraíso del divino esposo en esta escogida y dichosísima alma, hallaremos que en su tierna infancia, aun antes de poder tener en lo natural conocimiento del bien y del mal, ni discernir entre lo temporal y lo eterno, se ofreció a la señora santa Ana por esclava de los esclavos de la más sagrada familia, arrebatada (claro está) de soberanos impulsos y ardientes deseos de dejar su patria, padres, hacienda, reales glorias y plausibles felicidades humanas, con que la enriqueció la Omnipotencia al darle su primer ser entre las mayores grandezas del mundo. Omito los otros ejemplos que tengo ya insinuados en el número 75 del primer libro y en el discurso de toda esta historia, que demuestran que la desnudez, despego y aun el aborrecimiento a todas las riquezas terrenas, fue la principal escala o cruz por donde voló al cielo, como piadosamente creemos, este elevado espíritu. Verdaderamente desde sus pueriles años se reconoció en muchos ejemplares casos, que eran para la sierva del Señor basura y estiércol todos los bienes de la tierra; de que hacia glorioso alarde el apóstol cuando escribió de sí para enseñanza de los filipenses. “Que menospreciaba y tenía debajo de los pies y como estiércol todas las cosas del mundo, por ganar a Cristo”. [Apostilla: Epístola a los filipenses 2] Así Catarina se mostró desde

su infancia despreciadora de los bienes terrenos, ansiosa sólo de los eternos; determinándose desde entonces a vivir sólo a la divina providencia, no guardando ni previniendo cosa de un día para otro, como lo tengo ya insinuado. Y nótese desde luego este apostólico propósito con admiración de su inviolable cumplimiento, observándolo por todo el tiempo de su vida. Esta virtud aun en un san Francisco y san Cayetano la ponderan grande, rara y prodigiosa los historiadores. Pues, ¿cómo la llamaremos en una niña esclava? ¿Cómo la apellidaremos en una princesa del Oriente? Califiquemos por ahora a Catarina con el nombre de reina celeste en el jardín hermoso de las virtudes, pues despreciando lo temporal, anhelaba sólo los bienes eternos.

[56] No era esta esclarecida virgen pobre de espíritu por vivir precisamente desnuda de toda afición a los bienes terrenos en que pone el mundo la felicidad; sino porque, de hecho, los dejó y los estuvo apartando de sí por todo el tiempo de su vida con los realces de su encendida caridad con los pobres, y de su perfecto y desnudo amor para con Dios y sus criaturas. Y aunque la desnudez de afecto a todas las cosas de este mundo es lo sustancial y lo que principalmente se requiere para que el corazón humano quede desembarazado y dispuesto a darse todo a su creador, como nos lo enseña el angélico preceptor santo Tomás cuando escribió para nuestra enseñanza: “Que el dejar con efecto las riquezas y honras del mundo era medio más eficaz para conseguir fácilmente la afición a los bienes del cielo y despreciar los de la tierra”; [Apostilla: Santo Tomás, 2, 2, q. 186, artículo 3] en que consiste la perfección de la pobreza de espíritu tan ensalzada en los evangelios y tan fácilmente practicada de los apóstoles y de todos aquellos que en esta miserable vida, quisieren apropiarse por verdaderos pobres de espíritu el renombre de bienaventurados, con la esperanza de ser ya suyo el reino de los cielos, como se lo prometió y aseguró el Señor con el testimonio de su evangelista san Mateo. Pero es tan difícil alcanzar la perfección de esta virtud entre las riquezas y pomposas vanidades del mundo, que el mismo Cristo aun hablando de la salvación, dijo: “Era más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo”.³² Porque para lo primero basta la voluntad de Dios solamente; mas para salvarse un poderoso, después de la voluntad de Dios es necesaria la del rico y que haga éste sus diligencias, y son éstas en los poderosos tan arduas, que dificultan la salvación.

³² Mateo 19, 16.

Y mucho más el salvarse con perfección, pues para salvarse un rico sólo se requiere el que use bien de sus riquezas y que guarde los mandamientos de la ley de Dios; mas para ser perfecto es necesario que el corazón no esté asido ni pegado a esos bienes terrenos. Y esto no es imposible, pues lo vemos practicado de muchos santos del viejo y nuevo testamento, que observaron lo que nos enseña David en sus salmos: “Si tuvieres riquezas, mirad no se os pegue el corazón a ellas”. [Apostilla: Salmos 16] Pero se ve esto tan raras veces en el mundo y se mira como cosa tan ardua y dificultosa, que dice el doctor ángel santo Tomás: “Ser como el hallarse un hombre que corte y despedace un pie o brazo de un cuerpo; porque esta acción duele y se siente mucho”. Puede servir de prueba lo que le sucedió al otro mancebo del evangelio, que no contentándose con haber guardado desde niño los mandamientos, deseo seguir el camino de la perfección; a quien dijo el Señor: “Que si quería ser perfecto, vendiese todo lo que tenía y lo diese a los pobres”. Y con esta respuesta, dice el evangelista: “Que se entristeció y apartó del divino maestro. Y que el haberse ido triste y melancólico fue porque tenía muchas posesiones y le llegaba al alma el dejarlas y repartirlas entre los pobres, por seguir a Cristo”. [Apostilla: Mateo 19] De donde se puede inferir que es más fácil y suave la observancia de la ley que dejar la hacienda, supuesto que este mancebo, guardando todos los mandamientos, no tuvo pecho ni valor para apartar de sí los bienes de la tierra, y le faltó el caudal para edificar la torre de la perfección evangélica que ponderamos y veneramos en Catarina, que se desnudaba todos los días por vestir y sustentar a los pobres.

[57] Ya tengo escrito cómo en su persona profesó la venerable sierva de Dios en extremo la pobreza; porque su vestido y calzado no había de ser sino viejo, raído, y de lo más basto que en su traje podía ser, repartiendo entre los necesitados todo lo nuevo y lustroso con que la socorrían sus bienhechores. Su aposentillo era como el de la más pobre; aunque limpio y aseado. No tuvo ni quiso tener silla alta, sino sólo dos pequeñas de madera para su confesor y compañero. Los candeleros eran de barro; la cama una tarima o tabla; las sábanas, que tenía para el tiempo de las enfermedades y de que usaba también en el tiempo de su ancianidad por consejo de los confesores, eran de manta basta de algodón, que son de las que se vale la gente más humilde y desdichada. En tiempo de salud, los silicios le servían de colchón, sábanas y camisa. Las imágenes con que adornaba su pobre albergue para incentivo de su devoción fueron también de las ordinarias; y tan antiguas, que conservó hasta su muerte las que trajo del Oriente. Todo

olía a santidad, porque en todo resplandecía su grande pobreza; pues así como los ricos anhelan a tener más, anhelaba la sierva del Señor a tener menos y aun a no poseer cosa de este mundo, que como monstruo, se compone de aquellas tres cabezas que dijo el apóstol san Juan: “Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida”, [Apostilla: Primera epístola de Juan 2] a que se reduce todo cuanto el hombre ama, pues en la abundancia de deleites, riquezas y honras pone su felicidad y califica el colmo de la dicha mundana cuando todas tres líneas de bienes se juntan en un sujeto; y aun es tanto el aprecio que de ellos hacen las creaturas, que con sólo que consigan una línea de estas tres, se tienen por felices y no caben en sí mismas. Se buscan las riquezas con grande ansia como medios para conseguir lo deleitable y honroso; por estos bienes se beben los vientos, se trasiegan los mares, se atraviesan los reinos y provincias; se minan los profundos de la tierra y se penetran los términos del mundo. Del ansia de estos bienes se originan las guerras, las enemistades, las discordias y las matanzas de los hombres. Estas tinieblas en que vivían los mortales, manifestaba repetidas veces el Señor a su sierva, mostrándole con admirable claridad y evidencia la poquedad y miseria de todos los bienes terrenos y cuán dignos eran de desprecio y aborrecimiento. De desprecio por viles; de aborrecimiento por dañosos. De estos conocimientos que le comunicaba nuestro creador, ya envueltos en visiones admirables, ya con palabras de su boca llenas de sabiduría eterna, y otras veces con símiles y comparaciones ajustadas, se originaba en Catarina una admiración profundísima de ver que hombres capaces de bienes eternos y divinos por cosas tan apocadas perdiesen tesoros tan grandes. Y como tenía tan entrañado en su corazón el amor de los prójimos, comprados con la sangre de su amado, avivaba el clamor pidiendo luz para todos y medios para remedio de sus necesidades, porque la necesidad y la codicia no fuesen la causa de su perdición.

2. De su grande caridad con los enfermos y cómo con enfermedades propias curaba las ajenas

[58] La solicitud con que cuidaba Catarina remediar las enfermedades de los prójimos, no es fácil hallar palabras para decirla ni comparaciones para explicarla; porque su ardiente caridad la subió no solamente a la altura de aquel estado, en que decía el apóstol: “¿Qué hombre hay que adolezca, que no enferme yo con él?”; [Apostilla: Segunda epístola a los corintios 11] sino que ella enfermaba porque no hubiese enfermos en la ciudad, en el reino,

ni en todo el mundo. De dos modos y por dos como caminos y medios conseguía la sierva de Dios la sanidad de los enfermos: el primero era con el ejemplo de san Pablo, penar y padecer espiritualmente por sentimiento compasivo las enfermedades de todos; porque adolecía de enfermedades ajenas de suerte, que sintiendo cada uno las suyas, ella padecía las de todos; pues viviendo en todos por amor, adolecía en todos por sentimiento. Y este dolor la obligaba a clamorear continuamente a la infinita misericordia por el alivio, consuelo y salud de los hombres, y a asistirlos con regalos y la personal asistencia siempre cuando la obediencia se lo permitía. El otro modo con que conseguía la salud de los enfermos era a la imitación de nuestro redentor, de quien dice el profeta Isaías: “Que sus dolores y enfermedades fueron nuestra medicina, nuestro remedio y salud”. [Apostilla: Isaías 53] Con este ejemplo supo Catarina curar a los dolientes con enfermedades propias, adoleciendo en el cuerpo por enfermedades verdaderas; porque su caridad vivía tan ardiente en el alma, que no cabiendo en ella se dilataba y comunicaba al cuerpo y la hacía enfermar, y aun parecía beneficencia del cielo el que no la hiciese morir la dolencia de sus prójimos; supuesto que era lo mismo curar enfermedades ajenas que padecerlas, o lo mismo era padecerlas en sí que curarlas en los otros; y como éstas eran mortales, la ponían a ella por instantes en punto y ansias de muerte. Ya están escritos en la historia algunos casos ejemplares, como el que pusimos en el número 261 del segundo libro, que prueban los excesos de caridad en esta esclarecida virgen para con los enfermos, y en este párrafo amontonaremos otros.

[59] Era naturalmente compasiva y se extendía su caridad aun a los animales, en tanto grado, que apenas podía ver y sufrir que los maltratasen. Y por esto salía luego a defenderlos y aun a curarlos cuando los dejaban heridos, con tal amor y compasión, que ya los de su casa, por no atormentarla, se escondían de ella; y para castigar a los perros, los sacaban fuera de la habitación de Catarina y desahogaban su furor y rabia en estos animales, consolándose que por la distancia no podían ofender con sus aullidos lastimeros los oídos de la sierva de Dios. Esta natural compasión parece que acreditó el Señor con los prodigios. Trataron de matar los sirvientes de su casa a un perrito que la guardaba, porque debía de ser molesto y ofensivo. Y para conseguirlo, lo sacaron por engaño fuera de la ciudad, donde le deshicieron la cabeza a palos y pedradas hasta ver derramados por el suelo los sesos, y ya sin ojos ni organización del cuerpo, lo arrojaron en un muladar, como muerto. Lo echó de menos la sierva de Dios, y sospechando no sé por qué motivo el suceso y desgracia del perrillo, se volvió compasiva al Señor

y le dijo que cómo permitía la ruina de las creaturas que había creado para el servicio y conveniencia del hombre. Y pidiendo e instando por espacio de ocho días a la divina majestad, que si estaba herido y maltratado se lo trajese para curarlo, al fin de ellos se le entró por las puertas el perrito vivo y sano, aunque con las señales del destrozo cruel que se había hecho en su cuerpo. Otro día vio en la calle a un perrito dividido el cuerpo a la violencia de una rueda de carreta, que le dejó al parecer sólo la unión del pellejo. Se compadeció e hizo que lo metiesen en casa, y fajándolo como si fuera creatura racional, lo cargó y puso en un rincón de su aposentillo, suplicando a su creador lo sanase para que sirviese a las creaturas racionales, que era el fin para que le había dado ser. Con esta suplica vio Catarina, con admiración y consuelo de su alma, que se levantó el perrillo bueno y sano. Crecía en esta esclarecida virgen al ver y tocar con las manos estos prodigios, la fe y confianza en Dios para pedirle y conseguir de su infinita clemencia otras mayores maravillas en bien y provecho de los hombres, alabándole y glorificándole por la común y puntual providencia con que cuidaba de todas sus creaturas, sin negarse a la necesidad de los animales. Por este fin y con este ejemplar de su creador, procuraba esta caritativa virgen hacer bien a todos los demás brutos; sólo a los gatos y tigres tuvo cuando niña alguna antipatía por ser, como ella decía, feroces y crueles. Y en una ocasión que vio dos gatos asidos y rabiosamente enfurecidos despedazarse, le dijo a Dios llevada de su natural compasivo: “¿Para qué y por qué, Señor, creaste animales tan rabiosos?” Y su Majestad, con alguna seriedad, le respondió: “Que para el servicio del hombre”. Y con esta respuesta quedó la sierva de Dios por una parte avergonzada y arrepentida del desordenado, aunque compasivo afecto, que la obligó a prorrumper en la insinuada pregunta; y por otra parte, enseñada y agradecida al especial amor con que mira el Señor por los hombres, pues habiéndoles creado para sí, creó todas las demás cosas para el servicio del hombre, porque éste se emplease todo en servir y amar al que le había creado.

[60] Quien era tan compasiva con los brutos, no podía dejar de ser muy caritativa con los racionales. Servía a los enfermos con piedad de amorosa madre y con la puntualidad de una buena esclava, que no se apartaba de la cabecera del doliente ni fiaba de otro la aplicación de las medicinas. De día y de noche la hallaban presente los quejidos y lamentaciones de los enfermos y templaba sus dolencias con palabras y con remedios, aliviando sus dolores y curando sus llagas. Advirtió un día que se quejaba mucho un negrito, a quien asistía y cuidaba al tiempo de la curación de una mortal

herida que le dieron en la cabeza, y lastimándose compadecida la sierva de Dios de la congojosa aflicción de su enfermo, persuadida a que sus lamentos eran ocasionados de lo pesado de sus manos y de la aspereza de los lienzos con que limpiaba lo asqueroso de la llaga por donde se le descubrían los sesos; se arrojó impelida de su caridad ardiente a limpiarle la podre con su propia lengua. Esta acción causó en Catarina tal asco, que se vio en punto de lanzar las entrañas. Y viéndola el Señor atribulada, le dijo: “¿De eso tienes asco? Repite la acción, hija, porque me agrada mucho la valentía de tu caridad”. Con sólo estas palabras repitió la sierva de Dios la acción, y habiendo vencido las repugnancias que la acobardaban, consiguió la salud del enfermo y mereció oír de la boca de su dios que por sólo aquella caritativa obra le había de dar tanta gloria, cuanta mereciera el afligido doliente. Sólo con llegarse a ella los enfermos cobraban la salud que les faltaba y a Catarina se le pegaban sus males. Como se reconoció con alguna publicidad el año de 1678, en ocasión que llegando a comulgar, se encontró con una mujer que padecía un temblor penoso en todo su cuerpo; a ésta cogió del brazo para ayudarla a que se hincase en la reja de la comunión y luego comenzó a sentir en sí la sierva de Dios el violento accidente de la enferma, con tanta intención y dolores, que con mucha dificultad pudo recibir al Señor, y encendiéndose luego en calentura, fue necesario llevarla en brazos a su casa, donde estuvo padeciendo muchos días, en los cuales vivió muy aliviada la afligida doliente. En otra ocasión siendo su casero el doctor Flores, se halló éste con un grande, agudo y violento dolor de cabeza. Y por el concepto que tenía de las virtudes de la sierva de Dios, la hizo llamar y le rogó le apretase con sus manos la cabeza. Lo hizo Catarina rezando al mismo tiempo un avemaría e instantáneamente cesó el dolor del afligido, que atribuyó esta beneficencia a la virtud de esta esclarecida virgen y ella solamente a la intercesión de la madre de Dios.

[61] Así como se pegaban los males ajenos a la caridad de esta sierva del Señor con el contacto sólo de sus manos, se pasaban también a ella los achaques de los enfermos con el contacto de sus vestidos. Lo oí ponderar a algunos de sus confesores, que andaban dando sus silicios y mantos viejos para curar a otros en los cuerpos y en las almas. Yo nunca lo experimenté, porque nunca quise usar de semejantes medios. De lo que me valía para el bien del mundo era de la eficacia de sus oraciones; con éstas tuve multiplicadas experiencias de los prodigios que obraba Dios por la intercesión de su sierva, y puedo asegurar con estas mismas experiencias que dejaban las enfermedades ajenas a las personas que las padecían y se pasaban al cuer-

po de esta caritativa virgen; porque parece le había concedido Dios virtud para curar mereciendo y sanar padeciendo. ¿Qué enfermedades, qué penas y males se vieron en la ciudad de Puebla y en todo el mundo, de que no participase nuestra Catarina? Por este fin la llevaba el Señor en espíritu por todo el mundo y la hacía presente a las cabeceras de los enfermos, a las prisiones de los encarcelados, al lugar del suplicio de los condenados a muerte, a las aflicciones y sentimientos particulares que suelen ser más que los públicos; y finalmente, era bienhechora común y el alivio y remedio de todas las necesidades del universo. Del sufrimiento en sus enfermedades hacia merecimiento para la salud ajena; ofrecía su delicado cuerpo a los dolores porque sanasen a los otros y su vida porque no muriesen. Adolecía finalmente para que sanasen y padeció muchas veces los accidentes de muerte porque viviesen, porque la paciencia en sus dolores era remedio y medicina de los ajenos. Y así, lo mismo era querer curar que querer padecer; y lo mismo era padecer en sí las enfermedades de las demás creaturas que curarlas en ellas. Remito al piadoso lector a los párrafos y capítulos siguientes, donde hallará mayores testimonios de la grandeza de caridad que comunicó el Altísimo a esta creatura.

3. Del celo que tuvo de las almas y lo que padeció por ellas

[62] La caridad bien ordenada atiende con mayor solicitud y cuidado a la salud de las almas que al bien de los cuerpos. Y en nuestra Catarina fue crecidísimo el ardiente celo de la salvación del mundo, causado del intenso amor que tenía a su dios, del conocimiento de la eternidad, de la gravedad del pecado, de los males inexplicables que padecían los condenados en el infierno, y del colmo de gloria que tenía el supremo juez prevenida para sus escogidos por los merecimientos de su sagrada pasión y muerte. Con estos motivos y otros que insinué en el capítulo 20 del segundo libro, y los que con alguna especialidad y extensión se leerán en éste y en los siguientes capítulos; se aumentó tanto el ardiente deseo de la salvación de los próximos, que la obligaba a andar continuamente suspirando y clamando al cielo porque todos se salvaran y ninguno ofendiese a su creador y amado redentor. Estas ansias de que se salvaran los hombres y este deseo de caridad encendida era tan del agrado de Dios, que por instantes se veía arrebatado su espíritu en las alas del divino amor y era llevado por todo el universo, de manera que penetrando las casas, las ciudades y reinos, sin que se eximiesen de su registro las monarquías de los turcos y herejes, ni las incultas

selvas que poblaba el gentilismo, reconocía la necesidad de las almas. Y como si cada una de los otros vivientes fuese la suya, se la pedía al divino poder, clamando e individuando los medios de que necesitaban todas las creaturas, instando con preciosas lágrimas por contrición para los unos; por conocimiento y luz para los otros; por el bautismo para los gentiles. Conseguía las divinas misericordias poniendo los ojos no en otra cosa que en el soberano rescate y en las sacratísimas llagas de su divino amante. En estos merecimientos se sustentaba toda su confianza, y en cuanto le era posible se ofrecía a la satisfacción, resignándose en la voluntad del Señor para padecer y sufrir cuanto debieran sufrir y padecer todas las creaturas del universo. Por estos tan intensos como fervorosos actos de caridad le concedió la infinita misericordia la salvación de tantas, que dudo pueda leer el piadoso lector sin admiración y asombroso, el número de los pobladores de la celestial corte que debe el empíreo a la caridad e intercesión de esta escogida y prodigiosa creatura. Con manifestarle Dios estas singulares y multiplicadas beneficencias, se templaba la sed de la salvación de las almas que abrasaba el corazón de Catarina y se refrigeraba la sed que manifestó Jesús en el brocal del pozo de la Samaritana; y la de nuestra redención, que significó al verse crucificado en un afrentoso madero por nuestro amor. Y en esto mostró la sierva de Dios ser hija verdadera de Cristo y engendrada entre sus inexplicables dolores, imitándole y siguiendo su doctrina y ejemplo con una caridad tan compasiva como paciente.

[63] Estas ansias de la salvación de las almas manifestó el Señor con muchas y misteriosas visiones. Una de ellas fue la que tuvo Catarina un día de cuarenta horas, en que se le representó su divino Adonis³³ crucificado sobre una espaciosa fuente de sangre, rodeada y cercada de muchos celestiales espíritus que con solicitud y vigilancia cuidaban no se derramase ni desperdiciase una sola gota de aquel precioso licor. Y con esta visión se halló la sierva de Dios tan abrasada en un ardiente celo del bien de las almas, que sin poder reprimirse y como fuera de sí por el bochorno que le causaba el incendio de amor y caridad que hervía en su pecho, comenzó a dar voces, llena toda de esperanzas, como otro santo rey David, [Apostilla: Salmos 68] llamando y convocando a todos los hijos de Adán para que bebiesen y se bañasen en aquella saludable y deliciosa fuente. Y reconociendo que

33 Personaje de la mitología griega, cuya belleza era tal, que la misma Afrodita se enamoró frénéticamente de él. En consecuencia, “adonis” se emplea como adjetivo para caracterizar a un hombre de suma belleza.

llegaban pocos a gozar de aquel soberano convite, pidió a su divino amante le diese licencia para recoger mucha de aquella preciosa sangre e ir a esparcirla y derramarla por el universo. El Señor le concedió la licencia, diciéndole: “Ve, hija, a repartirla y derramarla por todo el mundo, que mi santísima madre irá contigo y lograrán muchos la gracia que pierden los de esta ciudad, donde por tus oraciones me muestro liberal y propicio”. Al oír estas palabras, le pareció era arrebatado su espíritu, y que asistida de la santísima Virgen, corría todo el mundo rociando y vivificando a todas las creaturas con la sangre de su querido esposo. En otra ocasión, que arrebatada de su encendida caridad rogaba por el bien del mundo a nuestro creador, se le volvió a representar otra fuente de leche que servía de peana a Cristo crucificado. Y advirtió en medio de este soberano arrobamiento que el mismo Señor llamaba y convidaba a todas sus creaturas para que llegasen a bañarse y beber de aquel precioso y delicioso licor, a cuyo ejemplo esta caritativa virgen, pareciéndole que eran muy pocos los que correspondían agradecidos a la vocación de su redentor, empezó a gritar hasta enronquecerse y llamar a todos los vivientes para que no perdiesen la ocasión de admitir y aumentar la gracia a que los convidaba su creador. Pero a unas y otras veces dijo la sierva de Dios, que se resistían las creaturas, excusándose unos y despreciándolas otros. Y que por esta razón le parecía se había logrado este misterioso convite en el gentilismo; porque le había mostrado el Señor muchos hombres y mujeres; todos, aunque blancos, muy feos, que no llevaban otra cruz que las de sus espadas. Y preguntándoles de dónde eran y adónde iban, le respondieron a lo primero nombrándole la tierra y reino de donde salían; y aunque la sierva de Dios no se acordó del nombre para decirle a su confesor, añadió que era la tierra y patria de uno de los profetas que frecuentemente nombraban nuestros predicadores en los púlpitos. A lo segundo, le respondieron iban llevados de la voluntad de Dios a buscar y pedir el bautismo; y alegrándose la caritativa virgen con esta tan deseada nueva, comenzó a ponderar cuán numeroso era el gentío y cuánto se había aumentado en su corazón la gustosa sed de la salvación de las almas, aunque mezclada con las hieles y acíbares de que los cristianos se excusasen de los abundantes convites de la divina gracia. Con semejantes visiones le manifestó el Señor cuán pronto estaba su absoluto poder y su inmensa misericordia para fertilizar la iglesia militante por medio de los santos sacramentos, si sus fieles se dispusiesen para recibirlos, ya con estanques de cristalinas aguas, ya con pilas y pozos de leche y sangre que salían como de manantial inagotable de sus sacratísimas llagas. Y entre todas las visiones sobresalió

una que tuvo de Cristo crucificado sobre una fuente, pila o estanque, donde se le representó con innumerables rayos de resplandeciente luz que salían del divino cuerpo del Señor y herían los corazones de todos los hombres; de los cuales, unos se rendían a la eficacia de las divinas inspiraciones, otros se resistían a sus soberanos auxilios; en que parece se le manifestó cómo se debe atribuir la predestinación a los tesoros de la gracia y la reprobación a las culpas de los hijos de los hombres.

[64] Con estas visiones y favores del cielo crecían y se aumentaban los deseos y ansias de la salvación del mundo en Catarina, de suerte que ya como con un rápido movimiento y natural inclinación, apetecía y clamaba por trabajos, penas y martirios para satisfacer a la divina justicia y favorecer a las creaturas, procurando imitar a su divino amante, a quien brindó el eterno padre con cálices de amarguras. Y cuanto mayores eran las copas se avivaba más la sed del Señor, que es lo que dijo el real profeta: “Mis enemigos me llenaban las medidas, y cuanto eran éstas más desmedidas, ganaba yo tierra en la sed y cada día las deseaba mayores; porque unos trabajos eran empeños de otros”. [Apostilla: Salmos 61] Las copas con que le brindó su eterno padre desde niño eran cálices de buen tamaño; pero respecto de los que bebió siendo mayor, fueron los primeros pequeños. Entonces fueron las copas mayores cuando fue mayor su desnudez, cuando las injurias más desmedidas y cuando más mortales sus agonías. Así esta sierva del Señor, metida en el incendio de su abrasada caridad, se encendía en una sed insaciable de mayores tormentos cuando se veía más ahogada entre ansias y congojas de muerte. En los convites de la Antigüedad era estilo que el que mejor había mantenido los desafíos del brindis fuese coronado su cáliz por haber hecho en él la razón, en testimonio de que merecía ser coronado con la corona de mantenedor, como lo notó Tertuliano. [Apostilla: Tertuliano, *De resurrectione carnis*, 16] Y esto mismo parece que quiso dar a entender la divina y suprema majestad, representándosele muchas veces al oír misa, el cáliz que levantaba el sacerdote para la debida adoración del pueblo, con una cadenilla de oro en forma de corona que hermooseaba la parte superior de la copa, con que la convidaba a su imitación para nuevas batallas y martirios. Con semejantes jeroglíficos le brindaba Dios su cáliz y ella le cogía en las manos. Abría la boca de su resignada voluntad y se echaba a pechos sin dejar una gota, diciendo con el profeta rey: “Si tú quieres, Señor, venga ese saludable cáliz y otros muchos”; [Apostilla: Salmos 115] e invocando el santo nombre de Jesús, se bebía un vaso de veneno, otro de agonías y otro de tormentos, sin que dejase jamás de aceptar estos brindis o desafíos;

porque aunque tal vez la naturaleza con cobardías mostraba su flaqueza, prevalecía el conformarse con la voluntad de Dios y el bien y la salvación del mundo.

[65] En otras ocasiones, manifestó el cielo a esta sierva de Dios sus crecidas ansias de padecer por los hombres con el ejemplo de Cristo, porque en el año de 1677, saliendo un día de su casa después de una gravísima enfermedad, entró en la iglesia, y al coger el agua bendita, acordándose de los que estaban enterrados en aquel templo, ofreció al Señor su vida y el derramar toda su sangre, con que se apagase el fuego abrasador del purgatorio y se perdonasen los pecados de todas las creaturas del universo. A estos caritativos deseos respondió el supremo juez de vivos y muertos, disponiendo que se le partiese en uno de los brazos la vena que llaman de todo el cuerpo. Y con el sentimiento de la herida se volvió a su casa, donde registrando el brazo las personas que la asistían, reconocieron con admiración la vena dividida sin que saliese gota de sangre, en que prudencialmente se puede discurrir quiso dar Dios a entender los ardientes deseos de la caridad de su sierva y el que no tenía ya más sangre qué derramar por los hijos de los hombres; porque la que quedaba era solamente la necesaria para la conservación de la vida de esta bienhechora común. En otra enfermedad la mandaron sangrar los médicos, y habiendo herido el barbero la vena, no salió gota de sangre. Y asustado con intención de herirla en el otro brazo, aplicó el cabezal a la primera herida para asegurarla; pero con esta aplicación salió una sola gota de sangre que se imprimió en forma de perfecta cruz en el pañito que guardaron las mujeres asistentes por hazañeras³⁴ o por parecerles cosa misteriosa; y con sus alharacas creció en el barbero el susto y la admiración, de manera que no se atrevió a partir la otra vena. Y el efecto mostró que no era necesaria la sangría para conseguir la salud; lo demás que pudo haber de misterio lo dejó a la consideración del piadoso lector, que puede piadosamente carearlo con el caso antecedente.

[66] Estos mismos deseos de favorecer a todas las creaturas de su dios, le significó y explicó su Majestad en la ocasión que, atribulada y apurada con indecibles penas interiores y exteriores, clamó y pidió misericordia a la inmensa clemencia de su redentor, diciéndole: “¿Cómo vivo, Señor, entre tantos martirios, cuando otros con uno solo de estos males logran la dicha de gozarte en tu celestial corte?” A las cuales voces de esta su querida esposa,

³⁴ Exageración en la expresión de temor o sorpresa.

respondió luego el divino amante, haciendo poner ante sus ojos dos braseros: uno con muy poca lumbre y que con una garúa³⁵ o rocío pequeño se apagó; otro con tan encendido y fuerte fuego, que se resistía a muchos y recios aguaceros. Y en la confusión que le causó esta visión, oyó que le decían (sin saber quién): “Cuando el amor de Dios y del prójimo es grande, más se aviva que se apaga con las tribulaciones y tormentos. Tu alma se simboliza en ese segundo brasero, que se enciende con las baterías de sus contrarios, y tu vida corre por cuenta de mi omnipotencia, que quiere valer-se de ella para el bien de sus creaturas”. Finalmente, al cielo debía nuestra Catarina con especialidad el conocimiento de todas las verdades católicas e inteligencias de los sagrados misterios de nuestra santa fe; al cielo debía la luz con que caminaba entre abrojos y punzantes espinas de las oscuridades, desamparos y amarguras que atormentaban y lastimaban sus potencias y sentidos; al cielo debía el saber agradecer las celestes beneficencias y el subir a la perfección por enseñanza del mismo Dios, con poca ayuda de los hombres. Por este camino extraordinario subió el Señor a su sierva, porque quiso hacerle esta gracia singular para recrearse en ella, guiándola en el ejercicio de las virtudes hasta colocarla en una tan empinada cumbre de perfección, que dejando muchas veces el Señor a su elección el padecer o el gozar, ella escogió siempre el penar por el mundo y por el purgatorio, que es una de las finezas del más abrasado amor dilatar la posesión de una eterna gloria por padecer para que otros la gozasen. En otras ocasiones desechó los regalos que le franqueaba liberal el cielo por perseverar en sus penas y amarguras, retirándose de la presencia de Cristo glorioso por acompañarle crucificado, y dilatando la corona por más servir y merecerla. Otras veces que le confortó la infinita misericordia con dones y soberanas mercedes para templar sus naturales y mortales desfallecimientos, le respondió como fina amante de Dios y del bien del mundo: “Deja esos regalos, Señor, para las almas escogidas que saben amarte y servirte, que yo soy una pecadora; y para los pecadores se hicieron las penas, lágrimas y tormentos”. A estos actos de caridad correspondía el cielo aumentando en Catarina los dones de la gracia, inflamando con nuevos incendios su caridad y alargándole con muchas fuerzas la vida, para que mereciese para sí y para otros muchas coronas y resplandeciesen los realces de su encendido amor.

35 Llovizna.

4. De algunos efectos de su caridad y cómo Dios la hizo bienhechora común del mundo y dispensera de su preciosa sangre

[67] En los casos particulares que se leerán en toda la historia, se reconocen los maravillosos efectos de la caridad que ardía y hervía en el corazón de esta sierva de Dios, y lo significó y manifestó el Señor al mundo con varias y multiplicadas visiones y jeroglíficos. Y por estos mismos motivos y en este sentido, parece que le dio el Señor el honroso título y glorioso renombre de dispensera de su preciosa sangre y bienhechora común del universo; porque al verla padecer y penar constante por el bien de las creaturas, le solía decir muchas veces: “Pide y clama, Catarina. ¿Para qué tienes atadas las manos y ociosas las llaves de mis tesoros? Saca sangre de mis llagas y espárcela por el mundo, pues te he hecho dispensera de mi sangre”. Consta de muchos casos de la historia que recogía espiritualmente la sierva de Dios abundancia de la sangre de su divino esposo para bañarse con ella y para derramarla y esparcirla por todo el mundo, porque se templasen los ardientes deseos en que se abrasaba de que ninguno se condenase y todos se salvaran, buscasen y amasen a su creador y redentor. Al cual afecto correspondía el mismo Señor arrebatando su espíritu y llevándolo por todo el universo, con tal viveza de una soberana representación y con tal eficacia de las oraciones de su sierva y de la aplicación de los merecimientos e infinito valor de la sangre de nuestro redentor, que corriendo o volando su alma sobre todas las cuatro partes del mundo, se le representaba que iba rociando con el precioso licor de la redención a todos los vivientes, reconociendo su entendimiento maravillosos efectos en todas las creaturas; porque al ver caer cada gota pequeña de la sangre de Cristo sobre un gentil, le oía luego pedir el bautismo; si tocaba a un mal cristiano, veía que se arrepentía; y si a un justo, que de bueno se mudaba en mejor. Hasta los campos se le representaban como que se reían, que se alegraban las flores y que reverdecían las plantas con esta preciosa garúa y rocío celestial y divino. Pero aunque la sangre del Señor era el precio y el poder con que se obraban estos prodigios y maravillas que se le manifestaban a la sierva de Dios para que se templase la crecida sed de la salvación del mundo que la afligía; cooperaba también ella con sus obras, clamando y padeciendo por los vivos y por los difuntos indecibles dolores, ardores y congojosas ansias de muerte, hasta llegar a quejarse y lamentarse con su divino amante cuando le faltaban las fuerzas, la respiración y el aliento. Y entonces solía responderle el Señor: “¿No pides, no ruegas, no clamas, no te ofreces a padecer porque se salven los hombres? Pues sufre y

revienta porque ellos no se condenen; que más padecí yo para redimirlos”. A estas voces replicaba Catarina: “Tú, Señor, eres gigante en las fuerzas y el poder; mas yo aunque quiero no puedo. Dame valor y fortaleza para imitarte y verás cómo corro en pos de ti hasta la muerte”. Con estas valentías del alma se mostraba Dios poderoso entre los desfallecimientos de la flaca naturaleza, y le comunicaba con su divino querer tanto aliento, que volvía a pedir penas y más penas porque no se condenasen las creaturas; y al paso que eran sus peticiones repetidas y como continuas, lo eran también sus congojas y tribulaciones. En estas católicas luchas se le representaba el redentor del mundo muchas veces visible y se abrazaba y unía estrechamente con su espíritu, llenándole de gozos y alegrías. Y de esta misteriosa unión parece que resultaban los vuelos y los prodigios que reconocía obraba la sangre del Señor en el mundo.

[68] En primeros del año de 1674, dijo a uno de sus confesores que había corrido el mundo con repetidos vuelos de su espíritu en aquellos días y noches. Y el confesor, por oír de su boca el modo y la inteligencia que tenía la sierva de Dios de estas extraordinarias operaciones de su alma auxiliada del divino poder (o por otro motivo), le dijo: “Eso de volar, Catarina, no es cosa muy singular; porque, según dicen, también lo saben hacer las brujas”. A las cuales palabras respondió Catarina: “Yo soy bestia e ignorante y nunca he tratado con brujas. Tú eres docto y sabio y podrás calificar o censurar sus acciones. Lo que te aseguro es que creo en Dios y todo lo que nos enseña la santa Iglesia católica, así como me lo explican mis confesores, a quienes procuro obedecer en todo y darles entera y perfecta cuenta de mi conciencia, para que me enseñen el verdadero camino de la ley de Cristo. Si ellos se engañan o me engañan, darán cuenta al supremo juez de mis hierros, que a mí me salvarán mi buena intención y el obedecerlos en lo que no conozco ser culpa. Y para satisfacer a tu deseo, digo que no tengo otra inteligencia de mis brujerías o vuelos que el parecerme cuando el cuerpo está impedido, baldado y aun dormido, que el alma se vale de sus propias potencias, memoria, entendimiento y voluntad para conseguir sus deseos; y se va por tierras y mares registrando todo lo que hay y lo que sucede en el mundo. Y en estas mis correrías, si no quieres que las llame vuelos, reconozco que voy acompañada de mi ángel de la guarda; del glorioso arcángel san Miguel; de mi madre y señora, la virgen María; y de mi amado Jesús; a quien veo algunas veces a mi lado y otras sobre uno de mis hombros, con cuya sangre me parece que voy rociando todas las tierras con una como garúa o copioso rocío, suplicando juntamente al Señor caiga en buena tierra este precioso

licor que recojo algunas veces de su sagrado costado; otras de una de sus llagas; otras de la que se derramó en el huerto en casa de Pilatos, en la calle de la amargura o al pie de la cruz. Y en algunas ocasiones, me la ha dejado el Señor en mi regazo cuando se recuesta en él, herido y llagado, por el maltratamiento que experimenta entre los hijos de los hombres. Y finalmente, otras veces me manda desde las cruces en que le adoro crucificado por nuestro amor, que abra una de las fuentes de la redención del mundo con las llaves que me había fiado; y yo obediente a su voz, me acojo a una de sus milagrosas imágenes y en ellas le pido me dé algunas gotas de su preciosísima sangre para esparcirla por todo el mundo. Y es tan liberal su infinita misericordia, que se halla mi espíritu lleno y cargado de ella; y con la compañía que tengo ya insinuada, vuelo por el mundo, rodeando y penetrando todas sus tierras y mares. Y rociando con ella al universo, me parece que voy fertilizando los campos, sanando a los enfermos, convirtiendo pecadores, reduciendo infieles y herejes, y sacando ánimas del purgatorio. En estos caminos y correrías espirituales o imaginarias, suelo sentir la asistencia de mis confesores. Y un día de estos me saliste tú al encuentro, y entrándote de rondón³⁶ por el camino en que yo iba gustosamente entretenida y acompañada de mi madre y señora la virgen María, dijiste: ‘Acá estamos todos’; y mirando con veneración a la Señora, le rendiste con agradecimiento las debidas gracias por las mercedes que me hacía. Esto es lo que yo entiendo. Examina tú con ciencia, experiencia y con hojear los libros, si estas son o no son brujerías.” Ya tengo escrito en el número 227 del segundo libro cómo se deben entender los vuelos, caminos y sendas ocultas de los espíritus, para que los piadosos lectores no hierren en semejantes leyendas.

[69] En otra ocasión le entregó el Señor tres llaves, tan misteriosas, que Catarina ni sus confesores se atrevieron a explicar con seguridad su significación. Algunos discurrían que eran representación de los tres grados o caminos por donde subió Dios a esta escogidísima alma a la alta cumbre de la perfección, y son los que llaman los místicos: *vía purgativa, iluminativa y unitiva*. Y puede ser fuese esto así y que no hubiese otro misterio en la significación de estas llaves; porque desde que llegó a unirse en estrechos lazos de amor con su dios, se le desapareció una, conservando a su vista y en su poder, todo el resto de su vida, las otras dos llaves o vías, iluminativa

³⁶ Entrar de repente y con familiaridad, sin llamar a la puerta, dar aviso, tener licencia ni esperar a ser llamado.

y unitiva. Pero aun podemos discurrirlas como más misteriosas por el poder que comunicó la Omnipotencia a esta caritativa virgen para librar a los hombres de sus culpas y abrirles las puertas del cielo (no hablo de la potestad y jurisdicción que concedió Cristo sólo a san Pedro y sus legítimos sucesores, para cuyo ejercicio no es ni puede ser apto instrumento y ministro una mujer). [Apostilla: Mateo 16] Hablo del poder de su intercesión para con Dios y de la eficacia de sus oraciones y merecimientos, enriquecidos con la sangre del Señor aplicada con la encendida caridad y fervorosos ruegos y clamores de esta su querida alma. Con estas llaves, el profeta Elías en aquel calamitoso tiempo de la memorable sequedad que padeció la gente de Samaria, detuvo las lluvias y rocíos del cielo; porque habiéndole dado el Señor amplia comisión sobre las nubes, dijo hablando con el rey Acab:³⁷ “Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no ha de llover en todos estos años, si no es con permisión mía y cuando yo lo dijere” [Apostilla: 2 Reyes 17]. Y como lo dijo el profeta, se ejecutó y lo experimentó el mundo. Era Elías más inclinado al rigor que a la blandura, no por celo de venganza sino de justicia. Y como su oración era tan poderosa para con Dios, con esta llave cerraba la puerta de la clemencia del cielo para que no lloviese. Con esta misma llave abría Catarina las puertas de la divina misericordia para la defensa del mundo y bien de las creaturas; de manera que, así como el profeta tenía las llaves de los rigores para los castigos, tenía la sierva del Señor las llaves de la piedad para las celestes misericordias. Muchos casos van apuntados en la historia que prueban lo que voy diciendo; y podríamos escribir otros más, mas por ahora no quiero omitir el siguiente.

[70] Por el mes de mayo de 1673, instada de algunos afectos suyos, pidió agua al cielo para las sementeras que se iban perdiendo con una dilatada y rigurosa sequedad; y la respuesta a su petición fue ver en el aire una apariencia de amenazas, terrores y asombros. Se afligió Catarina con esta visión, y condoliéndose de las creaturas en este peligro que les amenazaba, instó y reforzó su oración con más fervoroso tesón, clamando al cielo misericordia para el bien común y para el particular de cada uno de los pecadores. A esta segunda voz de su querida esposa respondió Cristo, representándosele azotado, herido y maltratado; y le dijo: “Pues, ¿no ves cómo me tratan los hombres?” Fueron estas palabras cuchillo de dolor que atravesó el corazón de la sierva de Dios. Pero como su espíritu era parecido

³⁷ Séptimo rey de Israel, del siglo IX a.C.

al espíritu del Señor, que por su infinita bondad se inclina más a la piedad y clemencia que al rigor y castigo, prevaleció en ella el deseo de conseguir piedades y misericordias. Y así volvió a pedir las, repitiendo sus clamores y ofreciendo por todos los pecadores que irritaban la divina justicia, sus penitencias, dolores y la vida, las oraciones y merecimientos de los justos, la intercesión de los santos, de la santísima Virgen y la sangre del mismo Señor, en que tenía depositados los tesoros de toda su confianza. Con estos clamores, mereció que se le volviese a representar su divino amante a su lado, bañado en su preciosa sangre. Y juntamente, se repitió o renovó en el aire la representación de espadas, lanzas y otros horrorosos instrumentos de los desagravios de Dios. Y en la confusión que le causaron estas visiones, volvió a oír la suave voz de su querido esposo, que le dijo: “¿Qué es lo que pides? ¿Qué es lo que esperas, cuando miras cómo me han puesto los hijos de los hombres?” No obstante todas estas representaciones con que el Señor justificaba su recta justicia y excusaba su divina misericordia, continuó sus ruegos llena de fe y confianza por muchos días y noches, batallando con los rigores de la justicia de Dios, valiéndose de las lágrimas y razones para inclinar al Todopoderoso a que usase de su inmensa clemencia con las creaturas que había comprado y redimido con su sangre; pues no parecía conforme a razón pagasen justos por pecadores y más cuando éstos no sabían lo que se hacían. Con estos motivos repetía la invocación de los santos, nombrando con especialidad a la santísima Virgen y a los santos san José, san Joaquín y santa Ana. En una de estas ocasiones que clamaba fervorosa con los incendios de su caridad por los hijos de los hombres, vio bajar de las celestes alturas dos cortesanos de la gloria, que entendió ser san José y san Joaquín, y que le venían a dar la deseada nueva de que ya había convenido Dios con sus ruegos y concedido lo que le pedía. Y en testimonio de que no era ilusión, comenzó luego a llover, con tanta abundancia y copiosas lluvias, que se inundaron las calles y los campos, continuándose por muchos días las aguas porque la sierva de Dios no cesaba de pedir y clamar; a cuyos clamores y suspiros tiernos respondió otro día la Omnipotencia, diciéndole: “Catarina, ¿no basta ya de agua?” Y ella replicó: “No, Señor, no basta, que todo esto ha sido un rocío y garúa. Vengan más aguaceros y copiosas lluvias con que crezcan las sembradas, se aumenten las semillas y llenen las trojes para el consuelo y alivio de los pobres”. Como lo pidió la sierva de Dios se experimentó en un año muy abundante, comprado con las lágrimas y dolores inexplicables que le envió Dios todo el tiempo que duró esta lucha; de donde resultaron muchos bienes temporales en el mundo y crecidos merecimientos en su bendita alma.

[71] Con razón podemos hacer a nuestra Catarina portera de la piedad y aplicarle las llaves de la clemencia, dejando la puerta del rigor para Elías y otros espíritus que quieren convertir al mundo con amenazas, terrores y asombros, que es lo común y más conforme a la inclinación de los hombres. Y tal vez importa este rigor para convertir a un pecador, según los tiempos, ocasiones, circunstancias y naturales con quienes se comunica y trata. Como se vio en lo que obró el Señor cuando cogió en su mano el azote para castigar y ahuyentar a los profanadores del templo; [Apostilla: Mateo 21] y cuando se dio por desentendido a los clamores de las locas doncellas que desprevenidas pretendían se les abriese la puerta del cielo, a quienes respondió Cristo: “Que no las conocía, porque no aprobaba su espíritu” [Apostilla: Mateo 25]; y que no las aprobaba, pues les cerraba la puerta. Pero el más frecuente y ordinario estilo de Dios es inclinarse a las blanduras, piedades y misericordias. Y aunque tal vez parece que detiene y escatima las mercedes que se le piden, es porque desea verse blandamente lisonjeado con la sabrosa importunidad de nuestros humildes ruegos; pues al que persevera pulsando, al que porfiando clama instancias de los piadosos tesones, le concede cuanto le pide y ordinariamente aún más de lo que se desea, como lo dice y canta la santa Iglesia católica en una de su oraciones. [Apostilla: *Ecclesia*, sobre la misa del domingo después de Pentecostés, 11] Por este motivo, parece que no había de poner Dios al hombre ni en la puerta del rigor ni en la puerta de la piedad, y que debíamos pedir a su Majestad que asistiese a estas dos puertas; porque el hombre en la puerta del rigor castigara más de lo que debía, que es contra el estilo de Dios, pues siempre castiga menos de lo que la culpa merece. En la puerta de la clemencia, el hombre aun quitara de lo que Dios le mandara que diese. A Catarina sí se le podían fiar ambas dos puertas y las llaves del rigor y piedad; porque para las culpas pedía misericordias y para los merecimientos clamaba por superabundantes gracias, que es lo más conforme al espíritu de nuestro redentor. Dijo Cristo a su amado y regalado benjamín: “Yo soy el señor absoluto, que tengo las llaves de la muerte y del infierno”. [Apostilla: Apocalipsis 1] Con las cuales palabras parece que dio a entender que estas llaves no las fiaba de los hombres por la dureza y crueldad de sus corazones, que siempre se inclinan al rigor y pocas veces se reconoce en ellos clemencia; porque como notó san Justino: “Si en manos de las creaturas estuvieran las llaves de la muerte y del infierno, ¡triste del mundo! ¡Qué poco que durara, qué presto se agotara! Porque es el hombre tan inhumano y cruel que a la primera que le hicieran, luego los arrojara al infierno y diera al traste con todo;

pues el hombre siempre se inclina más al rigor que a la piedad” [Apostilla: San Justino, *Epístola a Zena*]; cuando el rigor ha de ser a más no poder y la misericordia hasta más no poder. Éste era el espíritu de Catarina y esto mismo se representaba en las llaves que le entregaron para abrir las fuentes del redentor, de que hace mención el profeta Isaías. Y con ellas, clamando, mereciendo y padeciendo, daba vuelta a la llave; y recogía tantas aguas de gracia, que no sólo eran bastantes para bañarse sino para lavar y purificar a innumerables creaturas redimidas con la sangre de su divino esposo.

CAPÍTULO 4

DE VARIOS EFECTOS Y CELESTIALES BENEFICIENCIAS QUE EXPERIMENTÓ EL MUNDO; Y CON ESPECIALIDAD LOS BIENHECHORES DE LA SIERVA DE DIOS, POR LA EFICACIA DE SUS ORACIONES Y LO ABRASADO DE SU CARIDAD

1. De muchas conversiones de pecadores que hizo Dios por los ruegos y clamores de esta esclarecida virgen

[72] Era la sed de la salvación de las almas tan ardiente e insaciable en nuestra Catarina, que no me parece exageración el compararla con la de los codiciosos y avarientos del mundo, que tienen por su condición y natural afecto el estar siempre con la boca abierta para beber y más beber, sin que se halle modo para hartarles y satisfacerles, por más oro y más plata que beban; porque el mismo conseguir y el mismo tener, el mismo atesorar y el mismo beber, les excita y causa más ardiente y abrasada sed y deja más irritado el apetito, en tal grado que, como notó con elegancia Claudiano,³⁸ si todo el Tajo³⁹ y todas las aguas de todos los demás ríos se convirtiesen en oro y plata y la bebiese un codicioso avariento, ardería con más abrasante sed el fogoso infierno de su insaciable pasión. La lliga del amor a Dios y a sus creaturas en que se abrasaba el corazón de esta esclarecida virgen se ostentaba incurable; porque cuantas más y más almas Dios le daba para apagar su sed o templar las ansias de la salvación del mundo, se encendía

38 Poeta romano del siglo IV.

39 Río mayor de la península ibérica.

y crecía en el pecho de la sierva de Dios el cristiano apetito de que todos se salvaran y ninguno se condenase. No se pueden individuar por innumerables, los casos particulares que pasaron, aun en el tiempo sólo de uno de sus confesores, para apoyo de esta materia y verdad; porque como hemos escrito, le manifestaba la Omnipotencia todo lo que sucedía en el universo para que pidiese y padeciese por todas sus creaturas, y los confesores, con la experiencia de la eficacia de sus oraciones, le encargaban las necesidades comunes. Y con especialidad, las almas que hallaban irreducibles por todos los otros medios y caminos que les dictaba la humana prudencia y lo ardiente de su fogoso celo; y los mismos pecadores que se hallaban aprisionados con las cadenas de sus vicios, acudían a esta sierva de Dios por sí o por terceras personas, como al último remedio de su mudanza de vida, de que dependía la esperanza de su salvación. Y como se veían todos remediados y con especialidad auxiliados de la gracia del Señor, comunicándose entre sí los fieles, se les pegaba y extendía esta piadosa devoción de recurrir a las oraciones de Catarina en todas sus tribulaciones. Y les valía, porque desde la hora que comenzaba a pedir por los recomendados y necesitados del mundo, se le hacían presentes espiritualmente de día y de noche todas las almas por quienes clamaba, y con especialidad en las horas de su recogimiento.

[73] Éstas se le representaban en varias y diversas formas o figuras, más o menos horrorosas, según la gravedad de sus culpas, la fealdad de sus vicios y la fuerza de la pasión que les tenía asidas y aprisionadas, como consta de lo que dejamos escrito en la historia y se confirmará con otros casos particulares en que le mostraba el Señor que todos estos símbolos de pecadores se iban mudando en más o menos feos, según los efectos que causaban en sus almas los auxilios de la gracia. Y cuando conservaban su monstruosidad, entendía Catarina que perseveraban en sus vicios. Entonces batallaba más fuertemente con Dios, obligando a su Majestad con sus lágrimas y penitencias a darle una como satisfacción de no hacer lo que le pedía, diciéndole: “Que sus creaturas no querían corresponder a las divinas inspiraciones, que no cooperaban con su gracia, que no ponían los medios necesarios para salir de sus culpas, y que estaban bien halladas en sus vicios y enfermedades”. No obstante todas estas razones, volvía a instar la sierva de Dios, replicando a la inmensa clemencia de su redentor: “No hay que tratar, Señor, de excusaros, que ellas se han de convertir. Más puede vuestra omnipotencia que todas las rebeldías del universo; más vale vuestra preciosa sangre que el peso de los pecados de todo el mundo. Los hombres no

saben lo que se hacen; y vuestra infinita sabiduría sabe muy bien lo que ha de hacer para convertirlos”. De estas batallas y espirituales luchas nacía el mostrarle los muchos que convertía su absoluto poder, algunas veces valiéndose de los rigores y arrojando a los pecadores en las parrillas de una cama, de donde purificados con el fuego activo o violento de la enfermedad se levantaban arrepentidos y enmendados; en otras ocasiones sucedían a otros fracasos prodigiosos, con que abrían los ojos del alma y se reducían a vivir como cristianos ajustados y temerosos; en otros se notaron desgracias en la pérdida de la hacienda y honra, que aunque parecían contingencias, sus efectos en la mudanza de vida de los atribulados nos daban fundamentos para discurrir eran todos medios que escogía la divina providencia para salvar las almas de los que se veían en el mundo caídos y humillados. Muchas más eran las conversiones de pecadores que hizo Dios en el mundo usando de medios de benignidad y clemencia su infinita misericordia, herida de las voces y clamores de su sierva; y se las mostraba el Señor para gloria de su omnipotencia y crédito de las virtudes de Catarina, con jeroglíficos y misteriosas visiones. Una de ellas fue la siguiente.

[74] En una ocasión se le representaron los vicios capitales, que en formas de redes de varios colores y metales, andaban por el mundo en manos de demonios y que con ellas prendían y aprisionaban muchas almas. Pidió Catarina a Dios con ardiente y caritativo celo que no lograsen lance⁴⁰ los enemigos. Y le respondió el Señor: “Que para conseguir lo que deseaba era buen medio y remedio el que corriese ella con sus redes por las calles de la ciudad y por todas las tierras y aguas del universo mundo”. Y luego vio que salían de su corazón muchos amontonados hilos de varios colores, de que se iban formando diversidad de redes, unas que le parecían de plata, otras de oro, otras de acero, otras de alambres y cordeles; y todas ellas tan fuertes, que siguiendo con el veloz movimiento de su amor y caridad a las que iban echando los demonios, al encontrarse las unas con las otras, se rompían y desbarataban las de los vicios y se llenaban de peces o pecadores las que echaba y llevaba la sierva de Dios. Estas redes eran símbolos de sus virtudes, que son las redes más fuertes y provechosas. Con estas atrajo a sí el redentor del mundo tantas almas, como ponderó el apóstol escribiendo a los filipenses [Apostilla: Epístola a los filipenses 2.], donde dice que vino el divino verbo a redimir a los hombres, no vestido de majestad y poder ni con

40 Oportunidad, ocasión de sacar algún provecho.

representaciones de grandeza y autoridad, sino en humildad y obediencia, y tan revestido del incendio de su infinita caridad, que le movió ésta a dar la vida en un afrentoso madero, porque viviésemos eternamente los que éramos dignos de una eterna muerte. Este oficio de convertir hombres y ganar almas por medio del ejercicio de las virtudes pueden conseguirlo por imitación todos los fieles, que es muy propio de los varones apostólicos y fue una de las divisas y blasones de los apóstoles; como se vio en san Pablo, a quien electo apóstol del Señor [Apostilla: Hechos 9] explica la causa el sagrado texto: “Que fue una universal paciencia”. Y lo confirmó el mismo grande predicador hablando con los de Corinto, donde haciendo reseña y resumen de sus trabajos [Apostilla: Segunda a los corintios 11 y 12], nos dejó escritos los motivos de sus gloriosos empleos. Estas redes eran las que extendieron por la tierra y mar del mundo los demás apóstoles para pescar hombres, juntando con su predicación la paciencia y el oloroso ejemplo de sus admirables virtudes. Y a su imitación la sierva del Señor, omitiendo el oficio de predicadora, que no es muy propio del femenino sexo, extendía las redes de sus virtudes por toda la redondez de la tierra, y acompañadas de su sumo padecer, lágrimas y gemidos, le manifestaba Dios lo que podían sus ruegos en su venerable y sacrosanto acatamiento; porque con las redes que se le representaban como alambres, mimbres o cordeles, le parecía que cazaba aves que habían de subir o volar por el camino de la perfección, a las cuales tenía el demonio enredadas e impedidas con tibiezas, escrúpulos, temores y espantos; y a la eficacia de los ruegos de esta caritativa virgen, se desenredaban de las prisiones que las detenían y no dejaban caminar por las sendas de las virtudes que ansiosamente deseaban. En las que se representaban de plata y oro veía que caían almas que se hacían del amor de Dios, de su santo temor y de un intenso dolor de sus culpas. En las redes que se formaban a su vista como de materia de hierro o bronce, que se pueden comparar a las otras de que se hace mención en el Éxodo [Apostilla: Éxodo 27], advertía que se enjaulaban los que merecen el nombre de brutos y bestias fieras entre los hombres, para que permaneciesen dentro del gremio de la Iglesia católica, sujetos a su dios y a su santa ley.

[75] Por estos efectos y motivos pudiéramos dar a nuestra Catarina el renombre y excelso timbre de pescadora de almas; no porque se le atribuyese el levantamiento a la mayor cumbre de las dignidades, que fue la apostólica, porque ésta encierra en sí otras muchas prerrogativas y excelencias; sino por las muchas almas que ganó para Dios con sus oraciones, clamores y caridad paciente. Démosle el nombre de cazadora por los muchos

hombres y pecadores que se salvaron en las redes de sus virtudes, pues queriendo Dios valerse de este instrumento, le manifestaba con luz superior y ciencia del cielo no sólo las necesidades públicas, sino también las ocultas de todo el mundo, para remediarlas por la intercesión de su sierva, que se ofrecía por instantes a morir mil veces porque no se perdiese una sola alma; se sacrificaba a todo género de martirios porque no padeciesen las demás creaturas; se exponía a sustentar las batallas y pelear las guerras de todos los vivientes con la gracia y auxilios del cielo, porque ellos viviesen y muriesen en verdadera paz y quietud de sus conciencias. Este oficio y ejercicio de ayudar a los predicadores y varones apostólicos al aumento y perfección de la cristiandad, es muy decente y propio de las vírgenes cuerdas y recogidas; opuestas en todo a las doncellas locas o necias. Expliquemos esto con lo que aconteció a la virgen Ifigenia, cuando navegando los griegos a Troya, se la ofrecieron a la diosa Diana; y habiendo rehusado la diosa el sacrificio, le conmutó y se contentó con que se le ofreciese una cierva y que Ifigenia se conservase en el templo con el oficio de cazadora suya. Andaba esta virgen después a caza, no de fieras sino de hombres, que sacrificaba a su diosa. En esta narración y leyenda exclama el Nacianceno: “¿Qué utilidad resultó de esta subrogación y conmutación de una cierva por una virgen? ¿Qué bien se siguió de librar a Ifigenia de la muerte, para que pasase a ser ruina y matadora de hombres y que, por la humanidad y piedad que se usó con ella, se amaestrara a ser inhumana e inclemente? No era esta virgen de las que seguían al inocente cordero que murió para dar vidas”. [Apostilla: San Gregorio Nacianceno, *Elogios de Basilio*] A cuya imitación Catarina padecía porque no padeciese el mundo; deseaba morir porque viviésemos; se sacrificaba por instantes a los martirios porque tuviésemos vida y consuelo. Con menos palabras explicaba la sierva de Dios a sus confesores el estado de su conciencia y la grandeza de su caridad, diciéndoles: “Me parece que ando en el mundo como cierva sedienta de la salvación de las almas, herida del arpón del divino amor”.

2. De algunos casos particulares que confirman las muchas almas que convertía Dios por la intercesión y sumo padecer de su sierva

[76] De toda la historia se pueden entresacar multiplicados y raros casos que prueban el asunto de todo este capítulo, y me ha parecido expresar en este párrafo algunos. Le manifestó muchas veces el Señor algunos de sus predicadores y varones apostólicos enfermos en el espíritu o en el cuerpo,

con el símbolo de pájaros cantores, como de cenizales, jilgueros o ruiseñores; conformándose la eterna sabiduría con los lustrosos talentos que les había liberalmente concedido y aun significado las tierras y los sujetos de quienes hablaba a su sierva con la diversidad de estas plausibles y estimadas aves. Una de éstas, a quien conocía mucho Catarina y por quien había padecido mucho por levantarla del basurero de sus enfermedades o de sus defectos, se le representó en otra ciudad muy distante donde al presente vivía como descaminada y apeliada de despeñarse entre barrancas horribles y espantosas, caminando siempre hacia el poniente, que en frase o inteligencia de la sierva del Señor era lo mismo que verla entre riesgos y peligros de precipitarse al infernal abismo. Un día que clamoreaba tierna y compasiva a la divina misericordia por esta alma, se le volvió a representar el dicho pájaro cantor, como que estaba con suave voz y eficaz energía deleitando y entreteniendo desde una rama seca y sin fruto, a un numeroso concurso que llenaba un capaz y hermoso templo. E individuando todas las circunstancias de una solemne fiesta, puso al confesor que la oía en cuenta de conciencia, en el conocimiento de la Iglesia y aun de quién era el predicador simbolizado en la cantora ave; a la cual vio que por incauta o desvanecida entre el común aplauso, se dejó caer en el suelo, como desmayada o muerta, y que alborotándose con su repentina caída muchos de los que componían el grave auditorio, acudieron asustados a socorrerla, y cogiéndola en sus manos la pusieron sobre una mesa que estaba enfrente del púlpito, donde no reconocían señales de vaguido ni desmayo, sino accidentes y circunstancias de una fatal desgracia en una terrible muerte. Entre el asustado y bullicioso gentío, se halló el espíritu de Catarina oyendo el sentir común de que el pájaro cantor se había caído de repente muerto y que se dejaba ver sobre una mesa como difunto. Preguntó al Señor la significación de esta misteriosa visión. Y aunque entonces no le respondió la eterna sabiduría otra cosa que el decirle: “Tu confesor lo entenderá”; pocos días después le dio esta inteligencia: “Que en el ave cantora se simbolizaba el predicador; por la caída, la enfermedad; por la muerte, su gravedad; y por el alboroto del concurso, la publicidad del achaque”. Con esta inteligencia se encendió más la ardiente llama de la caridad de esta esclarecida virgen y continuó con más abrasado y porfiado tesón las oraciones por el sujeto simbolizado en el pájaro cantor, hasta que movida la inmensa clemencia de Dios de los ruegos y lágrimas de su querida esposa, la llevó en espíritu al lugar donde había visto a su ahijado difunto, y le dijo o mandó que lo levantase. Obedeció y se halló con la ave en sus manos viva, aunque

como enfermiza y convaleciente, y la sierva de Dios le dio libertad y lo echó a volar, diciéndole: “El Señor te tenga de su mano y dé perseverancia, que sin ésta la salud y la vida no prometen ni pueden prometer seguridades en la tierra donde vivimos, y donde nos enseña la fe que sólo el que perseverare hasta el fin en las buenas obras llegará al puerto de la bienaventuranza, que es el término dichoso a que debemos aspirar los mortales”.

[77] Andaba cierto personaje deseoso de encontrarse con una santa Teresa en el mundo, por cuya intercesión le hiciese Dios justo y librase de una habitual tibieza con que le parecía estaba aprisionada su alma. Y el Señor respondiendo a su aflicción y cuidado, le trajo a un trato familiar; no de una santa, que estos son ciudadanos de la gloria, sino de esta su sierva, que le ayudó a subir a grande altura de perfección por un camino tan áspero como meritorio. Con las noticias que le dieron de las virtudes de Catarina, procuró introducirse y rogarle que le encomendase a Dios porque tenía mucha necesidad. Le respondió la sierva de Dios: “Que así lo haría, aunque mala e indigna de ponerse en la divina presencia”. Y luego que comenzó a pedir por el que se le había significado necesitado, se le dejó ver el Señor con el semblante serio y justiciero, comunicándole juntamente un conocimiento del riesgo o peligro que tenía su ahijado de apartarse de su dios. Se afligió de sobremanera la caritativa virgen, y encontrándose con la persona por quien rogaba, le dijo: “Señor, el supremo juez parece que está más con semblante de justicia que de misericordia. Vuestra merced vea si le tiene ofendido y procure desenojarlo”. Causaron turbación estas palabras en el corazón del que deseaba mayor perfección, y asustado y temeroso dijo a Catarina: “Yo al presente no tengo cosa que lastime con gravedad mi conciencia, pero puede haber alguna oculta malicia que desazone e irrite a la divina justicia. Pida a Dios, Catarina, que me dé conocimiento de mis defectos, que no rehúso el confesarlos ni el arrepentirme de ellos”. Templó y aun sosegó la tribulación del afligido pretendiente de mayor perfección la sierva de Dios con pocas palabras, diciéndole: “No se aflija vuestra merced, que si al presente no hay inquietud de conciencia, la habrá en el tiempo de la tribulación y se verá en riesgos y peligros de ofender a nuestro redentor”. Como lo dijo Catarina lo experimentó el que deseaba salvarse, porque levantándose una borrascosa tormenta pertrechada con todos los tres enemigos del alma en su corazón, se veía por instantes en peligro de anegarse y sumergirse en el alterado mar de la tentación, que como huracán deshecho combatía soberbia a esta tentada alma y la obligaba a recurrir a Catarina, y decirle: “¿Qué haré para salvarme?” Y ella le respondía:

“Batallar, hija, clamando al cielo misericordia, me decían a mí los confesores cuando me veían en semejantes aprietos; porque con las batallas se consiguen las victorias y se merecen las coronas. Vuestra merced busque padre espiritual que le aliente y ayude en esas tribulaciones, que bien le ha menester, y no me dé a mi noticia del interior de su conciencia pues sobre ser mujer, soy ignorante y una bestezuela que nada entiende, vale, ni puede.” Había mantenido muchas veces la sierva de Dios semejantes guerras, y como experimentada, sabía muy bien el riesgo y la tribulación en que se consideran las almas cuando se ven combatidas y en campaña con enemigos tan fuertes como lo son el mundo, Demonio y carne. Y por este motivo, cogió muy a pecho el ayudar a este personaje con oraciones y buenas obras propias y ajenas, ofreciendo sus comuniones, penitencias y amarguras por la perseverancia de su ahijado en la virtud; pedía oraciones a los justos para cierta necesidad, obligaba a los santos con velas encendidas en sus altares, y esforzaba con especialidad en esta ocasión sus clamores con la invocación de la santísima Virgen y de su patrón y maestro san Ignacio, que la consolaron y animaron en la siguiente visión.

[78] Se le representó la soberana reina de los ángeles en pie al lado de su santísimo hijo y al otro lado nuestro padre san Ignacio, arrodillado y con las manos puestas como quienes pedían fuese oída Catarina, que arrojada a los pies del Señor como otra Magdalena, imploraba el poder de la gracia y los auxilios de la divina misericordia para la contrita y atribulada alma. Perseveró a su vista esta visión por muchos días. Aun por las calles la acompañaba y con tanta mayor viveza, cuanto en las ocasiones se enfurecía la tribulación en el corazón del tentado. Dice el Espíritu Santo: “¿Qué sabe quien no ha sido combatido de tribulaciones?” [Apostilla: Eclesiástico 34] Como si nos dijera: no se ha de quejar un hombre por verse tentado, eso no le ha de inquietar ni causar pena alguna. Lo que le había de ocasionar disgusto era el verse vencido; porque la tentación solicita lauros al que no se postra y rinde a sus tiranías. La sierva del Señor no rogaba que cesase la tentación, sino que el mantenedor no cayese y fuese vencido. Y a estas sus tiernas voces y caritativos ruegos, le respondió el supremo juez un día con estas palabras: “Catarina, ¿no es razón que pague quien debe?” Como si le dijera, en el entender de la sierva de Dios: “Quien ha vivido en tibieza, ¿no es razón que permita yo que caiga?”. Dijo con alentada voz y humilde corazón la caritativa virgen: “No, Señor, cuando el deudor tiene abonado fiador que satisface su deuda. En la preciosísima sangre de su redentor tiene una superabundante satisfacción los defectos de esta creatura contrita y

arrepentida. Y si gustas de otra humana cooperación, yo me ofrezco a todos los martirios y tormentos de un temporal infierno; porque ni él ni yo te disgustemos con la más mínima culpa.” Aprendió estas finezas de caridad Catarina de la vida de su amado Jesús, que murió para satisfacer a la divina justicia por los pecadores del mundo. Con esta caritativa oferta comenzó a ver al Señor en la insinuada visión con rostro de amorosa benignidad y clemencia. Y con la mudanza de este soberano objeto representado en su entender, se halló tan cargada de cruces compuestas de dolores, congojas y apreturas de corazón, que vivía y andaba entre las demás creaturas como desatinada; pero su entendimiento tan ilustrado y tan inflamada su voluntad, que al paso que la naturaleza se hallaba con lo sumo del padecer turbada, se reconocía el alma libre y fervorosa para perseverar constante y con varonil tesón en las peticiones y oraciones con que asistía y ayudaba al que se había valido de su intercesión. Consiguíó, según parece, prodigiosas misericordias en esta espiritual lucha de la benigna liberalidad del Todopoderoso, que correspondía a las lágrimas y gemidos de su sierva con manifestarle repetidas veces el buen ser de esta alma atribulada y cómo se conservaba en su gracia, a pesar de los contratiempos violentos con que la combatían los enemigos. En una ocasión y al tiempo de una batalla en que se halló ya sin fuerzas este soldado de Jesucristo, para consuelo de Catarina, oyó ésta la voz suave de la princesa de la gloria, que le dijo: “Yo lo defenderé con el poder de mi santísimo hijo”; y al mismo tiempo se le representó el alma afligida, hincada de rodillas a los pies de la soberana señora, como quien estaba debajo de su patrocinio. Otro día se le dejó ver el humanado Verbo cerca del atribulado, como quien tenía su poderosa mano sobre la cabeza del que vivía afligido. Y hablando con la sierva de Dios, dijo: “¿No estás contenta, Catarina, cuando ves a tu ahijado debajo de mi protección? Si está conmigo y yo con él, ¿quién contra él?”.

[79] Todas estas visiones y locuciones se le franquearon al perseguido y tentado para más animarle; porque habiendo tomado el consejo de la sierva de Dios, escogió por confesor al mismo que gobernaba entonces el espíritu de Catarina, y con su licencia y mandato no se negó la esclarecida virgen a las repetidas visitas que le hacía el atribulado, ni al darle las celestiales noticias que le parecían convenientes, haciendo en la realidad oficio de maestra en lo humano; porque si le reconocía tímido y desmayado, le animaba y daba en rostro con su cobardía. Cuando lo consideraba victorioso, lo humillaba trayéndole a la memoria la arriesgada inconstancia de nuestra flaca naturaleza; pues sólo Cristo en el campo de su inocencia y santidad pudo

desafiar a todos los enemigos, que como envidiosos émulos, cavilosamente censuraban su vida y maliciosamente fiscalizaban sus acciones. Le dio en una ocasión un cilicio para que se lo pusiese. Lo recibió con agradecimiento pero no se lo puso, o por dejamiento o por olvido. Y volviendo a ver a la sierva de Dios, le dijo ésta: “Señor mío, vuélvame el cilicio, pues no le sirve”. Le prometió ponérselo y Catarina añadió: “No le tenga vuestra merced miedo; porque en esas batallas se vence a Dios rogando y con el mazo dando”. Otro día recurrió a la sierva del Señor muy afligido, pareciéndole que en estas sangrientas y repetidas lides y batallas había quedado gravemente herida su alma; y ella, aun antes de manifestársele el fundamento de la aflicción, le dijo: “No haga caso vuestra merced de esas heridas, porque como son mortales, es como no recibirlas; antes sí, ocasionan mayor gloria por el humilde arrepentimiento y conocimiento de nuestra flaqueza.” Con estas palabras de Catarina recibió grande consuelo y cobró nuevos alientos; si bien, no por eso dejó de buscar la seguridad en el sacramento de la penitencia. Atestiguaba finalmente esta alma atribulada que al tiempo de las más furiosas batallas se le representaba la sierva de Dios y que le asistía espiritualmente con consejos, avisos e inspiraciones, como si fuera ángel, animándole para las peleas, confortándole en las luchas, exhortándole a la constancia en la resistencia; y tal vez apartando con voz superior y de imperio a los demonios, que haciéndosele visibles para más atemorizarle, se le representaban como quienes encendían y soplaban el fuego de la tentación. Estas victorias dio el cielo a este personaje por las oraciones de Catarina, que oyó en una y otra ocasión músicas celestiales con que las celebraban los cortesanos del empíreo. He puesto este caso con alguna mayor extensión, porque aún viven dos testigos: el confesor y el que se halló en campaña con sus enemigos y experimentó el poderoso auxilio de las oraciones de esta caritativa virgen, a quien estimó mucho en vida y hoy reconoce el bien que le vino por sus ruegos y fervorosos clamores. Y no hay para qué admirarnos de que pudiese tanto con Dios la oración de su sierva, porque nació de una abrasada caridad e iba acompañada de porfiada perseverancia.

[80] Vivía cierto religioso en otra ciudad distante trescientas leguas de Puebla de los Ángeles donde asistía Catarina. Y llegando a él las noticias de cuán favorecida de Dios era esta esclarecida virgen, procuró y consiguió venirse a vivir donde estaba la sierva de Dios para tener ocasión de rogarle le encomendase a Dios y le quitase o templase unos rabiosos escrúpulos o temores de su salvación que le tenían en un continuado martirio de oscuridad y desamparos. Pidió Catarina compadecida de esta aflicción muchas

veces al Señor y a la santísima Virgen el consuelo de esta alma atribulada; y muchas más le instaba ella, deseando, al parecer, que la sierva del Señor le asegurase con alguna sobrenatural ilustración. Y lo experimentó, porque corrigiendo la ilustrada virgen su desordenado afecto e impertinente curiosidad, le dijo: “Invoqué un día de estos a la princesa de los cielos, y le rogué fuese medianera e intercesora con su santísimo hijo para el negocio que me tiene encomendado. Y la respuesta parece que fue el representármeme vuestra reverencia delante de la soberana reina, arrodillado y puestas las manos como quien le pedía luz para asegurarse en la turbación de sus temores. Y reparé que la Señora no hizo ademán alguno, bueno ni malo, como quien no respondía ni quería responder a lo que se le preguntaba. Yo soy bestia, no entiendo nada. Consúltelo vuestra reverencia con su confesor. Y lo que yo juzgo que le conviene es ser devoto de la santísima Virgen, obrar bien y no querer saber otra cosa”. Lo cierto es lo que dice David acerca de esta materia, y es: “Que Dios responde más presto a las obras, que a las palabras solas”; [Apostilla: Salmos 120] porque si un hombre le llama sólo con la lengua, no le responderá ni hará caso de sus palabras sin obras; pero si yendo un hombre por el camino de la virtud, le llama con las manos y le hace señas con las buenas obras, luego le responderá; porque hace mucho caso de las obras y a éstas atiende y no a palabras solas. Leí a este propósito una cosa curiosa, con que parece que se explica la visión de la sierva del Señor. El Verbo eterno, que es el que pide la cuenta y el que nos llama a juicio, [Apostilla: Sabiduría 1] le llama “espejo sin mancha e imagen de la bondad del padre eterno”. Si nos llegáramos a él para que nos representase la imaginación o imagen que deseamos, poco importara que le hablásemos; que obrásemos sí, porque para con este soberano espejo obras son amores que valen y pueden, y las palabras solas poco importan. Así como cuando se acerca un hombre a un material y cristalino espejo; si mueve las manos o el cuerpo, también las mueve y le mueve la imagen que se representa en ese espejo; pero si no se mueve sino que solamente habla, no habla ni corresponde con voces ni palabras la imagen que está en el espejo. Y así, como para con Dios las obras son las que satisfacen en su sacrosanto tribunal, mejor y más fácilmente responde a lo que se le pide con las manos que sólo con la lengua. Este buen religioso pedía con palabras y deseos curiosos e impertinentes, y por eso mereció que por boca de Catarina le diese el cielo un desengaño. La sierva del Señor pedía con palabras y obras; y así mereció que Dios le manifestase otras verdades que no comunicó al atribulado, porque permaneciese y se asegurase en el santo

temor de Dios; pero sí se las dijo al confesor, para que se las dijese como noticias humanas fundadas en los principios de nuestra santa fe. Y una de ellas fue el que le asegurasen: “Que tenía la paz que había dejado el Señor a sus discípulos”. A esta alma vio muchas veces con resplandores de gracia y de gloria antes y después de su muerte, que piadosamente podemos creer serían señales de su predestinación.

3. Prosigue la misma materia, y de varios símbolos con que mostró Dios lo mucho que debe el mundo a la ardiente caridad de su sierva

[81] Por instantes y multiplicados caminos quiso, según parece, manifestar la Omnipotencia lo mucho que debían sus creaturas a la intercesión y encendida caridad de esta alma escogida, a quien comunicó el don de clamar y padecer por los hijos de los hombres, sin otro interés y fin que el que fuese Dios alabado y glorificado en los cielos y en la tierra, por su inmensa bondad y misericordia infinita. Para certificarnos de esta verdad, discurro yo con toda la probabilidad que cabe en el humano juicio, que la suma sapiencia del Altísimo dispuso se supiesen muchos de los maravillosos efectos que obraba su divino poder en bien del universo por las oraciones de esta su sierva, y que se publicasen tantos y tan varios y misteriosos símbolos y jeroglíficos con que le hablaba y en que se significa y explica más de lo que podían tocar nuestras manos y experimentar nuestros ojos. Entre otras muchas figuras y formas que manifiestan esta verdad fue la de una corona de refulgente y finísimo oro que se puso a la vista en la víspera del Corpus del año de 1681, tan gruesa, que los brazos de dos ni de tres hombres pudieran abarcarla; tan alta, que se le representaba como de una o dos varas; y su circunferencia tan desmedida, que le pareció mayor que toda la ciudad de Puebla de los Ángeles. A un lado de esta misteriosa corona vio a la soberana princesa de los cielos, que presidía en una espléndida y suntuosa mesa, asistida de innumerables ángeles y cortesanos de la gloria vestidos todos de boda y fiesta. Y aunque se le representaban los unos y los otros con velos en los rostros, el conjunto de la visión formaba un objeto tan soberanamente hermoso que arrebató los sentidos y potencias de la ilustrada virgen, y la conservó elevada y suspensa por el espacio de una hora a la vista de tan singular y rara belleza. Y a este tiempo se acercó a ella la soberana reina de los ángeles y como advirtiéndole que eran muy pocos los convidados para tan ostentativo banquete, le dijo: “Convida, hija, convida”. Entendió la sierva del Señor que este convite se había de gozar después de la muerte, y

a la voz de la santísima Virgen comenzó a convidar para este místico banquete a sus confesores y a todos sus bienhechores; a los pobres y a los ricos, a los caminantes y navegantes, a los que estaban en pecado mortal y a las benditas ánimas del purgatorio. Todo el resto de su vida gastó la sierva de Dios en llamar con continuos clamores a las creaturas para que lograsen estas espléndidas y regaladísimas bodas. Y al convidar, las veía cómo se libraban los unos de los riesgos y peligros de la vida, otros del cautiverio de sus culpas, y las benditas ánimas de las terribles penas de su temporal infierno; acercándose todos estos necesitados y convidados a la deliciosa mesa donde se servían abundantes y regalados platos de gusto, con los realces del inefable esplendor de la gloria con que se sustentaban y vestían los lucidos y nobles personajes que convidaba Catarina, con tal acierto y felicidad, que se le representaban todos en el ostentativo convite con aquellos grados de gloria que les esperaba al salir purificados de esta vida y al hallarse con todos los requisitos necesarios para coger asiento en el eterno y delicioso banquete. Por la mesa del convite entendió la sierva del Señor, el cielo; por la corona, la gloria; y por el ser de oro, la firmeza e inmutabilidad de la palabra de Dios.

[82] Sobre esta misma visión, un alma contemplativa del número de los convidados por boca de Catarina, y que será de los que hallarán asiento en el ya insinuado banquete si le coge la muerte con vestido de boda y no con ropas asquerosas e indecentes, a vista de los demás lucientes y lucidos convidados; que es lo que le sucedió a aquel desatento y mal mirado, de quien refiere san Mateo que atrevido se entró con un vestido roto en la real y majestuosa sala de otro espléndido convite, al cual dijo Cristo: “Amigo, ¿cómo te atreviste a entrar aquí no teniendo vestido de boda?” [Apostilla: Mateo 22] No halló qué responder a esta pregunta. Y el rey, airado de tanto desacato, mandó a los ministros de su justicia que lo arrojasen a las tinieblas, donde eternamente pagase la pena de su atrevimiento. A la dicha alma contemplativa y a mi entender virtuosa, se le representó el magnífico y real convite para que convidaba Catarina; y al mismo tiempo le mostraron muchos ángeles que estaban juntos y como separados en el cielo, que no servían de nuncios ni mensajeros del Creador para con sus creaturas, sino ocupados todos en el ministerio del convite de la sierva de Dios, encargándose de todas aquellas personas que ella convidaba y llamaba a la dicha y felicidad del festivo y abundante banquete. Y eran tantos los llamados y convidados, que con ser tan numerosos los coros de los celestiales paraninfos que se podían explicar por racimos y por millares de ángeles, aún le parecían

pocos para la muchedumbre de almas a quienes iban señalando lugares y asientos en el eterno e inefable convite de la gloria. No le parezca al piadoso lector increíble esta visión por tanta multitud de los angélicos espíritus, que supone determinados por la voluntad de Dios para llevar al cielo las creaturas por quienes pedía y padecía nuestra Catarina; pues nos consta que en la muerte de aquel pobre mendigo Lázaro, que yacía a los umbrales de un rico avariento, sucedió que al pasar de esta vida a la otra, le llevaron en sus hombros muchos coros de ángeles que, ambiciosamente religiosos, bajaron de las empíreas salas a llevar su alma, más brillante en los candores, que el cuerpo ocasionaba ascos en las hediondecas al seno del piadoso padre, que aun muerto era misericordioso albergue de los que la providencia divina depositaba, hasta que con la llave de su cruz el soberano redentor abriese las puertas del cielo, que hicieron nuestras culpas de bronce y diamantes; sobre el cual hecho y en esta insinuada historia de Lázaro dice san Juan Crisóstomo: “Que vinieron millares de ángeles, más o menos; porque no era suficiente un ángel para llevar aquel rico tesoro a las moradas celestes”. Palabras harto dificultosas para los teólogos y estudiantes en materia de ángeles, que enseñan y saben que uno solo es no solamente poderoso para llevar un pobre al seno de Abraham; pero que si Dios aflojara la rienda de su permisión, dejándole libre el uso y ejercicio de su potencia, podría un solo ángel trastornar todo este mundo entero. No obstante esta dificultad, no podemos negar que envió Dios muchos celestiales espíritus por el alma del pobre Lázaro. Y debemos interpretar y entender el sentir de san Crisóstomo que no hablaba de lo preciso; porque hablando de lo forzoso (si le pudiera haber), medio ángel bastara para llevar al mendigo más laureado y al pobre más opulento. Mas para satisfacer Dios a la gloria de su pecho y mostrar cuán grande es en sus acciones lo excelso de su brazo y lo hidalgo de su condición soberana, para ostentar y dar a entender al mundo el rico tesoro de virtudes que tenía depositadas su omnipotencia en el alma del mendigo Lázaro, no reparó en que se descolgasen de las eternas moradas millares de ángeles, más o menos. Y si para llevar al cielo a un pobre justo despachó la Omnipotencia muchos ángeles, creíble se hace señalase muchos más para asegurar la salvación de las innumerables almas que convidaba nuestra Catarina, entre las cuales había muchos pecadores y ricos, cuya entrada en el cielo es más difícil y ha menester mayores asistencias angélicas que la salvación de los pobres.

[83] Esta misma alma de quien he hablado en el número antecedente y para mí virtuosa, oyendo a uno de los confesores de la ilustrada virgen

Catarina de San Juan ponderar su profunda humildad, en las palabras repetidas con que respondía a los que le rogaban pidiese a Dios por ellos: “¡Pobre de mí! ¡Qué puedo hacer yo, ni qué han de valer mis oraciones! Un ala de mosca, ¿qué puede tapar ni defender?”; dijo: “Yo me hallé un día en representación (causada del buen o mal espíritu) con esa ejemplar mujer. Me pareció que íbamos volando, no sé hacia dónde; pero sí advertí que las alas con que ella volaba eran grandísimas y de bizarra plumería, y las mías tan pequeñas que parecían alas de palomitos recién nacidos. Quizás quiso dar a entender el Señor que al paso que se humillaba Catarina delante de los hombres, la ensalzaba el divino poder con la representación de la grandeza de sus alas para la defensa del mundo, y para que se supiese lo mucho que obraba su infinita misericordia en bien del universo a la sombra de los méritos y virtudes de esta su sierva.” Otro día, continuando su narración esta misma persona, dijo: “Que estando considerando y ponderando lo encumbrado de la perfección en que estaría el alma de Catarina, oyó una voz, que le dijo: sobre el monte Líbano”. Caréese esta voz y la antecedente visión con las que tengo referidas en el número 339 del segundo libro, y se reconocerá cuán uniforme es el buen espíritu en sus locuciones. Por el mes de junio de 1679 se halló en espíritu o imaginaria representación la insinuada alma en la falda de este mismo monte, en que se simboliza lo más empinado de la perfección. Y advirtiéndole que andaban varios espíritus ansiosamente anhelando subir por distintas sendas a la cumbre; preguntó, no sé con qué impulso, por nuestra Catarina. Y se repitió la primera voz, que como respondiéndole, dijo: “Está en la cima del monte. Sube y la verás”. Y con la fuerza de estas palabras fue arrebatado su espíritu o su fantástica imaginación a la empinada altura, de donde descubrieron sus ojos a la sierva de Dios entre nubes blancas y resplandecientes, tan apiñadas y amontonadas, que formaban a la vista un golfo de amables resplandores en la cumbre de otro más alto monte; no pelado y de ásperas serranías como el Líbano, sino vestido de una alegre y deliciosa amenidad, y poblado de agigantadas y frondosas arboledas que convidaban con su apetecible sombra a los mortales, para el descanso y alivio de los afanes y trabajos que estaban anexos a la feliz subida de tan eminente altura. Bien podemos bautizar a este monte por las señas con el nombre de Olimpo, pues así nos lo describen y pintan los poetas. Y como dice Rabisio, es tan alto que traspasa las nubes y por eso ni las lluvias, ni los vientos, ni otros semejantes contratiempos pueden causar en él mudanza; [Apostilla: Lucano, libro 2; Virgilio, *Geórgicas*, I; Tíbulo, libro 4] porque su encumbrada eminencia le exime de las inclemen-

cias del cielo, de la sucesión de los tiempos, del soplo de los aires, del frío de las nieves y de las humedades de las aguas. Y quizás fue este el motivo y razón porque los antiguos llamaron al cielo Olimpo, considerando su temperamento estable, fijo y permanente, en una amenidad resplandeciente por la cercanía a los celestiales astros. En este paraje se le representó a la persona de quien voy hablando la sierva del Señor. Y entendió que la tenía Dios en tanta altura de perfección que estaba como a la puerta de la gloria, representada en la hermosura del golfo de nubes blancas, donde no hacía ya otra cosa que enviar almas al cielo y encaminarlas por las escalas de sus virtudes y merecimientos de nuestro redentor. Con esta inteligencia se alegró su espíritu, y cuando menos pensaba lo volvieron a poner (no sé si los buenos ángeles) en la falda del monte Líbano en camino de barrancas, interrumpido con socavones oscuros, lagunachos y salobres esterros, que era la senda por donde se había de llegar al campo alegre de la perfección en que había visto a la esclarecida virgen Catarina de San Juan.

[84] El día siguiente se le refrescó la memoria de la antecedente y amena visión, y entre ardientes y fervorosos deseos de imitar a la sierva de Dios, percibió otras muchas inteligencias que parecieron de Dios por ir ordenadas a su propia humillación, a la honra y gloria del divino poder, y al crédito de la virtud de esta creatura escogida y prodigiosa en su nacimiento, vida y muerte. Y una de ellas fue el entender las innumerables almas que entraban en el cielo por la intercesión y caritativas oraciones de Catarina, sublimada por la gracia y misericordia del Señor, en grado de perfección tan eminente, que se hallaba sola de las creaturas y mucho más sola para el Demonio, que no se atrevía ya a tentarla a lo descubierto, ni a ponerse en su presencia, ni la dañaban sus traidoras y disimuladas sugerencias, por la santidad a que la había subido la Omnipotencia y por la divina protección con que vivía auxiliada y defendida. Parece que se pudo simbolizar esta prodigiosa mujer en la otra del Apocalipsis, que a pesar de las asechanzas del dragón, parió un hijo varón o espíritu fuerte en las almas particulares que ella engendró espiritualmente; y que fue levantada al trono del Altísimo para quien y por quien las engendraba y creaba, retirándose ella con las dos alas de águila que le pusieron y de que hemos hecho mención en esta historia, a un lugar tan alto y misterioso que pudo llamarse soledad y desierto, de donde aterraba con la virtud que había depositado en ella el Todopoderoso a la infernal serpiente, y donde era alimentada de la presencia del divino ser trino y uno, que se le comunicaba de varios modos.

[85] Con estas dos alas de la divina protección subió Catarina, según la referida visión e inteligencia, a una altura de perfección donde no llegaban ni podían ofenderla peregrinas impresiones, por haberla puesto el Señor con sus dones y gracias en un eminentísimo lugar, asegurada y con valimiento para llevar al cielo innumerables almas que quitaba de las garras y boca del dragón infernal. En estas dos alas se puede significar o simbolizar su caridad y profunda humildad, o la potestad y divina virtud con que levantó el vuelo a la cumbre y altura de la contemplación, de donde descendía a las necesidades del mundo para distribuir los tesoros de la gracia entre los hombres, como dispensera de los méritos de nuestro redentor. Y se puede significar también la luz grande y sobrenatural ciencia que le dieron de ocultos misterios y sacramentos, y de las maliciosas trazas y astucias de los infernales monstruos. Con estas alas voló hasta unirse con el Altísimo, lugar propio suyo; porque en él sólo vivía y entendía, desierta de todo lo terreno e incontrastable por la divina protección a las batallas de todos sus enemigos. Esto mismo parece que significaron otras visiones o sueños que tuvo la persona de quien voy hablando, de las cuales omitiré muchas por ser homogéneas y semejantes, y por no contener, a mi entender, doctrina especial perteneciente al contexto de mi historia. No deben causar admiración ni ser despreciadas por ser tantas las ilustraciones que parecen del cielo en un viviente racional, cuando la Omnipotencia para manifestar al mundo sus divinas misericordias fue el escoger por instrumento a las estrellas insensibles, a las aves, y aun a los animales más toscos; como se reconoce en el sagrado texto, [Apostilla: Números 22 y 28] donde se refiere que un ángel habló al profeta Balaam⁴¹ moviendo los órganos de la lengua del jumento en que iba.

[86] En otra ocasión pidió uno de los confesores de Catarina a la ya insinuada alma, encomendase a Dios cierta necesidad. Respondió que sí haría, pero que se lo encomendasen también a esta esclarecida virgen, por cuanto le había dado a entender el Señor que los negocios de importancia se los encomendase a ella, a quien había dado palabra de no negarle cosa de las que pidiese, por el desinterés propio y caridad con que clamaba por sus creaturas. Este mismo sentimiento comunicó muchas veces el Altísimo a su sierva, diciéndole: “Pide lo que quisieres, que empeñada está mi palabra a

⁴¹ Personaje bíblico, famoso porque al castigar injustamente a su mula, un ángel le habló por boca del animal.

concederlo todo.” Otro día se le representó una grande manada o numeroso rebaño de ovejas muy blancas que iban por una senda angosta, alegres y despacio, entretenidas con el verde y buen pasto que les franqueaba el abundante y delicioso campo. Y al tiempo de esta amena visión o representación, descubrió a un lado del camino o senda, como en un repecho, muchos lobos y bestias fieras que le causaron temor y espanto. Y entre estos sustos y sobresaltos vio a Catarina, para la confortación y aliento de su pusilánime corazón, encumbrada en unas altas serranías como pastora de las ovejas representadas y padeciendo por ellas inexplicables tormentos, que significo en parte, diciendo: “Que la había visto con una cruz grande en el hombro, tan pesada, que al parecer la rendía y agobiaba, y en la cabeza una corona de cambrones terrible por la delicadeza y tupido de las espinas que causaban en la sierva de Dios insufribles dolores y martirios.” Entendió por las ovejas, almas que subían al cielo por el camino de la perfección; por las bestias fieras, a los demonios, que no pudiendo encarnizarse en las almas que seguían al divino cordero por la protección de la caritativa virgen, subían rabiosos a la cumbre de las serranías y se vengaban desahogando su rabiosa furia, en la fiel y vigilante pastora del rebaño redimido con la preciosísima sangre del buen pastor y redentor del mundo. Experimentó esta persona la caridad de Catarina, con tal exceso y milagrosas acciones, que le obligaban a llamarla y tenerla por su maestra y amorosa madre. Y concurría Dios al aumento de este concepto por horas y por instantes con visiones, revelaciones y locuciones, que significaban aún más de lo que él entendía. En el día veinte y cuatro de junio de 1679, se le representó dentro del divino pecho del Señor, una perla muy grande que estaba como pendiente; y le dijo: “Ésta es Catarina y es la perla cornelina⁴² de mi corazón”. Otra tiene, según se dice, nuestro rey y señor con este nombre, única por su grandeza. En otra ocasión, le dijo: “Que era esta sierva de Dios el botón del jazmín de su corazón”. Otro día rogando al Señor por uno de los confesores de Catarina, se le representó una oliva bien copada y en el remate un como pimpollo o cogollo⁴³ hermosamente compuesto, en que estaba engastada una grande y preciosa perla; y entendió que en el árbol se significaba el confesor y en la perla esta esclarecida virgen. En otras muchas ocasiones le dijeron Dios y sus ángeles: “Que Catarina era escudo, torre, muralla bien fortificada y madre de la caridad, con que abrasaba a todo el universo”.

42 La perla cornelina o cornalina es de color rojo sangre.

43 Brote de árboles y plantas.

CAPÍTULO 5

DE VARIAS VISITAS QUE HIZO SU ESPÍRITU A LOS SUBTERRÁNEOS SENOS

1. De lo que vio espiritualmente en el terrible lugar del infierno, destinado para las eternas penas de los condenados

[87] Ya he insinuado en varias partes de esta historia que para animarla a padecer más por los pecadores le mostró Dios muchas veces lo que se padecía en el infierno. Y aunque en testimonio de esta verdad bastaran las visiones referidas y los casos particulares contenidos en los libros antecedentes, pondré en este número otras que manifiesten los conocimientos que tuvo de aquel abismo de fuego, de aquellas tristes y horrorosas moradas de dragones, donde atemorizada entre las oscuras y palpables tinieblas, discernía y alcanzaba a conocer su espiritual vista, solamente horrores y asombros en la crueldad de los infernales espíritus y en la variedad de nunca bastantemente ponderados ni aun imaginados tormentos que padecían con rabiosa desesperación las almas justamente condenadas por sus culpas a aquella eterna desdicha. Visitó y anduvo repetidas veces su espíritu por aquellas terribles mazmorras y obrajes infernales, sola o acompañada de ángeles y cortesanos celestes, encontrándose ya con callejones angostos llenos de oscuridad y espantosos fantasmas; ya con lagos de frío, de fuego, de hediondez y desesperación, donde padecían los condenados sin consuelo, atormentados de innumerables demonios, que tomando formas horrorosas como de sabandijas ponzoñosas, de sierpes venenosas, de etíopes agigantados, de leones, perros y toros, escorpiones, alacranes, cientopíes,⁴⁴ lagartos, y de otras fieras y monstruos, se encaraban con la esclarecida virgen, dando muestras de su furor y de las ardientes ansias que tenían de picarla, morderla y despedazarla. En otras ocasiones le mostraron los instrumentos de atormentar que tenían prevenidos las potestades y príncipes del tenebroso abismo. Y eran todos los que acá en el mundo pueden aplicarse para martirizar los cuerpos, y otros exquisitos que aún no ha inventado ni fabricado la crueldad de los hombres, ni Catarina hallaba símiles con qué explicarlos; pero sí entendía que servían o significaban la variedad y rigor de las penas con que eran atormentados los pobladores del infernal y eterno cautiverio.

44 Ciempiés.

Los unos de estos condenados se le representaban en ríos de un abrasador fuego; otros en camas o parrillas de encendido hierro; otros en afanadores, sartenes y calderas de plomo derretido o de azufre, alquitrán, pez o resina. Algunos veía ceñidos de culebras o de otros monstruos o fieras que los despedazaban, comían y roían las entrañas. Y finalmente, a otros reconocía aprisionados y expuestos a los eternos azotes del rebenque⁴⁵ y varas de hierro; y si los desataban era para otro no menos cruel martirio, poniéndoles sobre un yunque de bronce y majándoles con mazos de acero hasta hacerlos polvo, y volviéndoles luego a su ser, les ponían de nuevo en estos u otros semejantes martirios. En este terrible y espantoso lugar veía personas de todos estados, y muchas veces entendía los vicios y culpas porque los condenó la rectísima y divina justicia.

[88] Por el año de 1675, rogando a Dios por los difuntos, se halló el espíritu de Catarina en la boca de una cueva o socavón horrible que se iba extendiendo por un callejón oscuro y tenebroso, por donde venía hacia ella un fantasma en forma de mujer como reventando por lanzar una espina o veneno que le despedazaba las entrañas. Y lastimándose la sierva de Dios de tan penoso tormento, pretendió poner en manos del alma afligida un rosario con que se hallaba; pero el alma rabiosa y desesperada lo arrojó de sí, como quien se abrasaba con sus cuentas. Se admiró Catarina, y condolidada del mal ajeno, volvió a instar a la divina misericordia con sus ruegos. Y oyó una voz, que le dijo: “No te canses en pedir, que es mal sin remedio”. Y juntamente le dieron a entender que aquella especial pena era castigo de un pecado callado en la confesión, que no tenía cura en la otra vida. En la muerte de un hombre rico se le representó el alma del difunto en forma de un gusano muy grande, gordo y blanco, pero muerto, al cual iban arras-trando con facilidad muchas hormigas pequeñas para arrojarle en un horno encendido. Entendió por las hormigas los demonios y por el gusano al dicho difunto, gordo en el caudal y en el cuerpo. Y con esta representación se acordó Catarina había tenido otra semejante visión muchos años antes, en la muerte de otro hombre poderoso. En otra ocasión fue arrebatado su espíritu y se encontró entre obscuridades y asombros con un hombre tendido, no sé si en parrillas ardientes o en otra cama de fuego, pero tan rodeado y cercado de bultos en forma de gentes, que no pudo ver más que los pies tostados, denegridos y feos. Y en la suspensión que le causó este horrible y

45 Látigo de cuero con que se disciplinaba a los galeotes.

abominable objeto, oyó la relación que hacía uno de los circunstantes de la vida del insinuado hombre al parecer difunto, tan desastrada y tan desalmada, que la sierva de Dios se puso en expectación de una terrible sentencia. Entonces vio y oyó, que como si estuviera lleno y revestido de pólvora al que consideraba castigado por la divina justicia, comenzó a despedir de sí tanto fuego entre espantosos truenos, como si fuera un castillo de bombas y cohetes o una muralla guarnecida de numerosa y gruesa artillería. Y al mismo tiempo oyó una voz, que le dijo: “Este tormento padece este hombre por la gravedad de sus delitos”. Quedó atónita y pasmada. Y apoderándose ya el desfallecimiento de su corazón, se le apareció el Señor, diciéndole: “¿Qué tienes? ¿No lo ves? ¿No adviertes cuán recta es mi justicia?” Dijo Catarina: “Sí, Señor, pero me falta el aliento para verlo y oírlo. ¿Qué será menester para padecerlo?” Con esta soberana vista recibió algún consuelo y confortación su corazón compasivo; mas le duró por algún tiempo el espanto y temor que solía experimentar con semejantes visiones, recelando fuesen efectos de la divina justicia y testimonios de su rigor. Acabada esta visión se le representó otro personaje muy feo y abominable con resplandores de oropel, que significaban su dignidad mundana. Conoció por su monstruosidad el estado de su alma, y condoliéndose la caritativa virgen de su infelicidad, le preguntaron, sin saber quién, si lo conocía, y respondió ella que no. Le dijeron: “Pues es fulano, persona de toda autoridad en la república”. No dio crédito la sierva de Dios a esta voz, y así continuó pidiendo y clamando por el insinuado personaje, ofreciendo por él sus oraciones y clamores. Y en esta larga batalla reparó que de negro se había convertido y transformado en un hombre de fuego encendido, como una lumbre; y aunque no le explicaron más el misterio de esta representación y otros igualmente tristes, siempre quedó temerosa de que fuese uno de los tizones encendidos con que se ceba el fogón y quemadero del infierno.

[89] En otra ocasión, encomendando a Dios a cierto enfermo cuya salvación le daba mucho cuidado por haber visto espiritualmente muy listos en su recámara a los demonios, fue con licencia y orden de su confesor a visitarle a tiempo que al entrar por la puerta, le dijeron los de la casa que ya el enfermo estaba sin habla, batallando con las congojosas ansias de su muerte. Con el susto de lo que oía y había visto, pretendió desalada entrar en el cuarto donde yacía el moribundo. Y al llegar a la puerta, la medio cegaron con un remolino de polvo, impidiéndole con violencia la entrada; pero ella, arrastrada del impulso de su caridad, forcejeando y atropellando con los invisibles y diabólicos impedimentos, entró y se acercó a la cama del

enfermo, donde se halló tan cercada de espantosa oscuridad, que no pudo explicar sino es comparándola con las palpables tinieblas de los calabozos del infierno; si bien no descubrieron sus ojos más que sólo un diablo en forma y figura de un rabioso perro, que la amenazaba con amagos de acometerla y despedazarla. En medio de esta turbación y tribulación expiró el doliente, y entre los gemidos y llantos de los circunstantes, empezó la sierva del Señor a pedir y rogar a la divina misericordia por el difunto. Y la respuesta, que le daba o permitía el cielo, era experimentar en su alma mayores tinieblas y más espesas sombras de oscuridad. Repitió muchas veces sus oraciones y clamores por esta alma, y otras tantas veces le respondieron con símbolos de una fatal y eterna desgracia; como fue el ver luego que murió, que se formó un entierro de clérigos con sobrepellices, que se le representaron etíopes⁴⁶ y sin coronas, los cuales iban cantando y diciendo (como haciendo burla de la sierva de Dios): “Quería y pretendía la china embustera que todos se salvaran y que no lográsemos lance alguno con todo nuestro poder y astucias. Ahora conocerá nuestra potencia y su poco valimiento para con el supremo juez”. A las cuales palabras, respondió Catarina: “Ya os entiendo, embusteros y malditos del padre eterno. Apartaos de mi presencia, que como a padres de la mentira, no os doy ni puedo dar crédito. Lo que creo es que ni yo ni vosotros podemos nada; porque sólo Dios es el que todo lo puede y de quien dimana todo poder y protestad. Y todos los poderíos que os ha dado se reducen a comer y roer por toda la eternidad, como perros, a todos los huesos podridos que os arroja su recta y santa justicia”. Otro día, continuando esta espiritual lucha con gemidos tiernos y eficaces ruegos, se le representó la dicha alma en forma de una culebra herida y quebrantada, revolcándose sobre un montón de maíces, sin poder comer ni coger un solo grano. El misterio de esta visión significó y explicó la sierva del Señor precisamente con esta pregunta que hizo a su confesor: “¿Por ventura puede salvarse alguno de los que se han vestido y sustentado con lo ajeno, si no lo ha restituido antes de su muerte?”. Le respondió el confesor: “Bien puede salvarse alguno, con tal que confiese la culpa y no pueda satisfacer; porque el propósito verdadero y el deseo eficaz de pagar lo que debe, se le admitirá por suficiente cuenta en el tribunal de la divina justicia”. A esta respuesta, añadió Catarina: “Pues este hombre fantasma que me amedrenta y asombra con espantos, aunque no se confesó en la hora de su muerte, puede ser

⁴⁶ Es decir, de piel negra.

que se hubiese confesado antes; y puede ser, que con todos sus buenos deseos, no pudiese restituir lo ajeno y que el Señor con su infinita misericordia le salvase. Roguemos a Dios por él y no escudriñemos sus incomprendibles juicios.”

[90] En otra ocasión se le representó este hombre con la misma forma y rostro que tenía en esta vida (aunque denegrado y feo). Y advirtió la sierva de Dios que estaba recostado sobre un cojín negro, viejo y maltratado; y al pedir y clamar por él al Altísimo, le pareció que se había hundido y penetrándose con la tierra, desapareciéndose como humo sin quedar rastro alguno del espantoso y abominable fantasma. Finalmente, el justo juez de vivos y muertos, respondiendo a las eficaces instancias de sus oraciones, se le dejó ver también herido, llagado y maltratado. Y le dijo: “¿Pues no ves, Catarina, como me ha puesto esa creatura?” Con todas estas y otras semejantes visiones quedó la caritativa virgen con esperanzas de la salvación de este muerto; porque como ella decía, los demonios solían inventar y componer estas sombras para desacreditar a los difuntos y engañar a los vivos. Para prueba de este su sentimiento y probabilidad prudente de lo que decía, añadió el caso siguiente: “Estando en la iglesia el día de la invención de la Santa Cruz, rogando a Dios por los muertos y aplicándoles la preciosísima sangre del Señor, fueron arrebatadas las potencias de mi alma a una casa muy distante, y oí un gemido tan horroroso que me pareció bramido de algún toro, león u otra fiera que salía de la boca de un enfermo, al tiempo que se apartaba del cuerpo el alma. Me causó grande turbación, y cuando se iba ésta templando, sentí que se iba acercando hacia la puerta del costado del templo, donde yo estaba, el ruido. Y oí a la misma alma unos quejidos tristes, como quien estaba ya rendida y cautiva de sus enemigos, que me traspasaron el corazón, por haberme dado a entender se había perdido esta creatura para siempre y que los demonios pasaban con ella cerca de mí para más atormentarme, haciendo alarde y vana ostentación de su victoria. Yo desprecié sus trazas y soberbias astucias, diciéndoles: ‘Andad de ahí, malditos del padre eterno, que no os creo, ni hay necesidad de que se me manifiesten a mí vuestros triunfos. El día del juicio se harán públicas vuestras falsedades en el universal teatro de las creaturas y constará a todos lo que es verdad y mentira’”. Bien puede ser que esta representación fuese de caso verdadero y no fingido, y que lo permitiese el Señor para que su querida esposa pidiese y trabajase más por librar a los vivos de las uñas y dientes del dragón infernal; pero es digno de nota y ponderación, cuán grande y perfecta era la caridad que resplandecía en esta esclarecida virgen, pues con tantas

apariencias y señales no juzgaba ni condenaba a sus prójimos. Porque esta celestial virtud no piensa mal de nadie; procura justificar todas las acciones ajenas que ve; hace apologías en su favor y defensa; para ninguna falta deja de hallar excusa que la justifique. Todo lo dora, como dijo el apóstol, y tiene alas de oro con qué cubrir los descuidos, ignorancias y flaquezas de las creaturas; porque sus ojos son tan sanos, que aunque lo que entra por ellos sea malo, por ser bien visto recibe bondad, y cuando llega al juicio y le toma el pulso, lo da y tiene por bueno.

[91] Aun a los vivos solía ver ya en el infierno con las especiales penas que habían de tener o las que merecían conforme al estado presente de sus culpas; porque como consta de muchos casos referidos en el discurso de toda la historia, los veía ya asándose a fuego manso, ya atravesados en asadores, ya friéndose en sartenes ardiendo, ya cociéndose en calderas hirviendo, ya abrasándose en horrorosos incendios, ya como gatos enfurecidos sobre ascuas abrasadoras dando brincos y saltos, ya en parrillas y hornos encendidos, ya en calabozos llenos de oscuridades y sombras espantosas. ¡Oh, qué de veces le mostró el Señor al caballero profano y loco y a la dama más desvanecida⁴⁷ en los mismos coches de su vanidad y soberbia, vestidos y revestidos de un fuego infernal entre las humaredas espesas del espantoso abismo como tizones encendidos, colocados en lo profundo del eterno y nunca bastantemente ponderado cautiverio!; entendiendo juntamente la gravedad de sus delitos, que hacían abominables sus almas. Si bien notaba y advertía la sierva de Dios al referir estas visiones los engaños del mundo; porque a los que el vulgo insensato y los sabios desconfiados arrojaban con temeridad al infierno en sus tan presumidos como errados juicios, los solía ver Catarina en carrera de salvación y en el cielo; y al contrario, a algunos de los que pasaron de esta vida canonizados de los carnales, se los mostraba Dios condenados, despreciados y afrentados en el más tenebroso centro de la tierra, como desesperados hipócritas. Ejemplifiquemos esta materia con otro caso raro; no nos contentemos con los referidos. Deseaba mucho nuestra Catarina que mudase de vida cierta mujer casada, conocida de la sierva de Dios y aun bienhechora suya, la cual, ofendiendo al Señor y a su marido, gastaba y perdía el tiempo en bailes, juegos, galas, profanos entretenimientos y todo lo demás que se sigue de este modo de vivir escandaloso entre

47 Soberbia, vanidosa, presumida.

cristianos y aun entre herejes y políticos⁴⁸ gentiles. Clamando al Señor por esta alma, se le representó un día en lo más profundo del infernal abismo, horrible a la vista y espantosa a la imaginación, convertida en una abrasadora lumbre o hierro encendido, y que estaba como revolcándose sobre un cuero de toro formado del fuego del mismo infierno. Con esta pena, le dijeron que se castigaban con especialidad los pecados de los adúlteros, de quienes hacían irrisión y afrentosa mofa los demonios y todo el numeroso concurso de los pobladores del subterráneo y más ínfimo e infeliz cautiverio, preparado para los rebeldes y obstinados espíritus y para todos los hombres que se alistaren en sus banderas, sujetándose a su cruel y bárbaro dominio.

2. De una visión particular que tuvo la sierva del Señor de un hermano suyo que murió sin bautismo

[92] Mostró Dios a Catarina a un hermano suyo, en otra ocasión que pedía y rogaba por los difuntos, representándosele feezuelo, asqueroso y triste. Y entendió la sierva del Señor que se lo representaban así para que supiese que había muerto sin bautismo, de donde infirió que estaba en el limbo. Y lastimada de esta infinita pena se empezó a afligir, y en medio de este fraterno desconsuelo, causado del natural sentimiento de su desgracia, se le apareció Cristo y le dijo: “¿Por qué estás triste?”; y habiendo ella dado la causa presente que la lastimaba, le replico el Señor: “¿Pues yo no soy poderoso para llevarlo a mi reino?” (Nótese la expresión de omnipotente y potencia absoluta sobre la ordinaria providencia que resuenan estas palabras, por lo que diré adelante). Catarina encogida y aun asombrada con la mucha alma que aprendió en las insinuadas voces, respondió: “Poderoso sois, Señor”. Habló la sierva de Dios del poder absoluto y protestad de excelencia de que le preguntaba Cristo. Y en la misma inteligencia, le volvió a decir el Señor: “¿Pues por qué no me pides por él?” Respondió ella: “Porque he oído decir a vuestros ministros que no se ha de rogar por los difuntos no bautizados, pues no pueden salvarse sin algún bautismo, el cual es necesario para borrar la culpa original, adquirir la gracia y entrar en vuestro reino”. Su Majestad se sonrió y le dijo: “Pregúntale al padre si has de pedir por los niños que mueren sin bautismo”. Hasta aquí el hecho y visión histórica, en la cual, aunque extraordinaria, remirándola con la debida consideración, no hallo

48 Urbanos, educados.

cosa opuesta o dísona a la doctrina cristiana y católica teología del bautismo; pero porque puede hacer alguna fuerza y ocasionar varios discursos esta noticia, divulgada entre hombres doctos e indoctos, me ha parecido conveniente explicarla, diciendo primero mi sentir y después lo que se puede discurrir careando toda la visión y su significación con las luces de la fe católica, con las sentencias de los santos y teólogos, que son intérpretes de la ley de Cristo en su santa Iglesia, y con otros sucesos particulares que andan a la mano en varias historias.

[93] Lo que nos dice y manda creer la santa Iglesia católica es que de ley ordinaria, común y universal providencia, ninguno se puede salvar sin bautismo. Y eso es lo que suena aquel bando de Cristo en el capítulo tercero de san Juan: “Ninguno puede entrar en el reino de los cielos sin renacer primero del agua y Espíritu Santo en el bautismo” [Apostilla: Juan 3]. Y esta verdad evangélica y doctrina cristiana fue la que respondió Catarina al Señor, cuando en la referida visión le dijo: “Que sus ministros le habían dicho ser necesario el bautismo para borrar la culpa original, adquirir la gracia y entrar en la celestial Jerusalén”. Y parece que la divina majestad confirmó en esta ocasión la misma enseñanza con sonreírse al decir su sierva que preguntase al padre si había de pedir por los niños que mueren sin bautismo. Porque la risa en las sagradas letras tiene fuerza de negación. Lo mismo fue reírse Dios por las palabras y sentencias de Salomón [Apostilla: Proverbios I] en la muerte de los que no correspondieron a sus llamamientos, de los que despreciaron sus consejos y no hicieron caso de sus amenazas, que cerrarles la puerta del cielo; como a las doncellas necias, que sin prevención y méritos pretendían aumentar el resplandeciente coro de las celestiales vírgenes. Lo mismo fue reírse Sara al prometerle Dios por sí o por sus ángeles, fruto de bendición en su envejecida esterilidad, que dudar y desconfiar de la angélica o divina promesa en sentir de san Agustín. Y parece que se expresa o colige de la reprehensión que le dio el ángel con las palabras del sagrado texto: “Por ventura, ¿hay cosa dificultosa al divino poder?” [Apostilla: Génesis 18] De lo dicho consta que haberse reído el Señor de los pecadores obstinados y rebeldes hasta la muerte, fue señal de haberles negado la entrada en su triunfante y eterno reino; y el haberse reído Sara de las promesas de Dios fue argumento de su incredulidad. Luego, el haberse sonreído nuestro redentor en la insinuada pregunta, sería darnos a entender que el hermanillo de Catarina no había de entrar en el cielo; para refijarnos quizás en el asenso católico de la ley ordinaria y común providencia de que ninguno puede salvarse sin algún bautismo, y dejar cerrada la puerta absolutamente

a cualquier otra vana esperanza, errados juicios y malas consecuencias que pudieran fundarse en otro opuesto discurso, si propusiéramos con probabilidad y certeza humana el contrario asenso en un caso, aunque tan extraordinario, irregular y milagroso. El cual podía causar error, especialmente en aquellas madres que por falta de madurez y asiento, se precian de saltadoras; o en la que por no deshonorarse soberbias, se arrojan temerarias y llenas de impiedad a ser matricidas de sus hijos antes de bautizarlos, sin advertir ignorantes ni reparar despechadas, que se precipitan al infernal abismo por arrojar al limbo a las creaturas que engendraron, privándolas para siempre jamás de la vista clara de Dios y eterna felicidad. Consideren éstas que les ha de pedir el Señor estrecha cuenta. Y que sus mismos hijos en el día grande de la universal residencia, donde parecerán llorando y de donde saldrán afligidos; no vestidos de fuego pero sí de un eterno duelo por culpa de sus padres, clamando contra ellos justicia, podrán justificar una justa y rigurosa sentencia y una eterna maldición que les confunda en los infiernos. Éste es mi sentir y parecer, subordinado a los que más saben y entienden. Paso a lo que pueden apoyar los maestros y doctores en sus opinativas y falibles consecuencias; y a lo que pueden ponderar los amplificantes oradores, que con un “parece” suelen decir lo que no es y aun lo que no puede ser.

[94] A algunos de los más doctos de estos reinos y nuevo mundo (que en mi aprecio no deben posponerse a los sabios de la Europa ni de la Grecia) a quienes llegó la noticia de la dicha visión y narración histórica de este extraordinario y raro caso, los vi inclinados y aun rendidos al asenso y parecer contrario, persuadiéndose que prudencial y piadosamente se podía discurrir que el hermanillo de Catarina se salvó y le llevó Cristo al cielo. Se fundaban en que parece lo insinuó el Señor en aquella pregunta del número antecedente: “¿Pues no soy poderoso para llevarle a mi reino?”; a que aludió la sierva de Dios respondiéndole: “Poderoso sois, Señor”; las cuales palabras no se deben ni pueden entender de ley ordinaria y según la común providencia; porque en esta inteligencia ya había dicho Catarina, conformándose con la doctrina cristiana, que era necesario para la salvación el bautismo. Se han de entender, pues, en este singular caso de manera que, con especiales motivos de ostentar su omnipotente bondad, por especial privilegio y usando Dios de su absoluto poder y potestad de excelencia, pudiese salvar a este niño con bautismo o sin él; con bautismo, disponiendo con su infinita sabiduría que fuese bautizado por persona humana, resucitándolo, como ha resucitado y puede resucitar a otros muertos. Quién se atreverá a negar al Señor esta potestad absoluta e independiente cuando él mismo,

para asegurar al Bautista y sus discípulos de que era el verdadero mesías y redentor esperado [Apostilla: Mateo 2], les propuso por argumento indefectible de su divinidad el resucitar y poder dar vida a los muertos; como consta del sagrado texto y lo confirmaremos adelante con varios ejemplos que tenemos a la mano en los libros e historias de los santos. Supuesta esta católica verdad, que cede en honra y gloria del divino poder, se inclinaban los sabios ya insinuados a discurrir en apoyo de la salvación del hermanillo de nuestra Catarina, que la pregunta que le hizo el Señor fue prueba de querer llevarlo a su reino; confirmando este su piadoso sentir y parecer con autoridad de san Ambrosio y otros santos padres y doctores, que exponiendo e interpretando la sagrada historia de Abraham y Sara, dicen: “Que el reírse ésta cuando les prometió Dios fruto de bendición, no fue argumento de incredulidad, sino indicio del futuro misterio en el nacimiento de Isaac, a quien le dieron por nombre sus padres *risa y alegría*”,⁴⁹ [Apostilla: Génesis 18] para dar a entender que nacía para placer y regocijo del mundo. Y con este sentir y discurso se prueba [Apostilla: Cornelio, *El Pentateuco*] que no siempre en las sagradas letras es la risa argumento de incredulidad y desconfianza, sino misteriosa admiración de un raro y extraordinario caso en que resplandezca el poder absoluto de la Omnipotencia. La cual doctrina se puede aplicar a la visión referida y afirmarse con piadosa probabilidad, que el haberse sonreído Cristo cuando preguntó y dijo a Catarina: “¿No soy poderoso para llevar a tu hermanillo a mi reino?”, no fue señal de que le cerraba las puertas del cielo, sino de que se las quería franquear para una eterna felicidad y gloria. El mismo sentido dan los doctores a la otra semejante pregunta que hizo el ángel a la anciana y risueña Sara: “Por ventura, ¿hay cosa difícil para Dios omnipotente?”; y se confirmó con el hecho, dándole el Señor un hijo de tanta alegría, que mostró ser dádiva de Dios; porque los de Eva entran en el mundo llorando y probando con sus lágrimas que son hechuras de la naturaleza. Y así como no podemos negar ser prodigio de la Omnipotencia el que la vejez de Sara, a pesar de la esterilidad, engendrarse; tampoco debemos negar la posibilidad de que Dios resucitase y salvase por medio del bautismo al hermanillo de Catarina. Digo posibilidad, porque nunca el Señor le dijo con claridad y expresión que lo había salvado ni que lo había de salvar; pues todo lo dicho en este número es meramente piadoso discurso, y aunque muy probable, falible.

49 El nombre “Isaac” significa “aquel con el que Dios reirá”.

[95] Más dificultad tiene la salvación de este niño por el medio y modo que otros discurrían, inclinándose a que lo salvaría Dios sin bautismo, usando de su omnipotente poder y potestad de excelencia; porque esta potestad no se le puede negar a Cristo, como ni el que santificase al Bautista en el vientre de su madre. Esta doctrina la califican de santa y católica los muchos y gravísimos teólogos que la siguen y defienden, cuyos nombres omito aquí por ser tantos, que para citarlos son estrecho blanco los márgenes de este libro, remitiendo al piadoso lector a los padres Francisco Suárez [Apostilla: Padre Suárez, tomo 3, tercera parte, capítulo 69, artículo 7, sección 3] y Teófilo Raynaudo [Apostilla: Teófilo Raynaudo, tomo 15, sección 3, parte 1, a folio 431], ambos de nuestra Compañía de Jesús; donde se puede ver que universalmente los doctores católicos [Apostilla: San Buenaventura, en el 4, discurso 4, artículo 5, capítulo 1; Santo Tomás, 3ª. parte, capítulo 64, artículo 3] suponen por cierto que puede Cristo como supremo legislador extender, coartar y dispensar en sus leyes, y que puede usar de su independiente y absoluta potestad para comunicar gracias por su libre voluntad, y para hacer ostentación de su omnipotencia por las deprecaciones de los justos, por honrar a sus fieles y por otros motivos incógnitos e incomprensibles a nuestra corta capacidad. A todos estos católicos doctores capitanea san Buenaventura y hace segura escolta el angélico preceptor,⁵⁰ enseñándonos que puede sin duda comunicar el Señor por sí, sin los sacramentos, los efectos de los mismos sacramentos, por ser independiente su absoluto poder y potestad de excelencia. Y este sentir tan apoyado en la santa Iglesia de los santos doctores, juzgaron algunos le había insinuado Cristo en la pregunta ya ponderada: “¿Pues yo no soy poderoso para llevarlo a mi reino?”; y lo confirmó con su respuesta la sierva de Dios, respondiéndole en la misma inteligencia de su omnipotencia y poder absoluto sobre la ordinaria providencia: “Poderoso sois, Señor”. De manera que todo el misterio del hecho, dicho y objeto de la insinuada e histórica visión se reduce a que Cristo con insinuaciones y Catarina con palabras, dieron bastantemente a entender: “Que de ley ordinaria es necesario para la salvación el bautismo; y que sólo por especial privilegio y usando Dios de su absoluto poder, salvaría o podría haber salvado al hermanillo de Catarina”. Lo primero es de fe, lo segundo anda por las cátedras y púlpitos y en los libros, apoyado de tantos santos y gravísimos doctores católicos, que a mi corto juicio fuera

⁵⁰ Se refiere a Tomás de Aquino.

temeridad el negarlo. Pero todo esto prueba la posibilidad de la salvación de este niño; no que de hecho y con efecto se salvase, pues no consta de la referida visión que Cristo dijese con claridad y determinación que le había salvado ni que quería salvarle; sino es en cuanto con preguntas misteriosas hizo alarde y ostentación de lo que podía hacer su omnipotencia, cuyos efectos no se pueden comprender en la tierra ni en el cielo por sus creaturas, y mucho menos podrán éstas negar al divino poder todas las operaciones que no envuelven contradicción; porque fuera negar el artículo de la fe en que se nos manda creer y confesar: “Que es Dios omnipotente y todopoderoso”. Por estas razones suponían algunos de los doctos la posibilidad de la salvación del hermanillo de Catarina, y aun persistían en la humana y probable creencia de que, de hecho, le llevaría Dios a su reino por los ruegos de su sierva, tomando por último y eficaz motivo lo que le dijo el Señor en la ya insinuada visión: “Pregúntale al padre si me has de pedir por este niño.” Se lo preguntó y le respondió el confesor que sí y aun la exhortó a que clamase por su hermanillo difunto sin bautismo; porque consideradas las circunstancias, juzgó que Catarina podía hacer esta petición y que él debía aconsejarle y moverla a que pidiese con fe y confianza, como lo hizo repetidas veces obedeciendo a Dios con el parecer y dictamen de su ministro, rogando al Señor proveyese a su hermano del remedio necesario para salvarse y el que fuese más conforme a su evangélica doctrina y fe católica; pues con su infinita sabiduría y omnipotente bondad, sabía y podía hallar medio católico que su absorta ignorancia no podía alcanzar.

[96] Los motivos que tuvo el confesor para aconsejar esta petición, en materia regularmente hablando desesperada [en la cual no debiera hacerse sin concurrencia de particular causa, razón o motivo], fueron muchos. El primero, porque atendiendo al absoluto poder del Altísimo, no era la petición de cosa imposible, como consta de lo ya dicho; y porque como dice el angélico preceptor: “Obra Dios regularmente conforme a las leyes de la naturaleza; pero no tan aligado a ellas, que para la manifestación de su poder independiente no reserve para sí ciertas obras en que no intervienen las causas naturales. Y así, sin perjuicio de la providencia ordinaria con que rige a la naturaleza, hace usando de su absoluto poder muchos extraordinarios y prodigiosos beneficios, etcétera”. [Apostilla: Santo Tomás, primera parte, capítulo 105, artículo 6 al 13] De aquí emanaron todos los portentos que obró Moisés en beneficio del pueblo de Dios, [Apostilla: Éxodo 12] que le acreditaron a él y a su vara prodigiosos. A esta misma independiente y absoluta potestad, debió el valeroso capitán Josué [Apostilla: Josué 10]

que detuviese el sol sus acelerados pasos con que se precipitaba en el ocaso, sirviendo con sus luces a la victoria. Esto que santo Tomás discurre de lo natural a lo milagroso, corre ajustado en la sobrenatural y común providencia respecto de la singular y prodigiosa potestad de excelencia. Pues ¿por qué no podría la majestad de Cristo usar de su regalía y poder de excelencia para hacer semejantes gracias, no obstante las leyes con que gobierna su Iglesia? A este inmenso y absoluto poder deben todos los que han vuelto de la otra vida, resucitados por las lágrimas e intercesión de los santos y otros varones ilustres, el haber gozado dos vidas y experimentado dos muertes; no obstante, como dice el apóstol: [Apostilla: Epístola a los hebreos, 2] “Que está decretado e intimado a todos los hombres, que una sola vez han de morir”. Otro de los motivos que tuvo el confesor de Catarina para inclinarla y moverla a que pidiese con fe y confianza la salvación de su hermanillo muerto sin haber recibido el agua del santo bautismo, no es poco eficaz. Y fue el ver que el mismo Cristo, según parece, quiso alentar su esperanza y templar su desconsuelo, mostrándole el modo y medio de su absoluta omnipotencia con que podía conseguir el consuelo e insinuándole el camino de la oración y de los ruegos, con que de su parte podría mover la voluntad del Todopoderoso a que quisiese usar en este singular caso de su independiente poder, escogiendo uno de los medios que se nos ocultan en su infinita e incomprensible sabiduría. O el medio del bautismo, resucitándole y disponiendo fuese bautizado por persona humana, o bautizándolo por sí mismo, que no sería la primera vez que descendió del cielo el Señor para comunicar los efectos de este sacramento, si damos crédito a la gravísima autoridad de Jacobo de Vorágine, que en la leyenda de los santos, dice: “Bajó Cristo nuestro señor del cielo y bautizó por sí mismo a santa Cristina, diciendo: ‘Te bautizo en Dios, mi eterno padre, y en mí, Jesucristo, su hijo, y en el Espíritu Santo’” [Apostilla: Jacobo de Vorágine, *Leyenda* 93]. Lo cual, y lo que tenemos dicho en el número 57 de la primera parte, lo que diremos adelante y mucho más que pudiéramos decir para apoyo del insinuado discurso; no se ha de entender que lo obra el Señor conforme a la ley y común providencia con que gobierna al mundo y a su santa Iglesia, sino como supremo legislador y superior a toda ley y ordinaria providencia. En esta inteligencia parece que pudo y debió el confesor de Catarina exhortarla a pedir la salvación de su hermanillo difunto, correspondiendo a las insinuaciones del Señor. No porque los autores de este discurso pretendiesen ni pretendan por esto, calificarlas de verdaderas revelaciones o dar por bautizado o salvado a este niño de quien vamos hablando, ni que se publiquen

como hecho de verdad con efecto; porque esto todo pertenece al tribunal supremo de la Iglesia, en cuya cabeza está el don de discernir espíritus sin engaño y con acierto infalible; sino porque discurrendo con probabilidad histórica y doctrinal en lo humano, parece que las insinuaciones de Cristo en las preguntas y respuestas que dio a su sierva, comentadas en sano sentido y registradas sus especiales circunstancias, se pueden mirar prudencial y piadosamente como inspiraciones del Espíritu Santo, a las cuales se debe corresponder principalmente en materia donde no se asoma inconveniente ni se descubre alguna repugnancia.

[97] De todo esto, como tengo dicho, inferían los escolásticos discursivos y amplificantes oradores con racional y probable discurso, que el hermanito de la sierva de Dios difunto sin bautismo conseguiría la salvación por intercesión de Catarina, usando la divina misericordia de uno de los medios insinuados o de otro de los que tiene amontonados en la secretaría de su omnipotencia. Porque esto parece que significan las preguntas enfáticas y misteriosas de Cristo, en que se insinúa y da a entender, que se inclinó el Señor a hacerle este singular favor si lo rogase, y la movió a pedirlo con el parecer y dictamen del confesor; porque si no hubiera de concederlo, parecieran a nuestros ojos y corta capacidad de alguna manera ilusorias las preguntas de Cristo y el haberle remitido al confesor para que gobernase su petición la obediencia. Más difícil parece que era el cumplimiento del ruego y oración de Acaz,⁵¹ cuando le dijo Dios por su profeta: “Que pidiese por señal un milagro, aunque fuera resucitar a uno de los muertos que estaban en el infierno”. [Apostilla: Isaías 5; Abulense; Lira.] Y con todo esto, dice el Abulense⁵² y Lira⁵³ con otros muchos doctores, que si el rey Acaz hubiere pedido que volviese a esta vida Caín, Saúl, Faraón u otro de los que consta estar ya condenados en el infernal abismo por decreto absoluto del supremo juez de vivos y muertos, se le hubiera concedido [si bien, el condenado se quedara para siempre condenado, por ser invariables los decretos del Altísimo]; porque las palabras del profeta demostraban que Dios quería hacer lo que Acaz pidiese, y si faltara esta divina voluntad fueran como ilusorias las voces y persuasiones de su profeta, que no se puede creer ni decir. Pues si al ruego de un mal rey, supuesta la promisión del Todopoderoso insinuada

51 En el Antiguo Testamento, un rey de Judea.

52 Es Alonso Fernández de Madrigal, muy prolífico autor del siglo xv y obispo de Ávila, de donde le viene el sobrenombre.

53 Se refiere a Nicolás de Lira, teólogo y exégeta franciscano del siglo xiii.

por su ministro, se habían de abrir los eternos cerrojos de las más profundas cavernas y salir uno de los condenados por última y definitiva sentencia de un juez inmutable, porque no faltasen, ¿cómo no podían faltar las promesas de la suma e indefectible verdad? Porque no nos persuadiremos [decían y discurrían los insinuados maestros y doctores] que el niño objeto de todo este discurso sería trasplantado en la celestial Jerusalén por la intercesión y ruegos de un alma tan favorecida de Dios, como se ve y puede píadosamente con fe humana creer de su historia.

[98] Pudieran estos sabios facilitar esta creencia, con muchos y varios ejemplos de personas que han salido del limbo y del infierno por intercesión de los santos, de los cuales algunos con la nueva vida después de resucitados dejaron en el mundo esperanzas de su salvación. Pero éstos se pueden ver en el libro intitulado *Espejo de ejemplos*, donde se refieren muchos; en el padre Francisco de Mendoza de la Compañía de Jesús, que en su *Viridario* hace con razones y autoridades muy verosímiles semejantes prodigios; y con mayor extensión y erudición en el padre Ángel Grave de la misma Compañía, que apoya con otras varias historias, extenderse el patrocinio de la santísima Virgen en muchas ocasiones milagroso, usando Dios de su absoluto poder por la intercesión de su santísima madre, en el mundo, en el purgatorio, limbo e infierno. Sirva aquí de ejemplar especial lo que escriben muchos y graves autores en la vida de san Nicolás de Tolentino. Y es que habiendo tenido noticia el santo de la muerte de un hermanito suyo antes de ser bautizado, exclamó diciendo: “¡Oh, qué infeliz y desgraciado niño, pues se ha condenado!” No obstante este conocimiento tan católico y conforme con lo que nos enseña y manda creer la fe acerca de la ley ordinaria y común providencia con que gobierna Dios su Iglesia, dicen los historiadores y escritores de la vida de san Nicolás, que el santo se halló movido a rogar y pedir a la divina majestad la gloria para su hermanito. Y que pidiendo lo consiguió, consolándole el Señor con disponer que el mismo niño difunto se le apareciese y certificase de su salvación, diciéndole: “Hermano mío, Nicolás, verdad es que por tus oraciones libre de las penas me voy ya a la celestial corte”. No propongo este caso con crédito de infalibilidad, pues no están calificadas de verdaderas por la Iglesia santa todas las cosas que se escriben en las vidas de los santos; sino con el testimonio de verdad que la fe humana debe dar a sus historiadores, hombres de toda autoridad y estimación en los reinos y monarquías del cristianismo. Y esta certidumbre nos basta para engrandecer la misericordiosa omnipotencia del Altísimo, que para honra y gloria de su absoluto poder y para crédito de sus santos y siervos, obra y

ha obrado en el mundo cosas prodigiosas y milagrosas; aunque en pocos y muy raros casos, que según la ley ordinaria y la común y universal providencia, los tenemos y creemos imposibles. El modo con que Dios usa de su omnipotencia absoluta y potestad de excelencia dispensando, coartando y no contraviniendo a sus leyes por ser superior a ellas, es más propio asunto de la teología que de la historia. Y para que ésta sea maestra de los que la leyeren en este punto, basta con tener una doctrina de fe católica. Y es, que creemos que de ley ordinaria y según la común providencia: “Todos los niños que mueren sin bautismo se van al limbo; así como todos los adultos que mueren en pecado mortal se van al infierno”. Y supuesta esta verdad católica, harto necio, loco o infiel fuera quien esperara y aspirara a salvarse por el medio de una resurrección u otro de los milagros que se contienen en el secreto e incompresible archivo del divino poder.

[99] Asímbrense aquí los mundanos políticos y los cortesanos del siglo se pasmen atónitos, viendo aquel omnipotente rey de reyes y poderosísimo señor de señores, tratar y conferir tan graves y tan profundas materias con una pobrecita esclava tirada en un rincón bajo de la casa; y no sólo quererle hacer, en sentir de muchos, un beneficio tan grande y favor tan exquisito, sino convidarla y como rogarle con él. Verdaderamente conocemos, Señor, que no sois aceptador de personas grandes a lo del mundo; antes parece que afectáis la aceptación de personas humildes para honrarlas y favorecerlas con más empeño. Como sobresalió en la primitiva Iglesia, a quien advierte admirado el apóstol cuando dice: “Mirad, advertid y reverenciad a la providencia divina en la vocación a su Iglesia; a la cual no ha llamado muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos ni muchos nobles, sino que escogió las cosas y personas despreciadas del mundo para confundir a sus sabios; lo débil y lo flaco para derrocar lo robusto; las plebeyas para avergonzar a las altas, nobles y eminentes del siglo; y últimamente, con la nada lo vence todo”; y el motivo último y causa es: “Porque no se gloríe vanamente en su presencia toda carne”. [Apostilla: Primera a los corintios 1] Bendita sea su omnipotente benignidad y poderosa justicia, que hace gala de levantar a los humildes y deshacer abatidos hasta su nada a los soberbios.

3. De la devoción que tuvo con las ánimas del purgatorio y de lo que padecía por ellas con varias visiones de este terrible lugar

[100] Quien era naturalmente tan compasiva con los vivos, también lo había de ser con los difuntos, cuyas ánimas impedidas y aprisionadas no

podían ver a su divino esposo, que era todo el cuidado y ardiente deseo de esta sierva de Dios. Abrasada de este celo, lastimada de lo que padecían las benditas ánimas, empleaba todas sus fuerzas en sacarlas de aquella penosa cárcel. Por esto ofrecía los méritos de los santos, las obras de los justos, los sacrificios de los sacerdotes, la intercesión y merecimientos de la reina de los ángeles y la preciosísima sangre del Señor. Por este fin ayunaba, se disciplinaba, cargaba de silicios, oía y mandaba decir muchas misas, y hacia todas las penitencias y obras de piedad que dejó insinuadas en la historia, procurando y anhelando a satisfacer por todas sus deudas de los difuntos. Y aunque sus mortificaciones eran muchas y extraordinarias, los dolores que Dios le comunicaba por sí, por sus ángeles y por los demonios, instrumentos de su divina justicia, eran inexplicables y unos continuados martirios; porque como se ha dicho, el modo de sacar almas del purgatorio y hombres del infeliz estado de sus culpas, era conmutándose lo que ellos debían padecer y hacer para templar los rigores de Dios enojado, por lo que Catarina padecía. Y como era innumerable el número de las almas que sacaba del uno y otro cautiverio, así no hay guarismo para referir los martirios que sufrió, ni lengua para ponderar la gravedad de sus penas, congojas y ansias de muerte.

[101] Este afecto caritativo que tenía a las benditas ánimas del purgatorio se lo aumentaba y pagaba el cielo, mostrándosele muchas veces las almas por quien pedía, gloriosas al subir a las celestiales cumbres por su intercesión y buenas obras; ya en representación de ejércitos numerosos y triunfantes, vestidas las unas de resplandores, otras de luminosas riquísimas telas y sedas, y todas con vestiduras de ángeles y bienaventurados con que obscurecían la luz del mismo sol; ya en forma de muchos resplandecientes y apiñados hilos, como pendientes del ropaje de la santísima Virgen, de su rosario y escapularios; ya en forma de luces y de estrellas; ya de cuerpos humanos, a quienes servían de carros triunfales las manos y brazos angélicos; y ya como asidas de las manos de esta esclarecida virgen, símbolo de sus santas obras, las veía subir y entrar gloriosas en la eterna y celestial corte. En otras ocasiones de las muchas y repetidas que bajaba el espíritu de Catarina al purgatorio, se hallaba con la representación de la preciosa sangre del Señor, de que tengo hecha mención en esta historia y que le mandaban derramar y repartir como fiel dispensera de Cristo entre las creaturas redimidas. Y con este soberano rocío, veía el consuelo y refrigerio que experimentaban las benditas almas, clamando y diciéndole las unas: “¡Echa hija, echa!”; otras: “¡A mí, a mí!”; otras: “¡Aquí, aquí!” Y condoliéndose ella

de algunas en particular, porque se le mostraban más afligidas, se volvía al divino esposo, que siempre la acompañaba en estos espirituales vuelos; y le decía: “Mira, Señor, qué afligidas están éstas. ¿Cómo lo puede sufrir tu amor y misericordia infinita?”. Y su Majestad le respondía muchas veces: “Sácalas tú, amada y querida mía, pues te he dado poder para ello por los merecimientos de mi pasión y sangre”. Con esta voz se hallaba impelida, de manera que diciendo y haciendo, se arrojaba a los incendios y tenebrosos calabozos donde penaban las almas y de donde las sacaba valerosa y triunfante para que volasen al delicioso paraíso del eterno descanso. Otras veces le daban a escoger determinado número entre la muchedumbre de tantos nobles prisioneros y escogía las de sus confesores, bienhechores y de todos los eclesiásticos que reconocía con la espiritual y perspicaz vista que el Señor le comunicaba, para que pudiese divisar y registrar todo lo que pasaba y se ejecutaba en las espantosas cavernas de aquel triste seno y terrible lugar. Pero lo más ordinario y lo que más frecuentemente le sucedía era el subir cargada de innumerables almas, amontonadas sobre sus hombros o asidas de sus brazos, manos, rosario y escapularios, comunicándole las unas y las otras sus penas. Y aunque ponderaba la sierva de Dios lo intenso y riguroso de su padecer en estos descensos y ascensos del purgatorio, ponderaba más y aun se admiraba su inocencia con especialidad de tres cosas, que eran: “El no convertirse en pavesa en medio de tantas abrasadoras llamas y encendidas brasas; el poco peso que tenían las benditas almas ya purificadas; y el sacarlas por su mano, siendo tan pecadora y habiendo oído decir que era este oficio propio de los angélicos espíritus”. En el tiempo que andaba por aquellos tenebrosos callejones y visitaba sus tristes moradas, le salían al encuentro sucesivamente multiplicadas tropas de almas prisioneras. Y poniéndosele delante de los ojos, le pedían sus oraciones, puestas o enclavijadas las manos y en ellas sus rosarios y escapularios, y de estos solía cogerlas y sacarlas de aquel mar borrascoso de penas y martirios. Otras se asomaban por las puertas y troneras de los calabozos y le encargaban que no se olvidase de las que quedaban. Finalmente, reconocía su espíritu la variedad de tormentos e inexplicables martirios con que se purificaban, entendiéndolo muchas veces las culpas porque penaban y lo que les faltaba de purificación para entrar sin ruga y sin mancha alguna en el eterno y abundante convite de la gloria; representándosele las unas trigueñas, otras más blancas, otras vestidas de fuego, otras despedazadas; asadas otras, fritas y quemadas. En otras ocasiones se le representaban lagos dilatados de metales hirviendo llenos de rostros y cabezas, conociendo a

los afligidos, la tierra de donde eran y sus nombres, sin que se eximiese de su registro los príncipes, reyes y pontífices. Se le representaban también la variedad de crueles y exquisitos instrumentos de atormentar, en salones tan espaciosos como lóbregos y tenebrosos. Y pareciéndole tal vez los mismos o muy semejantes a los que había visto en el infierno, mereció su advertencia que le dijese: “En un infierno estás, Catarina. Temporal, pero no eterno”.

[102] Cuando no bajaba en espíritu la sierva de Dios al purgatorio, se venía el purgatorio en visión a buscarla; porque en todas partes padecía y clamaba por el alivio y libertad de las benditas almas y trataba y conversaba con ellas como con los vivos, preguntándoles sus nombres, sus patrias y por qué penaban. Y ordinariamente satisfacían a sus preguntas, comunicándole grande consuelo con asegurarle de que estaban en camino de salvación y que tenían ya asegurada una gloria inefable y eterna, cuando se les acabase el tiempo y las penas que les restaban por padecer. Con especialidad, se alegraba al reconocer entre estas nobles prisioneras, almas de personas chinas, jponas, mogoras y de otras partes remotas, donde prevalecía la gentilidad e ignorancia, alabando y glorificando al Señor por ver extendida su cristiandad y fe por todo el universo. En muchas ocasiones, sin preguntarlo, conocía las tierras y naciones de donde eran, por los trajes y diversidad de vestidos con que se le mostraban y los oficios y dignidades que habían tenido en el siglo, por las insignias y divisas con que se le dejaban ver; a los santos pontífices por sus tiaras; a los señores obispos por sus mitras; a los reyes por sus coronas; a los religiosos por sus hábitos; a los soldados por sus armas; y así a las personas de los demás estados y condiciones. Y venían a su presencia tan apiñadas, que parecía se estorbaban e impedían las unas a las otras. Les preguntó una vez que por qué venían tan juntas y amontonadas. Le respondieron: “Que para que las viese”; pues el verlas era quedar obligada su encendida caridad a rogar y clamorear por ellas. Andaba tan rodeada de almas en este mundo y tan cargada de sus penas, que en no pocas ocasiones se veía apurada y les decía con amorosa ternura: “Apartaos de mí almas benditas y queridas del Señor. Dejadme descansar un poco o dejadme rezar y pedir a Dios misericordia para mí, pues estáis ciertas de vuestra eterna felicidad y yo no sé la suerte que me ha de caber. Cosa dura es que padezca yo tanto por lo que no he comido, ni bebido”. Pero los difuntos le respondían: “Ruega, hermana, clama y padece por nosotros, que esa piedad caritativa nos sirve de mucho alivio y a ti de grande mérito; porque después de la muerte no hay lugar de merecer, no hay mérito, no hay trabajar con esperanza de mayor premio. Por más que

padezcamos, por más paciencia y conformidad que tengamos con la voluntad de Dios (como verdaderamente la tenemos), por más que conozcamos su inmensa bondad y le amemos como le amamos, no merecemos nada en ello; porque ya no estamos en estado de merecer sino de padecer por las faltas que hicimos en vida. Y así, logra el tiempo, Catarina, procurando con todas tus fuerzas hacernos el bien que pudieres para que sean mayores tus merecimientos; fuera de que con fineza te lo agradeceremos cuando nos veamos en el sacrosanto acatamiento de la divina majestad que padeció por todos siendo la misma inocencia”.

[103] Notemos aquí y ponderemos los que vivimos esta doctrina que nos dieron los muertos, tan repetida en las sagradas letras [Apostilla: Eclesiastés 9] y apoyada de los santos padres. [Apostilla: Eclesiástico 14] Dice san Basilio, hablando con los vivos que dejan las obras de piedad y misericordia para después de sus días [Apostilla: San Basilio, *Discurso sobre la muerte*, 24]: “¡Ay, dolor! ¡Oh, qué lástima! ¡Oh, qué dislate! Para cuando seréis muertos y no viviréis ya entre los hombres, ¿aguardáis a ser liberales, benignos y misericordiosos? Cuando os veáis difuntos y puestos debajo de la tierra, ¿pretendéis que os tengan por piadosos y amadores de vuestros hermanos? ¿Quién queréis que os agradezca esa vuestra liberalidad? Estando en la sepultura deshechos y convertidos en polvo, ¿queréis estar haciendo grandezas? ¿Por cuáles obras esperáis de Dios el galardón? ¿Por las que hicisteis en vida o por las que se harán después de vuestra muerte?” Prosigue el santo: “Si por éstas sabed que no son las obras que hacen los herederos y albaceas, por más pías y santas que sean, meritorias de la comida, pasto, refección y premio de la vida eterna para el difunto, aunque las hagan en su nombre. Porque, así como ninguno negocia concluida ya la feria, ni es coronado el soldado que llega después de acabada la guerra y no se halló en la batalla; así, ni más ni menos, no merece el nombre y la corona de piadoso y misericordioso el que aguarda a ejercitar la piedad y misericordia con sus prójimos después de los días de su vida.” No quiso decir san Basilio que las obras pías que se dejan ordenadas en los testamentos de los que mueren sean de ningún provecho; porque los que no han querido ser generosos, nobles y liberales con los necesitados en la vida, bien es que lo sean algún tanto en la muerte, pues aunque no muestran en ello que aman mucho a Cristo, todavía es algún amor; pero mayor muestra hubiera sido y mayor fuera el merecimiento, si cuando vivían sanos y buenos hubieran dado de comer a Cristo. Mas ya que en la vida no tuvieron ánimo para ejercitar obras de piedad con los pobres; hágalos siquiera la necesidad liberales

con los necesitados, que es dejar al Señor heredero con los hijos o con los extraños a quienes se deja la herencia. Asistió nuestra Catarina en espíritu a cierto religioso que era actual provincial de su provincia y que vivía en otra ciudad bien distante, en la última enfermedad que le causó la muerte y lo llevó al otro mundo. En estas espirituales y repetidas asistencias, reconoció la gravedad del achaque y los términos en que se veía más apretado y apenado el enfermo. Y en uno de estos vuelos advirtió y vio que el doliente comenzó a repartir entre sus hijos los vestuarios de que estaba bien aforrado, las alhajas, preseas y conveniencias de que estaba con abundancia prevenido y proveído para muy larga vida. Y al tiempo de esta visión, absorta y elevada, exclamó la sierva de Dios, diciendo: “Dios te favorezca y mire con ojos de piedad. ¡Oh, cuánto mejor te estuviera y cuánta mayor confianza hubiera causado y puesto en tu corazón, si mientras vivías hubieras socorrido la necesidad de tus pobres súbditos! Por lo menos no se pudiera decir que eres partido con ellos a no poder más, porque no te puedes llevar al otro mundo lo que, quieras o no quieras, has de dejar cuando mueras”. Pues si causaba temor y susto en el corazón de nuestra Catarina el haber dilatado este enfermo el desnudarse de sus conveniencias hasta la hora de su muerte; qué pena sentiría si le mostrase Dios la miseria y desventura de tantos, tan locos, tan desatinados, tan olvidados del Señor, tan enemigos de sí mismos, que no habiéndose jamás en vida acordado de Cristo ni tenido ánimo para dar un real a un pobre; ni aun en la muerte se acuerdan de él, ni consideran que van a comparecer en su tribunal y darle cuenta de su vida y de su hacienda. Volvamos a proseguir nuestro asunto del número de las almas que salieron del purgatorio por la intercesión y paciencia de la sierva de Dios.

[104] Con estas doctrinas y conocimientos más infusos que adquiridos, se ardía, quemaba y abrasaba en deseos de libertar más y más ánimas de la cárcel del purgatorio la sierva del Señor. De manera que preguntándole su divino amante, el día quince de septiembre de 1680, si quería que la llevase al eterno descanso de su reino, le respondió: “No, Señor. No deseo tanto eso como el padecer más para que salgan y se libren de tantas y tan rigurosas penas tus escogidas esposas”. Le replicaron los ángeles, como ansiosos de llevarla a la celestial Jerusalén, con estas palabras: “Pues, ¿qué número de almas quieres sacar del purgatorio?” Les dijo ella que millones. Volvieron a instarla, diciendo: “¿Pues ya no has libertado muchos millones de almas?” Respondió la sierva de Dios: “Yo no sé eso, el Señor lo sabe. Y si eso es así, quiero libertar otros millones con los méritos de la preciosa sangre y

sagrada pasión de nuestro redentor”. A los fines del mes de diciembre de 1680, se halló abrasada en un ardiente deseo de aliviar y sacar ánimas del purgatorio. Y respondiendo el cielo a sus congojosas ansias, oyó una voz que le dijo: “Catarina, ¿cuántas almas quieres que salgan?” Y valiéndose ella de la ocasión del tiempo dijo, como hablando y respondiendo a su dios humanado: “Todas Señor. Porque cuando un rey de la tierra sale a gozar de la luz de este mundo, acostumbra dar libertad a los presos de sus cárceles. Y siendo tú rey de todos los reyes y señor de los señores, recién nacido en el mundo no te has de mostrar menos liberal y poderoso que tus creaturas. Y así, Señor, todas las almas han de salir de su cautiverio; ninguna ha de quedar en el purgatorio. Yo pagaré lo que ellas deben, pues con los reales de tu gracia puedo merecer y padecer lo que pidiere tu misericordiosa y recta justicia.” Con esta como continuada petición, prosiguió los días de la Pascua, feliz para las benditas almas, clamando y padeciendo por todas ellas en común; y en particular por las que estaban en lo más profundo de aquel terrible y espantoso seno, y por las de los navegantes, vaqueros⁵⁴ y naturales de la tierra. A esta petición fervorosa y perseverante, correspondió la liberalidad de nuestro dios infinito en su poder y misericordia, con muchas y misteriosas visiones de almas que salían del purgatorio para consuelo de su sierva y para el del mundo, que puede y debe reconocer la inmensa bondad de su creador y el grande valimiento que tenían las oraciones y peticiones de nuestra Catarina en su tribunal clementísimo.

[105] En una ocasión, por haber pasado dos o tres días en que no había visto subir almas a la celestial Jerusalén, dijo al Señor, como quien le preguntaba: “Por ventura, ¿se ha despoblado el purgatorio? Pues no veo salir de él las benditas ánimas.” Y la respuesta fue ver luego una procesión de personajes con hábitos de la tercera orden y otra muchedumbre de almas, que llegaron a agradecerle el beneficio de su libertad y subida al eterno descanso de la gloria. El día de san Lorenzo de este mismo año, dijo a su divino amante: “¿Cómo es esto, Señor, que haya yo pasado dos días en un sumo e intolerable padecer y que las almas perseveren en las terribles penas de su cautiverio? No es esto, Señor, lo concertado; porque mis martirios has dicho los ordenas para que descansen ellas.” Le respondió su amante y divino esposo: “Pues míralas”. Y comenzó a ver una muchedumbre que como

54 En el original se consigna la palabra “baqueros”. Desconocemos si se trate de una palabra en desuso que tenga mayor concordancia con las personas enlistadas por Ramos, o la alusión a los “vaqueros”, pastores de ganado bovino, sea la adecuada.

en ejércitos y enjambres, fueron saliendo por espacio de siete horas del purgatorio, viniendo todas a reconocer y dar las gracias a la sierva de Dios como a su insigne bienhechora. Con esta tan amena como gustosa representación quedó gustosísima y gozosa la sierva del Señor, pareciéndole que después de tanto número de almas que habían conseguido la libertad, pocas o ninguna quedarían en el purgatorio por quienes padecer y pedir. A este pensamiento le respondió el cielo, manifestándole otra multitud no menos numerosa, que iba entrando a purificarse en aquel terrible y ya insinuado seno, dándole a entender que no podían faltar almas en el purgatorio por quienes se debía clamar y padecer. En otra ocasión que se halló muy acosada con las aflicciones y plegarias de las benditas almas, levantó los ojos de su espíritu a Dios y le dijo: “Señor, en grandes prisiones está mi corazón y terribles son los dolores que atormentan mi cuerpo, y no veo que suban almas amontonadas y apiñadas al cielo. Reciba yo para mi aliento, el consuelo de ver que suban muchas a alabarte y glorificarte en tu reino”. Y luego vio salir de unas como barrancas y profundidades un sinnúmero de ellas; las unas vestidas de blanco, otras de colorado, otras de blanco y colorado, y otras de sayal. Y llegando todo este lucido ejército cerca de la sierva del Señor, le rindieron las gracias y dieron el agradecimiento de su dichosa suerte; y volaron a su vista a poblar los tronos de la celestial y eterna corte del emperador, dejándola gozosísima y con más ardientes deseos de ayudar y padecer más por las que quedaban en el purgatorio. Finalmente, todos los pobladores de esta penosa cárcel reconocían el poder y valimiento⁵⁵ que tenía Catarina con Dios y por eso acudían a ella como a su bienhechora y libertadora; en tan crecido número, que parecía tenía ella privilegio de tener parte en la redención de todas las penas y cautiverio de aquel terrible y espantoso lugar; y quizás por eso andaba rodeada de tantas, que se le representaban los campos, las calles, las iglesias y casas donde vivía llenas de las benditas almas. Y muchas veces en varias formas, con que parece significaban los defectos y culpas porque padecían; porque se le dejaban ver en manadas de puercos, que serían los lascivos; en forma de mulas sedientas, que a vista del agua no podían beberla, símbolo acomodado para los avarientos; otras se le aparecían con frenos en las bocas, que serían los blasfemos; otras en forma de culebras dentro de cuevas, y puede ser se representasen en esta visión a los

⁵⁵ Privanza o aceptación particular que alguien tiene con otra persona, especialmente si es príncipe o superior.

salteadores; otras se le ponían a la vista en forma de aves, ánsares, tórtolas y palomas, aprisionadas con cadenas o enjauladas. Todas estas visiones eran como cotidianas; pero en número más crecido se le aparecían en los días festivos de los santos, sus devotos y patronos. Y con especialidad, en las fiestas de nuestro Señor y de su santísima madre.

[106] Le decían ordinariamente la gravedad de sus penas y el tiempo que les restaba de padecer, para moverla más a compasión y encender su caridad siempre ardiente y abrasada en el amor de Dios y del prójimo. Almas hubo de las que se le aparecían, que le aseguraron pasaba de diez años el tiempo de su cautiverio y purificación; otras de veinte, otras de setenta, de ciento otras y aun de trescientos. Algunas le dijeron estaban condenadas a penar en aquellos horriblos calabozos hasta el día del universal juicio; otras, que se estaban purificando en aquel abrasador fuego desde el año en que crucificaron los judíos y fariseos al redentor del mundo. Otras estaban pocos años en el purgatorio, y le parecía que con lo intenso y acerbo del padecer, se recompensaba la extensión y duración del tiempo de penar, que se les abreviaba por la bondad del Señor, por sus justos e incomprensibles juicios, y por las oraciones y padecer de su sierva. Y este beneficio de ayudar y sacar a éstas, decía Catarina le costaba más que el sacar millones de otras. Solían ser estas almas de sus bienhechores y confesores, por quienes pedía con especialidad y por quienes se ofrecía repetidas veces a ser fiadora y pagar todo lo que ellas debiesen pagar a la divina justicia. Pondré en el párrafo siguiente algunos de los casos particulares que confirmen lo que dejo escrito en éste, y de donde se pueda colegir y entender lo mucho que padecía la sierva de Dios por las benditas ánimas, y lo mucho que les valía su devoción y caridad compasiva.

4. Prosigue la misma materia, y de algunos casos particulares en que se ejemplifica y confirma lo dicho en el párrafo antecedente

[107] Fue muy singular favor del cielo el que experimentó esta sierva de Dios, consiguiendo de la inmensa bondad y clemencia infinita, extraordinarias misericordias y singulares beneficencias para sus confesores y bienhechores. Se los mostraba el Señor a todos los que morían; no en estos reinos y provincias solamente, sino en las otras monarquías distantes y más remotas cuando enfermaban de muerte, al arrancarse las almas de los cuerpos, al comparecer en el tribunal de la divina justicia, al entrar y salir del purgatorio. Y a algunas almas, aunque muy pocas, de las cuales dejo hecha

mención en la historia, vio subir al cielo sin pasar por el purgatorio. Y en este número se pueden añadir dos honestas doncellas, por su singular pureza; y una casada, por limosnera y muy piadosa con los necesitados. Al comparecer en el tribunal del supremo y rectísimo juez de vivos y muertos, algunas de las almas de sus bienhechores y confesores, se halló presente en espíritu e intercediendo por su buen despacho. Oyó en varias ocasiones la voz del Señor, que les dijo, hablando con ellas: “Hicisteis bien a Catarina. Pues dadme las manos, que así favorezco yo a sus bienhechores”. Y alargando su Majestad el brazo, dio muestras de que las colocaba por su divino y propio poder entre los coros y jerarquías de los cortesanos celestes. De una de estas almas, por haber sido pobre en esta vida, dudó el confesor en qué y cuándo podía haber sido bienhechora de la sierva de Dios. Y preguntándose a Catarina, le respondió: “¿Pues no se acuerda vuestra reverencia, que me llevó a mi casa un día un peso y unos zapatos?” Dichosa limosna, que tuvo por recompensa el librarse de las penas del purgatorio y una apresurada entrada y posesión de la inefable y eterna felicidad. Poco más cuantiosa limosna recibió el padre Andrés Cobián, provincial actual de esta nuestra provincia, pocos meses antes de su feliz muerte, cuya alma luego que se apartó del cuerpo, se le representó a Catarina cerca del cielo como en un golfo de nubes que dejaban descubierto sólo el rostro, para que la sierva de Dios tuviese el consuelo de verle y conocerle. Y entendió que en la altura en que se lo mostraban, se significaban la superioridad y dignidad que tenía en este mundo el difunto; y por la hermosura del rostro, sin señal y muestra de alguna alegría, que padecía sólo la pena de daño, por el mucho deseo que tuvo de que se le alargase esta mortal y miserable vida. Pasados dos o tres días, le preguntó el confesor por el objeto de esta visión, y le respondió: “Ya, ya está en posesión de su eterno descanso. Luego le abrieron la puerta, porque era muy querido del Señor y de su santísima madre”. Con esta representación entendió el confesor de Catarina otras de sus visiones, en que se le aparecían algunas de las benditas almas de todos estados, muy blancas y hermosas; pero cerrados los ojos, como quienes estaban privadas por entonces de la visión clara de Dios, por el poco deseo que tuvieron de verle y gozarle en su reino, donde se comunican y franquean con liberalidad a sus escogidos, los inefables tesoros de sus bienes.

[108] A otras almas reconoció en el purgatorio, que por cosas y defectos muy leves padecían mucho, y que se le aparecían con los mismos instrumentos y ocasiones de sus culpas. Una se le representó atravesada con un asador que había hurtado en vida; otra partida la cabeza con un azadón;

otra con una petaca de plata que había robado y que le oprimía, abrumaba y tenía en terribles ansias y congojas. A otras muchas almas vio, cuyas cruces y penalidades se significaban en los cueros de pulque con que andaban cargadas y afligidas en el otro mundo. Con otra alma de un aguador, se encontró que penaba en una ardiente e insaciable sed, por no haber dado llena la vasija y medida del agua que le pagaban. Otro espíritu de un religioso, le aseguró había mucho tiempo que penaba en aquella terrible cárcel, por la costumbre que tenía en vida de farfullar⁵⁶ y comerse parte de una de las antífonas del oficio divino. A otra reconoció, que en forma de un costal de polvo o ceniza ardiente, la traían arrastrando por los callejones y calabozos del purgatorio; porque se alababa mucho en vida y se complacía mucho más en todas sus obras, con tal sinceridad, que los vivos lo atribuían a una ingenuidad y bondad natural en que les parecía que habría poca o ninguna culpa. Se encontró con un rey y reina de este mundo, que llevaban setenta años de purgatorio; y con otro monarca, que le dijo había trescientos años que estaba en aquella penosa y terrible cárcel, y que aún le restaba mucho tiempo de padecer por sus defectos. Finalmente, acabo con decir lo que decía la sierva de Dios en los tiempos en que se hallaba asistida y engolfada en las luces e ilustraciones del cielo. Y era, asegurar a sus confesores que no le preguntarían cosa de las que había dentro de aquel lugar de que no pudiese dar razón, así de sus pobladores como de su situación, variedad de calabozos y muchedumbre de instrumentos de atormentar. Y de este conocimiento nacía el pedir incesantemente al Señor que la castigara a ella acá y no allá, donde aprensan, asan, tuestan y despedazan. Y así, la que entraba en visión tantas veces bienhechora y libertadora, temía y temblaba de entrar como rea; y procuraba con todas sus fuerzas que no entrasen o que saliesen con brevedad de aquellas tristes moradas, las de sus hermanos y prójimos a costa de sus lágrimas y dolores.

[109] Pedía con incesante tesón por un alma de cierto personaje, que entendió estar condenada a purgatorio de gravísimas penas por espacio de setenta años; pero al paso que ella clamaba con perseverancia y varonil constancia, le respondía el Señor enviándole intolerables dolores e inexplicables tormentos. En esta ocasión, parece que batallaban en el campo de la paciencia de nuestra Catarina, los rigores del justo y supremo juez con los poderíos y valentía de la divina gracia; porque algunas veces se hallaba tan

⁵⁶ Hablar muy deprisa y atropelladamente.

fortificada la sierva de Dios, que suplicaba su alma, abrasada en un incendio de caridad, a la inmensa bondad de la misericordiosa omnipotencia, que le enviase más y más qué padecer por el difunto. Y en otras ocasiones, como rendido su delicado cuerpo a tanto padecer, se hallaba sin fuerzas y con un insuperable horror al pedir por esta alma necesitada. Y entre estos desfallecimientos, se volvió tierna y dolorosa al Todopoderoso y le dijo: “¿Qué es esto, Señor? ¿Tienes una mano para afligir y atormentar, y escondes la otra que te sirve para fortalecer? Retíralas ambas a dos o resplandezca el poder de su misericordia, en competencia con el poder riguroso de tu recta justicia”. A estas voces le respondió la eterna sabiduría, diciendo: “Pues, ¿cómo ha de salir esta alma con brevedad de su cautiverio, si no se satisface primero a mi divina justicia?” Y la sierva de Dios, oyendo las divinas voces, le dijo: “No rehúso, Señor, el penar y satisfacer la deuda del difunto. Lo que pido es que muestres tu inmenso poder en fortificar la débil y flaca naturaleza para padecer más, y que hagas alarde de tu infinita misericordia en quitar o templar este miedo y horror insuperable, que he cobrado al sufrir y me impide el pedir y clamar por esa alma afligida.” Por ella padeció Catarina excesivos dolores y martirios muchos días continuados, que explicaba en parte la sierva del Señor, diciendo: “No sé cómo vivo. Me hallo llena y rellena de un fuego abrasador, revestido de humaredas tan espesas que se me representan semejantes a las palpables tinieblas del infernal abismo. Atravesada ando con dos lanzas de dolor, cruzadas desde los hombros hasta los muslos, que me despedazan las entrañas y causan intolerables dolores en las coyunturas y todo lo interior de mi cuerpo. A ratos siento que me desuellan como con almohazas de hierro, tan ásperas y crueles, que parece se han fabricado en las herrerías del infierno”. En esta tribulación tan penosa, se le volvió a aparecer el Verbo humanado y le dijo: “¿Quieres que me siente sobre uno de tus hombros?” Y Catarina le respondió: “No, Señor, porque si vienes de amor se convertirán en gozos mis penas, y si vienes crucificado no podré sufrirte; porque si me faltan fuerzas para llevar tu cruz, ¿cómo podré cargarte a ti con ella?”.

[110] Compadecido y lastimado el confesor de lo que veía padecer a su penitente Catarina, y ponderando sus graves y últimos desfallecimientos y que las facciones de su rostro eran más de muerta que de viva; no tenía corazón ni aliento para exhortarla a que clamase y pidiese por el difunto, y así se valió de otra persona contemplativa para que le encomendase a Dios. Y habiéndose puesto ésta en presencia del Señor y rogando por el alma que se le había encomendado, le respondió el cielo: “Di al padre que si insta

Catarina, se le abreviaran a ese difunto mucho las penas y el tiempo de su purgatorio; porque quiere la inmensa bondad del Señor que tenga parte su sierva en todas las obras maravillosas de su infinita misericordia”. Con esta noticia comunicada al confesor, volvió éste a encargar a Catarina el alivio y libertad de la bendita alma. Y ella le dijo: “¡Oh, padre de mi alma, si conociera la cruz que me ha echado al hombro con ese mandato! Pero yo obedeceré a Dios en la voz de su ministro y vicario.” Con esta obediencia creció tanto el padecer de esta caritativa virgen, que andaba entre los hombres como atontada y desatinada, sin poder decir ni explicar lo intenso de sus dolores y las congojosas ansias que resultaban en su alma, por varios caminos herida y crucificada. Pero esto que Catarina no podía decir ni el confesor de su boca entender, lo manifestó Dios al mundo por la ya insinuada persona contemplativa y a mi juicio virtuosa, cuya relación es la siguiente: “Me hallé —dijo—, en ocasión que pedía por el recomendado difunto, en unos subterráneos callejones oscuros, lóbregos y horrorosos, que divididos en varias sendas servían de tránsito para entrar en diversos senos y calabozos terribles y espantosos por su espesa oscuridad y tristes llamas, donde penaban sin consuelo innumerables almas. Y después de mucho andar y mucho ver, llegué a un socavón donde penaba la dicha alma, aunque no me la mostraron, porque me dijo una voz que no estaba para ser vista; pero me enseñaron una caldera de asquerosa bascosidad hirviendo, dentro de la cual se estaba purificando. Y entendí que distaba aquel lugar sólo una cuadra de la boca del infernal abismo, a donde no llegué; si bien, alcance a oír unos truenos o chasquidos como de chirrión de cochero, que me herían y traspasaban el corazón. Y mirando hacia donde sentí el ruido, descubrí a lo lejos un agigantado personaje en traje de turco y en el semblante horrible, que me pareció ser guarda de la puerta del infierno. Estando en este paraje, asombrada y como espantada mi alma, reconocí en un grande salón a Catarina, vestida con una túnica morada y cargando una cruz muy gruesa y tan larga, que tendría a mi vista como doce varas de largo. Me admiré al verla cargar tan pesado madero, y mucho más de ver la apresurada diligencia con que caminaba y de la extraordinaria grandeza y robustez del hombro en que la cargaba. Noté también que, aunque el salón era muy largo, faltaba poco para que Catarina llegase a su fin. Y me dieron a entender que era significación de que faltaba poco tiempo para que el alma afligida saliese de las terribles penas del purgatorio, cuya cruz se había echado al hombro la sierva del Señor.”

[111] Todo esto parece que se verificó, porque pocos días después de esta visión, se apareció a Catarina el recomendado difunto entre otras muchas benditas almas, muy blanco y hermoso y con apariencias de buen ser. Y le agradeció lo que había padecido por él, prometiéndole sus continuas peticiones y ruegos en la presencia y vista clara de nuestro creador y redentor. En el tiempo de esta batalla y espiritual lucha, en que reconocía el confesor a esta esclarecida virgen desfallecida muchas veces y como arras-trada por la tierra, rendida la humana y débil naturaleza a la violencia de los dolores y tormentos; dijo y preguntó en una ocasión al sujeto y persona que tuvo la insinuada representación, si se atrevería a poner su hombro debajo de la pesada cruz para ayudar a la sierva del Señor y servirle de cire-neo. Respondió: “Que pronta estaba, si fuese la voluntad de Dios, a cargar parte del peso del pesado madero que agobiaba y rendía el delicado cuerpo de Catarina”. Y pidiéndoselo después a la divina majestad en virtud de la pregunta que le había hecho el confesor, oyó una voz que le dijo: “Tú y Catarina habéis de ser como dos oficiales de platería: uno que hace y forma el vaso de oro o plata y le perfecciona con el fuego y el martillo; y el otro que sólo le bruñe y emblanquece. Y éste serás tú; porque es para mucho más mi querida Catarina”. Otra alma espiritual y de muchas imaginarias visiones (aunque no sé si con el suficiente fundamento de virtudes que se requiere para la seguridad en estos extraordinarios y peligrosos caminos de nuestros espíritus), vio un día de estos a la sierva de Dios cercada de muchos y apiña-dos demonios que la sofocaban, herían y maltrataban, procurando impedirle el clamar y pedir por los pobladores del purgatorio. Y estando mirando esta violenta y enfurecida opresión diabólica, oyó la voz de Catarina que imploraba el auxilio de las benditas ánimas. Y vio luego que salían como enjambres y ejércitos de espíritus de aquel terrible y espantoso seno, los cuales batallando con todo el infierno que combatía a la sierva del Señor, la defendían de las infernales huestes, apartándolas y confundiéndolas con la licencia y poder que la divina majestad les comunicaba, obligada de los ruegos y clamores de su sierva.

LIBRO CUARTO

DE SU ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN; DE ALGUNAS DE SUS VISIONES Y PROFECÍAS, Y DE SU MUERTE Y ENTIERRO

CAPÍTULO 1

DE SU ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN

1. *Del modo de orar que comunicó Dios a su sierva*

[112] El padre Miguel Godínez de la Compañía de Jesús, de quien tengo hecha mención en esta historia y que fue uno de los primeros confesores de nuestra Catarina, con aquel don de claridad y soberana luz con que escribió su *Teología Mística* y las reglas de que usaba para discernir y conocer los buenos y malos espíritus, y para conducir a los que corrían por su cuenta al más alto vuelo de la perfección; reconoció en la sierva de Dios muchas señales naturales y sobrenaturales de que era vaso escogido del Altísimo para depósito de los prodigios de la Omnipotencia y maravillas de la divina gracia. Y porque hubiese cooperación de parte de la creatura, le dio un librito de meditaciones para que aprendiese y conociese las verdades católicas que podían servir de materia a la meditación, y de luz para entender y practicar el modo de la interior y exterior reverencia con que debía ponerse en la presencia de Dios y hablar y tratar familiarmente con su divina majestad. Este es el sabio consejo y la primera regla que se debe dar a los principiantes y aprovechados en el camino del cielo; porque como notan y afirman los maestros de espíritu, la lección de los libros sagrados y devotos es el primer escalón de la vida contemplativa, pues con su leyenda se esclarecen nuestros entendimientos por medio de las divinas palabras que leemos en ellos, y se provee a la meditación de materia copiosa, fija y devota para que no sea estéril o corta por falta de cosas en qué piense, ni errada por falta de luz y verdad en lo que discurre; ni sea vaga, salpicando de una materia en otra sin provecho, por no tener cosa determinada en qué se bebe; ni sea seca y sin jugo por no tener materia a propósito que la enterezca. Finalmente, en los libros devotos se nos provee de remedios contra los vicios, de armas contra las tentaciones, de consejo en las dudas, de consuelo en las tristezas, de aliento en los trabajos y de medios para alcanzar la perfección de todas las virtudes, que debe ser el fruto y fin de leer los libros sagrados y devotos; así como el de la buena oración y meditación, donde se discurre, considera y pondera lo que se ha leído despacio y con provecho. Este medio tan santo y provechoso de poco o nada le sirvió a nuestra Catarina, porque como no sabía leer, era bozal y muy cerrada cuando niña, con dificultad hallaba quién le leyese ni diese a entender la significación de las voces,

ni el concepto ultimado y perfecto de las verdades e instrucciones que se contenían en el dicho y recomendado libro. Pero en medio de esta humana imposibilidad, persistía con constancia importuna en buscar quién se lo leyese y explicase lo en él contenido. Y cuando no hallaba quién le ayudase entre las creaturas, se acogía al Creador en el silencio de la noche, como lo dijimos en la primera parte de esta historia, y le decía: “Señor y dios mío: tu ministro me manda tener oración y meditación. Yo no sé lo que es lo uno ni lo otro; pero tú que penetras lo más escondido de los corazones, sabes que deseo amarte y no ofenderte. Todo lo demás que me dicen tus ministros y tus cristianos no lo percibo ni lo entiendo, porque soy una bozal y una bestezuela sin memoria y sin entendimiento. Háblame, Señor, en mi lengua, para que yo conozca tu voluntad. Suene tu suave voz en mis oídos, que presta estoy para oírte y obedecerte”.

[113] Con estos sentimientos humildes, hijos del conocimiento que tenía de sí misma, se ponía postrada en la presencia de Dios la esclarecida virgen, como lo hacía el santo rey David, [Apostilla: Salmos 72] cuando delante del Señor se comparaba y tenía por un inútil jumentillo; y como Abraham, cuando dijo: “Hablaré con mi Dios, aunque sea polvo y ceniza” [Apostillas: Génesis 18; Números 17]. Y con estos afectos suplía Catarina la disposición que juzgaba faltarle para la oración y meditación que le mandaba su confesor tuviese; y con ellos obligaba al Señor que le comunicase con mayor liberalidad sus divinos dones, uniéndose cada día más y más estrechamente con esta alma escogida para su ameno huerto y delicioso paraíso; pero sin que ella lo entendiese, porque se conservase en el conocimiento de su indignidad y creciesen los deseos y ansias de conseguir de su infinita bondad y misericordia este precioso don que le había encargado su confesor, y que Dios quería concederle en muy alto grado y con grande abundancia de ilustraciones e inspiraciones celestiales, como se ha dicho y se leerá en lo que falta de la historia. Porque generalmente hablando, es ley ordinaria de nuestro creador, y quiere su Majestad que cooperen todas las creaturas de su parte con la divina gracia y se dispongan para recibirla. Y no hay mayor señal de que el Señor se inclina a hacernos esta merced, que darnos eficaces impulsos y ansias de pretenderla y aparejarnos para recibirla. Y a esto parece que mira aquel célebre consejo del Eclesiástico: “Que el ir a la oración sin disposición y preparación, es tentar a Dios” [Apostilla: Eclesiástico 18]. Y consiguientemente no alcanzará el don ni el fruto de la meditación, porque él se tiene merecido el desamparo del Espíritu Santo, de quien procede esta gracia y de quien depende toda buena oración, pues

sin su ayuda no podemos decir *Jesús*, que es el nombre en cuya virtud oramos. Y finalmente, para apoyo de esta doctrina, viene a propósito el dicho de san Bernardo: “Que como nos aparejaremos para tratar con Dios, tal se mostrará Dios con nosotros” [Apostilla: San Bernardo, *Sermón sobre los Cantares*, 69]. Todos los días y todos los instantes del tiempo de su vida, con cuidadosa solicitud, procuró nuestra Catarina disponerse y estar aparejada para hablar con Dios, así como para alcanzar una buena muerte. Y por esta continuada preparación y solícita diligencia, le comunicó el Señor el don que llamamos *trato familiar con Dios*; el cual no es orar una vez u otra, sino hablar a Dios con mucha frecuencia, con grande amistad y confianza, como habla un amigo con otro muy íntimo, o un hijo con su padre y el esposo con su querida esposa. Y quizás por esta razón, definió san Bernardo la perfecta oración, diciendo: “Que es un afecto del hombre unido con Dios, una plática familiar con él y una asistencia del espíritu ilustrado para gozar de su dulce compañía, mientras le fuere concedido”. [Apostilla: San Bernardo, *Ad frates de monte Dei post. med.*] Para esta tan soberana, extraordinaria y dulce conversación en esta miserable vida, ya se deja entender cuán necesario es que en esta alma escogida hubiese la omnipotencia y liberalidad del divino amor derramando los raudales de sus misericordias, fecundando con avenidas de sobrenaturales noticias su memoria, ilustrando su entendimiento con luces y conocimientos de verdades católicas, e inflamando su voluntad para la conservación de los encendidos afectos y amorosos coloquios con que se entretenía gustosa con su creador y redentor. Todo esto se demuestra en parte en el discurso de la vida de la sierva de Dios y en lo que dejamos escrito en la historia, donde las palabras que decía a su divino amante son argumento de los secretos que le descubriría la eterna sabiduría, y de los gozos, fuerzas y riquezas espirituales que resultaban en su dichosa alma; tales, que la misma que los experimentaba y sentía no podía explicarlos. Si bien, nos decía: “Que en estas celestiales visitas, le comunicaba en un instante el Señor más noticias que le pudieran enseñar en muchos años los hombres”.

[114] Con este especial magisterio del cielo y asistencia del Espíritu Santo, se hallaba Catarina en un como continuado ejercicio de perfecta oración y contemplación, sin hacer reflexión ni acordarse de las reglas y pocos documentos que percibía y entendía de los libros y padres de su espíritu. Le sucedía lo que a los diestros músicos, que procurando saber y practicar los preceptos de su arte, vienen con el ejercicio a cantar y tañer con perfección, sin acordarse de las reglas que aprendieron ni atender al modo como

menean los dedos. Así lo experimentaba la sierva de Dios, porque el mismo espíritu divino la ponía y traía en su presencia, levantaba y enderezaba su intención, concertaba sus meditaciones, ilustraba su entendimiento, encendía sus afectos, ordenaba sus peticiones y coloquios. Y obraba tan maravillosos los efectos, que ella gozándolos, no podía declararlos, ni los confesores sin admiraciones ponderar los soberanos conocimientos y afectos que advertían en la sierva del Señor cuando les daba cuenta de su conciencia. Ni el más leído, ni el más letrado, ni el más elocuente pudiera mejor que Catarina prorrumper en más verdades católicas, ni ostentar su grande sapiencia en los conocimientos pertenecientes a las perfecciones y excelencias del divino ser trino y uno, y de la santísima humanidad de Cristo nuestro señor, que era el principio y fin de todas sus oraciones; porque en su nombre las comenzaba y con el mismo las concluía esta sierva de Dios, negociando con el eterno padre por medio del Verbo encarnado, lo que el humanado Verbo quería que negociase con su padre. No pide esta verdad otra prueba que la reflexión y remembranza de todo lo dicho en el discurso de toda la historia; así como ni para entenderse la profundidad del conocimiento propio en que vivía esta esclarecida virgen, en este mundo ciego y olvidado de todo lo que importa para la eterna y verdadera felicidad. Y este conocimiento de sí misma le importaba mucho para andar en un cotidiano ejercicio de oración y trato familiar con Dios, confesando en la divina presencia sus ignorancias y miserias, y haciendo de ellas títulos para que el Espíritu Santo hiciese interiormente oficio de sabio y divino maestro, enseñándole con impulsos e inspiraciones a orar y clamar al Creador, por sí y por todas las demás creaturas. En una ocasión, uno de sus confesores que hoy vive, asombrado de las soberanas noticias y profundos conocimientos de que reconocía estar lleno el espíritu de su penitenta, sin reflexión ni atención a lo que hablaba, le dijo: “Catarina, ni yo tengo qué enseñarte, ni sé qué pedir para ti al Señor”. Y como si le hubiera dicho: “Todo lo que yo sé y alcanzo, lo miro impreso y como infundido con mayor claridad y perfección en tu alma. Y todo lo hermoso de las virtudes que yo pudiera desearte, lo veo con expresión y superiores realces en tus obras, palabras y pensamientos”. Se dio por entendida. Y respondiéndole a su pensamiento y concepto, le dijo: “Advierta vuestra merced que aunque en mi entender se experimentan estas verdades y sus noticias con mayor perfección y claridad cuando me las comunican e infunden interiormente, que cuando las oigo de boca de mis confesores; pero no queda tan asegurada el alma, que no vive ni quiere vivir, si no es en fe y por el camino de la fe. Y así, enséñeme a obedecer a Dios por

la boca y lengua de sus ministros; y pida a la divina majestad, que si estoy en su gracia, me conserve en el bien obrar hasta el fin, para que yo asegure una buena muerte”.

[115] Bien se acreditaban de celestes y propias del buen espíritu estas visitaciones con que la favorecía el cielo, por los efectos que resultaban en su alma; porque los favores extraordinarios de Dios suelen traer consigo una grande luz que imprime un profundo conocimiento de nuestra nada, indignidad y miseria, con gran confusión por nuestras culpas, la cual destierra toda vanagloria, complacencia y vana confianza, y engendra y conserva una humildad verdadera y muy profunda en lo íntimo del corazón; la cual sólo experimentada y bien conocida es bastante señal del buen espíritu, así como la soberbia y vanagloria es indicio cierto del espíritu malo. De aquí nacía el que los confesores de Catarina tuviesen y calificasen de bueno su espíritu, en quien dejaban los favores del cielo todos los efectos de una santa humildad, pues no los atribuía a su industria sino a la misericordiosa liberalidad del dador, confesándose siempre indigna y admirándose de que la majestad de Dios hiciese caso de las más vil de las creaturas y quisiese comunicarse a tan asqueroso gusanillo. De este conocimiento le nacía aquel continuado temor de condenarse, de que hice mención ya en el segundo libro, pareciéndole que por su flaqueza y maldad, no correspondía ni podía corresponder como debiera, a las obligaciones en que la ponían los extraordinarios y repetidos beneficios del cielo, y que como a ingrata merecía le quitasen lo que de gracia le habían dado o lo que por indigna no había conseguido. Y este sentimiento era el que ordinariamente advertían y ponderaban en la sierva de Dios sus confesores, cuando en sus palabras la veían pospuesta a todos los pecadores y aun a los mismos infernales espíritus, como lo dijimos en el capítulo de su grande y verdadera humildad. Y todo esto era efecto de aquella soberana luz con que se le representaba la poquedad de su ser y la grandeza de los defectos y ofensas contra un dios inmenso, en su bondad y amorosa misericordia para con los hombres, que la confundía y humillaba hasta el abismo. Estos conocimientos desean los maestros de espíritu en los letrados y sabios que se dan a este ejercicio, para que lleguen a tener una perfecta y provechosa oración; porque las demás consideraciones y meditaciones sutiles y delicadas, suelen impedir más que aprovechar a los que oran, que dejándose llevar de demasiadas especulaciones y curiosidades, recogen en los discursos sus entendimientos muchas verdades, pero no tanto de virtudes y santos afectos de la voluntad, que es la que hace santas a las almas y las une íntimamente con su creador y redentor, empleándose todas

en el amor y gozo del sumo bien, sin acordarse de otra cosa que de su dios, con quien tratan; ni atender más que a conocer su santísima voluntad para ejecutarla. A esta altura de perfección y de oración subió el Señor a nuestra Catarina por la humildad con que se ponía en su presencia, y porque desconfiando de su industria y capacidad, ponía su confianza en la enseñanza y discreción de los confesores que la gobernaban en nombre del Espíritu Santo quien, regularmente hablando, no inspira cosas extraordinarias al que no está bien fundado en profunda humildad, ni al inclinado y tentado de vanagloria, porque no le sea ocasión de caída. Y con esta razón y doctrina, se pueden desengañar los que gastando el tiempo de su recogimiento sólo en discursos muy curiosos, olvidados de mover su voluntad a los encendidos afectos y deseos en que consiste el fruto y mayor provecho de la oración, más que en especulaciones y discursivas meditaciones. Y pueden también consolarse los que se quejan de que no saben o no pueden discurrir en su recogimiento, por falta de consideraciones y ponderaciones con qué dilatar y extender los puntos y materias sobre que quieren meditar; porque si atendemos a la doctrina de las sagradas letras: “Dios se comunica con mayor frecuencia y liberalidad a los humildes y sencillos de corazón”. [Apostilla: Proverbios 3] Y en esto muestra el Señor ser el principal maestro y ayudador para obra tan gloriosa, como se verificó en esta virgen escogida y en lo natural ignorante, a quien con unas consideraciones llanas y sencillas, como son el que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre y que se puso en una cruz por sus creaturas; se encendía en amor del Señor y en deseos de humillarse y mortificarse por su amor y por el amor del prójimo, y gastó toda la vida en la práctica y ejercicios de estos fervorosos afectos, por la asistencia del divino espíritu, que le guiaba y dirigía.

2. De la perfecta contemplación y unión con Dios que se reconoció en esta sierva de Dios, por los efectos que notaron y calificaron sus confesores, con la debida y prudencial advertencia

[116] Admirable es la providencia del Altísimo en guiar almas al cielo y cortísima es la prudencia humana para disponerlas y encaminarlas. Dios, por la naturaleza que nos dio a imagen y semejanza suya, con título de poder ser hijos suyos por gracia, nos ofrece el don de la oración y contemplación, así como todos los demás dones de su santo espíritu, sin excluir a ninguno que quisiere y se dispusiere bien para recibirlos, a la manera que a ninguno excluye ni niega el espíritu de su gracia; porque como nos lo tiene prometido

por su profeta, concederá a todos los vivientes, si por ellos no queda, espíritu con que le sean agradables y acierten a pedirle lo que nos conviene; pues como sol soberano de justicia, desea comunicarse y derramar sobre ellos con abundancia, los dones y gracias de su inmensa bondad e infinita misericordia. Es verdad, y como tal nos la enseñan los maestros de vida mística, que hay un espíritu de oración especialísima y tan alta, que pocos de los cristianos la alcanzan; porque no cae debajo del magisterio humano y ser su enseñanza, sobre todo, arte, y exceder a todas las humanas industrias y sus inteligencias, supuesto que los mismos padres de espíritu confiesan que no pueden enseñarla ni declarar lo que es, ni de la manera que se comunica e infunde en las almas, ni declarar lo que es ni de la manera que es, y que no está en manos de los hombres el adquirirla, por ser gracia muy graciosa que hace Dios a quien quiere y cuando quiere, y por medios y modos tan extraordinarios y tan superiores a todos los entendimientos creados, que los mismos que reciben singularísimo don de contemplación no saben ni pueden explicar el favor, ni el modo con que le experimentan en lo interior de sus corazones y en el fondo de sus regaladas almas. Este don explicaba Catarina, diciendo siempre, que como bestia, que era incapaz, no acertaba ni podía explicarlo; si bien, añadía muchas veces palabras con que suelen los doctores experimentados insinuar sus más profundas inteligencias. Decía y respondía a sus confesores: “Yo no sé lo que me sucede. Pero advierto que de aquella presencia continua del Señor, que ya tengo explicada en otras ocasiones, me viene una soberana luz que se apodera de mí, de suerte que bañada y penetrada mi alma de este extraordinario don, ve o se le representa sin forma, imagen, ni figura, el divino ser con sus atributos, perfecciones, misterios y verdades de nuestra santa fe y otras cosas divinas reveladas al alma, con un modo tan realzado y extraordinario, que conturba a toda la naturaleza e inmuta con suavidad y gozo a todas las superiores potencias del espíritu. Porque ella manifiesta al entendimiento lo que no pudiera por sí alcanzar ni entender, e inflama a la voluntad con especialidad y exceso de gozo tales, que no duda reconocerse regalada y favorecida de su creador y amado redentor, que comunica a estas almas con particularidad escogidas para sí, una bienaventuranza en esta vida muy parecida a la eterna, por lo que de ella participa.”

[117] Parece que alumbraba a esta sierva de Dios el espíritu que ilustró a san Agustín, [Apostilla: *Ex. D. Th.* 1, 2 casi al 5, art. 3] en cuyo sentir, así como la eterna y muy cumplida posesión de la gloria inenarrable consiste en la contemplación o vista clara de la divinidad, con el amor encendidísimo

de su infinita bondad y con el gozo y posesión de sus inestimables riquezas; con las mismas esperanzas infalibles, promete y comunica a algunas almas de sus creaturas en esta vida, algo de los inefables bienes que tiene el archivo de su omnipotencia escondidos el Altísimo para la eterna felicidad de sus bienaventurados, por medio de una contemplación gozosa del mismo Dios, fundada en una fe oscura pero muy cierta, y en la posesión del sumo bien en que están todos los bienes juntos, poseído no al descubierto, con la clara vista del inmenso ser, como en el cielo, sino con la luz de la contemplación tan encendida y luminosa que llena y rellena a los contemplativos de un inexplicable gozo y hartura, a que aspiraba el santo rey David, cuando dijo hablando con Dios: “Yo me presentaré delante de ti y me pondré en tu presencia con justicia y santidad, para quedar harto cuando se me descubriere tu hermosura y gloria” [Apostilla: Salmos 16]. Como si dijera: “¡Oh, hermosura inmensa que desean mirar los ángeles! Pues aunque siempre te ven con claridad, no se cansan de verte ni sienten fastidio en amarte. Yo también con ansias deseo verte con la contemplación, y con tal fervor de espíritu, que no me canse de buscarte para verte, ni de verte para amarte”. A esta alteza de contemplación califican los místicos de bienaventuranza en la tierra, por lo que tiene de participación y semejanza con la eterna, que como tengo insinuado consiste en la vista clara y contemplación del divino e infinito ser; y es propia de los bienaventurados espíritus que habitan en la celestial Jerusalén, donde absortos y embebecidos viendo y amando a Dios para siempre jamás, con una simple y clara vista de la suprema majestad y gozando de su presencia y de su gloria, con una como nueva admiración amorosa, gozosa y tan permanente, que no puede acabarse ni interrumpirse la posesión de aquella inefable y eterna felicidad. A este modo pues (hablando con la debida proporción), subía Dios muchas veces a la sierva de Dios en esta vida, a una tan alta contemplación, que ordinariamente tenía en su entendimiento presente al Señor con una simple vista que le causaba un copioso y abundante gozo, que rebosando y no hallando capacidad en el estrecho vaso de su corazón, se hallaba embriagada del divino amor por cuya beneficencia experimentaba innumerables y admirables efectos; por los cuales podemos conocer la grandeza de este gracioso don de la contemplación y calificar a esta alma de contemplativa por la gracia de Dios, que con su soberana sapiencia le da a quien quiere y como quiere; pues no se puede enseñar, aprender, adquirir, ni poner en arte. Pero la prueba de esta verdad depende de la leyenda de toda la vida de esta sierva de Dios, donde hallarán los experimentados contemplativos los grados de perfección que

se pueden hallar escritos. Este don sobrenatural, con especialidad concedido a esta alma y otras, es al modo de *gracia gratis data*,¹ y le concede la Omnipotencia a quien quiere y cuando quiere, para descubrir en parte a los vivientes los tesoros de su inestimable caridad, amor y bondad, y asomos de los soberanos regalos que tiene guardados para sus predestinados y escogidos; mostrándose con ellos en la tierra mientras viven esta mortal vida, afable, benigno y poderoso. Porque como amante del mundo muestra en todo tiempo tener sus regocijos y delicias en estar y conversar con los hijos de los hombres. Y mucho más después que se humanó e hizo uno de ellos, derramando con abundancia el espíritu de su gracia sobre sus predestinados, para hacerlos muy amigos suyos y tratar con ellos con una familiaridad y benignidad prodigiosa, de que se admiran los ángeles de su gloria.

[118] Este don suele el Señor concederlo en correspondencia de servicios que le hacen sus creaturas, procurando reconocerle con fe, por su dios y señor, en todas sus obras. Como lo vemos en el espejo de la experiencia de personas muy ejercitadas y afligidas con varios y extraordinarios géneros de trabajos y tribulaciones, cuyo grande sufrimiento, para alentar su paciencia, ha premiado el Altísimo en esta vida con avenidas repetidas de sus soberanas luces y misericordias. Está apoyada esta verdad en las sagradas letras del nuevo y viejo testamento y en las historias y vidas de los santos, con muchos y amontonados casos, que por comunes y obvios omito; así como los especiales favores y altísimos grados del espíritu de oración que ha comunicado el Señor a los religiosos y personas, que totalmente y de corazón han dejado cuanto tenían y podían tener en el mundo, por dedicarse al trato familiar e interior con su creador. Pues como dice Casiano [Apostilla: Casiano]: “La divina contemplación y oración quieta que nos une con Dios, es el fin de los ejercicios religiosos”. Y cuando no experimentamos este don y celestial beneficio, debemos creer que nuestros defectos y descuidos son ordinariamente la causa; porque el Señor no es escaso en dar sus dones ni niega a cada uno la gracia de su vocación, para que pueda conseguir y llegar al fin de ella, que es la familiar y regalada comunicación con los que llamó para el estado y modo de vida en que se dedican sus creaturas, con buenos y santos deseos y con cristianas y fervorosas disposiciones a procurarlo. Pero con especialidad nos consta, que ha comunicado Dios este don de

1 “Gracia libremente dada.” La gracia es un don otorgado por Dios, permanente o temporal, que se concede a un alma para beneficio de los demás. Por ejemplo, el don de curar o el de obrar milagros. No depende de la estatura moral ni del calibre religioso de la persona.

contemplación excesivo y sobre todas las humanas fuerzas y merecimientos, a tres suertes de personas. A los que escogió en su eternidad para grandes de primera clase en su reino y, consiguientemente, para muy altos grados de perfección y santidad en el mundo, o para ser guías y maestros de otros en la militante Iglesia. Así vemos que en la ley antigua se lo comunicó a Moisés, David y a otros insignes profetas; y en la ley de gracia, a los apóstoles y fundadores de las religiones y a otros grandes santos a quienes ha hecho de su imperiosa y real cámara, dándoles la llave maestra del más superior espíritu de oración, para entrar con frecuencia a tratar con la inmensa majestad de misterios muy secretos e importantes que no se manifiestan sino a los muy amigos y a los que llamamos de la llave dorada;² los cuales, aun en el gobierno humano y político bien ordenado, suelen ser muy pocos y muy selectos. Y que de estos en el consistorio divino haya sido esta sierva de Dios, no lo dudo ni lo dudará el que habiendo leído y ponderado el discurso de su vida, penetrare sus entradas, medios y salidas. Pero no obstante esta seguridad que me prometen los escritos antecedentes, quiero añadir algo más que pueda servir de remembranza de las virtudes, prodigios y extraordinarios favores que recibió la sierva de Dios; los cuales, se deben atribuir todos al Señor y a su bondad y misericordia infinita, para bien del universo, con la cooperación de una de sus creaturas escogidas.

3. De varios efectos, al parecer encontrados, de su contemplación

[119] Era su oración y contemplación tan continua que, como tengo dicho y probado, no la interrumpía el sueño, porque en él pensaba, amaba y se unía altísimamente con Dios. Y siendo así que la naturaleza estaba impedida con el sueño, su dichosa alma se reconocía regalada con la divina presencia y con los suaves manjares, flores olorosas y deleitosas, músicas celestes que le daba con liberalidad el soberano esposo, su único amado. En estos sueños recibía noticias de arcanos misterios, de cosas futuras y presentes que sucedían en estos reinos y en lugares y ciudades muy distantes, pertenecientes a nuestra monarquía y a otras opuestas a nuestra santa fe, que sucedían según la observación puntual de sus confesores, que reconociendo en sus sueños y abstracciones mucho de extraordinario, que podía servir para dirección a la prudencia humana y no poco para rastrear los incomprensibles misterios

² La llave dorada simboliza el acceso a conocimientos superiores, vedados al hombre común.

de la divina providencia. Esta admirable conversación entre Dios y esta alma sencilla e inocente, se admiraba en sus sueños. Y mucho más cuando despierta, porque la parte superior del alma subía muchas veces a tal altura de contemplación, que ardía y se abrasaba en el amor de Dios, a quien gozaba y alababa sin que la inquietasen ni pudiesen inquietar por entonces, distracciones, tentaciones, imaginaciones, ni aun las ocupaciones de los sentidos interiores y exteriores; porque en este paso se hallaban las potencias superiores del alma en tan alta cumbre, que no podían llegar allá las tempestades y torbellinos del viento de las pasiones y malas inclinaciones de la naturaleza. Y así solía decir esta sierva del Señor: “Aunque veo, oigo, hablo, duermo y padece el cuerpo, me hallo unida con un sumo bien, que me regala, favorece y comunica sus más ocultos secretos, que yo no puedo explicar. Y por esto me sirven de pena y martirio estos mis embobamientos”. Estos llamamos y son éxtasis y arrobamientos prodigiosos en que se une y abraza el alma con Dios; tan estrechamente, que ya no quiere ni siente sino lo que su Majestad gusta y quiere. Experimentaba en sí esta escogida alma, por participación, las perfecciones del ser divino que la poseía y santificaba, de manera que no deseaba ni pensaba otra cosa que el ejecutar la voluntad de Dios. Y para esto se hallaba con fuerzas y experimentaba magnanimidad y el don de fortaleza, sin que la retardasen dificultades y contradicciones; sin que la atemorizasen trabajos ni la distrajesen conveniencias, por estar satisfecha con la posesión del mismo Dios. De aquí le nacía el despreciar todos los bienes de la tierra y aun olvidarse de los otros dones del Altísimo, por gozar del que con eminencia los contiene todos. Aseguraba esta esclarecida virgen que cuando llegó a esta unión [que ella llamaba embobamiento de sus sentidos], no advertía ni reparaba, ni aun en los ángeles y santos que la asistían visibles; porque toda el alma se embecía en el sumo bien, que deseaba más y más cuanto con mayor liberalidad se le comunicaba.

[120] En otras ocasiones de una unión penosa y terrible, que tengo ya explicada con las palabras de la sierva de Dios, pasaba su dichosa alma a otra más dulce, hallándose en los brazos de su querido y divino esposo; donde sentía y reconocía que la mano izquierda del Señor le servía a su cabeza de acerico. Y percibiendo las regaladas voces de su amado con que le regalaba amoroso, como a la otra esposa santa, tratándola de amada, querida y paloma sin hiel ni mancha alguna; veía que con la mano derecha la abrazaba, confortaba y defendía, ocupando el Señor sus dos brazos en favorecerla; porque con la mano izquierda sustentaba la cabeza de su querida virgen y con la derecha la ceñía y abrazaba, experimentando a un

mismo tiempo los dos brazos del divino poder en su utilidad y provecho. Con su mano izquierda la beneficiaba comunicándole paz, descanso y consuelo; la diestra se ocupaba en fortalecerla para nuevas batallas y premiarla con bienes eternos. El brazo derecho del Altísimo era el que daba a toda el alma el lleno, que es la plenitud de los días y la eternidad de la gloria; y por eso, en estas ansias y congojas, la abrazaba, ceñía, alentaba y disponía para buscar y merecer mayores bienes o mayor posesión del bien que ya poseía y gozaba.

[121] En esta variedad de uniones o grados de esta misma unión, solía manifestarse ésta más o menos fuerte, según el calor y eficacia del fuego que le comunicaba el divino amor, que explicaré con algunos casos particulares, en parte homogéneos a los ya escritos en su vida. En los últimos días del mes de febrero de mil setecientos y ochenta años, pidiendo y clamando por tres ánimas que se le aparecieron afligidas en terribles penas, reconoció que se le resistía el Señor; pero juntamente le fue comunicando tales excesos de amor y caridad, que la obligaron a empeñarse tanto en pedir y clamar, que con los crecimientos de su fe, aumentos de su esperanza y excesos de su caridad ardiente, mereció que el divino y humanado Verbo se le hiciese visible, en forma y figura de su admirable resurrección. Y unido estrecha y fuertemente con el alma de su querida esposa, le decía cariñoso y sin muestras de enojo y rigor, sino como quien estaba aprisionado de las oraciones y merecimientos de su amada, que lo dejase. A que respondía la esclarecida virgen y enamorada perfectamente de Dios: “No te he de dejar ni te has de apartar de mis brazos, hasta que me concedas todo lo que te he pedido y me echés tu bendición, para mí y para todas tus creaturas, porque se logren todas las beneficencias de tu redención”. En estas instancias del amor y caridad de su escogida y amada creatura, probaba el Señor su espíritu, haciendo del que no. Y ella, enamorada y abrasada en el incendio de caridad que hervía en su pecho, replicaba e instaba pidiendo para sí las penas de todo el mundo que merecían los pecados del universo, y que hasta conseguir este beneficio no le había de dejar ni permitir se apartarse de sus brazos. En esta espiritual batalla, para mayor confirmación del excesivo amor de su querida esposa, le decía el Señor, como quien la amenazaba: “Pues si no me dejas, me iré a las borrascas del mar, me iré al purgatorio, me iré y pondré entre las penas del infierno”. Respondía Catarina: “Allá, entre estos horrores, iré yo contigo, Señor, muy contenta; porque no me ha de apartar de ti el mar alterado, ni la muerte ni el infierno”. Entre estos fervorosos afectos se le desapareció el divino esposo. Y quedando en su fuerza la unión, se

halló rodeada y llena de tormentos, penas y agonías de muerte. Y después de mucho padecer, le sobrevino el hallarse regalada con las fragancias y aromas del Oriente, como que la convidaban a ir a gozarlas. A que respondió, dándose por entendida la sierva de Dios: “Si está allá mi único amado, allá iré. Pero si no le he de hallar, no quiero flores, aromas, ni fragancias”. Entre estos afectos que le comunicaba el divino amor, oyó y percibió su feliz alma unos suavísimos clarines que la deleitaron y causaron excesivos gozos. Y se le dejó ver el Señor como de lejos en el Oriente, teniendo asido el corazón de Catarina como con un cordel, con que le llamaba y tiraba hacia sí; pero con tal dulzura y gozo, que decía ella: “No pudiera sufrirlo la naturaleza, a no ser ayudada con especialidad de la gracia y divino poder”. Esta unión se fue continuando por algunos días, andando la sierva de Dios como absorta y extática, y con sentimiento ansioso de ir algún día al Oriente en vida o en muerte, donde la llamaba y tiraba como arrastrada su divino esposo.

[122] De esta unión tan estrecha con el Señor, resultaba otra con que se unía el alma de esta esclarecida virgen con las creaturas, de donde le nacía aquella sed insaciable de que todas se salvaran y ninguna se condenase. Estos fervores y ardientes deseos la obligaban a andar toda su vida pidiendo y clamando por la salvación del mundo. Y gustaba Dios tanto de estos sus encendidos clamores, que para empeñarla más solía hacer del que no quería, diciéndole: “¿Qué es lo que pides? ¿Qué es lo que quieres? ¿No ves, Catarina, cómo me tratan los hijos de los hombres? ¿No te he dado muestras de cuánto me ofenden?” A todas estas voces respondía la sierva de Dios: “Ya, Señor, reconozco que estás justamente enojado, pues nuestras culpas te tienen gravemente ofendido. Pero acordaos, Señor, que nos hicisteis de barro. Somos quebradizos y frágiles como el vidrio; somos miserables y por esos pecamos. Caemos, porque somos flacos. Os ofendemos, porque somos frágiles. Y no obstante este conocimiento, reconocemos que sois benigno y misericordioso; que por las creaturas derramasteis vuestra sangre. Ésta no se ha de perder. Se ha de lograr y ella nos ha de favorecer y salvar”. Replicaba el Señor que quién había de pagar y satisfacer a su divina justicia. Y respondía Catarina: “Ya, Señor, pagasteis por todos; buen fiador tenemos en vuestras llagas, pasión y muerte. Y si pide vuestra recta justicia cooperación de las creaturas, yo me ofrezco a pagar por todas, como vuestro divino poder me dé fuerzas y gracia para sufrir y padecer, para que no padezca el mundo en esta vida ni en la otra. Y así, redentor mío, no hay que ponerme argumentos a que yo, bozal, no puedo responder. No hay que tratar de satisfacciones, cuando tú solo humanado te puedes satisfacer. Tú

experimentaste los rigores de la justicia del eterno padre; nosotros pedimos misericordia por el infinito valor de tu preciosa sangre”. En otras ocasiones, le redargüía como quejosa con razones, diciendo a su divino amante que para qué le había mostrado las necesidades el mundo; que para qué le enviaba tanto qué padecer; que para qué le mandaba que pidiese por sus creaturas, si no las había de favorecer, si no las había de perdonar y salvar. Otras veces, se valía de la intercesión de los santos, de los merecimientos de los justos, y siempre invocaba a la santísima Virgen, por cuyo respeto conseguía todo cuanto pedía, y crecía en ella la devoción, confianza y cariño a esta soberana reina.

4. De otros varios casos particulares en que se declara y confirma la doctrina de los párrafos antecedentes

[123] Ya tengo dicho y aun repetido que en muchas ocasiones le representaba el Señor el estado del mundo en común, y en particular los pecados de algunos. Y solían ser estos los pecadores públicos y notorios, para que pidiese y padeciese por ellos y se templase con sus lágrimas y ruegos la divina justicia, provocada e irritada con las ofensas que experimentaba Dios en los hijos de los hombres. Y para consolarla y animarla a más padecer y clamar, le manifestaba también los efectos de sus clamores; ya con símbolos, ya con claras y misteriosas visiones de los pecadores en común y en particular. En común, como la que tuvo el año de mil seiscientos setenta y cuatro, un día de cuaresma, en los colegios de la Compañía de Jesús, en cuyas iglesias asistía la sierva de Dios, de unos montones de basura asquerosa tan grandes, que sobrepujando a las paredes, se iba entrando aun por los aposentos de los padres. Admirándose Catarina de ver tanta inmundicia junta, preguntó la significación a su divino esposo. Y le respondió que era símbolo de los muchos pecadores que juntaban con sus sermones los predicadores, para echarla después fuera de la ciudad. No obstante esta respuesta, volvió a repetir la misma pregunta Catarina. Y entendió que en la basura se significaban los pecados del mundo, que en dicha cuaresma se habían de perdonar y desterrar de los corazones de los hombres por medio del sacramento de la penitencia. Pongamos aquí otra visión de un sujeto en particular. Vio la sierva de Dios a un personaje dentro del costado de Cristo, a manera de un monstruo que mudaba varias formas horrorosas. La que más horrorizaba a la sierva de Dios era la de una víbora irritada y venenosa; porque como decía Catarina, era de aquella especie de serpientes que había en el Mogor,

que comunican su mortal veneno traspasando de parte a parte como saeta los cuerpos humanos. Reconociendo el Señor a su sierva con horror y repugnancia, le convidó por tres veces que la comiese y le manifestó que era símbolo de un personaje por quien ella pedía en aquellos días para que se le alargase la vida. Pero la caritativa virgen no se halló con fuerzas para comer tan asqueroso manjar; porque el mismo Señor que la convidaba, parece que le aumentaba las repugnancias y aminoraba lo auxilios de su gracia para las fuerzas. Y así murió cuando menos se esperaba el ya insinuado personaje. Con la noticia de esta muerte se volvió a poner Catarina en la presencia de Dios como quejosa, y le dijo: “¿Cómo, Señor, no me concediste lo que tanto te he pedido y por lo que tanto he padecido?” Y le respondió: “Porque tú no quisiste comer la víbora que abrigaba yo en mi costado. Si tú la hubieras comido, hubiera ella tenido otra muerte”. En otra ocasión, añadió la sierva de Dios a su confesor: “Que en este género de batalla espiritual se le había dado a entender que la dicha persona por quien rogaba, no había hecho en toda su vida obra perfectamente buena en los ojos de Dios, y que juzgaba no había querido el Señor darle más larga vida por sus altos y secretos juicios; pues cuando quería conceder con sus ruegos, no sólo le daba fuerzas, sino que la obligaba a comer semejantes ascos, por más asquerosos que fuesen. Pero que tenía mucha confianza en la misericordia del Altísimo, de que se salvaría este personaje por habersele representado dentro del costado de Cristo, por haberle dicho el Señor que pidiese por él y convidándola a que comiese su símbolo o figura”. Y aunque no pudo tragarla ni aun gastarla, tampoco sabemos que comiese el apóstol San Pedro las sabandijas asquerosas que se le representaron en el lienzo de que se hace mención en los hechos apostólicos [Apostilla: Hechos 10]. No obstante esto, fue esta visión una representación de la salvación y futuras conversiones de los fieles.

[124] También se le representaban en varios símbolos y formas los justos vivos y muertos; porque todas aquellas personas que se le recomendaban en sus oraciones, por sí o por medio de sus confesores, se le ponían delante de los ojos al rogar por todos los necesitados del mundo, apiñados y como atropellándose por acercarse cada uno a la sierva de Dios, con especialidad en las horas de su oración retirada y en el tiempo de la letanía que rezaba cada día en su pobre albergue delante de las imágenes de su devoción. Algunas de estas almas que deseaban servir a Dios de veras y caminar por el camino de la perfección, se le solían representar en forma de varias aves, para significar que aún estaban sujetas a las potestades aéreas, y las ocupaciones o ejercicios con que habían subido o habían de subir a la mayor o menor

altura de la perfección. Los predicadores se le dejaban ver en forma de varios pájaros cantores, como de gorriones, jilgueros, cenizotes, etcétera; según y conforme a los talentos, eficacia y dulzura en su predicación. Los padres y maestros de espíritu y misioneros apostólicos, ordinariamente se le representaban en forma de gallinas de Castilla o de la tierra, con muchos o pocos polluelos que criaban a costa de su sudor y trabajo, que reconocía Catarina en la flaqueza y en lo desplumado con que se le representaban sus amorosas madres. Otras almas venían a su vista en forma de patos o ánseres de color blanco o negro, en que se significaba la necesidad de sus espíritus y lo poco o mucho que se levantaban o habían de levantar de la tierra; quiero decir, los pocos pasos que habían dado en la perfección. Y éstos solían crecer en la blancura y en lo corpulento hasta parecer garzas que se remontaban, pasando de negros o cenicientos a blancos. Y esta misma blancura se iba poco a poco realzando con el matiz de otros vivos y hermosos colores, en que parece se significaba la variedad de virtudes que se iban plantando y arraigando sobre la pureza del alma. Otras aves de éstas se transformaban en palomas o águilas, en que se significaban los vuelos con que se remontaban en el camino de la perfección. A todas estas almas ayudaba la sierva de Dios con sus oraciones, mortificaciones y penitencias. Pudiera apoyar esta verdad con muchos casos particulares y raros; los omito por parecerme suficientes los ya escritos en la historia y por estar bastante apoyado este mi sentir, en la carta proemial de la segunda parte y en la autoridad de los demás confesores que tuvo.

CAPÍTULO 2

DE ALGUNAS DE LAS MUCHAS VISIONES QUE TUVO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS; DE SUS PROFECÍAS, Y CON ESPECIALIDAD, LAS PERTENECIENTES A SU DICHOSA MUERTE Y SOLEMNIDAD DE SU ENTIERRO

1. Varias visiones en general y en particular del gobierno de la Compañía de Jesús

[125] Como hija espiritual, desde el tiempo de su bautismo de esta sagrada religión, eran los de la Compañía uno de los más frecuentes objetos de sus oraciones; y la eterna sabiduría, correspondiendo al agradecimiento y

caridad ardiente de su sierva, le daba con especial liberalidad luces repetidas para ver y saber los sucesos presentes y futuros que pertenecían a esta religión y sus religiosos. Para su consuelo, la gloria que tenía prevenida en el cielo a los de su Compañía y los trabajos y merecimientos con que habían de alcanzar la eterna corona. Los difuntos la venían a visitar, tratándola unos de “hija” y otros de “hermana”, pidiéndole los encomendase a Dios y que les ayudase con sus continuos clamores. Eran tan frecuentes y numerosas estas visitas, que algunos de los confesores de Catarina se persuadieron a que todos los que morían en las cuatro partes del universo, venían a reconocer el poder que tenía para con Dios esta su sierva. Le mostraba el Señor todas las desgracias futuras, para impedir las o templarlas por los ruegos de esta su querida esposa. Pocos fueron los buenos sucesos que ella no dijese antes y diese gracias al Altísimo por ellos, como interesada en las felicidades de esta sagrada religión. Como repetía muchas veces Catarina: “A quien debía la crianza y sustento de cuerpo y alma, desde que recibió el agua del santo bautismo hasta que llegó la hora de su dichosa muerte.”

[126] Se hallaba ordinariamente a las consultas que se hacían, en orden a informar a Roma para los gobiernos y rectorados. Y en las mismas juntas romanas solía hallarse su alado espíritu, oyendo y entendiendo cuanto en ellas se hablaba, aunque fuese en la lengua latina, para ella muy extraña. En una ocasión dijo a su confesor: “He estado todos estos días en las juntas que hacéis para el acierto de vuestros gobiernos. Y aunque esto me ha acontecido muchas veces, ahora veo una particularidad, porque miro a los padres fulano y fulano”. Y habiendo nombrado a todos los consultores, añadió: “Estos padres hablan bien; pero los que suben y bajan a la junta para ser propuestos, veo que salen muy enlodados. Yo no lo entiendo, quizás lo entenderá vuesté”. Casi siempre veía que asistía el Señor a estas juntas y consultas, acompañado de ángeles que servían los platos a los que se sentaban en la mesa del conclave. Y entre estos espíritus celestes, le parecía a Catarina que andaba ella sirviendo y poniendo en la mesa algunos de los platos. Con este símbolo de platos de varios manjares, se le solían significar y dar a entender los gobiernos y rectorados, y los rectores y provinciales. Se le representaban unos entre resplandores; otros sobre montes; otros en forma de árboles grandes o pequeños, según la grandeza o corteza del oficio; sino es que lo queramos aplicar a la mayor o menor altura de méritos y perfección de los sujetos propuestos y promovidos, suponiendo, como se debe suponer, por lo que se ve y experimenta, que en la Compañía, teniendo el nombre de mínima, no hay oficios que merezcan el nombre de

montes ni de árboles, sino de matorrales espinosos. En otras ocasiones, no se le representaban en particular los gobiernos sino todos juntos. Y fue o parece singular la visión que tuvo el año de 1674, en la ciudad de Puebla, el mismo día que se había de abrir en México el pliego de gobierno. Vio muchos padres alrededor de una gran fuente o caldera de arroz y le preguntó uno de los que asistían que cómo se había de comer aquel sabroso manjar. Respondió Catarina que con unas rebanadas de pan. Y sucedió así, porque como duran poco las cucharas de pan y se suceden unas a otras, de la misma manera se sucedieron unos a otros los gobernadores; pues por muerte de los que tuvieron patentes de Roma, les sucedieron otros rectores, casi en todos los colegios; y aun en el provincialato se sucedieron tres provinciales en aquel trienio.

2. Visiones de algunos de los colegios de la Compañía y sus súbditos

[127] Encomendando a Dios muchas veces el colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús en Puebla de los Ángeles, le aseguró el Señor otras tantas veces su felicidad y estabilidad futura hasta el fin del mundo, si se continuasen los ministerios de la Iglesia y las limosnas de las porterías. En el colegio seminario de colegiales de San Jerónimo, que está a cargo de la Compañía de Jesús, fueron rectores muchos de sus confesores, y por esta dependencia tuvo la sierva de Dios algunas visiones, profetizando las enfermedades, salidas y entradas de los colegiales, reconociendo y tocando con las manos [como dicen] la eficacia de las oraciones a intercesión de Catarina. Omíto muchas porque aún viven algunos que pueden certificarlas para honra y gloria de Dios en esta su sierva. Anduvo por espacio de algunos días en este colegio y seminario, un fantasma nocturno y ruidoso que espantaba y asombraba a los colegiales y aun al mismo rector, quien se inclinaba a que sería alguna de las ánimas del purgatorio. Con esta aprehensión acudió a Catarina. Y refiriéndole los estruendos ruidosos que había en su colegio, le respondió: “No, no es anima; cosa mala es. Conjúrense y bendíganse las salas donde anda el maldito y cesará el ruido”. Se hizo así lo que dijo la sierva de Dios y con el efecto se confirmó su verdad. En este mismo colegio estaban tres o aun cuatro colegiales que lo eran de mucho útil al padre rector, que reconociendo su conveniencia, temió el perderla, por haber enfermado de muerte el alguacil mayor de aquella ciudad, que les sustentaba. Estando, pues, éste desahuciado y sin esperanzas de vida, se fue el padre rector a Catarina y encargándole con toda eficacia la salud del

enfermo, le respondió la sierva de Dios: “Disponga vuestra reverencia que se le den al enfermo unos baños de agua tibia y vivirá algunos años, en que hará muchas obras del servicio de Dios”. Agenció el padre rector interesado, se le aplicase el remedio que le dijo Catarina al enfermo, y con él sanó y vivió el tiempo que había dicho Catarina, en el cual techó la iglesia de San Sebastián, fabricó y dotó el magnífico monumento en el templo del glorioso patriarca santo Domingo e hizo otras obras insignes, propias de su grande piedad y liberal magnificencia. Sólo para el dicho padre rector no fue en lo temporal provechosa esta salud, porque lo mismo fue sanar que sacar del colegio todos los cuatros colegiales.

[128] El padre Antonio de Langarica de la Compañía de Jesús, tenía un mozo que le asistía con amor y cuidado en la sacristía. Éste cayó gravemente enfermo con accidentes de un mortal tabardillo. Acudió el dicho padre al remedio eficaz de las oraciones de la sierva de Dios y ella le respondió: “No se aflija vuestra reverencia, porque mañana se declarará la enfermedad, asomándose en lo exterior las viruelas, de que sanará y le servirá muchos años en la sacristía”. Sucedió todo como Catarina lo dijo. El padre, pues vive, podrá confirmarlo. A este mismo padre le dijo en una ocasión: “Mire vuestra reverencia que el maldito anda envenenado y rabioso por haberse fundado la congregación de pardos y negros en una de las capillas de la iglesia. Y ha sentido tanto esta buena obra, que anda el infernal espíritu incitando y provocando a ciertos ladrones, para que, quemando la puerta del costado, roben las alhajas y preseas del templo. Y así, que anduviese con cuidado y que no tuviese pena.” Pasaron meses y aun años, y sucedió que una noche los ladrones horadaron la dicha puerta con el instrumento del fuego. Y avisando un perrillo con sus ladridos a los sacristanes, se apagó el fuego e impidió el robo. A este padre le dijo muchas veces las enfermedades futuras y cómo había de sanar de ellas. Otro padre predicador se halló en la entrada de la cuaresma con tales y tantos achaques, que le pareció imposible satisfacer a su oficio y obligación. Se recomendó en las oraciones de la sierva de Dios y esta esclarecida virgen le aseguró: “Que tendría salud y que predicaría sus sermones, sin embarazo de los achaques que le afligían”; como lo experimentó el enfermo con agradecimiento y reconocimiento de este singular beneficio del cielo.

3. De algunas de sus profecías acerca del tiempo de su dichosa muerte y lugar de su sepulcro

[129] Con los temores que vivía (y de que tengo hecha mención en varias partes de esta historia), andaba continuamente pidiendo a Dios una buena hora en qué salvarse la sierva de Dios. Y el Señor consolaba repetidas veces a su querida esposa con palabras y muy amenas visiones que templaban los sustos y apreturas de su corazón, y que a nosotros nos pueden servir de enseñanza para alentar nuestra fe, esperanza y caridad. Le traían a la memoria todos los beneficios que había recibido desde que nació y salió a la luz del mundo, por sí o por medio de su santísima madre, de sus santos y celestes espíritus. Pero en pasando esta soberana luz, se volvía la sierva del Señor a hallar en la obscura profundidad del conocimiento propio, donde se renovaban las heridas penetrantes de sus temores, que la lastimaban y obligaban a clamar al cielo misericordia. Y en esta sucesión de turbaciones y tribulaciones, mereció y consiguió con sus clamores las singulares noticias que le franqueó la Omnipotencia acerca de su muerte, de su entierro, de su sepulcro, y de la gloria que le tenía guardada en su eterno e indeficiente reino. Ya tengo apuntadas en la dedicatoria de la primera parte de esta historia algunas tan ciertas como misteriosas; y en el sermón que se predicó en sus honras andan ilustradas otras no menos prodigiosas. Las unas y las otras podré omitir en estos capítulos, poniendo parte del sermón fúnebre y panegírico en este libro, contentándome con insinuar muchas de estas luces por modo de apuntamientos, para que los glosen los sabios y devotos de esta sierva de Dios.

[130] A principios del año de 1678, dijo al confesor (a quien repetidas veces había asegurado que era el que Dios tenía determinado la asistiese en la hora de su muerte) que diez años le quedaban de vida. Y fue esta noticia explicación y confirmación de lo que dice mi provincial actual, el padre Ambrosio Odón, en la carta proemial que está al principio de la segunda parte de esta historia, que con el símbolo de diez hojas en blanco explicó la sierva del Señor en visión profética estos diez años de vida que le faltaban. En otras ocasiones refirió esta misma profecía, diciendo: “Que se la daba la santísima Virgen en su imagen de la Soledad, que está en una de las capillas de la catedral con veneración de milagrosa”. El día o noche de la Visitación, año de 1679, se halló en espíritu como en una sala o aposento adornado de muchas ramas, flores y rosas, símbolo de su pobre albergue que ya en algunas partes de esta historia he explicado. Vio también que unos personajes,

que no conoció, tenían en sus manos a una hermosísima niña y que se la entregaban festivos y alegres al último y profetizado confesor de Catarina; el cual, recibéndola en sus brazos envuelta en una punta o extremidad de su vestidura, se la ofreció a la santísima Virgen, que la recibió con agrado en sus purísimas y soberanas manos. En esta ocasión le dieron a la sierva del Señor conocimiento de que ella era la bellísima creatura que se le representaba, y arrebatada de esta luz, prorrumpió hablando con la reina y emperatriz de los cielos en estas palabras: “Señora, no te manches. Mira que no soy digna de estar a tus plantas y mucho menos en tus soberanas manos”. Entonces la santísima Virgen, que se le representó en forma de la imagen de santa María la Mayor, que vulgarmente llaman del Pópulo³ y es la patrona de la muy ilustre y devota congregación que está fundada en nuestro colegio del Espíritu Santo de la noble e imperial ciudad de Puebla de los Ángeles; entonces digo, esta princesa del empíreo puso entre los brazos de su único y amado hijo a esta dichosísima creatura. Y su Majestad, obligado de los ruegos de su santísima madre, empezó a agasajar y acariciar a Catarina; si bien ésta, llena y ahogada del respeto y debida veneración a su divino esposo, no se atrevía a corresponder a tan excesivos favores. Después de esto, dijo: “Advertí que mi último confesor me daba y vestía una túnica que me había de servir de mortaja”.

[131] Toda esta visión la entendió el confesor por una representación de lo que había de suceder en la muerte de su penitente; pareciéndole que en los personajes que se la entregaban, se significaban los ángeles que la asistían en vida y que no le podían faltar en su dichosa y feliz muerte, para que en el modo humano y católico pasase de esta vida a la eternidad por medio o asistencia de un determinado ministro y vicario de Cristo, como lo es cualquiera de los demás sacerdotes. En el coger a esta felicísima creatura en su vestidura, le pareció se significaba la recomendación de esta alma por mano e intercesión de la madre de Dios, que fue en toda la dilatada vida de esta escogida hija la maestra, guía, patrona y madre. El gozar de los dulces y honestos abrazos del Señor parece significación de la unión externa con que había de unirse con Dios en el cielo. En esta ocasión, añadió a su confesor: “Que asistiría con él otro sacerdote llamado Joseph”. Y se verificó esto también en la muerte de la sierva de Dios, porque el bachiller Joseph

³ Virgen con niño muy venerada en el siglo xvii y extraviada un siglo después. La basílica de Santa María del Pópulo se encuentra en Roma.

del Castillo Graxeda, de quien se valían ordinariamente los confesores para que no le faltase a Catarina el alivio en lo temporal y espiritual necesario en sus gravísimas tribulaciones y enfermedades, se apareció en el aposentillo de la sierva del Señor pocas horas antes de morir por tener prevenido el dicho bachiller a una de las muchachas que servían a la enferma, para que le avisase cuando reconociese en los accidentes se acercaba ya la hora de la muerte de Catarina. Y con esta diligencia se verificó la previsión de esta esclarecida virgen y el bachiller Castillo ejerció su caridad con ella hasta el último trance de la vida; y a la verdad se lo debía, por los bienes temporales y espirituales que recibió del cielo por mano e intercesión de nuestra Catarina.

[132] En otras ocasiones, que arrastrada de los afectos de su humildad verdadera se quejó al Señor, diciéndole: “Que en su muerte no habría quién se acordase de ella”; la consoló la eterna sabiduría con otras muchas regaladas visiones y noticias que acreditan el don de profecía en su sierva. Varias veces le dijeron voces del cielo: “Que su sepulcro había de estar en el colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús, al lado derecho del altar mayor, detrás del de las reliquias, donde está fundada la noble congregación de la ciudad de Puebla de los Ángeles”; con las cuales palabras recibía especialísimo consuelo por el afecto que tenía a la dicha milagrosa imagen y por considerarse muerta donde había perseverado en vida debajo del patrocinio de esta soberana princesa. En el año de 1673 le mostraron una casa o capilla nueva y no acabada, y le dijeron los cortesanos del cielo: “Que en aquel lugar se había de depositar su cuerpo muerto, porque era el lugar de su entierro señalado del Creador”. Tuvo Catarina por sueño la significación de estas palabras; pero no obstante esta aprehensión, preguntó a su confesor: “Que si había alguna capilla en el presbiterio al lado derecho del altar mayor”. Le respondió: “Que había allí un aposentillo de bóveda, que desde que se fabricó la iglesia se estaba sin adorno, sin suelo y sin luz, y que era un hoyo lleno de polvo donde se enterraban los niños inocentes que solían aparecerse sobre las bancas y altares de la iglesia, ocultándose los que los traían y dejaban en la dicha iglesia”. Entonces le dijo Catarina a su confesor: “No haga caso de mis sueños vuestra reverencia. Pero yo estoy viendo en ese lóbrego aposentillo mi sepulcro y me dicen no sé quiénes, que es el lugar de mi entierro”. El confesor hizo poco caso de lo que le refería la sierva del Señor como sueño y fanática visión, pero cuando se verificó después de varias y muchas contradicciones que se depositase su virginal cuerpo difunto, como por contingencia, en el sepulcro de los ángeles y niños

inocentes, hizo misterio y aprecio del dicho de su penitenta. Y mucho más, cuando al tiempo de enterrarla, se reconoció que en la ya insinuada capilla se hallase un sepulcro en forma de pesebre a las espaldas del altar de la Congregación, sin memoria de quién ni para quién se había dispuesto al tiempo de la fábrica del templo, que tenía de subsistencia cuando murió la sierva de Dios como noventa o cien años en sus principios, donde no se había enterrado otro cuerpo. Por el nuevo descubrimiento de este anticuado sepulcro y por la compañía de los niños inocentes, se miraron estas circunstancias como misteriosas y se notaron con toda la advertencia debida y humana prudencia. Y no hay que admirar se apunten estas que pudieron ser contingencias, cuando san Jerónimo notó y observó que Josué había sido enterrado en un sepulcro nuevo de tierra virgen, donde no había sido enterrado otro cuerpo, y que esto se entendió ser premio de su pureza. Pues esto mismo se le representó a la sierva de Dios, que respondía el Señor a su afligido corazón con mostrarle un sepulcro adornado y lleno de flores y rosas de Castilla, que se le estaba prevenido para honra y gloria de su cuerpo difunto.

[133] En otra ocasión se vio ella en la dicha capilla o entierro con otros dos o tres sepulcros a su lado, y con inteligencia de que el uno era para sí. No le dieron conocimiento de los otros cuerpos que habían de acompañar el suyo. Pero ya está a su lado el de la prudente virgen doña Juana de Irazoqui, y espero se verificará en el todo esta visión profética de lo futuro, como ya se ha verificado en parte esta profecía; y otra, que fue el habersele hecho presente en espíritu otra mujer de buen rostro, y como llevándola a la dicha capilla, le enseñó dos sepulcros y le dijo. “Éste es para ti, Catarina, y para mí el otro. Aquí descansarán los huesos de nuestros cuerpos, que ahora viven tan trabajados”. No dudo fue esta visita espiritual de la dicha doña Juana, a quien en vida llamaba la sierva de Dios “su ángel”, diciéndole siempre que la encontraba: “Ángel mío, encomiéndame a Dios, que soy muy mala y que como pobre y despreciada china, no habrá quién se acuerde de mí”. A esto mismo parece que aluden todas las visiones y revelaciones que están puestas en la dedicatoria de la primera parte y libro de esta prodigiosa vida, dirigida al ilustrísimo pastor, en cuyo tiempo entendió y predijo había ella de morir. Y por este respecto y otros, le comunicó el cielo muy especiales noticias de sus elecciones; de sus superiores virtudes; de su venida a las Indias; del recibimiento amoroso que le habían de hacer sus rendidas ovejas; y de las benignas, copiosas y abundantes beneficencias que habían de experimentar por los canales de cuatro torrentes caudalosos de su santo celo, sapiencia provechosa, gobierno católico y beneficencia sin término.

En el tiempo, pues, de estas proféticas noticias, se halló un día la sierva de Dios a los pies de su querido pastor, humilde y resignada a su obediencia, como en forma de un árbol enlodado por el tronco, cuyas ramas y hojas se le representaban todas clavellinas, rosas, jazmines, y otras varias flores que iban cortando algunos personajes que asistían a esta visión, poniendo en su lugar otras mejores y más preciosas, como que las injerían⁴ en el insinuado tronco y sus ramas. En esta ocasión, entendió Catarina que se simbolizaba ella misma en el árbol y que había de morir en el tiempo de este su querido y muy amado pastor. No explicó ni dijo la significación de la hermosa variedad de flores, que dependían de las ramas del árbol. Algunos lo aplicarán a nuevos o prodigiosos milagros; otros, a sus virtudes admirables que se habían de publicar, como se publicaron en su feliz muerte; y otros finalmente, a las muchas hijas espirituales que habían de resplandecer en el mundo con los realces de las virtudes que les alcanzó de Dios la sierva del Señor por su intercesión y la eficacia de su ejemplar vida; que es lo que sintió y significó el autor de la carta proemial que está al principio de la segunda parte de esta historia, cuando dijo: “A mi juicio, las personas que en esta ciudad de Puebla tratan de perfección y amar de veras a Dios, deben mirar a nuestra Catarina como a madre y maestra”. Pero volviendo a las circunstancias de su sepulcro, digo, que vio otro día que de las flores y ramas que se cortaban del ya insinuado árbol, se estaban formando y llenando dos o tres macetas para trasplantar en ellas las ramas de rosas y jazmines, como frutas y frutos que se cogían para que sirviesen de adorno y compañía al fructífero y florido tronco que les había dado el ser y espiritual hermosura. No necesita esta visión de más explicación que la remembranza de lo ya dicho.

4. De otras visiones y profecías de su feliz muerte y de la gloria que la esperaba en el cielo

[134] Los extraordinarios temores con que Dios la humillaba y juntamente purificaba, obligaban a Catarina a tenerse por indigna de que en su muerte hubiera en la tierra ni en el cielo quién la asistiese en la última hora de su vida. Y este pensamiento, hijo de la oscuridad y continuos desamparos con que el Señor le labró una imperial y eterna corona, fue ocasión y causa para que la misericordiosa Omnipotencia correspondiese a las quejas de esta su

4 Injertaban.

querida y escogida creatura. En una de las ocasiones que la despedazaba este santo temor, la consoló y animó el cielo con esta visión. Vio a su cabecera un personaje que, ostentando valentía, se le representó con un bastón en la mano y un hermoso plumero en la cabeza. Vio como en el aire, sobre su pobre lecho donde entonces penaba, un ave muy blanca con plumas de luz más resplandecientes que el sol que nos alumbra. La forma de esta ave era como de garza o imperial águila, pues con el uno y otro nombre se explicaba la sierva de Dios. Vio finalmente en esta abstracción de sentidos y prodigioso arrobamiento, otra ave semejante a la primera que estaba como en el suelo hacia los pies de su pobre lecho; y sobre éste una colcha de felpa muy rica con su franjón de oro en el medio. Reparó que había otros personajes de respeto en la sala donde se hallaba, pero los tres insinuados le arrebataron la atención y conocimiento, de manera que no pudo dar razón de ellos. Y si no la hubiera deslumbrado el conocimiento humilde de su indignidad, pudiera sacar por consecuencia que en la hora de su muerte había de tener con especialidad la asistencia de la santísima Trinidad, ostentando su inmenso poder, amor y fraterna sabiduría en favorecer a su querida esposa y escogidísima creatura.

[135] Entre otras muchas ocasiones que atribulada se acogió al patrocinio de la santísima Virgen, fue una en principios de febrero de 1675, cuando hablando con esta poderosa reina, le dijo: “Señora, cuando yo me muera no habrá quién se duela de mí, ni quién me diga una misa” Y creciendo la turbación excesiva que suelen causar los desamparos del cielo, le parecía se le acababa ya la vida por los desfallecimientos que sentían su cuerpo y alma. En esta terrible tribulación se le apareció la emperatriz de los cielos con el numeroso y florido ejército del virgíneo y celestial coro. Y cogiendo a Catarina en sus brazos, la confortó y dio a entender: “La asistiría en aquella hora con el amor de madre de pecadores y con el poder de señora y reina de todas las creaturas redimidas con la sangre de su santísimo hijo”. La sierva del Señor, confusa y avergonzada de tanto favor, se hundió en el polvo de su nada. Y procurando asirse de las extremidades del ropaje de la Señora, exclamó diciendo: “No, Señora, no soy digna de tus brazos. Como un hilito despreciable me iré pendiente de tu vestido al cielo”. Este mismo año, en otra semejante tribulación, la socorrió el Señor con otra regaladísima visión. Y fue el ver bajar de las celestiales alturas a Jesús y María, que traían en medio, como asida de sus soberanas manos, a una hermosísima niña vestida de resplandores más refulgentes que los del sol que nos alumbra. Y entendiendo Catarina que era ella misma la que había de lograr esta especialísima gracia,

se llenó de confusión y vergüenza su rostro. Y abatiéndose hasta el profundo de su nada, prorrumpió en estas palabras: “No, señores, no soy digna de subir al cielo con esta honra. Yo, yo me iré solita, si me dan licencia y abren la puerta, y me meteré debajo del asiento o tarima del mayor pecador que mereció el cielo; que como yo vea al Señor, por más arrinconada que esté, tendré todo el consuelo que deseo”. Con estas palabras parece significó Catarina que Jesús y María se le ofrecían a llevarla a su eterno reino cuando muriese, y que ella, aprisionada de su profunda humildad, quería y esperaba la eterna felicidad sin confianza propia, sino por la bondad liberalísima del Altísimo que le franqueaba los alcázares del empíreo, ofreciéndole su poderosa mano y la de su santísima madre.

[136] En los últimos días o meses del año de 1674, oyó decir que estaba canonizada una niña de cinco años; y no fue voz increíble, pues veneramos canonizados a tantos niños inocentes, cuya fiesta celebra y venera toda la Iglesia católica. Pero Catarina olvidada de eso, se admiró y dijo: “¿Es posible que en tan breve tiempo mereciese una creatura la gloria de santa en este mundo, y que yo en tantos años no haya acertado a servir al Señor como debo?” En esta apretada congoja se le dejó ver el redentor del mundo, su único amado, y le dijo, como quien le preguntaba: “Pues tú, Catarina, ¿qué has hecho para que yo te dé otra semejante honra en la tierra?” A esto, respondió la sierva de Dios: “Yo, Señor, no he hecho cosa buena; digna soy de mil infiernos por mis obras. Sólo de limosna te pido un rinconcito en tu reino, para que pueda por una eternidad alabarte con todos tus escogidos”. No pasó adelante este coloquio de Cristo con su creatura, porque se desapareció el Señor y la dejó confusa y atribulada. Pero el confesor, con este singular favor que experimentó su penitente, se acordó que estándose lastimando la sierva de Dios en otra ocasión de cuán pobrecito y desnudo estaba el altar que tenía en su pobre albergue, le habían dado a entender: “Que vendría tiempo en que hubiese tapetes y alfombras donde no veía más que lozas duras, frías y húmedas”.

[137] En 20 de febrero de 1680 se halló Catarina muy afligida y su confesor con alguna inquietud por ver se iban publicando algunas cosas particulares de la sierva de Dios (que con dificultad se conservan en secreto, cuando los padres espirituales no pudiendo asistir de día y de noche a sus penitentes, se ven obligados a valerse de otros instrumentos que les sirvan de enfermeras y enfermeros), y con este cuidado le vino al confesor pensamiento de que quizá querría Dios honrar a esta su creatura con la publicidad de su virtudes. Estando pues, el padre espiritual de esta alma batallando

y discurriendo sobre esta materia, le sosegó Catarina diciéndole: “Deja a Dios lo que es de Dios. A ti te pertenece el mandar, a mí el obedecer y a los dos el despreciar el qué dirán las creaturas. Pero advierte que me han dicho te comunique esta visión: Se me representó un hoyo en forma de sepulcro, todo él cubierto y adornado de rosas y otras flores. Yo no entendí lo que significaba este objeto, pero advertí que la tierra venía como andando con especial reconocimiento hacia el dicho sepulcro”. El confesor discurrió que le respondía Dios a su duda y pensamiento, manifestando las muchas gentes que habían de venir a honrar su cuerpo y sepulcro. Ya lo vimos en su muerte verificado; y esto nos da esperanzas y prendas de que crecerá la veneración en la autoridad apostólica, a quien pertenece esta materia; porque los escritores sólo pueden decir lo que vieron, oyeron, leyeron y entendieron, y no hablan ni pretenden la calificación que no les toca.

[138] Entre estos temores que tengo dicho la afligían y atribulaban, recibió Catarina tantos favores del cielo, que fuera intentar como un imposible el querer referirlos. En una ocasión, oyó una voz del cielo que le dijo: “¿Qué temes, creatura? Mira cómo ha de subir tu espíritu a las celestiales cumbres”. Y luego vio que unos personajes celestes cogían a su alma y la llevaban al cielo en forma de una como saeta de luces y resplandores que alumbraba a todo el universo. Otro día le pareció que la subían en forma de una resplandeciente varilla que volaba de la tierra al cielo, con un modo tan singular, que dijo Catarina no podía explicarse con semejanzas terrenas. En otra ocasión entendió su dichosa alma que le hablaban los celestiales espíritus y le decían que en su muerte y subida al cielo, había de enviar Dios una luz y una voz que la diese a conocer por todo el mundo. Y parece que se verificó esta verdad en el sermón que se predicó en sus honras, pues por la voz que clamaba se entiende y define el predicador que alumbra y enseña. No sé si fue apoyo de su santidad, conocida y publicada en su muerte, una visión que tuvo por los años de 74 o 75. Y fue verse a sí misma en forma de una columna o pirámide de cristal con varias labores o molduras de oro, tan gruesa por abajo, que no la pudieran abarcar cuatro hombres, y tan alta, que le parecía penetraba con una punta como de espada los cielos.

CAPÍTULO 3

DE SU ÚLTIMA ENFERMEDAD, MUERTE, ENTIERRO Y HONRAS QUE LE HIZO LA PIEDAD CRISTIANA

1. Informe de uno de los médicos que, con mucha caridad y más frecuente y dilatada asistencia, visitó a la sierva de Dios

[139] Muy reverendo padre maestro Alonso Ramos: Me manda vuestra reverencia le dé parecer acerca de los achaques que padecía la venerable madre Catarina de San Juan. Y obedeciendo rendidamente el mandato, digo, que en tiempo de catorce años, poco más o menos que asistí a la venerable Catarina de San Juan, fueron muchas las ocasiones en que de diversos achaques la vi padecer; y en particular diré algunos, por ser continuos y parecerme ser *ultra naturam*.⁵ Era, pues, uno de los achaques que continuamente padecía, una refrigeración intensísima de la cintura abajo que le impedía de tal manera los movimientos, que no podía moverse. Le ocasionaba una retracción de nervios con vehementísimos dolores y congojas. Se acompañaba esta destemplanza con otra destemplanza calientísima de la cintura arriba, que en muchas ocasiones le vi fuera de sí, y en mucho rato no podía informar ni articular voces del mucho ardor y calor que le abrasaba del medio cuerpo arriba. Y cuando empezaba a manifestar su dolencia, parece que quería Dios que se fuese remitiendo uno y otro accidente de frío y calor. Y me dijo varias veces, que aquel achaque de enfriarse el medio cuerpo y calentarse la otra parte había muchos años que lo padecía. Le tomaba el pulso después de haber recibido el informe y lo hallaba en su estado natural con suma celeridad. Ésta es una de las enfermedades que continuamente padecía. Y acompañado una noche del licenciado Joseph del Castillo, que cuidadoso y afligido me llevó a visitarla pareciéndole se moría, la visité. Y en su presencia, le dije que en muchas y diversas ocasiones le había visto yo en aquellas mismas aflicciones y congojas, y muchas veces casi muerta, y que en empezando a manifestar sus dolores al médico se iba aliviando y restituyendo, de modo que no parecía de un instante a otro sino restauración milagrosa. Y le di a tomar el pulso al dicho licenciado Joseph del Castillo y que reconociese en el sujeto si era el que poco antes le había puesto en tanto

⁵ Sobrenaturales.

cuidado. Con mucha admiración quedó satisfecho de mi verdad, lo cual podrá testificar el susodicho.

[140] En otra ocasión la visité a las siete de la mañana y la hallé sumamente afligida y con tanta debilidad, que me pareció sin duda se moría y muy aprisa. Pasé a la iglesia en busca del padre Ambrosio Odón, que entonces la confesaba, y no hallándole consulté al padre Antonio de Langarica qué se podía hacer en un peligro tan grande, que me pareció no tenía instante seguro. Le rogué pasase a confesarla y que diese orden para que se sacramentase cuanto antes. Me dijo el dicho padre volviese a verla y que le preguntase si quería recibir el santísimo sacramento, y que si respondiera que sí, que se la enviara a la iglesia, aunque fuera cargada, y que la comulgaría, que con eso mejoraría. Volví a ver a la venerable madre, aunque con alguna tibieza, a ejecutar el mandato de dicho padre Antonio de Langarica, porque juzgué no ser posible tener efecto. No obstante, atropellando mis pensamientos, obedecí el mandato y le pregunté si quería recibir la majestad de Dios. Respondió: “Si usted manda, sí”. Y con harto temor, temiendo se muriese al moverla, mandé la llevasen cargada al comulgatorio. Y así que entró en la iglesia, se fortaleció de tal manera que no fueron menester fuerzas ajenas. Comulgó y a la tarde fui a ver en qué estado se hallaba y la hallé enteramente sana, lo cual podrá verificar el padre Antonio Langarica.

[141] Otra enfermedad padecía continuamente que era una comezón en todo el cuerpo, y decía le ardía y dolía muchísimo, como si la hicieran pedazos con almohazas. Le registré los brazos y las espaldas en diversas ocasiones, por reconocer si acaso era alguna sarna o algún herpes y nunca vi demostración ninguna de que fuese humor salado el que podía ocasionar tan horrible comezón. Me dijo varias veces que había muchos años que la padecía, y que aunque le habían hecho muchas curas y dado baños en tina, que nunca se le quitaba. Yo apliqué varios y diversos medicamentos a fin de amortiguar la comezón y siempre se me quejaba de ella.

[142] De accidentes de golpes y caídas fueron muchas las veces que la curé. Pero en particular diré de una noche que me llamaron a las siete de la noche, poco más o menos. Y habiéndola visto sumamente fatigada y casi moribunda, pregunté qué había sucedido. Los asistentes de la casa me informaron que habían oído un golpe tan grande, que a todos les había causado horror y espanto, y que saliendo a buscar qué era, hallaron a la venerable Catarina en el patio, caída sin sentido, y que parecía había caído de muy alto, según había sido el ruido que había ocasionado el golpe, y que juzgaron haber sido el golpe de cosa que se hubiera quebrado y como si

fuera una calabaza echada de muy alto sobre unas lozas de cantería de que esta enlosado el patio. La registré con todo cuidado. Y viéndola sin pulsos y del golpe tan sumamente fatigada y dolorida que me pareció sin duda moría aquella noche, envié a llamar al padre Ambrosio Odón para que dispusiese los santos sacramentos. Vino su reverencia y estuvimos más de una hora dudando lo que habíamos de determinar; por último, el padre después de haber conversado con la enferma, se resolvió a que lo dejásemos para otro día. El día siguiente fui muy de mañana a visitarla y le hallé restituida a su estado natural, yo no sé cómo.

[143] Otros achaques padecía también muy frecuentes; cuales eran pujos de orina con vehemente ardor y dolor, relajación del intestino recto y otros achaques de calenturas, que en muchas ocasiones le curé.

[144] En una ocasión padeció unos pujos de flema con vehementísimo dolor en las tripas, de que ya se iba haciendo una disentería a no socorrerla con medicinas eficaces. Duró, pues, este achaque veinte días, poco más o menos. Y en todo este tiempo tuve particular cuidado en reconocer los excrementos que naturalmente habían de suponerla, según los alimentos que comía para su sustento. Y en dicho tiempo, tasadamente reconocí en dos ocasiones la cantidad de un cacao, de donde se infiere que el ayuno que tenía era muy grande y que no podía sustentarse el cuerpo con lo que comía, sino que Dios la conservaba con su poder.

[145] La última enfermedad, de que murió, tengo noticia que su principio fue una caída que dio de la cama al suelo, que ocasionó un dolor vehemente en el costado y una dislocación o elaxación⁶ en un brazo, para cuya curación uno de los asistentes a la venerable madre, llamó cirujano y a otro médico, no sé si con consentimiento de la enferma o mortificada su voluntad. La curaron el tiempo que les pareció y por último me llamaron, veinte días, poco más o menos, antes de su fallecimiento. Y lo que entonces reconocí fue una debilidad en el calor natural que manifestaba lo natural con que se moría, respecto de su mucha edad y de una vida tan trabajosa, pues algunos meses antes de su muerte se alimentaba sólo con vino. Y me parece conveniente no dejar de informar a vuestra reverencia de una cosa particular que noté en muchas ocasiones visitando a la venerable madre. Y era, que exhalaba un olor de su cuerpo a creatura de pecho, a que yo aplicaba el olfato; porque recibía notable consuelo mi alma y mi cuerpo de

⁶ Aflojamiento, pérdida de vigor.

olerla. A esto se llega los buenos consejos que me daba, esforzándome siempre a que tuviese caridad con los pobres; corrigiéndome muchas veces mis malos pensamientos, pues en muchas ocasiones me habló tan al alma, que sin duda creo me conocía lo que había en mi pensamiento. Esto es lo que experimenté por mi dicha con la venerable Catarina de San Juan. Y lo que a vuestra reverencia pido es que le pida me alcance de Dios nuestro señor disponga mis pensamientos, obras y palabras, según su santa bondad, que la mía está pronta a servir a vuestra reverencia y obedecerle en cuanto me mandare, etcétera. Casa y noviembre 8 de 1688 años.

Mi señor y muy reverendo padre maestro Alonso Ramos

Besa la mano de vuestra reverencia
Bachiller Juan de Torres Guevara

2. De los principios, medios y fines de su última enfermedad y feliz muerte

[147] Una vida tan prodigiosa y milagrosa en sus principios, parece que nos prometía esperanzas de que fuese también maravillosa en sus términos y fines. Salió a la luz del mundo entre las grandezas y riquezas del Oriente como princesa. Nació para las verdaderas felicidades de la ley de gracia por el medio de una extraordinaria humillación, compuesta de muchos y gravísimos infortunios, como fueron el verse robada, perseguida y prisionera, sin esperanzas de volver a su patria ni el poder gozar de la humana prosperidad que experimentó en su nacimiento y crianza entre los mayores príncipes y señores de la tierra. Correspondió a esta mundana desgracia la mejora de los trabajos continuados por el largo tiempo de su vida, padecidos por Dios y por el bien del mundo, que la estimó en vida y la honró en su muerte más de lo que yo puedo explicar; si bien, los prodigios y maravillas que se vieron significan las beneficencias y liberalísimas asistencias del cielo, que siempre se derraman más abundantes en los fines que en los principios del ser de las creaturas. Víspera o día de santa María Magdalena, a quien tenía especial devoción y afecto nuestra Catarina, como a las ocho de la noche año de [...],⁷ se vio en toda la ciudad de Puebla de los Ángeles una tan extraordinaria

⁷ El año es ilegible en el original. Si Catarina murió en enero de 1688 y el meteoro se habría visto antes del deceso, puede proponerse como fecha probable 21 o 22 de julio (día de santa María Magdalena) de 1687.

luz, que corriendo de poniente a oriente, feneciendo en la ciudad de los Ángeles y en las tierras y montes que la rodean. Esta tan extraordinaria y nueva luz causó tanta admiración y espanto por lo repentino y singular nunca visto, que a unos les pareció un nuevo sol nocturno, a otros el cuerpo de la luna llena, que bajándose y acercándose a lo sublunar, corría la tierra para fecundarla y esclarecerla. Vieron todos esta prodigiosa luz, unos en sus casas, otros en las calles, otros por los campos. Y a cada uno le parecía que había caído donde él estaba; y esto acreditó su grandeza como de sol, luna y estrellas, pues estos celestiales astros parece por su magnitud que están en todas partes, de manera que cada uno de los cuerpos sublunares juzga que lo alumbran a él, como si no alumbraran a los otros; porque franquean y comunican su luz a cada una de las creaturas, de tal suerte que en todas se dejan ver sol, luna y estrellas. Por falta de esta propiedad, dicen comúnmente los expositores que la estrella de los Magos no era estrella fija en el cielo, [Apostilla: Mateo 2] sino errante y aparente; pues si fuera de las fijas, por su altura y su grandeza, no pudiera manifestar la casa donde estaba el Niño Dios, porque manifestara las casas y de todas se viera. La luz de que voy hablando fue símbolo luminoso de nuestra Catarina, y como la sierva del Señor era bienhechora común, quizás por eso dispuso Dios que este globo de luz se pareciera a los astros celestes y se viese en todas las casas y calles, y que a todas alumbrase y comunicase su lucido esplendor, como si estuviera en todas y en cada una de ellas.

[148] A la misma hora que se vio y cayó esta luz en la tierra, cayó la sierva del Señor enferma con accidentes de muerte, y desde luego nos pusimos en conocimiento de que la novedad de este refulgente globo era prenuncio de que llegaba el tiempo en que faltando esta preciosa vida al mundo, había de ser colocada en el empíreo para resplandecer en aquella eterna patria con los resplandores de luna o estrella; para alumbrar y comunicar al universo benignas y celestiales influencias, con aquella abundancia que piadosamente esperamos que participará del sol de justicia Cristo y del mar inmenso de misericordias de un dios infinito, cuyos tesoros no pueden agotarse por más que se repartan entre todas las creaturas. La misma inteligencia de la cercanía de esta muerte tuvo Catarina, pues siendo así que a la dicha hora estaba encerrada en su tan pobre como lóbrego albergue, de donde no pudo alcanzar su natural vista al reconocimiento de esta soberana o prodigiosa luz, ni ésta hallar ventana, que no había, ni aun resquicio en la puerta por dónde dejarse ver de la sierva de Dios. Con todo eso, dijo Catarina el día siguiente al confesor: “La luz que se vio anoche en la ciudad, se

estrelló y feneció en este mi aposentillo. Yo no sé cómo ni por dónde entró o se penetró su resplandor, que causó sustos en el corazón y llenó mi alma de alegría”. Poco después, dijo delante de algunas personas que asistían: “A uno me he de llevar por delante”. Con la experiencia que tenían todos los que la asistían de la verificación de sus palabras, en cada uno de los presentes halló entrada y lugar el temor de que: “¡Si seré yo el que ha de morir antes que Catarina!”

[149] En medio de estas aprehensiones medrosas, vino la especie consolatoria de que dentro de la casa y en otro aposento inmediato al de la sierva de Dios, estaba un enfermo atabardillado,⁸ ya desamparado de los médicos por desahuciado y sin esperanzas de los humanos remedios. Se apoderó de los corazones asistentes la consolación, persuadiéndose que el moribundo casero sería el sujeto en quien se verificaría la sentencia y profecía de nuestra Catarina. Pero muy poco duró esta gustosa esperanza de los que la oyeron, porque sanando de un día para otro el enfermo desahuciado, se aumentaron los temores en los sanos que asistieron y oyeron la voz de la sierva de Dios, en el principio de esta su grave y última enfermedad. Y se acrecentó el miedo, pues visitándola en este tiempo el eclesiástico y bachiller Joseph del Castillo, le dijo su bienhechora Catarina: “Padre Castillo, ¿quiere ir conmigo? Vamos, si quiere”. Respondió que no, porque al juicio de Dios podía ir consolada Catarina, pero no otro de los justos, sin temor y temblor. A la sierva de Dios, por sus virtudes, le aseguraba el juicio humano buen despacho en el tribunal de la divina justicia. Mas al bachiller Joseph del Castillo lo retardaba el dar el sí, su humildad y su propio conocimiento. Se sosegó su temerosa tribulación con haber visto y tocado con sus manos [como dicen] lo que sucedió. Y fue así: “Que al marido de una de las sirvientes y asistentes a la sierva de Dios Catarina de San Juan, llamado Roque, le acometió un insulto de venenoso humor que le privó de los sentidos exteriores, y al parecer también de los interiores y potencias del alma, pues no podía moverse, hablar, ni pedir confesión”. Su mujer en este aprieto pidió confesor, y mientras venía, buscó reliquias de santos con qué favorecer a su consorte. No halló otro remedio su piadosa caridad que el darle a beber un poco de agua espolvoreada con tierra de san Pablo. Acabándola de beber el enfermo, llegó el confesor llamado y éste lo halló en sus sentidos. Lo absolvió, recomendando su alma, y con esta católica diligencia

⁸ Enfermo del tabardillo, enfermedad infecciosa.

expiró y se salvó el difunto, como podemos con piedad cristiana esperar. Con este suceso se sosegó el bachiller Castillo, persuadido que ya se había verificado el dicho profético de nuestra Catarina. Si bien, en todo el tiempo que sobrevivió a este caso la sierva de Dios, con prenuncios de su cercana muerte y subida al eterno descanso, que como piadosamente esperamos goza y gozará por una eternidad; no le faltaron sustos y temores al dicho bachiller Castillo de acompañar a la enferma que lo convidaba con la vida eterna cuando estuviese dispuesto para tan dilatada jornada. Contradijo y se excusó de este terrible trance y el Señor, que es dueño de la vida y de la muerte, lo conserva en medio de muchos y gravísimos achaques en este mundo para los fines que no podemos alcanzar ni entender, pero el uno de ellos no puede dejar de ser el que se disponga y esté prevenido para una buena muerte, cuando venga el justo juez a pedirle cuenta y residenciar los pasos y acciones de su vida.

[150] Llegó finalmente el tiempo que tenía Dios determinado para llevarse a su gloria a esta escogida alma, y aumentándose los achaques unos sobre otros desde el día y año ya mencionados, por las violencias de los demonios de que resultó esta última enfermedad, así como las otras de que he hecho memoria en toda la historia; se originaron de estas batallas y luchas con el infierno rabioso, que continuamente procuró consumirla y cortar el hilo de esta preciosa vida con golpes y con caídas, estrellándola contra las paredes, jugando con su cuerpo como pelota, y causando en él con estos y semejantes martirios, inexplicables dolores interiores y exteriores, y con su inocente alma, temores, turbaciones y espantos, sin dejarla venir a la iglesia en todo el tiempo de esta enfermedad, sino una u otra vez que vino más en brazos ajenos que por su pie. En toda esta enfermedad llamó varias veces a su propio confesor y le fue informando de todo lo que padecía y de cómo se iba acercando la hora, en que le rogaba no le desamparase, pues para aquel trance eran los amigos verdaderos; que la encomendase a Dios y que no deseaba otra cosa que una buena muerte. Y la consiguió, en una admirable paz, por medio de una sangrienta guerra continua por todo el tiempo de su larga vida.

[151] Pocos días antes de su felicísimo tránsito, oyó la sierva de Dios una voz suave, que hablando con ella, dijo: “¡Ea, Catarina, basta ya de dolores! Hartos has padecido y con ellos te has dispuesto para los descansos eternos”. Desde este día cesaron los tormentos, o por lo menos lo violento y continuación de sus martirios; y el alma se puso en una serenidad tan envidiable y prorrumplía en tales afectos y palabras, que echábamos de ver

estaba totalmente unida y resignada en la voluntad de Dios, de suerte que ni el purgatorio ni el infierno la atemorizaban. Con esta quietud vivió algunos días. Y el confesor, que estaba a la mira, pareciéndole por los accidentes mortales que se iba concluyendo, ya acercando el día o noche de la muerte de Catarina; le dijo la sierva del Señor: “No se apure vuestra reverencia, que a las doce le llamarán para que me asista”. Se verificó con tanta individualidad que, estando el reloj en las doce de la noche, tocaron la campanilla de la portería los que fueron a llamar al confesor de la sierva de Dios. Con esta noticia procuró ocultar y disimular la gravedad de la enfermedad, deslumbrando aun a los médicos, con decir que iba pasando la enferma con sus achaques y que con ellos podía durar muchos días. Y todo esto lo hacía recelándose que la piedad del pueblo se desordenase y ocasionase alguna inquietud en la casa al tiempo de la muerte de nuestra Catarina. Y si bien se consiguió con esta diligencia el que solamente la asistiesen el confesor, el bachiller Joseph del Castillo y sus caseros en la última hora de su vida en que dio su purísima alma al Señor, año de 1688 y cinco de enero, víspera de los santos Reyes Magos, como a las cuatro de la mañana, a los 82 u 83 años de su edad, según el cómputo que se ha hecho, referido en la historia; pero no se pudo conseguir ni evitar el ruidoso alboroto que se siguió el día siguiente, en la ciudad, con la noticia de su muerte.

3. De su entierro y cosas particulares que sucedieron en aquellos días

[152] Luego que expiró la sierva de Dios (sin que hubiese llanto ni lágrimas en todos los que la asistimos, porque todos la consideramos con prendas de bienaventurada por su santa vida y felicísima muerte), se trató de amortajarla, y se discurrió sobre la forma de mortaja con que se le había de enterrar y poner en el ataúd. El capitán Hipólito del Castillo y Altra se inclinaba a que se enterrase con hábito de san Francisco, por haber traído toda su vida encubierto el escapulario de la tercera orden. Su esposa pretendió, llevada de su generosidad y desordenada devoción a la sierva del Señor, ponerle una mortaja negra de seda. Otros procuraron introducir sus particulares afectos a los hábitos de su afecto, y todos hallaban apoyo y fundamento en la multitud de escapularios interiores que cargó esta devota mujer por todo el tiempo de su vida. Yo, como último confesor y con más especiales noticias, me estaba interiormente riendo de los juicios de los hombres. Y reconociendo, por el favor que me hacían, se esperaba mi resolución, determiné (huyendo de gobernarme de las previas noticias, espirituales, falibles, con que

me hallaba) que pues en vida no había tenido esta escogidísima alma del Señor hábito exterior particular, que en su muerte no se lo pusiésemos, sino que se enterrase con el hábito y vestido común de viuda en que había vivido. Para este fin se le entregó al sastre el género suficiente para esta mortaja tan controvertida. Y él, o por huir el trabajo o por otra luz superior que lo cegó para atropellar con lo que se le había mandado, formó de la estameña⁹ o anascote¹⁰ que se le había entregado una túnica o saco, de manera que al ponérsela ceñida al cuerpo difunto, parecía mortaja de los hermanos de la Compañía de Jesús; menos el cuello, que suplía un ribete formado del mismo género. Y con esta determinación del sastre, se verificaron repetidas visiones y luces que había tenido la sierva de Dios acerca de su mortaja, asegurándole muchas veces el cielo que la habían de amortajar y enterrar con una túnica negra, como a hermana de la Compañía.

[153] Amortajado el virginal cuerpo de Catarina, se dispuso que se subiese a una de las salas de la casa y que se cerrase su aposento, cuya puerta salía al patio y muy cerca de la de la calle. Se determinó también que no se dejase ver el cuerpo difunto y que se procurase impedir el que corriese la voz de su muerte hasta que la hubiésemos enterrado, huyendo con nuestros humanos discursos el popular alboroto e inquietud común que suele reconocerse en las muertes de personas virtuosas. Todos estos juicios de los hombres faltaron como falibles y las determinaciones de Dios, como infalibles, prevalecieron y subsistieron; porque aun estando en estas nuestras atenciones, sin saber por dónde ni cómo, pasó la voz de esta feliz muerte a los conventos de religiosas, que enviaron a ofrecer a los nobles caseros de la sierva de Dios, palmas y coronas para el entierro de la difunta. Consultaron éstos con el confesor de Catarina y el bachiller Castillo si admitirían este devoto ofrecimiento. Les respondieron que de ninguna manera se admitiese, por la confusión que pudiera causar en la ciudad palma y corona, en un cuerpo muerto de persona que había sido casada tantos años dentro de la misma ciudad. Con esta respuesta y resolución, nos pareció se había cerrado la puerta a los discursos y admiraciones del mundo. Y juntamente advertimos se habían verificado algunas otras visiones y revelaciones de la misma sierva del Señor y de otras personas espirituales, que dijeron: “Habían de concurrir multiplicadas palmas y coronas para honrar el cuerpo de

⁹ Tela ordinaria de estambre.

¹⁰ Tela delgada de lana. Con esa tela se hacían hábitos de diversas órdenes.

Catarina, en su felicísimo tránsito a la eternidad”. Pero, no obstante este suceso, recelaba el confesor hubiese nuevas instancias y empeños para que se verificase otra visión que había tenido en vida la difunta, y fue: “El verse en unas ricas andas o ataúd, con palma y corona de vistosas y preciosas flores”; cuya verificación manifestó el suceso público y notorio, como constará de lo que referiré en éste y en los capítulos siguientes.

[154] Aún no había bien amanecido cuando se halló derramada y esparcida la noticia de la muerte de nuestra Catarina. Y a la fama de su santidad concurrió un innumerable gentío, no sólo popular, sino de las personas de mayor lustre y autoridad en aquella nobilísima república; todos ansiosos de ver el cuerpo difunto y conseguir, por los merecimientos de su preciosa alma, remedio para sus necesidades corporales y espirituales. Debió la sierva de Dios en aquella imperial ciudad de Puebla de los Ángeles, la asistencia de todos los superiores que la gobernaban; porque allí se veían como revueltos los capitulares del venerable cabildo eclesiástico, que la ilustra; del secular, que la ennoblece; de los ciudadanos, que la componen; de los nobles y caballeros, que la engrandecen; de los vecinos, que la habitan; y de los religiosos de todas órdenes que, como si fuera hija de cada una de las religiones, fueron a visitar el cuerpo difunto con más que paternos afectos y maternales cariños. Se procuró atajar la desordenada frecuencia de tanto concurso, cerrando y atrancando las puertas de la casa donde vivía; pero el tumultuoso, aunque devoto gentío, quebrantó los cerrojos y desquició las puertas por dos o tres veces que se intentó este medio, como único para reprimir al pueblo e impedir la inquietud que causaba en una casa particular, la concurrencia de una tan grande y populosa ciudad. Habiéndose frustrado este consejo y determinación, para evitar mayores inconvenientes, se franquearon todas las puertas, y teniendo dos la casa, se entraba por la principal y se salía también por la de la tienda; con tal frecuencia, que desde las cinco de la mañana del día de su muerte hasta el día siguiente de los santos Reyes en la tarde, que se hizo el entierro, se vio la casa donde estaba su cuerpo como una iglesia en jueves santo, donde entra y sale el concurso de toda una ciudad que anda las estaciones que se acostumbra en aquella sagrada noche. Y aun esta circunstancia había previsto y predicho la sierva de Dios, informando a su confesor: “Que se había visto a sí misma difunta con palma y corona, en una casa donde por dos puertas entraban y salían muchas gentes que la visitaban y honraban”. Y aunque Catarina lo refirió por sueño, el confesor con el hecho se persuadió había sido previsión cierta de lo que sucedió en su dichosa muerte.

[155] Quedó su rostro con una compostura admirable, no achinado ni pálido, sino blanco y con las facciones que pudieran quedar en la muerte de su color nativo, antes que Dios le mudase el rostro. Quedó todo su cuerpo tan tratable, que las señoras principales de la ciudad se regalaban con sus manos, que no estaban ya encogidas ni gafas;¹¹ como las tenía en vida por la violencia de los dolores y martirios que padecía la sierva de Dios. Quedó su martirizado cuerpo tan ligero, que una de las señoras que concurrieron a amortajarle, le subió en sus brazos a lo alto de la casa sin experimentar más peso que el de una mortaja o pluma. Puesto sobre un bufete,¹² le fueron las señoras principales adornando con flores, rosas y labores de oro y plata. Y una de las más ilustres, como arrebatada de superior impulso, cogió una palma y corona que tenía prevenida para la imagen del glorioso arcángel san Miguel del Milagro, y sin más consulta que la de su noble y devota resolución, se las puso al cuerpo de la bendita virgen. Y con estas circunstancias la vimos como ella se había visto años antes, amortajada y dispuesta para el sepulcro y solemne entierro que le tenía Dios prevenido, por medio de sus creaturas y moviendo sus corazones.

[156] Pocas horas después de estar vestido y compuesto el virginal cuerpo, se convidó el venerable señor deán¹³ y cabildo de la santa iglesia para autorizar y honrar el venerable cuerpo de cabildo, como lo ejercitó con la gravedad y lucimiento con que hace todas las funciones que recoge a su cargo; asistiendo todos de sobrepelliz y con luces en las manos en su entierro y previniendo un túmulo grave y lucido de cirios y hachas, que costó el señor y venerable deán, acompañado del señor prebendado¹⁴ don Cristóbal del Castillo, benemérito de la sierva del Señor, por lo que gastó en el funeral y en las enfermedades de Catarina con la grandeza de su corazón y liberal magnificencia de su piedad, dando el lleno que se podía desear en esta gravísima función y asistida de personas tan ilustres por su nobleza y por su sabiduría, y tan venerables por su autoridad y debido respeto. Convidaron estos señores a todas las religiones sagradas, que acudieron todas con su santo celo y piedad para dar mayor lucimiento y lustre al entierro; con las demás cabezas de aquella nobilísima ciudad y caballeros que, sin convite, se hallaron todos a honrar su sepultura, remudándose todos entrando y saliendo

11 Tiesas y encorvadas.

12 Mesa para escribir.

13 El canónigo director del cabildo catedralicio.

14 El racionero de la catedral.

en la casa donde estaba el cuerpo difunto. No es explicable el numeroso gentío que concurrió y asistió al entierro, siendo de calidad que hasta por las azoteas, balcones y ventanas de las casas que corresponden a las puertas del templo de nuestro colegio del Espíritu Santo, se asomaban una multitud de hombres y mujeres, arrastrados todos de los ardientes deseos y ansias de ver el entierro y el venerable cuerpo de la sierva de Dios; porque en las calles y plazuela de nuestra iglesia, donde se había de hacer, impedía la vista y la asistencia de los que se encaramaban en las alturas y tejados, otra mayor muchedumbre de gente apiñada y apretada. No era menor de gente el concurso que se había prevenido a llenar y coger asiento en la iglesia.

4. Prosigue la misma materia y otras cosas que sucedieron al tiempo de su entierro, funeral y honras

[157] En los dos días que estuvo el cuerpo en la casa de su morada, se dispuso un ataúd rico en forma de caja, que descubierto pudiese servir de féretro al cuerpo difunto y cerrado dentro del sepulcro le sirviese de caja de depósito. Éste sirvió en esta ocasión, desechando otro más pobre y humilde que se le había prevenido. Con todas las dichas disposiciones, se formó el entierro en que presidía el venerable señor deán, con la solemnidad que se deja a la consideración del piadoso lector y a las relaciones particulares de muchos de los que lo vieron y asistieron en él, y a lo que dijo el predicador en presencia de todo un mundo, poniendo por testigos a todos los nobles y plebeyos de aquella tan ilustre como populosa ciudad. Unos, que podían y debían confirmar las virtudes que experimentaron en la sierva de Dios; otros, las prodigiosas circunstancias con que se iba verificando lo que había previsto y predicho muchos años antes; otros, las especiales beneficencias del cielo que habían gozado por la intercesión y eficacia de las oraciones de esta admirable creatura; y, finalmente, todos atribuyeron a moción especial del Espíritu Santo aquel numeroso e inexplicable concurso de gentío que concurrió al entierro del venerable cuerpo, que en hombros de los capitulares de aquella nobilísima ciudad, alternándose con los superiores de las religiones y otras personas graves del ilustre clero, entró en el templo con mucha dificultad y combatido de avenidas encontradas de gente, así como el que navega entre olas encrespadas de un alterado mar. Luego que le pusieron en el túmulo prevenido y bien adornado de hachas, cirios y otras luces, creció el devoto tumulto y se avivaron las fervorosas ansias de adquirir cada uno de los presentes algún fragmentillo de la mortaja o alguna flor de las que matizaban

el féretro y cuerpo de la sierva de Dios; que habiendo comenzado una u otra persona de autoridad, con piadoso respeto, a coger una u otra florecita, se experimentó tal desorden en el popular y numeroso concurso que fue necesaria toda la humana solicitud y resistencia para que la devoción de los que asistían a honrar el cuerpo difunto no le despedazasen; ni dio lugar a que se empezase el oficio de difuntos hasta que se ocultó el cuerpo con la tapa de la caja que le servía de féretro. Cerrada ésta con sus llaves, se aquietó la multitud alborotada y se pudo proseguir el entierro.

[158] Todo el tiempo que estuvo amortajada nuestra Catarina había durado esta violencia y el cuidado y desvelo de los que velaban el venerable cuerpo para defenderlo; si bien, nunca pudieron impedir las demostraciones de piedad en la muchedumbre de los que entraban y salían en arrojarle a besar la túnica, sus pies y manos, tocar sus cruces y rosarios en aquel hermoso cadáver y precioso tesoro de un alma que, piadosamente, juzgaban estaría ya gozando de Dios; prorrumpiendo todos en admiraciones con una prudente consideración de ver aquel prodigio por tantos años oculto en el mundo, y de experimentar que después de una edad tan prolija como trabajada hubiese quedado su cuerpo tan tratable, las coyunturas flexibles, como de un niño tierno, haciendo, según lo ya dicho, las señoras más delicadas experiencia de esta verdad, regalándose con las manos y rostro de esta privilegiada virgen; y que se puede atribuir a la honra que quiso Dios darle en su muerte, por la gran pureza que había tenido en vida. El segundo asalto que hizo la violenta y desordenada devoción del pueblo para despojar al bendito cuerpo de sus adornos fue al entrarlo en la capilla, donde la providencia divina le había señalado sepultura (según parece de lo ya dicho) para que reposase entre los inocentes y fuese el sepulcro de la inocencia, de donde resucitase como fénix a eternizar, gloriosa, sus días en el emperio, como piadosamente lo esperamos. En este lugar, pues, con ocasión de ser la puerta más angosta que la caja que servía al venerable cuerpo de féretro, fue necesario el abrirla. Y luego que la vio abierta la inconsiderada multitud, se abalanzó a robarle los pocos adornos que le habían quedado a la difunta, haciendo presa también de los jirones y parte de la mortaja, sin dejarle ni aun los zapatos. En esta batalla de tan pertinaces como necios combatientes, se entró como se pudo el cuerpo en la bóveda; y entregando la una de las dos llaves de la caja ya cerrada y llena de cal al alcalde mayor, como cabeza de aquella nobilísima ciudad, se le entregó también la otra al padre rector del colegio del Espíritu Santo.

[159] Los días siguientes al del entierro de la sierva de Dios, se convidó el venerable cabildo eclesiástico a venir a la iglesia de nuestro colegio del Espíritu Santo a cantar un novenario de misas para mayor honra y crédito de la esclarecida virgen; como se hizo, dando principio el señor deán con la misa de cuerpo presente y reservando la del día de sus honras para el muy reverendo padre presentado¹⁵ fray Juan Gorospe, rector y regente primario que fue del Real Colegio de San Luis, prior y provincial actual de la provincia de los Santos Ángeles de la ciudad de Puebla. Fue el concurso de este día excesivo, acudiendo desde las cuatro de la mañana la piedad y el fervor de toda la ciudad y de los pueblos y haciendas circunvecinas, para poder asegurar lugar en que pudiesen, nobles y plebeyos, oír las virtudes de Catarina. No es explicable la celebridad de este día por el número sinnúmero de las personas de autoridad que concurrieron en el templo, por la religiosa gravedad con que la sagrada religión de predicadores hizo esta función, que de alguna manera cedía en honra y crédito de la Compañía de Jesús, a quien siempre han mirado como a hija y discípula para honrarla y favorecerla con su primaria sapiencia y nobilísimos respetos. Mientras se hizo hora de la misa y sermón, tuvo el grave y lucidísimo túmulo, para adorno, varios epítafios con qué divertirse el auditorio. Y por aludir todos a la manifestación del concepto común que se tenía de lo realizado de las virtudes que se tenía en la vida de la sierva de Dios, pondré aquí algunos de los que se recogieron y enviaron personas afectas a esta esclarecida virgen.

5. Epítafios que sirvieron de adorno al túmulo, en el día de las honras que le hicieron a la sierva de Dios

1) Del padre Antonio Plancarte de la Compañía de Jesús

[160] Se pintó una nao desembarcando los navegantes en el puerto de Acaapulco y la venerable Catarina en un pequeño barco. En el árbol mayor,¹⁶ nuestro padre san Ignacio, con el estandarte en la mano y en las banderas una paloma blanca; y en una banderola este mote: *Salva facta est.*¹⁷

¹⁵ Que terminó ya sus cursos de teología y únicamente espera el grado de maestro.

¹⁶ Palo mayor.

¹⁷ "Fue hecha salva."

Soy una nao de China
que una china desembarcó,
Acapulco es poco barco
para abarcar esta china.
Es mi nombre Catarina,
mi rumbo sin barlovento:¹⁸
Espíritu Santo el viento,
san Ignacio el capitán;
sus pilotos me pondrán
en tierra de salvamento.

2) *Del padre Antonio Plancarte de la Compañía de Jesús*

[161] Se pintó una rosa china muy hermosa, entre otras flores. Al pie de la rosa una muerte y este mote: *Omnia sub rosa*.¹⁹

¿Quién, decid, es esta rosa?
Esta rosa no es peruana,²⁰
ni es Viterbo²¹ flor temprana,
que es en florecer morosa.
No es la Sena,²² aunque olorosa;
no es flor esta alejandrina.²³
No es rosa jericuntina,²⁴
quien muerta refloreció.
¡Decid! O lo diré yo:
esta rosa es de la China.

18 Parte de donde viene el viento, con respecto a un punto o lugar determinado.

19 Todo bajo la rosa. La expresión “bajo la rosa” quiere decir secreto. La rosa es emblema de Harpócrates, el dios que se lleva un dedo a los labios para sellarlos.

20 Alusión a santa Rosa de Lima.

21 Alusión a santa Rosa de Viterbo.

22 Alusión a santa Catalina de Siena (o Sena).

23 Alusión a santa Catalina de Alejandría.

24 La rosa de Jericó (*Anastatica hierochuntica*), también llamada planta de la resurrección por su capacidad para volver a echar raíces apenas tocar agua, después de la floración y a pesar de ser arrastrada por el viento del desierto.

3) *Del padre Antonio Plancarte de la Compañía de Jesús*

[162] Se pintó un baulillo de China, pardisco, achinado, cerrado; y este mote: *Thesaurus absconditus*.²⁵

Aquí de china, me veis
el color; por dentro el oro
guardo del mejor tesoro,
que escondido aquí hallaréis.
Aunque más vueltas le deis
a la llave, no abrirá,
ninguno la entenderá;
que la cifra sólo Dios
la sabe, mas para vos
a su tiempo lo dirá.

4) *Del padre Antonio Plancarte de la Compañía de Jesús*

[163] Se pintó un candado de China, de bronce, con su varejón y ruedecillas, y en algunas de ellas estas letras: E. D. U. S. N. I. E. M.; y este mote: *Non, nisi cuncta, valent*.²⁶

Esta es la llave de china:
pocas letras, mucho Dios.
Mirad si la entendéis vos,
que habréis hallado una mina.
Ni el confesor adivina
lo que ella dice, hasta que
letra por letra se ve
que, juntando la dicción,
deletreando la lección,
dice en cifra: *Deus in me*.²⁷

²⁵ "Tesoro escondido."

²⁶ "No valen, sino todas juntas."

²⁷ "Dios en mí."

5) *De una devota mujer*

[164] Se pintó la venerable Catarina de San Juan en cátedra, con ademán de enseñar o disputar. Al lado derecho alto, el amor, y al lado izquierdo, el temor de Dios. Sobre ella, un Jesús. Su mote: *Sapientia*.²⁸ El del temor: *Initium*.²⁹ El del amor: *Consummatio*.³⁰ En la cátedra: *Revelasti ea parvulis*.³¹

DÉCIMAS

Catarina, ¿qué sería
que siendo bozal cerrada,
con lengua tan agraciada
hablabas en teología?
¿De quién la sabiduría
aprendiste? Que de dos,
amor y temor de Dios,
me responderás: que fueron
los maestros que instruyeron
tu alma, tu lengua y tu voz.

Humilde, te apellidabas
bestia bruta [siendo así,
que del saber nació en ti
la eminencia con que hablabas]
Amante en Dios te mirabas
muy pequeña y Dios se veía
muy grande en ti. Pues sería
[como dijo] querer darte,
de sí misma, tanta parte
la *eterna sabiduría.*

28 "Sabiduría."

29 "Principio."

30 "Consumación, cumplimiento."

31 "La revelaste a los párvulos."

Jeroglíficos

6) *Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza*

[165] Se pintó en lo bajo de una tarja,³² un águila que volaba para lo alto, adonde se pintó un sol que daba en su vista; con este mote: *Aquila directo volatu in sublime fertur.*³³ Eliano, libro 14, § 10, verso 27. Y esta copla:

Recto he seguido el camino,
y con mi vista amorosa,
atentamente examino
sin divertirme a otra cosa,
*los rayos del Sol divino.*³⁴

7) *Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza*

[166] Se pintó un diamante y, al pie de él, un buril quebrado y una mano con otro buril que afectaba grabar en el diamante; y este mote: *Et cor suum posuerunt, ut adamantem, ne audirent legem,*³⁵ Zacarías 7, 12. Y al otro lado, una mujer rociando de su boca, con sangre, a muchos corazones que se pintaron con estos motes: *Pulli eius consperguntur in sanguine,*³⁶ Job 39, 30. Y el otro: *In sanguine Agni,*³⁷ Apocalipsis 7, 14. Y esta copla:

No pudo hacer el acero
en el diamante impresiones.
Mas yo, en ablandar me esmero
los más duros corazones,
con la sangre del Cordero.

32 Adorno plano y oblongo que se figura sobrepuesto a un miembro arquitectónico y que lleva por lo común inscripciones, empresas o emblemas.

33 "El águila es llevada a lo alto en vuelo directo."

34 Alusión a Cristo, "Sol de justicia".

35 "Y pusieron su corazón como diamante para no oír la ley."

36 "Sus crías son rociadas con sangre."

37 "Con la sangre del Cordero."

8) *Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza*

[167] Se pintó una vid frondosa, que desde el suelo llegaba con sus extremidades al cielo y en ellas muchos pámpanos; con este mote: *Flores mei fructus honoris et honestatis*,³⁸ Eclesiástico 24, 23.³⁹ Y al pie, esta copla:

La vid de virtud conmuto
en dulce del cielo honor;
pues brote en la tierra flor
para dar al cielo el fruto.

9) *Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza*

[168] Se pintó una mujer elevada para el cielo con un candado en la boca; y este mote: *Conversatio nostra in caelis est*,⁴⁰ Pablo a los filipenses 3, 20. Y esta copla:

En el silencio ha hallado
conversación mi desvelo:
que en la tierra (por el cielo)
eché en la boca un candado.

10) *Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza*

[169] Se pintó una mujer en lo bajo de una tarja, con un ramillete de flores en la mano, y otra mano en lo alto que salía del cielo a cogérselo; con este mote: *Iam hiems transit, imber abiit et recessit*,⁴¹ Cantares 2, 11. Y esta copla:

Pasó la rígida estancia
del hibierno y el verano,
cogió el cielo por su mano
mi hermosura y mi fragancia.

38 "Mis flores son frutos de honor y de virtud."

39 En realidad, es el v. 17.

40 "Nuestra conversación está en los cielos."

41 "Ya pasa el invierno, la lluvia se va y se retira."

11) *Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza*

[170] Se pintó en lo alto de una tarja un cielo estrellado, de donde salían rayos de luz que llegaban a herir a una mujer que se pintó en lo bajo con dos alas abiertas; y en el medio este mote: *Datae sunt mulieri alae duae ut volaret*,⁴² Apocalipsis 12. Con esta copla:

Tu luz no será extinguida
con dos alas, pues de un vuelo
la fuiste a encender al cielo,
para volar más crecida.

12) *Del padre Juan Carrillo de la Compañía de Jesús*

[171] Se pintó una redoma,⁴³ y enfrente una cabeza con este mote que le salía de la boca: *Curremos in odorem unguentorum tuorum*,⁴⁴ Cantares, 1, que explicó la siguiente octava:

Del Arabia feliz aromas dejas,
por seguir de tu esposo los ungüentos.
Laméntase el Oriente en tiernas quejas
cuando al ocaso miran tus intentos.
Pero, muerta, respondes que te alejas,
mejorando feliz tus pensamientos:
que si viviste siempre a Dios unida,
quieres también con él morir unguida.

⁴² "Se le dieron a la mujer dos alas para volar."

⁴³ Vasija de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca.

⁴⁴ "Correremos en pos del olor de tus ungüentos". Es una paráfrasis de los versículos 3 y 4 de Cantares 1.

13) *Dos sonetos del padre Joseph de Tapia, de la Compañía de Jesús.*

[172] 1. *A la venerable madre Catarina de San Juan que como águila se remontaba en caza de almas.*

Ésta que ves, del viento gallardía,
del pájaro de Jove⁴⁵ remontada,
émula bella, compitió azorada
a prender Ganimedes, ave o pía.

Ave fue real que, donde nace el día,
cuna le dio el sol; y transportada
adonde muere el sol, fue sepultada
con presa mucha de almas, que prendía.

Mas, si es de Arabia esta ave peregrina,
aunque de Juan, que es águila, repite
los vuelos que le presta o le destina.

La eternidad a que voló compite:
que en la pira que yace Catarina,
águila viva, fénix resucite.

[173] 2. *A su muerte y entierro en Puebla de los Ángeles.*

Rizando pluma de esplendor brillante,
celeste sumas al sagrado, *Sina*;⁴⁶
por sellar a la rosa alejandrina,
urna erigen pirámide flamante.

45 El águila con que Júpiter raptó a Ganimedes, del que se había enamorado.

46 La palabra "Sina", "Cina", o en plural "Sinan", es el vocablo en latín para designar la palabra castellana "China". Para este caso, no se hace referencia a la nación o región geográfica de "la China", sino a la adjetivación de Catarina como proveniente de esas tierras. Cotéjese esta aseveración páginas adelante, con la traducción de las octavas en lengua latina del padre Antonio Plancarte.

Del arábigo país, otra fragante
cándida flor y virgen peregrina,
sino purpúrea; pero, Catarina,
culto angélico sella gratamente.

Si se despuebla de ángeles el cielo,
de Catarina en la festiva muerte,
por erigir a su sepulcro velo;
hoy, sobre Catarina, flores vierte,
y en monte Sinaí su florido suelo,
la Puebla de los Ángeles convierte.

14) *Una persona afecta, deseando celebrar las honras funerales de la venerable Catarina de San Juan, vio en espíritu o en sueño los símbolos y motes siguientes; y al glorioso doctor máximo de la Iglesia, san Jerónimo, que consolándola le dio los versos de la quintilla, al parecer misteriosa, para su desempeño. Y todo se copió como se sigue:*

[174] Se pintó en un lienzo o tarja un tronco hecho pedazos, y sobre él una palma y un laurel en ramo enlazados; en el lado alto, una mano con este mote: *Manus Domini tetigit me*,⁴⁷ Job 19. En el correspondiente, un ángel con una crismera⁴⁸ en la mano izquierda y su puntero⁴⁹ en la diestra; con este mote: *Divina unctio Dei*.⁵⁰ Al lado, bajo un mundo algo inclinado:

QUINTILLA MISTERIOSA

Una palma y un laurel
sobre un tronco hecho pedazos,
de un soberano cristel⁵¹
unido en divinos lazos,
nunca el tiempo supo de él.

47 "Me hirió la mano del Señor."

48 Recipiente de metal noble en que se deposita el crisma, que es la mezcla de aceite y bálsamo para ungir.

49 Vástago unido por dentro a la tapa de la crisma con el que se hacen las unciones.

50 "Divina unción de Dios."

51 Medicina, en particular de hierbas.

15) *Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza que, habiendo visto el jeroglífico y copla que se le mostró a una sierva de Dios estando en oración, dijo su sentir del misterio y glosó los versos de la quintilla en estas cinco décimas:*

QUINTILLA

Una palma y un laurel
sobre un tronco hecho pedazos,
de un soberano cristal
unido en divinos lazos,
nunca el tiempo supo de él.

DÉCIMA I

Tronco seco al mundo fuisteis,
dando al cielo su vapor,
Catarina, y el primor
de su influjo conseguisteis.
Que si al cielo le ofrecisteis
humedad de tronco fiel,
mejor que en tierno plantel
gracia en retorno le llueve,
para que en él se renueve
una palma y un laurel.

DÉCIMA II

Aunque tronco dividido
en pedazos, se elevó
a la eminencia y llegó
su extremo a ser más florido;
que en tanto grado subido
le dieron, sin embarazos,
fuerzas los divinos brazos,
que el laurel y palma abona
para alcanzar la corona
sobre un tronco hecho pedazos.

DÉCIMA III

Bien un ángel significa,
con el cristel y el puntero,
ser de gracia el tronco austero;
y Dios se la multiplica,
pues su mano se la aplica.
Brote a envidias del clavel,
crezca emporio del vergel,
la palma y laurel flamante;
pues logran riego abundante
del soberano cristel.

DÉCIMA IV

Opuesta prerrogativa
observó el tronco, encubierta:
para el mundo, libre y muerta;
para el cielo, presa y viva.
Descuelle, pues, y reciba
en celestiales regazos,
los aprestados abrazos
que circundan su verdor,
viendo el fruto de su flor
unido en divinos lazos.

DÉCIMA V

Al fin del mundo ignorado
fue aqieste tronco frondoso;
pero su orgullo engañoso
se muestra a su pie postrado.
Sus distritos no ha pisado,
huyó su fausto⁵² cruel,
que oponiéndole un cancel
de virtud se lo escondió,
y como nunca le vio,
nunca el tiempo supo de él.

52 Exceso de adorno y lujo.

[175] 16) *El bachiller Joseph de Bocanegra, presbítero aficionado a la siería de Dios, tomando asunto del sobredicho, pintó una palma, su tronco árido y despedazado, que llevaba muchas palmas y laureles lozanos; que abarcaba un brazo, de cuya mano se derramaban resplandores al tronco. Mote: Vnica multiplices retulit sic saucia fructus.*⁵³

LETRA

En la vida peregrina
 toda batallas crueles
 de sola esta Catarina,
 llevó la virtud divina
 muchas palmas y laureles.

17) *Del padre Eugenio López de la Compañía de Jesús*

Se pintó un corazón sellado con siete sellos y enfrente otro corazón sellado con un Jesús. Motes: *Signatum sigillis septem.*⁵⁴ *Pone me ut signaculum iuxta cor.*⁵⁵

[176] EPIGRAMMA

*Corde Deus, Catharina, tuo signacula septem
 donorum fixit; sic sua dona tegis.
 Tu pariter ponis divino pectore signum;
 munera corde Dei sic tua clausa latent.
 Ergo facta latent? Sed notum iam omnibus unum
 Hoc est; digna fuit pectoris ista Dei.*⁵⁶

⁵³ "Así, una sola herida restituyó numerosos frutos."

⁵⁴ "Sellado con siete sellos."

⁵⁵ "Ponme como un sello junto al corazón."

⁵⁶ Epigrama.

"Dios con su corazón elaboró siete sellos de sus regalos, Catarina.

Así cubres lo suyo con regalos.

Tú igualmente encierras lo divino. Un signo en el corazón.

Así tus regalos se esconden en el corazón de Dios.

Por consiguiente, ¿se esconden tus acciones? Pero esto es lo único por saber a todos: ella fue merecedora del pecho de Dios."

[177] *PONE ME UT SIGNACULUM SUPER COR TUUM*⁵⁷

*Excelsas oriens cunas tibi virgo ministrat,
occiduo que iaces ipsa sepulta solo.
Cur licet inquiri, totam per currere terram?
Nam me, nec cunctus mundus uterque capit.
Sit tibi parva domus grandis cum machina mundi:
quis capiet? dicas. Quis nisi corda Dei?*⁵⁸

A tu grandeza es estrecho
el uno y el otro polo;
porque tu grandeza sólo
cabe, de Dios, en el pecho.

18) *Del padre Eugenio López de la Compañía de Jesús*

[178] Se pintó un árbol destilando mirra, con este mote: *Myrrha electa*.⁵⁹

*Quae iacet orbe dedit suavem virtutis odorem,
et cui cognomen patria vita dedit.
Vixit, sed fallor; semper percussa labor
Vita haud illa fuit; sed fuit ipse labor.
Myrrhae nomen habet, myrrhae cognomine vivat:
est si myrrha labor; nam labor illa fuit.*⁶⁰

57 "Ponme como un sello sobre tu corazón."

58 "Al alzarse la virgen te otorga cunas nobles
y ella yace sepulta cuando el sol se pone.

Me pregunto cómo es capaz de recorrer toda la tierra,
pues a mí, ninguno de los dos mundos me cautiva.
Aunque el invento párvulo del mundo sea para ti casa grande,
dirás: ¿Quién me cautivará? ¿Quién sino el corazón de Dios?"

59 "Mirra escogida."

60 "La que aquí yace dejó un dulce olor de virtud en el orbe
y por quien, a causa de su vida, su patria recibió un nombre.
Venció, ¿o me equivoco?, siempre herida por el trabajo,
ella no tuvo vida, sino que fue sólo trabajo.

Que tenga el nombre de Mirra, que viva con el apodo de Mirra.
Si la mirra es trabajo, entonces ella fue trabajo."

[179] 19) *Del padre Antonio Plancarte de la compañía de Jesús*

Octavas sepulcrales a la venerable Catarina de San Juan, natural del gran Mogor o de la Arabia, y conocida comúnmente por china difunta en la ciudad de los Ángeles.

*Cum pyrae conniventibus intendo
oculorum aspectibus nitores,
et quam gloria donata sis, expendo:
tu Sina evincis radios et fulgores:
et quantum instar aquilae contendo,
tantum perstringunt aciem tui splendores:
quia Solaris ad instar pyrae obtutum
obtundunt, et eloquium reddunt mutum.*

*Humi iacens es lumen in supernum
si iacens humi lumen suppressisti,
ut in te Sina lumen sit aeternum,
quo vivis moriens, Sinis illuxisti.
Atrum, o Sina, superans avernum
quod humilis in terris, hic iacuisti:
et tua, quod virtus lumen tumulauit,
hic splendens Iesus lumen illustravit.*

*Parentent alii Caesares romanos,
Iulios, Augustos, Numas, Scipiones.
Alii parentent Hectores troyanos,
exaltent Caios, Graccos, et Catones:
Iberos alii exaltent, et Britannos,
et ad gloriam, quae plures sunt nationes:
unum pro cunctis, Sinam hic, et gratius
in tumulo parentat sibi Ignatius.*

*Triplicatam Alcides ferat laurum,
erigens in columnis monumentum;
post uictoriam Taianus spernat aurum.
Et sternat suum argento pavementum,
ditet spoliatis hostibus thesaurum;
suum que Roma iactet incrementum:
cunctas dabit has opes, quippe sola
Memphis haec Sina domi de Loyola.⁶¹*

61 “Cuando en las misas de la pira
viro mis pupilas a las miradas de los ojos
y considero la manera en que se te otorga gloria,
tú, china, reemplazas rayos y brillos.
Y mido qué tan lejos alcanza el águila,
entre más tus esplendores rozan la cima;
más, por ello, molestan al enterrado los rayos solares
de la pira y le devuelven la voz al mudo.

Al yacer en la tierra eres luz que va a al cielo.
Si yaciendo contuviste la luz en la tierra,
entonces en ti, china, se encuentra la luz de los eternos,
pues vives mientras mueres. A las chinas despertaste.
China, que te encuentras por encima del negro averno,
puesto que fuiste humilde en la tierra, aquí yaces.
Y las cosas por las que tu virtud enterró su luz,
aquí brillando Jesús reveló tu luz.

Aunque unos celebran a los césares romanos,
Julios, Augustos, Numas, Escipiones;
otros celebran a los Héctores troyanos;
exaltan a Cayos, Gracos y Catones;
otros a los iberos exalten y britanos,
y a la gloria que tienen muchas naciones.
Uno solo, en pro de todos, a esta china,
gratamente celebra en el catafalco para sí, Ignacio.

Alcides tres veces sostiene el laurel,
erigiendo un monumento en las columnas;
tras la victoria Trajano desprecia el oro
y viste su piso con plata;
enriquece su tesoro con enemigos despojados
y Roma presume su niño adoptado.
¿Quién dará todas estas obras juntas?
Naturalmente, una sola china del señor
de Loyola, dará estas a Menfis.”

6. *Sermón pronunciado por Francisco de Aguilera con motivo de las honras fúnebres de Catarina de San Juan, el 24 de enero de 1688*

[180] Sermón en que se da noticia de la vida admirable, virtudes heroicas y preciosa muerte de la venerable señora Catarina de San Juan, que floreció en perfección de vida y murió con aclamación de santidad en la ciudad de Puebla de los Ángeles, a 5 de enero del año de 1688. Y en sus funerales exequias, que se celebraron con solemne pompa a 24 del mismo mes y año en el colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús, adonde descansa, predicó el padre Francisco de Aguilera, religioso profeso de la misma Compañía. Salió a luz a expensas de los muy piadosos vecinos de Puebla de los Ángeles y a diligencias del bachiller Nicolás Álvarez, clérigo presbítero, maestro de ceremonias y capellán de coro de la santa iglesia catedral de este obispado. A cuyo ilustrísimo señor deán y cabildo lo dedicó y consagró.

Se imprimió, entonces, año de 1688, en la ciudad de los Ángeles, en la imprenta de Diego Fernández de León, con aprobaciones del señor doctor don Joseph de Francia Vaca, canónigo lectoral de sagrada escritura, catedrático de prima de teología, regente de los estudios de los reales colegios y examinador sinodal del obispado de Puebla de los Ángeles. Con aprobación del muy reverendo padre presentado, fray Diego de Gorospe Yrala, calificador del Santo Oficio, prior del convento de San Pablo de Puebla, definidor y procurador general de la provincia de San Miguel y Santos Ángeles, orden de predicadores, en Nueva España. Con aprobación del muy reverendo padre presentado, fray Nicolás de Consuegra, del real y militar orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos, definidor y secretario de provincia, comendador que ha sido del convento de Belén de la ciudad de México y actual del convento de Nuestra Señora de la Merced de la ciudad de los Ángeles. Con licencia de los superiores.

1) *Dedicatoria*

A los muy ilustres deán y cabildo de la santa iglesia catedral de Puebla de los Ángeles

Ilustrísimo señor:

[181] Por verse mejoradas vuelven las honras a quien las hizo, cuando se pone este sermón de las honras de la venerable señora Catarina de San Juan, desde las manos de su autor por las mías a los pies de vuestra señoría, a cuya lucidísima sombra debieron su primera luz y empezaron desde enton-

ces a ser con mayor título honras de vuestra señoría, las que consagró vuestra señoría a la devota memoria de esta sierva de Dios en sus funerales exequias. Que a este viso contemplaba mi cortedad aquél misterioso concurso que se vio en el Apocalipsis, [Apostilla: Apocalipsis 5], idea del que vieron nuestros ojos en esta imperial ciudad a las honras de esta mujer incomparable. Porque si aquel trono de siete antorchas guarnecido era empresa de un majestuoso túmulo de funéreas luces autorizado, como dice el Fuldense: [Apostilla: a. El Fuldense, *In Psalterium*, 18: *funeria luce septem lampades ardebat quasi ad funus Agni occisi*.⁶²] si el estar sobre ese trono un cordero como muerto era estar colocada sobre el túmulo una imagen de Cristo crucificado, según quiere san Bernardo; [Apostilla b. D. Bernardo, Sermón 2, *In natali Domini: aperi tu Librum Agni Dei, expone iudaeo fodiendas manus tuas et pedes tuos*.⁶³] si el libro cerrado con siete sellos significaba a un alma, depósito riquísimo de revelaciones, como de un Apocalipsis, tanto más admirables cuanto más arcanas, selladas con el recato de un alma que se pudo llamar, con razón, la escondida, como lo entiende el docto padre Ribera; [Apostilla: c. Padre Ribera, *hic*.] si este libro en lo de afuera denegrado y como con una máscara desfigurado, pero en lo de adentro tan puro como el candor angélico, tan hermoso como la beldad de un espíritu, según explica el sapientísimo Alcázar [Apostilla: d. Padre Alcázar, *hic: interior pagina quae candidior est, vero quae minus candida in pelle externa, facies, ut quae non ita est asservata, solet esse non nihil sordida*.⁶⁴], podía servir para un gallardo jeroglífico de esta esposa del Cordero que, como sabemos, con la máscara de un rostro oscurecido, aseguró la hermosura de un interior muy perfecto; si el senado gravísimo de los veinticuatro señores que la asistían era ajustado símbolo de un muy ilustre deán y cabildo eclesiástico, ya porque el honroso título de señores se debe a los que, sobre los méritos personales, encumbra la dignidad a ser por excelencia los señores de la Iglesia, como aplica el sabio Alcázar: *nomen seniorum a seniore derivatum ea ratione appellari a nobis*,⁶⁵ *los señores de la Iglesia canónigos y dignidades* [Apostilla: e. Padre Alcázar, *ibidem*. Apocalipsis 4, 4.]; ya porque los tronos augustos que ocupaban miran como de asiento a las sillas que autorizan en

62 "Con funérea luz ardían siete antorchas como pompa fúnebre del Cordero inmolado."

63 "Abre tú el libro del Cordero de Dios, muestra al judío tus manos traspasadas y tus pies."

64 "La página interior que es más cándida, en verdad lo es menos en el exterior, de la misma manera que el aspecto que no se conserva suele ser un poco sórdido."

65 "El nombre de señores, derivado de Señor, y por esta razón se nos llama así."

su gravísimo coro los señores capitulares: *sellas augustas* (prosigue el autor citado) *habuisse quem ad modum in ecclesiis cathedralibus hodie habent canonici et dignitates*;⁶⁶ ya porque las blancas estolas que vestían eran insignia de las sobrepellices que usan en su capítulo los mismos señores, como concluye su aplicación el docto padre: *circum amicti, vestimentis albis, ut canonici in suo concessu sive capitulo super pelliceis induiti esse solent*.⁶⁷ Si toda esta misteriosa visión era profecía literal del sacrificio santo de la misa en el concurso de la más autorizada frecuencia, *haec adoratio Agni referenda est ad missae sacrificium*;⁶⁸ [Apostilla: f. Alcázar, 106.5.] si todo esto es una puntual idea de lo que vimos en las honras solemnísimas de la venerable madre Catarina de San Juan; hallo que al predicar el *¿Quién es ésta?*, el que en aquellas honras del cielo hizo oficio de predicador, con la aclamación que vimos, con la nunca vista conmoción que hasta hoy experimentamos: *vidi angelum mortem voce magna praedicantem: Quis est dignus aperire librum et solvere signacula eius*?⁶⁹ Al abrir, digo, en este tan aplaudido sermón, el libro de la vida de esta prodigiosa mujer hasta entonces desconocida, como libro hasta aquellos días cerrado, los señores capitulares se arrodillan delante de Dios y del Cordero, y consagran con repetidos elogios al trono sagrado, las coronas que autorizan sus sienes en aplausos del libro y del Cordero: *mittebant coronas suas ante thronum*.⁷⁰

Que es todo lo que han hecho vuestras señorías con un mismo soberano impulso que movió los generosos corazones de tan ilustre deán y cabildo a demostraciones de inestimable fineza; que, sin rozarse en vulgaridades plebeyas, dieron estimación a la virtud, peso a la piedad, honra singularísima a nuestra ciudad angélica y, con especial prerrogativa, a la Compañía de Jesús, que con razón se ufana de haber entrado a la parte en las que hizo vuestra señoría a esta hija de su espíritu y gloria inmortal del nuevo y antiguo mundo. Y aquí veo lo que decía al principio, que las coronas que se abatieron a los obsequios del libro y del Cordero, aunque tan nacidas para cabezas tan beneméritas, no se dice que son suyas cuando autorizan sus

66 "Tuviese sillas augustas, como hoy, en las iglesias catedrales, tienen los canónigos y las dignidades."

67 "En torno a los vestidos, con vestiduras blancas, como los canónigos, en su concilio o capítulo, las suelen vestir encima de las prendas de piel."

68 "Esta adoración es para referirse al sacrificio de la misa."

69 "Vi a un ángel de gran voz en la muerte predicada: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?"

70 "Arrojaban sus coronas delante del trono."

augustas sienes: *in capitibus coronae aureae*,⁷¹ sino cuando las ponen a los pies del trono: *mittentes coronas suas*,⁷² entonces suyas, *suas*. Y pienso qué sería; porque en esas coronas consagradas a los obsequios del libro se ofrecían las honras del muy ilustre deán y cabildo, al alma santa que en él se representaba: *mittebant coronas suas ante thronum dicentes: dignus es accipere gloriam et honorem*.⁷³ Y si la honra es de quien la da, suyas hicieron los señores las honras cuando las consagraron al trono. Y suyas han hecho vuestras señorías estas honras con haberlas dado en obsequios tan dignos de su grandeza: *coronas suas*. Y harto me alegro que haya intérprete que diga que estas coronas hacen alusión a la mitra del sumo sacerdote Aarón, [Apostilla: Padre Alcázar, 4.4: *Forte hic sit allusio ad auream illam summi sacerdotis laminam, quam olim gerebat a capite, corona aurea super misram eius*,⁷⁴ Eclesiástico 45, 14⁷⁵.] porque me da lugar a mí y al autor de esta obra para esperar, sobre los relevantes méritos que acumula el esplendor de la sangre, la integridad de la vida, el caudal de letras y el colmo de prendas singulares para cada uno de vuestras señorías, de la gratitud de la sierva de Dios que hará *suyas* las mitras para retornar en mitras lo que recibió en honras. Esto deseo con la última felicidad de la gloria a vuestras señorías, como el más obligado. Esto pido como el más rendido capellán y criado de vuestras señorías.

Bachiller Nicolás Álvarez

2) Protesta del autor

[183] Obedeciendo al breve apostólico de nuestro santísimo padre, el señor papa Urbano VIII, de feliz recordación, y demás decretos de la santa Iglesia, nuestra madre, en que se prescribe la forma de referir las vidas y hechos de personas que han vivido y muerto con opinión de santidad y aún no están canonizadas; protesto que en lo referido y en el modo de referir la vida que elogio en este sermón, deseo hablar en el sentido que mandan los dichos decretos apostólicos de la santa Iglesia, a cuya corrección me sujeto.

71 "Coronas áureas en las cabezas."

72 "Arrojando sus coronas."

73 "Arrojaban sus coronas delante del trono, diciendo: digno eres de recibir la gloria y la honra."

74 "Acaso ésta sea una alusión a aquella placa del sumo sacerdote que, en otro tiempo, llevaba a la cabeza. Una corona áurea por encima de su tiara."

75 En realidad, es el versículo 12.

Francisco de Aguilera

3) *Salutación*

[184] Prorrumpa ya tu voz, elocuencia muda, retórico silencio. Explica tu concepto, suspensión entendida, energía profunda, si esta grave, lucida tumba, sirve de funesto mausoleo al llanto o de inmortal pirámide a la aclamación. Si esas doctas, agudas letras, son endechas tristes o victoriales himnos. Si hemos de mirarte, lúgubre cenotafio⁷⁶ a las exequias o augusto trono a la coronación. Hablen las lenguas de tu llama, desahóguese el silencio de tu grave ceño.

[185] Y si aún muda callas, si aún no te explicas circumspecta, diré yo que esas tus luces son festivas luminarias al regocijo; esas negras bayetas son modesto traje de un religioso encomio; ese grave túmulo de honras es nupcial tálamo de palmas y laureles. Pues se consagra su pompa toda, ¿a quién? (¡Oh, Dios admirable en tus santos! ¡Oh, santa providencia investigable en tus consejos!). A aquel ejemplar vivo de virtudes heroicas, a aquel abismo de ilustraciones divinas, a aquel depósito del Espíritu Santo; a aquella virgen, esposa, viuda, siempre inviolable en su virginal pureza, que hizo célebre el nombre del Señor desde donde nace el sol hasta donde se pone; a la devota venerable madre Catarina de san Juan a quien mereció viva y a quien nunca llorará muerta, en esta imperial ciudad, todo este nuevo mundo. Cuya santidad prodigiosa, bien asegurada con el tenor de como ochenta y dos años de vida inculpable, con las experiencias prudentes de prelados celosos, de varones sabios, con los testimonios de sucesos prodigiosos de personas ilustradas de Dios; deseo presentaros hoy (protestando antes que no es mi intento adelantarme un punto en el crédito de fe, que pretendo en los elogios de santidad que le doy, a los santísimos decretos de nuestra madre la santa Iglesia y, especialmente, al último de nuestro beatísimo padre Urbano VIII) en la fiel historial narración de su vida, según las noticias que me pudo asegurar su último confesor, que por el espacio de quince años, examinó con todo empeño.

[186] Para que sepa desde hoy el mundo algo de lo que tenía en aquella pobrecita esclava, en aquella encogida virgen que se andaba escondiendo por los rincones de esta iglesia; porque ese es el estilo de Dios, pues a la

⁷⁶ Monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica.

virgen de las vírgenes *ecce virgo*⁷⁷ [Apostillas: Isaías 7 e *ibidem* Cornelio]; a la escondida, a la recatada: *ecce abscondita*;⁷⁸ como leen otros, a la esclava del Señor, como dijo ella misma: *ecce ancilla Domini*;⁷⁹ [Apostilla: Lucas 1] envió Dios un ángel para que supiera todo el mundo que la esclava era de la sangre real de David; la escondida de todos era bendita entre todas las mujeres; la llena de humildad, toda llena de gracia. *Ave Maria*.⁸⁰

4) *QUAE ES ISTA, QUAE ASCENDIT de deserto deliciis affluens?*,⁸¹ Cantares 8, 5.

[187] Suspensa en este día esta imperial corte de los cielos; atónita con la novedad del suceso esta cesárea, amplísima ciudad de los Ángeles; me preguntan ya una, ya otra, ¿quién es esta alma santa? ¿Quién es esta dichosísima esposa que sube del mundo al cielo? *De mundo ad coelum*,⁸² [Apostilla: Honorio, *ibidem*] como glosa Honorio, engolfada en delicias, rebosando suavidades, por lo que vimos al morir entre los regocijos de una alegrísima pascua entre las demostraciones piadosas de una devoción restada, por lo que entendemos de su vida, entre virtudes heroicas, entre seráficas ilustraciones, entre delicias del paraíso: *deliciis affluens*.⁸³ Pues acabemos ya. ¿Quién es esta?, *quae est ista?*, que a esto sólo venimos, ni yo vengo a otra cosa. Pues sólo a esta pregunta me mandan que responda, y sin empeñarme en prolijos discursos, en conceptos sutiles, que me fuera más fácil que reducir a este sermón una vida cuanto más ejemplar tanto más dilatada; os respondo desde luego, por llevar algún hilo que me sirva de reclamo en la narración, con la misma pregunta que hicieron los ángeles de esa misma alma santa al nacer: *quae est ista quae progreditur, quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*⁸⁴ [Apostilla: Ambrosio, *Sobre Lucas*, lib. 2.] Pues ésta explica aquella, según dice con otros nuestro Cornelio [Apostilla: Cornelio, *ibidem*.], y por una y otra se significan los progresos con que de virtud en virtud, de prodigio en

⁷⁷ "He aquí a la Virgen."

⁷⁸ "He aquí a la escondida."

⁷⁹ "He aquí la esclava del Señor."

⁸⁰ "Salve, María."

⁸¹ "¿Quién es ésta que sube del desierto, rebosante de delicias?"

⁸² "Del mundo al cielo."

⁸³ "Rebosante de delicias."

⁸⁴ "¿Quién es ésta que avanza, cual aurora se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible, ordenada como de los campamentos la línea de batalla?"

prodigio, va subiendo el alma santa de la tierra al cielo, desde que nace hasta que muere. Y por eso digo que la esposa del Cordero, que poco ha subió desde esta ciudad al cielo, de virtud en virtud, de prodigio en prodigio; la misma que vino del otro a este mundo como aurora del Oriente, que rayó en nuestro hemisferio como luna hermosa, como sol escogida, como escuadrón bien ordenado.

PRIMERA PARTE

[188] Nació, como en su propio lugar, en el Oriente esta aurora; y aunque hay duda si fue puntualmente en Arabia la feliz o en la India oriental, lo más probable es que nació en las tierras sujetas al gran Mogor. Porque si es dulce el amor de la patria, era suavísima para esta virgen la memoria del Mogor, como de patria suya. A la ciudad de su nacimiento vio ya arruinada del turco en uno de los vuelos de su espíritu. Fue nieta de un emperador del Oriente, con quien estuvo casada su abuela, de cuyos nombres nunca quiso acordarse, por haber muerto en su idolatría (condición de la aurora, que no puede ver las sombras aunque tenga de ellas su origen). Bien que alguna vez, obligada de la obediencia, dijo que su abuelo se llamó Maximino. Y según parece, fue descendiente en el imperio como en la impiedad, del otro Maximino que, entre otras ilustres palmas, dio a la Iglesia a la ínclita virgen santa Catalina mártir.

[189] Tuvieron éstos una hija que se llamó Borta, que en lengua del Arabia quiere decir “fruta olorosa”. Y bien lo dio a entender el olor suavísimo que difundió en el fruto de su vientre hasta estos últimos términos del mundo. Casó ésta con un príncipe, dueño absoluto de algunas tierras del Mogor, a quien, como decía su hija, conocían todos por el nombre de señor; añadiendo que era de casa más augusta y noble que la de su madre y abuela, con haber sido la una hija y la otra mujer de un emperador (según parece), para que vean qué tal sería la calidad de aquella esclava, desconocida a nuestros ojos.

[190] Sus padres fueron gentiles, pero moralmente virtuosos, adoraban al verdadero dios de Abraham y confesaban tener madre en la tierra. Y como no quería Dios que hubiese cosa vulgar en esta sierva suya, empezó a ser milagroso en ella desde sus padres, tomando por instrumento al suyo para dar salud a enfermos, lanzar demonios de los cuerpos, serenar tempestades. Y para estos milagrosos o prodigiosos efectos se valía del agua de una fuente, a la que, según se discurría, comunicó Dios por medio de

uno de los apóstoles que llegó a aquellas partes;⁸⁵ soberana eficacia para semejantes prodigios que con ella obraba el padre entre los otros gentiles. Porque quería Dios hacer paso por los milagros en el padre, para sacar de él una hija toda milagro, como de los padres del Bautista dijo el grande san Ambrosio. [Apostilla: Cantares 6, 9] Perseguía a los ídolos y supersticiones del paganismo; pero entre ellos, como gentil ignorante de la verdad, perseguía también a Jesucristo, de quien debía tener alguna noticia, según discurría su hija. Hasta que un día, visitando las tierras de su señorío, se le hizo en contradicho un gallardo mancebo con el mismo traje e insignias que pintan las imágenes de Cristo resucitado. Le llevó los ojos al gentil, lo hizo llamar, y mandando retirar la gente que le acompañaba, se quedó a hablar a solas con el mancebo. Después de algún rato de una suavísima conferencia, se despidió el mancebo, poniéndole las manos en la cabeza al gentil y dejándole con ardientes deseos de la verdad, con amor al nombre cristiano y con grande horror al paganismo.

[191] A este paso competían en la gran madre del dios de Abraham, las finezas que hacía a Borta, apareciéndosele tan frecuente, tan hermosa, tan afable, que aficionando a su marido con participarle sus prendas, solían decir los dos que en bajando otra vez del cielo, se habían de abrazar con ella y no la habían de soltar, aunque quisiera, hasta que, asidos a su ropaje, se los llevara de una vez a su reino. Y aunque no lo consiguieron, según deseaban por entonces, les dio Dios tal hija, que por sus merecimientos consiguieron después las aguas del bautismo; y por el bautismo y buenas obras, subieron al reino celestial, como piadosamente podemos esperar.

[192] Pero, entretanto, iba Dios de esta suerte retirando poco a poco las sombras del Oriente para darle cuna a su aurora; pero tan poco a poco que se pasaron primero veinte años de una larguísima noche en una esterilidad afrentosa, para hacerse la mañana más estimada con los deseos. Clamaban sus padres a la gran madre del dios de Abraham, como allá en Isaías: *Custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte?*⁸⁶ [Apostilla: Isaías 12,⁸⁷ 11] ¿Hasta cuándo ha de durar esta prolija noche, esta esterilidad infecunda? Y apareciéndosele a Borta, según la invocaba, como guarda de una candidísima grey, como pastora rodeada de hermosísimos niños y niñas; le respondió

⁸⁵ Según tradiciones que no pertenecen al corpus oficial de la Iglesia, Bernabé y, sobre todo, Tomás llegaron al Lejano Oriente.

⁸⁶ "Centinela, ¿qué hay de la noche?, centinela, ¿qué hay de la noche?"

⁸⁷ En realidad, es el capítulo 21.

lo que se sigue en el profeta: *Venit mane*⁸⁸ [Apostilla: verso 12]. No te desconsueles que ya amanece, ya asoma la aurora por el Oriente; porque presto concebirás y parirás a una niña que sea como éstos que aquí ves.

[193] Y así fue, porque dentro de breve tiempo concibió y parió a esta esclarecida virgen, compendio de la hermosura de aquellos hijos de María, cuya primera cuna que la recibió al nacer, fueron los mismos brazos virginales en que descansó el Verbo eterno al salir al mundo en carne humana. ¡Oh, pasmo! ¡Oh, asombro! Nació con esta alba la risa al mundo, la alegría al Oriente, el regocijo a sus padres; sólo para ella nació la mortificación. Y las manos de la Señora destilaron mirra, de que había de hacer el esposo un acerico para que esta alma santa lo trajera en sus pechos desde el nacer hasta el morir, pues el nombre que le pusieron luego que salió de las manos de María fue el de Mirra; pero para endulzarla⁸⁹ bajó del cielo, pocos días después, la gran Señora a visitar a Borta. Y haciéndosele visible, le dio el pláceme de su alumbramiento y le mandó que la siguiese a un jardín vecino del palacio. Dificultosa obediencia en tan reciente parto, que exponía a que se aguara el regocijo con algún azaroso accidente; pero, sin poderse negar al impulso, siguió a la soberana guía hasta llegar al jardín, a donde le mandó la Señora que cavase la tierra con un alfanje que llevaba por báculo. Y a poca diligencia se encontró (¡qué ventura!) con un rico tesoro de joyas inestimables. Y ayudándole la Señora a llevarlas hasta su recámara, dejándolas en ella, le dijo: “Toma estas joyas y críame con mucho cuidado a esta niña”.

[194] Pues, qué se admiran ahora de que la hija del faraón cohechara a su misma madre, sin saber que lo era, para que le criara con diligencia a su adoptado: *Accipe puerum istum et nutri mihi, ego dabo tibi mercedem tuam*.⁹⁰ [Apostilla: Éxodo 2, 9.] De esto se han de asombrar y sacar de aquí cuánto valdría esta niña, pues le costaba al cielo un tesoro. ¿Qué sería en su edad más adulta, la que en su infancia era el desvelo de los cuidados del cielo? *Quid puella ista erit?*⁹¹ Esto deseaban saber sus padres. Y para responderles a propósito, deparó Dios tres peregrinos, como tres ángeles, que venían con fama de astrólogos o adivinos; y valiéndose el padre de la ocasión, les mandó que hicieran el horóscopo de su hija. Levantaron figura, hicieron sus conjeturas y hallaron todos de común acuerdo que la niña sería

⁸⁸ “La mañana viene.”

⁸⁹ En sentido figurado, pues la mirra es amarga al gusto.

⁹⁰ “Toma este niño y críamelo, que luego yo te pagaré.”

⁹¹ “¿Qué niña será ésta?”

un prodigio en la tierra, pero que no la gozarían sus padres, porque su buena fortuna la echaría al cabo del mundo.

[194]⁹²Y aunque tuvieron por embeleco el pronóstico, por lo menos la desgracia ya se las arrebatava de los ojos con bien trágicos sucesos, pues una vez deslizándose de la cuna sin ser vista, se fue poco a poco, como dicen, gateando, por jugar con las aguas de un río cercano a su palacio, donde, entretenida con los cristales, desvanecida con las corrientes movedizas, robada del envidioso elemento, se fue corriendo entre sus brazos río abajo. La echaron de menos sus padres. ¡Ay, cielos! ¡Cómo crecieron las aguas con sus lágrimas! ¡Cómo se levantaron las olas con el viento de sus suspiros! La buscaron por cinco días y al fin de ellos (¡qué milagro!) la hallaron viva, teniéndose contra la corriente impetuosa de una débil vara, de un junco leve. Más capaz era el bajel del pequeño Moisés y zozobraba peligrado en el Nilo [Apostilla: Éxodo 2].

[195] Pero si por la vara se entienden, en las sagradas letras, Jesús y María; yo no me admirara que entonces fueran el báculo y la vara que la consolaban, manteniéndola segura en el mayor peligro de la vida. *Si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es. Virga tua et baculus tuus, ipsa me consolata sunt.*⁹³ [Apostilla: Salmos 22]. Pues ya en los crepúsculos de esta edad, se le aparecían estas dos primeras majestades del cielo con los señores san Joaquín y santa Ana, provocándole los deseos de recibir el bautismo. Y para abrirle camino para recibirlo en tierra de cristianos y verificarse el anuncio de los adivinos, permitió Dios que sus padres, huyendo de las hostilidades que padecían del turco en sus tierras, se entraran más adentro a una ciudad marítima de su dominio donde aportaban, para comerciar, las naves portuguesas.

[196] Algunas de éstas corrían la costa con piratas de haciendas y personas. Y ven aquí que en una de estas correrías se encontraron con Mirra y otro hermano suyo, que estaban jugando en la playa con otros de su edad. Y dando sobre todos ellos los piratas, los juntaron con los demás prisioneros y dieron la vuelta hacia sus tierras. Ponderen allá si sería sensible a un corazón noble, en quien estaba tan fresca la sangre de los monarcas del Oriente, pasar en un punto de señora a esclava, viéndose desnudar de sus ricos vestidos y preciosas joyas por el andrajo y corto abrigo de una frazadilla

⁹² Por error tipográfico, se repite el número del párrafo anterior.

⁹³ "Aunque ande por sombra de muerte no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan."

corta y raída; tratada como prisionera entre la chusma del navío, debajo de cubierta, una princesa, niña tierna como de diez años de edad, sin esperanzas de volver jamás a ver a su patria y padres. Por sólo esto, llegó a decir san Agustín que salió Abraham de sus tierras acompañado de la crueldad: *Crudelitate socia*⁹⁴ [Apostillas: Génesis 22; sermón 68].

[197] Fue tal el sentimiento, que para mitigarlo hubo de bajar del cielo el mismo Jesucristo, dejándose ver con el mismo rostro de su padre (que, según ella decía, era muy parecido al *facies Christi*⁹⁵ o imagen de la Verónica que está en este altar de nuestro padre san Ignacio); y el modo de consolarla fue decirle que él sería su padre en adelante y todo su alivio. Y bien fue menester para lo mucho que le hizo padecer desde este tiempo su esclavitud forzosa, su rara hermosura, su virginidad constante. Llegaron los piratas a Cochin y después de haber gastado algún tiempo en catequizarla los padres de la Compañía de aquellas partes, le administró las aguas del bautismo un cura clérigo, párroco de una de las iglesias de la dicha ciudad, llamándole Catarina de San Juan. Que entonces es aurora el alma santa, dice Aponio, cuando amanece a la gracia en el Oriente del bautismo. *Aurora consurgens ad sacrum baptismum*.⁹⁶ [Apostilla: Aponio, *hic*.]

[198] Aquí se le abrieron los cielos como al Señor en el Jordán, y se le hicieron presentes las soberanas majestades, Jesús, María, Joaquín y Ana; mirándola con ternura, acariciándola con cariño. Y valiéndose de la ocasión, suplicó a la gran matrona santa Ana fuese su madrina para que su hija y nuestra reina la recibiese por esclava. Y admitiendo el oficio, la señora santa Ana tomó a la niña en sus brazos, presentándosela a su hija, no por esclava sino por hija querida. Y en señal de que la recibía por tal, le dio la mano la Señora, la recogió en su regazo. Y Catarina entonces, atónita con tal dignación, daba voces: “No Señora, no soy digna de ser hija. Esclava, esclava vuestra, para barrer con mi boca vuestra casa, para servirlos entre los criados de vuestra familia. Si queréis santificar vuestros brazos, ahí tenéis los ángeles, que yo soy polvo y ceniza”. Pero Dios, que ensalza el polvo, se pasó de los brazos de su madre a los de esta su hija, sacándola fuera de sí con el exceso de favor tan extremado.

[199] ¡Ay, mi Dios! ¡Y cuáles estarían los ángeles! Cómo repetirían asombrados su pregunta: ¿Quién es ésta?, *Quae est ista?*, al verla subir del

94 “Con la crueldad por compañera.”

95 “Rostro de Cristo.”

96 “Aurora que se levanta al sagrado bautismo.”

polvo de la tierra a la alteza de tan eminente privanza: *Aurora consurgens*.⁹⁷ Si no es que lo decían por sus viajes: *quae progreditur*,⁹⁸ pues habiendo dejado en Cochin a su pequeño hermano, no hacía otra cosa en este tiempo que navegar con sus amos de puerto en puerto, que costear de isla en isla, hasta llegar a las Filipinas. Y apenas llegó a Manila cuando acá, en esta ciudad de los Ángeles, Dios, que mueve las voluntades humanas para que le sirvan en los consejos de su providencia; dio deseo al capitán Miguel de Sosa de tener una chinita modesta y agraciada, que le sirviera de consuelo a él y a su esposa, doña Margarita de Chaves, en falta de sucesión que lloraban. Y como Dios andaba en todo esto, hizo que a esta sazón se le entrase por las puertas un portugués mercader, compadre suyo, que iba a despedirse para Manila, y logrando tan buena ocasión, le encargó Sosa la diligencia. Él prometió hacerla con cuidado.

[200] Y supo hacerla con tal esmero, que apenas llegó a Manila cuando se fue a ver las piezas de esclavos que se vendían. Le robó los ojos, entre todos, esta niña. Preguntó el precio, pero el dueño respondió que, fuera de aquella, pusiera los ojos en los demás, porque sólo esa no se vendía, por ser la joya de su mayor aprecio. Le dio noticia de sus raras prendas, de su calidad, de su virtud, de su modestia, le exageró su hermosura y habilidades singulares; y como todo esto era lo que buscaba el marchante, no hacía más que picarle el gusto, que encenderle el deseo. Instaba una y otra vez. Repite una y otra visita. Prométele el comprarle diez pares de esclavos, sólo porque le venda esta niña. Y, fuese por las instancias, fuese por el interés, él la vendió por lo que quiso y ella fue la mujer fuerte que trajo: *Procul et ab ultimis finibus pretium eius. Id est, ab ultimis terrae finibus quo libet oblato pretio, coemenda*,⁹⁹ [Apostillas: Proverbios 31; Salazar, verso 2, *ibidem*] como explica Salazar. Pero como valía más, costó más. Y el Demonio, que ya temía la guerra que le había de dar en estas partes, se valió de cuantas dificultades pudo para impedirle el paso; porque he aquí que, al mismo tiempo, llega carta del virrey de México al gobernador de Manila para que le envíe una esclavita de las calidades de Catarina; y como no era fácil hallarlas en otra, hizo cuantas diligencias le dictó el deseo de dar gusto a tal príncipe, para sacarla de donde la tenía escondida el mercader. Pero nunca pudo, porque

⁹⁷ "Aurora que se levanta."

⁹⁸ "Que avanza."

⁹⁹ "De lejos y desde los confines últimos su precio. Esto es, desde los últimos confines de la tierra, lugar que gusta para comprarla por el precio ofrecido."

éste y Dios, que así lo quería, la supo ocultar con tal arte que llegó hasta vestirla de hombre, para que ni al tiempo de embarcarse la pudieran conocer en el registro. No hizo otra cosa la sabiduría del Verbo para hacer su viaje al mundo, sin que lo conociera aun el mismo Demonio, sino vestirse de hombre con el vestido que le dio la aurora: *Ab aurora tibi ros*,¹⁰⁰ [Apostilla: Salmo 109, de la raíz hebrea] o como dice nuestro Bellarmino: *Amictus adolescentiae tuae*.¹⁰¹

[201] Con éste llegó la nuestra desde Filipinas hasta el puerto de Acapulco, adonde salió a recibirla en persona el capitán Miguel de Sosa, entendiendo el tesoro que le traían y el peligro de perderlo si lo trajera en público por el camino. Recibió a esta niña como a un ángel, la asistió en el camino como a hija propia hasta ponerla en esta ciudad de los Ángeles, para gran felicidad nuestra, a quince de enero del año de diecinueve o veinte de este siglo de seiscientos, teniendo de edad de once a doce años. Todavía niña, todavía luz; que ni bien era de día, ni bien era de noche. Porque si vemos al tiempo su gentilidad, no era toda de día, pues aún tenía sombras del paganismo; ni era toda de noche, pues era tan ilustrada con las luces del cielo. Si la vemos al tiempo de su cristianismo, apenas acababa de salir de su Oriente, pues no habían pasado dos años cabales de su bautismo. Era un crepúsculo de la mañana, era una luz media entre el día y la noche: *Aurora consurgens*.

SEGUNDA PARTE

[202] Ahora sí que es luz perfecta, porque es como la luna, *sicut luna perfecta*¹⁰² [Apostilla: Salmos 38, 38]. No sólo por el sacramento de la confirmación, que recibió luego que llegó a estas partes, sino también por la oración y trato familiar con Dios, a que se dio desde luego, pasándosele las noches de claro en claro; unas veces luchando con el sueño; otras, regalada con visitas soberanas; hasta que a la mañana, para no ser sentida, la pasaban los ángeles por sus manos del oratorio a su mismo cuarto y cama. No sólo por la rígida penitencia a que se daba con tanto tesón, que llegó a debilitarle, sino por el voto de perpetua virginidad con que consagró a Dios su extremada belleza, siempre triunfante en los mayores peligros; porque

100 "Para ti el rocío de la aurora."

101 "El manto de tu juventud."

102 "Perfecta como la luna."

una hermosura tan singular como la de la luna, *pulchra ut luna*,¹⁰³ una castidad tan extremada que fue aplaudida de los mismos gentiles como la de ese astro, *casta Lucina fave*¹⁰⁴ [Apostilla: *Virg. In. Pol.*]; y eso a pesar del poder de las tinieblas, y eso superior a la noche y sus peligros, *ut praesset nocti*,¹⁰⁵ [Apostilla: Génesis 1, 1] ¿cómo no había de salir perfecta? *Sicut luna perfecta*.¹⁰⁶ Ahora lo verán.

[203] Fue una de las más agraciadas y perfectas hermosuras que conoció su edad. Su color más blanco que trigueño, el cabello rubio, la frente espaciosa, los ojos vivos, la nariz bien nivelada, todas las demás facciones del rostro a la medida de un airoso garbo de todo el cuerpo; pero como todo esto se juntaba con un eficaz deseo de conservar incontaminada su pureza, es indecible lo que le hizo padecer en su vida. De tres años era cuando, horrorizada de las caricias que le hacía un nobilísimo mogol prendado de su gracia y hermosura, pretendiente desde entonces de su tálamo para su tiempo, se halló huyendo de su casa. Se entró en un tupidísimo bosque, y después de muy buscada, la hallaron en una cueva rodeada de viboreznos que acababa de parir una víbora, jugando sin peligro y aun a gusto con las culebras, sólo porque no jugaran con ella los hombres con mayor peligro de su pureza, privilegiándola el cielo con el triunfo que consagró antes a las infancias de un dios en la pureza del evangelio: *Delectabitur infans ab ubere super foramine aspidis et in caverna reguli, qui ablactatus fuerit manum suam mittet. Non nocebunt, neque occident*.¹⁰⁷ [Apostilla: Isaías 11, 8]

[204] Después que la robaron los piratas, componiéndose presto en Cochin sobre el repartimiento de la demás hacienda, ¡qué pleitos! ¡Qué pendencias no trabaron por llevarse cada uno aquella prenda!; hasta que se redujeron a jugarla, como en el Calvario la túnica inconsútil del Salvador, para que se la llevara consigo el ganancioso. La ganó uno, y envidiosos los otros de la ganancia, se la metieron a pleito. Jugaron las lanzas, esgrimieron las espadas, hasta que, por acabar con todo, le arrojó un soldado un chuzo¹⁰⁸ con intento de matarla; pero alcanzándola sólo en un brazo, fue éste arco de paz que clausuló la contienda, pues así que vieron correr la sangre

103 "Bella como la luna."

104 "Sé favorable, casta Lucina."

105 "Como si presidiese la noche."

106 "Cual perfecta luna."

107 "El niño de pecho jugará sobre el agujero del áspid y el que haya sido destetado meterá su mano en la caverna del basilisco. No harán mal ni dañarán."

108 Palo que lleva un clavo de hierro. Es arma defensiva y ofensiva.

y las lágrimas, se acabó con lástima la pendencia y dejaron que se la llevara su dueño. Pero después, ¡qué censuras no se fulminaron porque la descubriera el que la llevó! ¡Qué rescate no prometía su padre! Y a todo esto, el poseedor bien hallado con su tesoro, lo escondía debajo de siete estados,¹⁰⁹ sin dejarle ver sol ni sombra, siendo la cárcel el premio de su castidad y hermosura; como de José dijo san Ambrosio: *Supplicium carceris, praemium castitatis*.¹¹⁰ [Apostilla: Libro de José]

[205] Hasta que de aquí la sacó de rastro un mercader del Mogor, y valiéndose de la justicia, hizo que la pusieran en depósito en casa de una noble mujer, que fue una Magera infernal de esta inocente. Pues ésta le estrechó la cárcel y apretó los tormentos, porque viendo que la hermosura del depósito era ocasión de las frecuentes visitas del mercader, picada con los celos y rabiosa con la envidia, la consumía a maldiciones, la maltrataba a golpes, la desgredaba a repelones, la entecaba¹¹¹ a ayunos. Hasta que, para concluir con todo, le sugirió el Demonio este detestable consejo: “Sácala a la playa, ponle una piedra al cuello y arrójala con temeridad a las aguas”. Pero, ¡oh, prodigio del cielo!, ¡oh, poder de la hermosa luna en el cristalino elemento! Aquí le deparó Dios el ancla de un navío, de cuyo cabo se detuvo largo tiempo, hasta que un portugués compasivo que acertó a llegar, la sacó del naufragio.

[206] Después, en la navegación de Cochin a Manila, ¡qué golpes, qué palos, qué azotes, qué persecuciones no padeció! En Manila, ¡cuántas veces estuvo en peligro su vida por resistirse a un gran príncipe que la pretendía para esposa! En el resto de esta edad, ¡cuántas veces la acometió el Demonio!; ya por sí mismo en figuras tanto más peligrosas cuanto más halagüeñas, ya con sugerencias torpísimas, ya valiéndose de hombres desalmados con temeridades inauditas. ¡Caso raro! Pasaba una vez sola de una oficina a otra dentro de su casa, en ocasión que la esperaba en el zaguán un mozuelo perdido por su hermosura. Y viéndola sola y sin amparo, se le fue a los brazos, pero ella, con el ahogo, con el aprieto, y más con la valentía de su casto espíritu, le arrojó de sí; con tal ímpetu, que faltó poco para estrellarlo contra la pared. Se levantó el mozuelo fuera de sí con el golpe y se fue jurándole que a su pesar había de ejecutar su mal deseo. Invocó al Demonio para el efecto. Se le apareció éste, y dejándolo en su casa, en su mismo traje y figura

109 “Bajo siete estados (de tierra).” Refrán antiguo para referirse a lo que está muy oculto.

110 “El suplicio de la cárcel es el premio de la castidad.”

111 La debilitaba y la hacía enflaquecer.

para que no lo echaran de menos, se fue a buscar una hechicera para que le facilitara la empresa. Singular castigo: después de dos días desapareció el demonio sustituto; y el lascivo, hasta hoy, ni vivo ni muerto ha aparecido.

[207] Fatalidad tan sensible para esta alma pura; como si su belleza hubiera tenido la culpa de la perdición de este miserable, que para aliviarle la pena, le envió Dios de sus celestiales alcázares a la esclarecida virgen y mártir santa Catalina que, apareciéndosele muy cariñosa, le dijo: “Catarina, desde hoy somos hermanas las dos en la pureza y en el martirio, pues ambas lo padecemos por guardar sin manchilla nuestra virginidad”. Dijo y la dejó confortada para el mayor de los martirios que le faltaba por padecer a su pureza, tanto más sensible cuanto más armado de la espada del espíritu y que le pudo hacer levantar el grito con el santo Job: *quare persequimini sicut, Deus?*,¹¹² [Apostilla: Job, 31] cuando los hombres con celo santo la obligaron (siendo virgen por voto) a tomar esposo en la tierra. Y fue así:

[208] Poco después que llegó a esta ciudad, se llevó Dios a su padrino, Miguel de Sosa, y de ahí a algún tiempo a su consorte, doña Margarita de Chaves, ya monja profesada de las descalzas de la santa virgen y madre Teresa de Jesús, quedando Catarina como huérfana de padre y madre, a cargo de don Pedro Suárez, sacerdote ejemplar que por aquel tiempo había pasado de Filipinas a este reino. Y haciendo dictamen que sería gloria de Dios el que Catarina tomara el estado del santo matrimonio, trató de casarla con un esclavo suyo de conocida virtud que se llamaba Domingo, con el intento de que éste fuera como el procurador y Catarina como la ama de un colegio de niñas que se trataba de fundar en esta ciudad. Y habiendo recabado el consentimiento de Domingo para este fin, se fue a pedir el suyo a Catarina. Lo oyó y quedó asombrada, sin poder responder en mucho rato, hasta que volviendo en sí, le dijo que no se tratara del punto, porque ella ni quería ni podía querer otro esposo que Jesucristo. Instó el sacerdote sin saber la causa de la resistencia (ni Dios permitió que la supiera, por dar en qué merecer a esta alma pura y dejar en ella ejemplo a los tres estados de vírgenes, casadas y viudas). Se valió de sus padres espirituales para que la obligaran a obedecer, como lo hicieron. ¡Qué campo de batalla fue entonces su corazón, combatido de poder a poder, del cuerpo y del espíritu!, de su cuerpo virginal, de su espíritu prontísimo. Peleaba la virginidad por su parte; reclamaba la obediencia por la suya. “¿Pues qué haré, Dios mío?”, se volvía a

112 “¿Por qué han de perseguirme así, Dios?”

su esposo su atribulado espíritu: *Quo modo fiet istud, quoniam virum non cognosco?*¹¹³ [Apostilla: Lucas 1] Le respondió el Señor: “Obedecer, que la obediencia sabrá unir la pureza virginal con el matrimonio”.

[209] Dijo Catarina: “Pues con esta condición me convengo”. Y hablando con Domingo, le dijo: “Como tú me perdones el lecho, yo seré tu esposa”. Aceptó desde luego la condición y con ella se efectuó el casamiento, aunque el marido no entendió el sentido de la condición; pues Catarina le reconvino siempre con la palabra dada. La decisión del punto se remitió a hombres doctos. Y entretanto padeció Catarina de su marido lo que los mártires de los tiranos; pues, a no haberla defendido el brazo poderoso, hubiera padecido mil muertes después de desprecios innumerables y malos tratamientos inhumanos y sin ponderación. Pero jamás permitió Dios que cayera de su felicísimo estado, valiéndose para ello de medios maravillosos, dignos de su omnipotencia; los cuales, por bien averiguados, dieron fundamento para que la enterrasen, como visteis, con palma y corona, insignias de virgen incontaminada. Pero no por eso dejó de mirar a su marido, en muchos años que vivió con él, como a superior y cabeza, sirviéndole como esclava, vendiendo sus joyas para comprarle la libertad, dándole salud milagrosa en un mortal achaque en que ya agonizaba, hasta llevarlo al fin de su vida al cielo con sus lágrimas y penitencias.

[210]¹¹⁴ Todos estos apretados lances le hacían prorrumper en lágrimas y llenar el cielo de suspiros, clamando muchas veces de lo íntimo de su corazón: “¿Cómo es esto, esposo y señor mío? Vos solo me sacasteis por vuestra misericordia de la superstición del gentilismo; vos me disteis victoria de mis enemigos por mar y tierra; vos me habéis hecho los favores que sabéis vos sólo. Pues, ¿cómo dejáis en contingencia mi pureza, en peligro la fidelidad que os debo? Si mi hermosura es la causa, ¿para qué es hermosura? Postrada en vuestra presencia, puestas las rodillas en tierra, cosido con el suelo mi rostro; os pido me la quitéis y mil hermosuras que tuviera, y me hagáis fea y despreciable a los ojos humanos, para que sea bien vista sólo a los vuestros”. ¿Quién ha oído tal petición en el mundo, en una mujer hermosa y en la flor de su edad, celebrada y pretendida de todos por su gran belleza? Vengan aquí cuantos pierden a Dios por no perder una hermosura caduca. Oigan este ejemplo y córranse avergonzados hasta los abismos.

113 “¿Cómo será esto, pues no conozco varón?”

114 Por error tipográfico, el número consignado en el original es 110.

[211] Oyó su esposo la petición y, siendo niña y muy bella, se le fue desde entonces amortiguando el color, enturbiándose el cabello, secándosele las carnes y mudándosele todas las facciones del rostro, quedando éste, aunque venerable, desde aquel día desapacible a la vista. Pero entonces comenzó a ser más suya la hermosura, ¡pues cuando la luna pierda la luz que la hermosa, entonces será suya, no habiéndolo sido hasta entonces! *Luna non dabit lumen suum*,¹¹⁵ [Apostilla: Mateo 24, 29] al fin del mundo será suya *lumen suum*, sólo porque la pierde *non dabit*.

Aun no lo digo por eso, sino por este caso que le sucedió en esta ocasión. La visitó su esposo Cristo, acompañado de tres vírgenes, las dos muy blancas y la otra algo trigueña, pero todas como tres bellísimas gracias o tres divinas beldades, que al parecer competían sobre el primado de la hermosura. Y conviniéndose todas en que Cristo, mejor Paris, fuese el árbitro en la competencia, pronunció el Señor que la trigueña era más hermosa que las dos. Y preguntándole Catarina quiénes eran las dos blancas y quién era la trigueña, le respondió el Señor: “Mira, esta blanca y hermosa es santa Inés; esta otra hermosa y blanca es santa Catalina mártir; esta trigueña eres tú. Tú eres la más hermosa”. Sería porque no se oye que estas dos purísimas vírgenes pidiesen perder la hermosura corporal, como lo pidió la trigueña para asegurar la pureza, y en esta prerrogativa estaría la preferencia de la hermosura. O fue para significar, con algún símil, que cuanto se había atrasado en la hermosura del cuerpo, había crecido en la del espíritu, cuanto excede un alma pura a un cuerpo muy hermoso; y que no por morena dejaba de ser agraciada entre las que más, como si dijera: “Tú puedes decir: ‘Yo soy morena, pero hermosa como los tabernáculos de Cedar; como las tiendas de Salomón, [Apostilla: Cantares 1, 5] que sólo conoce su hermosura quien penetra en su interior’”. Vean ahora si fue suya la hermosura cuando la perdió: *luna non dabit lumen suum*.¹¹⁶

[212] Y si no lo han visto bien, mírenlo mejor en este espejo. Le dio un día deseo de verse el rostro y, manifestándosele a su esposo, le dijo: “Pues mírate en mí”. Miró al Señor y vio en su pecho una niña hermosísima, tanto que, saliendo de sí, le dijo al Señor: “Pues si yo soy esa niña tan linda, ¿cómo parezco a los humanos ojos fea, china y vieja?” Y quitándole el Señor una como máscara que tenía sobre el rostro, se vio en sí misma tan

115 “La luna no dará su resplandor.”

116 “La luna no dará su resplandor.”

hermosa y agraciada como se había visto en el espejo. Y olvidada de lo que le había pedido, le replicó: “¿Pues por qué me has puesto de esta manera?” Y el Señor le dijo: “Para que ninguno ponga los ojos en ti; porque de mí sólo seas bien vista y muy querida”. Y bien así que en la luna todos pueden poner los ojos, en el sol ninguno sin cegarse. Porque la luna se precia más de hermosa que de escogida: *pulchra ut luna*;¹¹⁷ pero el sol, de tan escogido para trono de sólo Dios, como es escogida el alma santa para tálamo del celestial esposo: *Veni, electa mea. Ponam in te thronum meum, quia concupivit rex speciem tuam. Electa ut sol*.¹¹⁸

TERCERA PARTE

[213] El modo de escogerla fue entrársele en su pecho, al lado del corazón, ardiendo en él como un fuego vivo por tres días continuos, consumiéndole todo apetito de sensualidad y dejándolo, como ella decía, todo bañado de luces, cercado de resplandores como un sol. Y estando así, tan lucido, tan al gusto de Dios, era de asombro a las inteligencias del cielo ver al mismo Dios jugar y entretenerse con él. Y viéndolo Catarina, le decía: “Señor mío, pues te regalas con mi corazón, dame el tuyo para que yo también me regale con él”. *Dilectus meus mihi et ego illi*¹¹⁹[Apostilla: Cantares 2, 16] Y al punto se hallaba con el corazón de Cristo en sus manos o en su pecho, se entretenía con él en amorosos y tiernos coloquios. Otras veces veía el corazón de Cristo en forma de un bellissimo niño y el suyo como una niña muy agraciada; y que los dos, como dos criaturas, se ponían a jugar y a divertir con un entretenimiento inexplicable. Con esto ella se derretía hasta desfallecer en los amores de su esposo; sin pensar de día ni soñar de noche sino las perfecciones de su querido. Éste hacía con ella las mismas finezas y demostraciones. Le daba músicas, hacía del embozado ocultándose entre hermosas fajas de nubes, la aficionaba con celestiales ternuras, diciéndole: “Niña de mis ojos, esposa de mi corazón”. Y como si le pidiera celos cuando se encomendaba a los santos, le decía: “Bueno es eso, Catarina. Y yo, ¿dónde estoy?” Se venía muchas veces a sus brazos, sacándola de sí con arrobos extáticos. Y se hallaba con coronas de flores

117 “Hermosa como la luna.”

118 “Ven, escogida mía. Pondré mi trono sobre ti, porque el rey deseó ardientemente tu vista. Escogida como el sol.”

119 “Mi amado es para mí y yo para él.”

de singular hermosura, con anillos de piedras muy preciosas, con joyas de margaritas¹²⁰ inestimables.

[214] Y de esta comunicación tan del cielo, sacaba una respuesta a las admiraciones de su confesor, que sólo podía darla quien hablaba en su corazón. El caso era que se pasmaba su confesor consigo mismo de oírle revelaciones tan frecuentes y tan maravillosas que, si no excedían, igualaban las de la venerable doña Marina de Escobar,¹²¹ gastándose los días, los meses y aun los años en oírse las. Y esto con una circunstancia notable, que siendo en la conversación ordinaria bozal y muy cerrada, que apenas decía un periodo bien seguido, en llegando a estos puntos se explicaba con tanta elocuencia, con tal energía, con expresiva tan puntual, que parece o que salían de madre de los cuatro ríos del paraíso¹²² o que hablaba el coro de los querubines. Y penetrando entonces el ánimo del confesor con aquel don de hablar al interior de cada uno (en que fue admirable), le decía: “Pues mira lo que te he dicho respecto de lo que dejo y no hay tiempo para explicar. Es como si de infinitos montes fuera quitando a cada uno una sola piedrita y dejara todo lo demás. ¿Cuánto me dejaría? Porque quiero que sepas que no hay lugar en el cielo, ni en la tierra, ni en el mismo infierno, no se hace cosa en el universo todo de que yo no te pudiera dar alguna razón [aquí la respuesta], porque ese es el amor. Y como dos amigos de corazón no pueden tener una cosa secreta que no se la revele al otro, así Dios, habiéndome dado el corazón, no me reserva cosa que no me manifieste. Y a nuestro modo de entender, no se puede contener sin participarme cuanto pasa en el universo”. Raro y singularísimo testimonio, adonde ni llega la ponderación ni halla voces la oratoria.

[215] Ponderaba el padre espiritual qué tal estaría, según esto, el corazón de aquella alma, pues así se medía con el divino. Y respondiéndole inmediatamente al pensamiento, le decía: “Está como corazón que corre por cuenta y manos de mi Señora, porque yo se lo doy para que me lo lave y purifique. Y así, purificado y limpio, se lo dé a comer a mi querido, que le saben muy bien las azucenas. Y yo veo que lo lava, que lo limpia y se lo da. [Apostilla: Cantares 2, 16] En una de estas ocasiones vi que, sin dárselo yo, me lo sacó del pecho, y al presentárselo oí al padre eterno que, extendiendo

120 Es decir, perlas.

121 Venerable y mística española del siglo XVI.

122 En el Génesis, cuatro ríos místicos que manan en el Jardín del Edén, junto al Árbol de la Vida.

el brazo con la majestad de dios y con el cariño de padre, decía: ‘Venga ese corazón para mí, que yo también lo quiero’”. ¡Oh, gran Dios! Adoro vuestra bondad y confieso que aquí se va a pique el entendimiento humano en el piélago insondable de tanta dignación.

[216] No en balde se llama el sol, en buenas letras, corazón del cielo, *cor coeli* [Apostilla: *Coello Rhod*, libro 24, capítulo 12], porque viene a ser como su centro. Y el corazón de esta alma, como sol bañado de los rayos de la divinidad, era el atractivo de cuanto bueno hay en el empíreo. ¡Qué finezas las de la beatísima trinidad! ¡Qué ternuras las de un dios hombre! ¡Y qué favores los de una madre virgen! Aun antes de nacer ya la había escogido para suya María, la Señora. En naciendo la recibió en sus brazos; su crianza le costó un tesoro. En el bautismo la adoptó por hija; y para que lo fuera a sus pechos, una vez en esa iglesia de santa Catalina, se los franqueó con cariñosa liberalidad, convidándole con su purísima leche. Pero Catarina hundida en su nada, como solía, le daba voces: “¿Cómo, Señora, cómo puede ser esto? ¿No os acordáis que me comprasteis con vuestras joyas desde que nací? ¿Pues cómo hija? Esclava, esclava vuestra. Y aun de eso no soy digna”. Y la respuesta era convocar a los celestiales espíritus para que la festejaran como a hija muy regalada.

[217] ¡Ah! Y si los vierais en aquella romería que hizo de esta ciudad al santuario de Cosamaloapan: ¡Cómo vierais que se renovaban en su camino los prodigios de la salida de los hijos de Israel de Egipto! [Apostilla: Éxodo 13, 3; Salmos 113¹²³] Iba por ese camino esta esposa del Altísimo y vierais a los árboles, unas veces, que se inclinaban hasta el suelo en profundísima reverencia; otras que, alternándose con los montes, la entretenían con festivas danzas. Las nubes mojando a otros caminantes con recios aguaceros, a ella le hacían como un toldo de cristal para que no le tocara ni una gota. Los ángeles, como rayos arqueros de este sol, unos iban por delante descombrándole de piedras el camino, otros secándole los ríos, otros igualándole las quebradas, éstos llevándole del freno la cabalgadura en que iba, aquellos poniéndole en guarnición para que no la ofendieran los ladrones. Pues, ¿quién dirá las visitas del cielo, los éxtasis, los arrobos que tuvo, el largo tiempo que estuvo en aquella santa casa?

[218] Sólo estas dos señoras, de la Congregación y de Loreto, pudieron competir en las finezas. Luego que llegó a esta ciudad, se asentó en la

123 Corresponde al 114.

congregación de la santísima Virgen y en la esclavitud de los cinco señores.¹²⁴ Y correspondía a esta fidelidad la Señora con darle muchas veces aquel Niño para su consuelo, con decirle que para los demás congregantes eran las migajas, pero para ella los platos más regalados de la mesa. Veía subir desde aquellas sacratísimas manos al cielo sus oraciones en forma de hilos de oro purísimo, de vapores de aromas muy deliciosos. Y a ese paso se esmeraba en favorecerla la señora de Loreto, dejando tal vez aquel trono por bajar a conversar con ella, con la familiaridad que una amiga trata con otra. Extremándose tanto una y otra en estas asistencias, que le llegó en una ocasión como a pedir celos la Señora de la Congregación de la imagen de Loreto.

[219] Veían esto los soberanos espíritus. Y qué había de hacer su príncipe y señor nuestro, san Miguel, sino asistirla como el más fiel vasallo de la gran reina; ya acompañándola en las correrías que hacía en espíritu por este mundo y ya llevándola al purgatorio para que sacara por su mano las almas de sus devotos, presentando sus peticiones en el trono de la santísima Trinidad. Veían también estos favores los demás santos y se empeñaban todos en favorecerla con tanta continuación, con extremos de amor tan singulares, que sólo en decir sus nombres, en apuntar sus visitas, se nos iría el sermón en una letanía muy larga. Pues al modo que, siendo innumerables los santos y uno solamente el sol, todos quieren parecerse al sol, *Iusti fulgebunt sicut sol*.¹²⁵ [Apostilla: Mateo 13, 43] Así, siendo una sola esta alma y los santos sinnúmero, todos la amaban como a semejante, la querían por escogida como el sol: *electa ut sol*.

[220] Pero entre todos, según ella decía: “Los que más me favorecen son los cinco señores y los santos de la Compañía”. ¡Oh! Y qué campo tan inmenso se descubría aquí, o a la gratitud o a los obsequios de mi religión, con esta alma santa que tanto le debió. Mi gran padre san Ignacio la tomó por hija desde que recibió las aguas del bautismo, naciendo a la gracia en los brazos de sus hijos. La acariciaba como padre, le enseñaba como maestro, la reducía a su casa como pastor. En una ocasión lo vio en la iglesia catedral hincado de rodillas, puestas las manos delante de una imagen de la santísima Virgen, pidiéndole con instancia que no dejara salir de su casa a Catarina, ni desamparara a sus hijos. Le acompañaba en estas agencias

124 Jesús, María, José, Ana y Joaquín.

125 Los justos resplandecerán como el sol.

el grande apóstol de las Indias san Francisco Xavier, asistiéndole ordinariamente al lado. Y para sacarla a medida de su corazón, le infundió en el suyo, un día de su fiesta en esta iglesia, aquel fuego con que se abrasaba el apóstol en celo de las almas. Y ardió con tanta actividad que le hizo clamar: “*Satis, Domine, satis. ¡Basta, Señor, basta, que no puedo más, que reviento!*” Al entrar en esta ciudad, la recibió por hija de su espíritu el doc-tísimo ilustrado varón, el padre Miguel Godínez, a quien se siguieron casi sin interrupción los confesores que tuvo hasta morir, sin que se viera en esta Sulamita otra cosa sino los coros que hacen compañía en el alma santa: [Apostilla: Cantares 6, 12] *Quid videbis in sulamite nisi choros castrorum?, nisi societatem ad pugnam paratorum?*,¹²⁶ como trasladó Arias Montano.¹²⁷ [Apostilla: Arias Montano, *ibidem*] Ni ella parece que veía otra cosa sino los trabajos de la Compañía para llorarlos, los buenos sucesos para aplaudirlos, las almas de los suyos que salían de esta vida, o para acompañarlas al cielo o para suavizarles las penas. Y al fin murió y descansa, para singular ornamento de la Compañía, en manos de sus hijos; tanto que pudieron preguntar los ángeles: “¿Quién es ésta que sube en compañía de su esposo, que es Jesús? *Quae es ista quae ascendit de deserto associata dilecto?*”¹²⁸ [Apostilla: *Apud* Cornelio, *hic.*] —como lee el hebreo—. ¿Quién es ésta que sube de virtud en virtud, rodeada de un orden que es la compañía del Dios de los ejércitos?: *Quae es ista quae progreditur ut castrorum acies ordinata?*”¹²⁹

CUARTA PARTE

[221] Sino sea que lo digan por el escuadrón bien ordenado de sus virtudes. Porque si éste se compone de estrellas, como juzga nuestro Alcázar [Apostilla: P. Alcázar, *Sobre Apocalipsis 12*], las estrellas se llaman virtudes del cielo en el evangelio, *virtutes coelorum commovebuntur*.¹³⁰ [Apostilla: Mateo 24, 29] Y la primera que se descubre a la vista es la que está más cercana al polvo. ¿Quién diría que un espíritu tan elevado había de ser tan profundo, que unas ilustraciones tan claras se habían de fundar en una humildad tan abatida? ¿Quién supiera que se hermanan bien las estrellas más brillantes

126 “¿Quién verá en la Sulamita sino los coros de los campamentos alistados?, ¿sino la compañía para el combate?”

127 Benito Arias Montano, escritor políglota español del siglo XVI.

128 “¿Quién es ésta que sube del desierto apoyada en su amado?”

129 “¿Quién es ésta que surge imponente como batallones?”

130 “Las virtudes de los cielos serán conmovidas.”

con el polvo más abatido?, *sicut stellas coeli, sicut pulverem terrae*.¹³¹ [Apostilla: Génesis 26, 4] Se llamaba gusanillo vil, indigno aun de arrastrarse por la tierra; bestia indómita que había menester tres confesores, uno que la enfrenara, otro que la enjalmara¹³² y otro que la picara. Vivió algún tiempo, recién venida a esta ciudad, en un aposentillo desacomodado, vecino a una caballeriza; con tanto gusto suyo que, intentando mejorarla de habitación, se resistió cuanto pudo, diciendo que una bestia estaba en su lugar junto a otras bestias. Lo mismo diría la estrella más hermosa que se vio en el mundo: *Ilustrior caeteris, pulchrior quae syacribus*,¹³³ [Apostilla: San León, Sermón I, *De Epiphania*]; que dijo san León que al estar junto a una caballeriza, al ponerla junto a las bestias de un establo, *ubi erat puer*,¹³⁴ causaba singular alegría e igual admiración a cuantos la miraban *gavisi sunt*,¹³⁵ etcétera. [Apostilla, Mart., versos 9 y 10] A este modo y con esta alegría, por llevar la suya adelante esta sierva de Dios, el modo de proponer lo que Dios le daba a sentir era éste: “Esto vi, esto entendí. Ahí te lo dejo, que yo soy una bestia que no sé nada”. Hasta los últimos días de su vida conservó en su corazón un temor grande de su eterna condenación y de aquí procedía el sentimiento excesivo de que la tuvieran por virtuosa y que se encomendaran en sus oraciones. Y para evitar este concepto, pidió a sus padres espirituales que no le permitieran comulgar a menudo. De aquí aquel resistirse, como nuestro padre san Pedro, a los favores del cielo; diciendo muchas veces al Señor: “*Exi a me, Domine, quia peccator suum*”,¹³⁶ [Apostilla: Lucas 5, 8] hasta llegar a quejarsele Cristo de su esquivéz. De aquí el andarse escondiendo, sin atreverse a parecer entre gentes en su casa, retirada en el rincón de un aposentillo o en la cocina entre las criadas de servicio; en la iglesia, ya la vimos por los rincones, por entre las bancas. De aquí el decirle muchas veces al Demonio que ella era peor que todo el infierno junto, pues habiendo recibido más, era más ingrata. De aquí aquel respeto profundísimo a los sacerdotes, obligándolos a que le dieran la mano para besársela, besando muchas veces con grande devoción la tierra donde habían puesto sus plantas.

131 “Como las estrellas del cielo, como el polvo de la tierra.”

132 Que la aparejara, como a una bestia de carga.

133 “Más brillante que las otras, más hermosa que el aire.”

134 “Adonde estaba el niño.”

135 “Se regocijaron.”

136 “Aléjate de mí, Señor, pues soy un pecador.”

[222] Y, por decirlo todo, de aquí aquella obediencia puntal a sus confesores; que de ella pudieran aprender puntualidades los mismos astros, que se precian de tan obedientes que apenas oyen la voz de Dios que los llama, cuando al punto responden con una puntualidad de los cielos y no parece que viven sino de obedecer: *Stellae vocate sunt et dixerunt: adsumus*.¹³⁷ [Apostilla: Baruc 3, 38¹³⁸] No hacía acción, no admitía pensamiento que no fuese regulado por la obediencia. Si había de salir de casa, si visitar alguna iglesia, si rezar en este o en aquel altar, si emprender alguna acción, aunque fuera de muy poca importancia, lo había de saber todo y gobernar su confesor; y con su orden no había materia ardua a su gran deseo de obedecer. Estaría muriéndose sin poder pasar una sola gota de agua y le dirían que era gusto de Dios y orden de su confesor, verían cómo se le abrían las ganas para cuanto le pusieran delante; y a la contra, entendiera ella que no era conforme a la orden de su padre de espíritu y verían cómo, aunque se viniera todo el cielo abajo, aunque se empeñaran las virtudes angélicas, no la harían dar un paso adelante. Una vez, comulgando en este altar otras personas, la exhortaron los ángeles a que llegase también a recibir la sagrada comunión. Y ella respondió: “Que sí hiciera, pero que no tenía licencia de su confesor”.

[223] Otra vez, oyendo misa en el altar de la Congregación, le decían que pusiera sus oraciones en manos de los santos que están en él, para que las presentaran a Dios por no sé qué necesidad. Y respondió la sierva del Señor: “Que le parecía muy bien, pero que se lo diría a su padre espiritual y haría lo que le mandara”. En señal de que era agradable a los celestiales espíritus esta resignación, oyó que le daban una música suavísima por entre aquellos lienzos. Y por dejar otros casos de esta materia, baste para ponderar su obediencia el que le sucedió con un confesor interino. Le mandó éste que no rezara, por la grande debilidad que padecía de cabeza. Y tomó la orden tan a la letra, tan a ciegas, que apareciéndosele afligidísimas, como solían, las ánimas del purgatorio, pidiéndole de rodillas, enclavijadas las manos, con grandes ternuras y lástimas, que pidiese por ellas al Señor, no le pudieron sacar un solo avemaría. Y eso aunque se hicieran pedazos las campanas al tiempo de tocar las avemarías a sus horas, hasta que tuvo permiso para rezar. Quien conoció su corazón ternísimo, aun con los brutos, tendrá ésta no sólo por obediencia ciega sino por mortificación excesiva.

137 “Las estrellas fueron llamadas y dijeron: aquí estamos.”

138 Corresponde al 35.

[224] Pues en esta virtud, ¡ay, Dios de mi vida! ¡Qué tal fue! Si la hubiera visto san Juan, en cierto modo diría que antes del juicio universal ya estaba el sol cargado de cilicios, la luna toda ensangrentada, las estrellas arrojadas por el duro suelo. *Sol factus est niger, tanquam saccus cilicinus, et luna facta est tota sicut sanguinis, et stellae ceciderunt super terram.*¹³⁹

[Apostilla: Apocalipsis 6, 12] Desde su niñez hasta su ancianidad no se le cayeron del cuerpo tres cilicios bien ásperos. Y como si esto fuera poco, se valía de agujas, de alfileres, de rosetas con puntas de hierro que se atravesaba por todo el cuerpo, de cordeles de cáñamo nudosos, de cadenillas de hierro, desiguales y agudas, con que se apretaba los brazos, los muslos y la cintura. Sus disciplinas de cada día no las contaba por golpes de uno en uno, sino de treinta y tres en treinta y tres. Treinta y tres por los años que vivió su esposo en el mundo. Otros tantos por los agonizantes, otros treinta y tres por los pecadores. Y así los iba repitiendo hasta que caía desmayada y sin sentido sobre una grande balsa de su propia sangre que hacía a sus pies, si antes los ángeles (como sucedió muchas veces) no le quitaban la disciplina de las manos.

[225] A alguno le parecería que era aliviarle las penas este interponerse los ángeles para irle a la mano en su penitencia sangrienta. Y no verá, dice san Clemente Alejandrino, que aquél ponerse de por medio un ángel en el sacrificio de Abraham, deteniéndole el brazo para que no se ensangrentara en la víctima: *Non extendas manum tuam super puerum,*¹⁴⁰ [Apostilla: Génesis 22] no era excusar del todo el martirio sino acrecentar el tormento; porque, de no ser muerto Isaac, había de morir Cristo, y el impedir aquel sacrificio era por dar lugar a más acerba pasión: *Solum modo Isaac non passus est, qui primas passionis partes Verbo cesserit.*¹⁴¹ [Apostilla: Libro I, *Prae.* Cap. 5] Así pues, se veía Catarina impedida de los ángeles a proseguir su penitencia. Y teniendo por castigo del cielo el estorbarle la ocasión de mortificarse, decía a su confesor: “No sé qué es esto. Mano invisible es la que suspende el azote. Castigo debe ser de mis pecados, que impide mi penitencia”.

139 “El sol se puso negro como tela de cilicio y la luna toda como sangre y las estrellas cayeron sobre la tierra.”

140 “No extiendas tu mano contra el niño.”

141 “Isaac no padeció, a condición de que haya cedido el lugar a las primeras porciones de la pasión al Verbo.”

[228]¹⁴² Y bien así, porque verse sin penitencia era la pena mayor que se podía dar a un alma que vivía de martirizarse, que sólo le sabía lo que sabía a mortificación. Tal vez se le antojó comer una fruta muy deliciosa de la tierra y al instante se halló con dos de ellas en las manos; y cuando más le picaba el gusto y le lisonjeaba el apetito, le dijo a María: “Señora, ¿pues esta bestia había de comer cosa tan buena? Eso no”. Y como otro David: *Libavit eam Domino*,¹⁴³ prosiguió: “Tómala tú, Señora, y preséntasela a tu hijo”. Y la madre las tomó en sus manos y las ofreció a su hijo. Aceptándolas el Señor, hizo del que quería partirlas y, como si quisiera comerlas, mostró saborearse con el regalo, más suave entonces con el sainete de la mortificación que traía. Pues, ¿cómo no había de gustar de lo que era padecer, si así brindaba al gusto de su esposo con lo que se mortificaba el suyo? Así lisonjeaba al oído con negarse a las músicas suaves, dándole en rostro, si no eran las sagradas en que sólo se divertía su espíritu. Así entretenía la vista, apartándola de cuanto la podía entretener con recreo. Así suavizaba el olfato con privarlo de los aromas y olorosos perfumes que podían recrearlo.

[229] Los días que el mundo anda más divertido en sus locos entretenimientos, ella se encerraba en un oratorio a llorar las ofensas que causaba a su esposo la diversión del tiempo. Y agradándose el Señor de su retiro, bajaba muchas veces con sus ángeles a darle celestiales músicas y desquitarse con ella de los agravios que le ocasionaba el mundo. Su vestido era tan modesto como humilde, cortado al talle de su mortificado espíritu. El más pobre, más grosero, sólo para resguardo de la decencia, nunca para reparo de la salud; siendo necesario que sus padres de espíritu anduvieran sobre aviso para que el deseo de mortificarse en el vestido no le fuera de grave perjuicio a su complexión delicada. Su regalo jamás pasó de unas yerbas mal cocidas, aun fuera de la cuaresma; siendo su comida un perpetuo y rigidísimo ayuno todo el año, sin probar carne si no era cuando le apretaban las enfermedades. Aunque su vida ordinaria era una enfermedad continua, complicada de penosísimos achaques, con agudísimos dolores que causaban pasmo a los mismos médicos que la curaban. Su cama era el duro suelo o una tabla desigal, disimulada entre día con un trasportincillo¹⁴⁴ que apartaba a la

142 A partir de este momento, en el original, hay problemas con la numeración de las entradas de los párrafos. Para evitar confusiones, se decidió dar continuidad secuencial a la numeración.

143 “La ofreció al Señor.”

144 Colchón pequeño que reforzaba por debajo el colchón de la cama.

noche para dormir muy poco tiempo, a raíz de su aspereza. Finalmente, era tal su penitencia, era tan ingeniosa en buscar modos de martirizarse, que su confesor, movido de compasión, le solía decir: “¿Qué te ha hecho ese pobre cuerpo para que lo trates tan mal? Déjalo descansar un poco, siquiera para que tengas cuerpo qué maltratar en lo que te falta de vida”.

[230] Pero, sobre todo, eran aquellas sequedades de espíritu que solía padecer y aquellos retiros de Dios, que le arrancaban el alma, aquellas noches funestísimas que le ponían el corazón como entre dos peñas. Y siempre con una conformidad angélica, sin oírsele entre tantas angustias más que este desahogo para templar su tormento: “¡Ay, Dios de mi vida! ¡Ay, bien de mi corazón! Ahora no te veo, pero yo me acuerdo que te vi”. Y el Señor, como de muy lejos, como asomado allá por entre cancelas, le preguntaba: “¿Y cómo me viste, Catarina?” Y ella entonces, enfervorizada como un serafín, con una elocuencia del cielo, iba diciendo los capítulos enteros de los Cantares de Salomón, llenos de ternísimos afectos de divina caridad.

[231] Ni podía ser menos, porque el escuadrón de las estrellas, virtudes del cielo, iba bien ordenado: *Acies ordinata*; y *ordinata* es pasiva de *ordinavit*; pues, ¿de quién piensan que fue ordenado, *ordinata*, sino de quien ordenó en ella la caridad? *Ordinavit in me charitatem*,¹⁴⁵ [Apostilla: Cantares 2, 4.] vínculo y corona de las virtudes. La que tuvo con Dios ya la vimos. La del prójimo llegó a aquel extremo adonde llegó el ardor de san Pablo, deseando estar sin Dios porque lo gozasen sus hermanos. [Apostilla: Epístola a los romanos 9, 3] Se venía el Señor a su corazón y se estaba en él por meses enteros. Y pareciéndole a aquella su gran candidez de ánimo que por estarse con ella haría falta a otras almas, lo echaba de sí y le decía: “Que se fuera a consolar a las otras pobres, que no había de ser todo para ella”. Por sus ruegos, cuando salía el Señor sacramentado a visitar algún enfermo, iba echando bendiciones a las calles, a las puertas y personas que encontraba. Y si alguna vez se había pasado el Señor sin haberlo ella visto, salía aprisa a la puerta y le daba voces: “Señor, Señor, ¿cómo os vais sin bendecirnos?” Y veía que el Señor volvía desde las manos del sacerdote y la bendecía a ella y a los presentes. Y si echaba de ver (como sucedía algunas veces) que el Señor torcía el rostro a alguna persona o no quería mirar a alguna casa, se deshacía en lágrimas, hasta que conseguía la enmienda de aquellas personas y que el Señor las mirara con buenos ojos y no las privara de su bendición celestial.

145 “Me dispuso para la caridad.”

[232] Ardía como un fuego por la salvación de sus prójimos, y se atizaba este fuego con ver a los pecadores, según el estado que entonces tenían sus almas, en desgracia de Dios por la calidad de sus culpas. A unos veía como animales inmundos revolcándose en el cieno asqueroso; a otros, rodeados de pies a cabeza de víboras venenosas; a otros, abrazados de los demonios; a otros, ardiendo en llamas vivas del infierno. Se le mostraba el Señor unas veces azotado, otras escupido, otras arrastrado, otras coronado de espinas. Y saltándosele las lágrimas de los ojos, prorrumpiendo en suspiros del corazón y en ternuras de su alma, le decía: “¿Qué es esto, amado y querido mío, escogido entre millares? ¿Quién os ha puesto así?” Y el Señor le respondía: “¿Pues no ves a fulano, a éste y aquel, cuál me ponen?” Y luego se le representaban unos que lo molían a coces, otros que lo desgredaban a repelones,¹⁴⁶ otros que lo azotaban sin piedad, otros que lo coronaban de espinas (¡Ay, fieles de mi vida! No os parezca sólo visión imaginaria de un alma arrobada, que san Pablo os dice [Apostilla: Epístola a los hebreos 6, 6] que es una verdad católica el que vuestras culpas hacen con el hijo de Dios impasible lo que hicieron los judíos en su humanidad pacientísima). Se le mostraba la llaga del costado manando pestilentes gusanos. Y convidándola el Señor con este plato, como a nuestro padre san Pedro con el otro vaso, venciendo la repugnancia se abalanzaba a él con tal ímpetu, se lo comía con tantas ganas, que solía preguntar después a su confesor si podría comulgar por haberse desayunado con este almuerzo tan sustancial.

[233] Todo esto le movía a pedirle al Señor trabajos por los pecados ajenos. Y los padecía tales, con tanta intención, con tan vivo sentimiento, que la obligaban a quejarse con frecuencia a su esposo, diciéndole: “¿Qué he hecho yo para padecer tanto?”. Y el Señor le respondía: “Pues, hija, ¿para qué pides por tantos?”. Y para animarla a proseguir en la empresa, unas veces le daba la mano, otras se la ponía por acerico debajo de la cabeza para que se recostara en ella. Cobrando aliento con esto, volvía una y otra vez a pedir dolores y los padecía hasta hacerle sudar sangre. Y viéndola el Señor en esta agonía, la confortaba con decirle: “¡Ea, Catarina! Pide más. Saca más sangre de mis venas, pues te he hecho dispensera de mi sangre”. Y aprovechándose de la liberalidad de su amado, entraba las manos en el costado de Cristo. Y sacándolas llenas de sangre, se llenaba con ella la boca y se bañaba todo el cuerpo. Y sacando de nuevo más sangre, se iba en espíritu

146 Tirones de pelo.

por ese mundo, unas veces acompañada de la santísima Virgen, otras del príncipe de la milicia celestial, san Miguel, otras del esclarecido patriarca santo Domingo, y otras muchas más de mi gran padre san Ignacio. Y así iba rociando con aquel licor divino a los gentiles, a los herejes, a los malos cristianos y a cuantos encontraba. Y veía que con cada gota de éstas que caía, si tocaba algún gentil, luego pedía el bautismo; si algún hereje, luego se reducía; si algún mal cristiano, al punto se enmendaba. Y por este medio hizo maravillosas conversiones, sin número ni ponderación, en esas misiones y en todo ese mundo; pues hasta los montes, hasta las piedras y todos los insensibles daban muestras de alegrarse con este rocío celestial.

[234] Y como las estrellas brillan más en las noches más oscuras, era más ardiente su caridad en la noche triste del purgatorio. Pues al bajar a ese lugar era para enternecer; como así que la sentían aquellos dichosísimos prisioneros, le gritaban con gemidos y sollozos nacidos de su congoja: “¡Echa, hija, echa más! ¡Aquí, Catarina, aquí! ¡A mí, por amor de Dios!” Y ella, compadecida y lastimada, se volvía a su esposo y le decía: “Mira estas pobres, Señor”. Y el Señor le respondía: “Pues saca las que quisieres”. Y al punto, rociándolas con la sangre de nuestra redención, salían como enjambres tupidísimos por esos aires, a poblar las sillas de los ángeles apóstatas. Y esto era sin las innumerables almas que le venían acá a pedir socorro, cercándola por todas partes como ejércitos, poniéndosele de rodillas delante, sin dejarla dar paso hasta que les recababa absolución de sus penas. Y lo cierto es, que parece que no la tenía Dios para otra cosa en el mundo sino para enviar almas al cielo y sacar almas de pecado.

[235] Del purgatorio bajaba al infierno a visitar con gran pena de su espíritu a aquellas infernales mazmorras, viendo con asombro suyo los exquisitísimos tormentos que dispone la divina justicia para castigo de las culpas. Y aunque no podía aplicar la misericordia a las caídas, usaba de intercesión para las que iban a caer. Una vez vio que se iban precipitando tres almas y, asustada y compadecida, se volvió a su querido y le dijo: “¿Cómo es esto, Señor? Que yo tenga en mis manos la sangre de vuestras venas y se hayan de perder estas miserables”. Y con el beneplácito de su esposo se fue en espíritu desalada por la una; la sacó del peligro a salvamento. Volvió por la otra y la puso en seguro. Iba por la otra y, por haberla perdido de vista, receló (¡oh, dolor!) se la hubiese tragado el abismo. ¡Cuál quedaría su afligido corazón, deseoso de que ninguno se condenara, y que se enternecía aun de ver maltratar a los brutos, pues hasta a éstos se extendió su grande caridad!

[236] Sobrada prueba de esto es lo que le sucedió, entre otras, en una ocasión. Era forzoso matar un perrillo de casa por algún perjuicio que daba. Y sabiendo cuánto sentía la sierva de Dios que hicieran mal, aun a los animales, lo sacaron al campo y allí, a palos y a pedradas, le quebraron la cabeza hasta que se le saltaron los ojos y sembraron los sesos por el suelo, arrojando a un muladar lo que quedaba. Echó menos al perrillo esta alma santa, y sospechando lo que podía ser, le pidió a su esposo que se lo trajera como quiera que estuviera, que ella lo curaría. Perseveró en esta petición ocho días y al fin de ellos (¡caso raro!) entró el perrillo bueno y sano, haciéndole mil fiestas como en agradecimiento del beneficio. Otra vez encontró en esa calle un perro muerto, dividida la cabeza del cuerpo por haberle pasado una carreta por encima. Y movida a compasión hizo que se lo llevaran a su casa, y puesta en oración por la vida del perro, se levantó éste, con asombro de todos, vivo y sin señal de su tragedia pasada.

[237] Esto he dicho para que después no os haga fuerza si os contaren la salud milagrosa que ha dado y va dando a muchos enfermos, de que pueden ser testigos muchos de los presentes. Lo mucho que le debe la cristiandad, especialmente en las victorias que ha tenido del turco en estos años, donde se ha hallado animando con interiores y eficaces socorros al ejército católico, y al mismo tiempo describiendo acá el estado de la batalla y los progresos de sus victorias. Lo que ha favorecido a la monarquía de España y a este reino, especialmente en conducirle las flotas a quienes ha asistido en espíritu hasta esta última. Y de aquí sacarán cuánto deben esta ciudad, sus dignísimos preladados, sus bienhechores y las personas de su devoción.

[238] A la caridad se reduce la limosna y en ésta se señaló tanto, que baste con decir que siendo una pobre que vivía de la limosna que le daban, sin pedir jamás para sí cosa alguna, dejándose a la mano de Dios, como las siete estrellas del Apocalipsis, *habebat in dextera sua stellas septem*,¹⁴⁷ [Apostilla: Apocalipsis 1, 16] con sólo las limosnas que ella dio en su vida se podía acreditar de gran limosnero el hombre más acaudalado; pues faltándole muchas veces para sí, jamás le faltó en su arca o en su bolsa, con singular milagro de la providencia, dinero qué dar de limosna. Y para darla no esperaba que los pobres vinieran a pedirla sino que ella salía a buscarlos, y se las daba con tanta alegría, que parece que éstos le hacían la limosna a ella con recibirla; al modo que la mujer fuerte, cuando abre la mano para dar la

147 "Tenía en su diestra siete estrellas."

limosna al pobre, *manum suam aperuit inopi*,¹⁴⁸ [Apostilla: Proverbios 31, 20] extiende sus dos palmas, como para recibir la limosna, sólo con que le acepte la suya el pobre: *Et palmas suas extendit ad pauperem*.¹⁴⁹

QUINTA PARTE

[239] Pues todo este ejército bien guarnecido de estrellas, bien ordenado de virtudes, tan humilde, tan obediente, tan mortificado, tan caritativo, ¿quieren ver cuán terrible era, cuán poderoso al infierno?; como glosa Ruperto: *Daemonibus terribilis, ut castrorum acies ordinata?*¹⁵⁰ [Apostilla: Ruperto, *ibidem*] Pues escúchenme un poco. De catorce años empezó la guerra con el príncipe de las tinieblas y éste a ponerle en armas las legiones del infierno, en figuras visibles de ejércitos armados, de enjambres de áspides venenosas, de manadas de bestias fieras. Y la acometían con tal ímpetu, con tanta violencia, que agotaban en ella los tormentos de los mártires y cuantas penas caben en el infierno, fuera de la eternidad. Y el modo de vencerlos, unas veces era sufrir sin hablar una sola palabra, con una tolerancia indecible. Otras veces, luego que los veía venir, les decía: “¡Ea, venid, bestias fieras, si traéis licencia de vuestro creador y mi redentor! Aquí estoy a vuestros pies, aquí tenéis mi cabeza y todo mi cuerpo para que lo castigéis como merecen mis grandes culpas. Pero, si os falta la licencia, ¿quién como Dios? ¡En su nombre idos todos al infierno!” Y al punto, atropellándose, caían de golpe unos sobre otros en sus infernales mazmorras.

[240] En esta alma creció tanto este poder contra los demonios que ya en los últimos tercios de su vida, estaban tan tímidos estos espíritus que unas veces le pedían treguas, aunque nunca se las concedía. Otras, estaban tan corridos que no se atrevían a acometerle cara a cara, sino por artes invisibles y ocultas invasiones; pero el Señor, para confundirlos, les hacía que se le hicieran presentes en formas perceptibles. Entonces ellos llegaban temblando, cabizbajos, avergonzados, confusos, sin atreverse a levantar los ojos, sin osar mirarle a la cara; y más cuando oían la reprensión en que los trataba de embusteros, cobardes, flacos, torpísimos. Y con el trueno de esta voz bajaban como unos rayos, viéndolos ella misma, desde la superficie hasta el mismo centro de la tierra.

148 “Abrió su mano al pobre.”

149 “Y extiende sus palmas al menesteroso.”

150 “Terrible a los demonios, como ejércitos en formación.”

[241] Y esto no sólo era allá en su aposentillo, sino cuando salía en cuerpo o en espíritu por las casas y calles de la ciudad, por las provincias, por los reinos y por los rincones de todo el mundo, viendo con grande lástima suya las trazas, los enredos, las tentaciones con que derriban a los míseros mortales. Y apenas la divisaban cuando, corridos y confusos, se hundían en sus profundas hogueras; y si alguno más obstinado se le encaraba y resistía (como sucedió con un demonio que, puesto en el árbol mayor de un navío, concitaba una brava tempestad a una flota al entrar en la Veracruz), ella, con valor de una potestad angélica, le embestía para pelear cuerpo a cuerpo, diciendo: “Si Dios conmigo, ¿quién contra mí?”. Y lo estrujaba entre sus brazos, lo molía entre sus manos y después, a puntillazos y a golpes, lo arrojaba hasta los mismos infiernos.

[242] ¡Quién tal dijera! ¡Quién tal pensara! Que una viejecita enferma, débil, hecha un esqueleto, había de ser un ejército tan formidable: *Terribilis ut castrorum acies ordinata?* Lo diría quien era como ella, porque el día se entiende muy bien con el día; así como la noche da a conocer la noche. Dice David: *Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam.*¹⁵¹ [Apostilla: Salmos 18, 2¹⁵²] Nos lo dijera hoy si viviera, aquel oráculo de santidad en nuestros tiempos, singular blasón de esta nobilísima ciudad de los Ángeles, su patria, la venerable madre María de Jesús, hermana melliza en el espíritu de Catarina (¡ojalá y lo fuera en la beatificación!). De catorce años era esta sierva de Dios cuando empezó a luchar con los demonios, según dijimos, y a ese mismo tiempo empezó la comunicación con la venerable madre María de Jesús; y estando esta religiosa virgen allá en su celda, veía a Catarina pelear acá con valentía con los espíritus infernales. Otras veces la veía hincada de rodillas en aquel altar de la Congregación y oía a aquella gran señora que le decía a su niño: “Hijo, mira por Catarina, que es mi hija querida”. Y el soberano niño inclinaba la cabeza en señal de que concedía la petición. Otra vez la vio que, pidiendo licencia al Niño Dios para ir a visitar, bajó el niño de los brazos de su madre a los de Catarina, y dándole un estrecho abrazo, le dijo: “Anda y dale este abrazo en mi nombre”. Y eran tan frecuentes estas visitas, tan del agrado de las dos, que sólo para ver a Catarina despacio, tenía reja sin escucha¹⁵³ la venerable madre todas las veces que quería. Y estando a solas las dos, se le pasaban a la esposa de

151 “Un día emite la palabra a otro día y una noche a otra noche declara la sabiduría.”

152 Corresponde al capítulo 19.

153 Es decir, acceso libre y sin vigilantes.

Cristo las mañanas y las tardes enteras sin quitar los ojos de su querida Catarina, viendo en ella un no sé qué que la tenía embebecida, arrobada, suspensa, sin acertar a hablar palabra. Después que volvía en sí, le decía: “¡Ay, niña! ¡Si supieras lo que has de padecer por Dios y por el mundo!”

[243] Y qué bien se lo pagaba Catarina. Pues, fuera de otras finezas de verdadera amistad, en una ocasión que se vio desahuciada la esclarecida virgen María de Jesús de una enfermedad gravísima, le pidió Catarina a su esposo que le diera salud a su querida. Diciéndole el Señor: “¿Pues no ves que ya no puede vivir naturalmente?” Ella instó: “Pues sea sobrenaturalmente, que para ti lo mismo se es lo uno que lo otro”. Respondió el Señor: “Pues sea enhorabuena. Porque tú me lo pides, yo le añado cinco años más”. Y se puso a escribir, como quien añadía cinco años más en el libro de la vida a la que se le contaba la vida por instantes.

[244] Y de aquí era aquel altísimo concepto que tenía esta ilustrada virgen del espíritu de Catarina, aquellas ponderaciones, aquellos encarecimientos con que hablaba de su santidad. Y si aún después de exageraciones no acababa de decir quién era Catarina, si aún después de haber dicho con admiración los ángeles que era como la aurora, como la luna hermosa, como el sol escogida, como escuadrón bien ordenado; aún preguntan en su muerte, asombrados de su santidad prodigiosa: “¿Quién es esta que sube del desierto al empíreo? *Quae est ista quae ascendit de deserto?*” ¡Qué me afano yo! ¡Qué os canso a vosotros en querer deciros quién es esta! *Quae est ista?*

SEXTA PARTE

[245] Dígalo Dios, que lo sabe. Lo dirá algún día (como lo espero) el oráculo de la Iglesia, que no será la primera profecía suya que se cumpla después de su muerte. Pues, por dejar otras maravillas de su vida, sólo os digo que todo cuanto ha pasado en su muerte y entierro, lo tenía visto con luz del cielo mucho tiempo antes, al modo que el sol conoce su ocaso aun antes que se llegue, *sol cognovit occasum suum*,¹⁵⁴ [Apostilla: Salmos 103, 19¹⁵⁵] y el modo es ver cuanto pasa en su funeral. Pues el ver a la luna y a las estrellas es hacerlas lucir, y hacerlas lucir, dice san Zenón Veronense, en ver

154 “El sol conoció su ocaso.”

155 Corresponde al 104.

encendidas las luces de su túmulo y celebradas con pompa sus funerales exequias: *Stellae praecipites labuntur e coelo, et a tergo longo flammaram albescentium tractu funerae facis solemnitate, quasi quibusdam deducuntur exequiis: sol eadem die, qua nascitur moritur.*¹⁵⁶ [Apostilla: Sermón de Resurrección] Pues así esta alma, como el sol escogida, vio muchos años antes cuanto ha pasado en sus honrosas exequias, con otras maravillas que iremos viendo en adelante.

[246] ¡Oh! Y si yo pudiera hacer que todo este gravísimo y numerosísimo concurso, que todo el mundo universo viera y leyera lo que yo he visto y leído por estos ojos, en una relación seguida por el orden de los años, de los meses, de los días y aun de las horas, según Dios le iba revelando las cosas venideras y ella refiriendo a su confesor; donde, llegando al año de setenta y ocho, se lee este renglón: “A principios de este año de setenta y ocho, dijo el Señor que de allí a diez años había de morir”. Háganme ahora la cuenta, ¿cuántos años van de principios de setenta y ocho a principios de ochenta y ocho? Vean si se cumplió la profecía a la madrugada del día cinco de enero de este año de ochenta y ocho, víspera de la adoración de los reyes del Oriente, sus progenitores; en que puso como el fénix de la Arabia, ave del sol, el sepulcro lucido de su ocaso, donde tuvo la real cuna de su Oriente. Con esta noticia de su muerte empezaron con vehemencia a conturbarle los temores de su condenación. Y para asegurarla el Señor, le prometió su asistencia, la de su madre santísima y la de los cortesanos del cielo; y le mostró un ataúd ricamente aderezado (que sería como aquel con que la enterramos), y alzando un precioso telliz¹⁵⁷ que lo cubría, se vio en él difunta. Pero, no distinguiendo la mortaja, preguntó cuál había de ser ésta y le respondieron que sería una túnica de Jesús, aunque algunos lo repugnarían (vayan oyendo los que se hallaron presentes, que yo no hago más que ir contando lo que leí). Luego vio como un aposento sembrado de flores y rosas hermosísimas, y en él, el lugar de un sepulcro que le dijeron era para su cuerpo. Si los niños no son flores, sino son rosas los inocentes que la acompañan en aquella bóveda, borren los testimonios de las escrituras sagradas, enmienden las inteligencias de los padres o desmientan a nuestros mismos ojos, que ven con frecuencia esparcir flores en aquel aposento al

¹⁵⁶ “Las estrellas que se deslizan precipite desde el cielo y por detrás de la larga extensión de blancas llamas, de la solemnidad de las antorchas fúnebres, por así decirlo, son conducidas con tales exequias: el sol muere en el mismo día que nace.”

¹⁵⁷ Capa grande.

enterrar los niños. Varias veces le dijeron que la habían de enterrar en el colegio del Espíritu Santo, al lado derecho del altar mayor y a las espaldas del altar de la Congregación. Y bien saben muchos de los que me oyen cuán lejos estuvimos de eso, qué empeños hubo por otros sepulcros y cómo, sin sentir, se allanaron las dificultades en contra. Cómo siendo ésta la sepultura más olvidada y que a ninguno se le había ofrecido, se dispuso no sé cómo que se enterrara en ella; y es que *contra Deum non est consilium*.¹⁵⁸

[247] Y piensan que aquellos concursos atropados, despoblándose hasta los contornos de la ciudad y toda la comarca; que aquellas espesas olas de gente que iban y venían por dos días continuos, que entraban y salían sin cesar, de día y de noche en su casa, rompiendo las chapas, quebrando los cerrojos, derribando las puertas por poder besarle las manos y los pies, por tocarle los rosarios, hasta desnudarla dos veces de su mortaja para llevar sus pedazos, reliquias de su virtud; intentando muchas veces, con piadosa temeridad, cortarle los dedos y las carnes de su cuerpo, sin que la autoridad de los prelados, con sus mandatos y presencia, sin que la violencia de la justicia con sus ministros, con sus soldados y con sus armas, pudieran detener los excesos de vuestra devoción; que aquel copiosísimo y nunca visto gentío de dentro y fuera de la ciudad, que vimos apretar el aire por esas cuatro calles, por esos balcones y azoteas, por toda esa plazuela, por todo este capacísimo templo, sin dejar paso al lucidísimo entierro, gastando muy largo espacio de la tarde en sólo llegar desde esa esquina a esta capilla mayor. Que aquella oculta superior moción con que los dos ilustrísimos cabildos, eclesiástico y secular, se dignaron con sagrada competencia honrar, no sólo con su gravísima asistencia, sino con aquellos hombros en que descansa el peso de ambas repúblicas, aquel santo cuerpo; entonces mejor cielo de más valientes atlantes. Que aquella emulación santa de los venerables prelados de las religiones sagradas, de los caballeros más nobles, por tener alguna parte en sustentar aquel cuerpo que fue depósito de Dios vivo.

[248] Que aquel abalanzarse, no el vulgo, que estaba lejos, sino lo más granado de uno y otro estado, como águilas generosas, al poner el cuerpo en esa capilla mayor, siendo necesario, para que no lo hicieran menuzos, cerrarle la caja con llaves, ponerle guardas, usar de violencias, mientras se hacía el funeral oficio. Que aquel último asalto que dieron sobre aquel cadáver (que en su grave hermosura, según visteis, copiaba ya los reflejos de

158 “Contra Dios no hay designios.”

su inmortalidad dichosa), al sacarlo de la caja para entrarlo en la sepultura, por arrancarle a pedazos la mortaja, los cabellos y aun las carnes, sin bastar el ponerse de por medio los sacerdotes y religiosos para impedirlo. Que aquella contingencia del cielo, que valiéndose de los santísimos decretos de la santa Iglesia, que no permite en esta octava de Reyes misa de réquiem, dispusiera que su misa de cuerpo presente, sin poder ser otra, fuera una misa con gloria y credo, aleluyas, con repique de campanas y toda la solemnidad de la pascua.

[249] Que esta honra, nunca bastante estimable, de oficiarle a porfía las misas cantadas de este novenario, en este templo, los gravísimos señores capitulares, siendo el alma y principio de tan gloriosa empresa su muy ilustre y venerable cabeza, como lo ha sido en honrar con esmero a esta sierva de Dios en muerte y socorrerla en vida. Que toda la pompa de este día, autorizada en el oficio sepulcral de la esclarecida familia de los muy reverendos padres predicadores, siendo su mayor luminar en la honra el que en el puesto, en la doctrina, en la integridad, en los méritos. Asistida de lo más ilustre del estado eclesiástico, de lo más granado del secular, de lo más numeroso del pueblo. Aplaudida, a todo resto de conceptos, de lo más agudo del ingenio en esas letras que darán vuelo a la fama con el remonte de sus plumas. ¿Piensan, digo, que todo esto no lo vio mucho antes? Pues todo esto le quiso decir el cielo cuando, acordándose de su muerte, humillándose como solía, le dijo enternecida a María santísima: “¡Ah, Señora! Cuando yo me muera no habrá quien se acuerde de mí, ni quien me diga una misa. Porque yo soy una pobre, un gusanillo vil, una creatura despreciable”. Y la Señora, consolándola como madre, le dijo: “¿Cómo es eso, hija? Míralo”. Y allí se vio difunta a sí misma y que toda la tierra con sus habitantes se levantaba sensiblemente; y conmovida de su santidad, arrastrada de un superior impulso, se venía hacia donde ella estaba. Y después, poniéndole delante la misma Señora un grande [y] hermoso globo rodeado por todas partes de banderillas de plata, le hizo que lo fuera volteando a toda prisa con su propia mano. Y habiéndolo hecho, le dijo: “Pues mira: así ha de volar tu fama por todo mundo, así te han de honrar después de muerta”.

[250] Y es que sabía muy bien María, la Señora, prevenía muy de antemano el cielo vuestra piedad, vuestro celo, vuestra devoción, vuestro grande amor a Dios y a sus amigos, comprobado con las experiencias y ahora anticipado en las profecías, en cuyo nombre os doy desde este púlpito las gracias que os está dando desde aquel sepulcro esta alma santa, en la

viva prenda que os deja en su difunto cuerpo. Pero con ellas, que saquéis de aquí, por desquite de nuestra gratitud, este aliento: que no hay más que servir a Dios muy de veras, que declararse por el bando de la virtud, que anhelar con empeño la santidad; pues lo que no pudiera recabar la autoridad, el poder, las riquezas, la estimación y cuanto adora el mundo por más precioso, lo consigue por santa, sin pretenderlo ni buscarlo, una china pobrecita, esclava, extranjera, que nos hace llenar las lenguas de sus elogios, los corazones de júbilos y aun los ojos de lágrimas. Y a mí, que os diga con san Jerónimo, en medio de sus exequias: *Non maeremus quod talem amissimus, sed gratias agimus quod habimus, imo habemus; Deo enim vivunt omnia, et quidquid revertitur ad Dominum in familiae numero computatur.*¹⁵⁹ De pasadizo le sirvió el sepulcro para el tálamo. Pues, ¿por qué había yo de lamentar su muerte, como si el descanso fuera pérdida?, sino rendirle a Dios mil gracias porque nos la concedió viva y aun nos la mantiene para el patrocinio presente. Y en lugar de los pésames por su muerte, dar los plácemes por su dicha inmortal, como lo hago, al Oriente, que se ilustró con esta aurora más que con todas las luces del firmamento. A este nuevo mundo, que la mereció en las perfecciones cabales de una luna llena. Y a ti, con especial título, dichosísima ciudad de los Ángeles, que fuiste el centro de sus luces, siendo el testigo de sus ejemplos y ahora la envidia de las naciones en ser depósito de sus cenizas. ¡Qué gloria tuya será que, en el gran día de la renovación de los siglos, entre tantas águilas que volarán de tus nidos, veas renacer a este fénix de tu mismo seno, todavía fragante en la gloriosa resurrección de los justos! Mucho te ha honrado Dios con haberte hecho depósito de tantas personas en santidad insignes, como has gozado hasta hoy; pero toda esa honra es crecido empeño a la imitación, pues te ha hecho con los ejemplares, tan factible la virtud.

[251] A ti también, religiosísimo colegio, se te deben los parabienes, pues te privilegió la providencia con hacerte erario de este riquísimo tesoro, como te hizo antes teatro de tu bien lograda enseñanza en el ejercicio de las virtudes heroicas que he insinuado. A todo este gravísimo concurso, a sus piadosos bienhechores, que todos fueron la esfera donde rayó vivo este sol y el ocaso donde descansa su fatiga, para ser con los rayos de su protección el escuadrón de estrellas que lo asegure en la tranquilidad que ella goza, según

159 "No nos acongojamos de que tal perdimos, mas gracias damos de que le tuvimos, más bien, le tenemos; pues todas las cosas por Dios viven y todo lo que regresa al Señor es contado en el número de sus siervos."

espero de la divina bondad remuneradora de merecimientos tan relevantes, en la eterna quietud de los santos.

*REQUIESCAT IN PACE. AMEN.*¹⁶⁰

O.S.C.S., M.E.C.A.R.¹⁶¹

7. Dos testimonios jurídicos y comprobados de lo que sucedió el día del entierro y el de las honras de la venerable madre Catarina de San Juan

1) Testimonio de Miguel Zerón Zapata

[252] Yo, Miguel Zerón y Zapata, escribano del rey, nuestro señor, y mayor del cabildo y diputación de esta muy noble y muy leal ciudad de Puebla de los Ángeles, de la Nueva España, certifico y doy testimonio de verdad cómo hoy, día de la data, serán las cuatro de la tarde, poco más, estando en las casas del capitán don Hipólito del Castillo de Altra, familiar del Santo Oficio de la Inquisición, vecino de esta ciudad, y en la sala principal de dicha casa, vi el cadáver de Catarina de San Juan a quien conocí en vida, amortajada con una túnica de sarga negra, con su palma y corona de flores de mano y una cruz en las manos, puesta en un ataúd o caja, aforrado en género de seda morado, guarnecido de galón de oro, en una cama con sus colgaduras (uso en los entierros de personas nobles). Y sin haber habido la circunstancia del convite que se acostumbra en los demás entierros, así por escrito como de palabra, fue tan excesivo el concurso de gente de todos estados y calidades, que con gravísima dificultad pude conseguir la entrada en dicha casa, desde la puerta hasta dicha sala. Donde, habiendo concurrido los señores del ilustre venerable deán y cabildo de la santa iglesia catedral, con mucho número de lustroso clero y el cabildo secular, con el general don Gabriel del Castillo, su alcalde mayor y teniente de capitán general, y los capitanes don Juan de Cervantes Casaus y don Juan de las Peñas Montalvo, alcaldes ordinarios en ella por su majestad, y otras muchas personas de calidad y nobleza notoria y caballeros de los hábitos de la órdenes militares; el dicho venerable deán y cabildo, en igual forma y con la misma solemnidad con que celebra los demás entierros y con la música y capilla de su iglesia, entonó el responso y demás oraciones de difunto; que habiéndolas acabado,

¹⁶⁰ "Descanse en paz. Amén."

¹⁶¹ *Omnia sub correctione Sanctae Catholicae Romanae Ecclesiae* / "Todo bajo la corrección de la Santa Iglesia Católica y Romana".

el dicho general y alcalde mayor con dichos alcaldes ordinarios y regidores, interpoladamente cargaron sobre sus hombros el referido cadáver hasta la calle donde se entregó a otros capitulares y caballeros, hasta la plazuela del colegio del Espíritu Santo, que acudieron a cargarle los prelados de las religiones; que con ellas en copioso número, singular y admirable conmoción de todo el pueblo, asistieron dejando sólo una pequeña cruja para pasaje, hasta ponerle en el túmulo o féretro que estaba prevenido en la iglesia de dicho colegio del Espíritu Santo, en el medio de la capilla mayor, con bastante adorno de luces. Y acudió tanta gente de todos estados a tocar rosarios a su cuerpo y quitar las flores con que iba adornado, que fue necesario ponerle la tapa a dicho ataúd y cerrarle con las llaves. Y habiendo cantado con mucha pompa y solemnidad la capilla¹⁶² de dicha santa iglesia, con asistencia de dichos dos cabildos, la vigilia y oficio de difuntos, que es costumbre; y acabándose dicha función, volvieron a cargar dicho cadáver dichos regidores hasta una bóveda que está en la esquina del colateral mayor de dicha iglesia, al lado del Evangelio. Donde a su entrada fue tanto el concurso de gente, así eclesiásticos como seculares, que llegaba a quitar las flores con que iba adornado y a tocar rosarios, con repugnancia de algunos religiosos de dicha Compañía de Jesús, que con grande dificultad lo metieron en dicha bóveda. Y ya puesto en ella dicho cadáver, se cerró la caja en que iba puesto con dos llaves, que la una quedó en poder del padre Alonso Ramos, de dicha sagrada religión de la Compañía de Jesús, y otra en poder de mí, el escribano, para ponerla en el arca de tres llaves de dicha ciudad. Y para que conste, de pedimento del capitán y regidor don Nicolás Victoria Salazar, procurador mayor, di el presente en la ciudad de los Ángeles de la Nueva España, a seis días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años; siendo testigos los capitanes y regidores, don Alonso Díaz de Herrera, don Juan Bautista de Zalaizes y don Antonio Ignacio de Aguayo, vecinos de ella.

Hago mi signo en testimonio de verdad
Miguel Zerón Zapata, escribano mayor de cabildo
Sin derechos. Doy fe

[253] *Comprobación*. Certificamos y damos fe que Miguel Zerón Zapata, de quien parece que el testimonio de suso va signado y firmado, es escribano

162 Es decir, el grupo de músicos y cantantes adscritos a una iglesia.

de su majestad y mayor del cabildo y diputación de esta ciudad, fiel, legal y de toda confianza. Y como a tal, a los testimonios, autos y demás diligencias judiciales y extrajudiciales que ante él han pasado y pasan, se les ha dado y da entera fe y crédito en juicio y fuera de él. Y para que conste damos la presente en la ciudad de los Ángeles de la Nueva España, a veinte y ocho días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años.

Francisco Solano, escribano real y público
Joseph de Meneses, escribano de su majestad
Antonio de Torres Sarmiento, escribano de su majestad

2) *Testimonio de Francisco Solano*

[254] Yo, Francisco Solano, escribano de su majestad y público de esta muy noble y leal ciudad de los Ángeles, teniente del alférez Antonio Gómez de Escobar, que lo es del número de ella, certifico y doy testimonio de verdad, tanto cuanto puedo y ha lugar en derecho, cómo hoy, día de la data, estando en la iglesia del colegio del Espíritu Santo de la sagrada religión de la Compañía de Jesús de esta ciudad, donde está destinado para celebrar las honras funerales de Catarina de San Juan, que fue sepultada en dicha iglesia el día seis del corriente; donde para dicha celebración concurrieron el muy ilustre y venerable deán y cabildo de la santa iglesia catedral de esta ciudad, y cabildo secular con sus jueces y cabeza, las venerables religiones y preladados de ellas, y caballeros republicanos, con tan copioso concurso de gente de todos estados y calidades de ambos sexos, que por ser tan abundante, por tres puertas principales que tiene dicha iglesia, se quedaron muchos fuera de ella y otros se volvieron por no haber capacidad ni lugar para su asistencia; además de las muchas personas que había en el coro y diferentes tribunas que hay en dicha iglesia, que estaban llenas de copioso número de gente. Y esto fue no habiendo precedido convite por ninguna persona, por escrito ni de palabra, mas que la voz popular. Y estando en dicha iglesia, en medio de la capilla mayor de ella, una tumba o féretro cubierto de bayeta negra y encima una imagen de Cristo señor nuestro, crucificado, con algunas tarjas y versos latinos y castellanos con luces encendidas, y los altares vestidos de frontales negros en la forma y manera que se acostumbra hacer en las honras funerales de los demás difuntos, sin que hubiese cosa notable de más. Y como a hora de las nueve y media de la mañana, poco más o menos, habiéndose cantado vigilia a dos coros por la música y capilla de la santa iglesia catedral, se comenzó la misa solemne de difuntos que cantó

el muy reverendo padre presentado fray Juan de Gorospe, prior actual del convento de nuestro padre santo Domingo de esta ciudad y vicario general de la provincia del arcángel San Miguel y Santos Ángeles de esta ciudad. Y, acabada la misa, se predicó sermón por el padre Francisco de Aguilera, ministro de dicho colegio. Donde, habiendo hecho protesta en conformidad de los decretos de la santa iglesia catedral de Roma y último de nuestro santísimo padre Urbano octavo, de feliz memoria, hizo mención de algunas virtudes y favores con que honró nuestro Señor a dicha Catarina de San Juan. Y, habiendo dado fin al sermón, se cantó el responso y oraciones que se acostumbra, con lo cual se acabaron dichas honras funerales. Y para que conste, de pedimento del capitán don Nicolás de Victoria Salazar, regidor perpetuo de esta dicha ciudad y su procurador mayor, di el presente en ella a veinticuatro días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años; siendo testigos los licenciados, don Bernabé de la Torre Trasierra y Santibáñez, abogado de los reales consejos y Real Audiencia de esta Nueva España; don Felipe de Misieses Villavicencio, abogado de dicha Real Audiencia y don Miguel Zerón Zapata, escribano mayor del cabildo de esta ciudad, vecinos de ella.

Hago mi signo en testimonio de verdad
Francisco Solano, escribano real y público
Gratis

[254]¹⁶³ *Comprobación*. Certificamos y damos fe que Francisco Solano, de quien va signado y firmado el testimonio de suso, es escribano de su majestad, público de esta ciudad, teniente del alférez Antonio Gómez de Escobar, que lo es del número de ella, fiel, legal y de toda confianza. Y como a tal, a los testimonios, autos y demás diligencias judiciales y extrajudiciales, se les ha dado y da entera fe y crédito en juicio y fuera de él. Y para que conste dimos la presente en la ciudad de los Ángeles de la Nueva España, a veintiocho días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años.

Miguel Zerón Zapata, escribano mayor de cabildo
Joseph de Meneses, escribano de su majestad
Antonio de Torres, escribano de su majestad

163 Por error tipográfico, la numeración del párrafo se repite.

8. Testamento hecho por Catarina de San Juan, vecina de la ciudad de los Ángeles, y distribución de sus bienes

[255] En el nombre de Dios todopoderoso. Amén. Sepan cuantos esta carta vieren, cómo yo, Catarina de San Juan, natural del reino del Mogor, en las islas Filipinas, y vecina de esta ciudad de los Ángeles, estando enferma y en cama, y en mi libre juicio y entendimiento natural; creyendo, como firme y verdaderamente creo, en el misterio de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero; y en todo lo demás que tiene, cree y confiesa nuestra santa madre Iglesia católica de Roma, debajo de cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir y morir; eligiendo, como elijo, por mi abogada intercesora a la serenísima reina de los ángeles, la virgen santa María, madre de Dios y señora nuestra, concebida en gracia y gloria desde el primer instante de su ser, para que interceda por mí con su precioso hijo en el tribunal divino y me alcance perdón de mis pecados; otorgo, hago y ordeno mi testamento, última y postrimera voluntad, en la manera siguiente.

[256] Lo primero, encomiendo mi alma a Dios nuestro señor, que la creó y redimió su precioso hijo con su sangre, pasión y muerte; y el cuerpo a la tierra de que fue formado. Y falleciendo, ordeno sea sepultado en la iglesia del colegio del Espíritu Santo, de la religión sagrada de la Compañía de Jesús de esta ciudad, con el acompañamiento, forma y disposición que pareciere a mis albaceas.

[257] Mando se den mis bienes, dos tomines a las mandas forzosas y acostumbradas; con que las desisto y aparto del derecho que a ellos tienen.

[258] Declaro por mis bienes los siguientes: un niño Jesús pequeñito de talla; seis cuadritos ordinarios, colgados de las paredes de mi cuarto; una cajuela; dos o tres libritos de devoción; la ropa de mi uso. Y ruego al padre Alonso Ramos, mi confesor, de la religión sagrada de la Compañía de Jesús y conventual de dicho colegio, los distribuya y convierta en limosnas entre pobres.

[259] Y para cumplir y ejecutar este mi testamento, sus mandas y legados, dejo y nombro por mis albaceas testamentarios al dicho padre Alonso Ramos y al bachiller Joseph del Castillo Grajeda, presbítero, y al capitán don Hipólito del Castillo y Altra, vecinos de esta ciudad. Y les doy poder y a cada uno *in solidum*¹⁶⁴ y con general administración, para que después

164 Entero, a cada uno por completo.

de mis días entren en mis bienes, se apoderen de ellos y procedan a su recaudación y cobranza. Y los que llevo declarados, por no tener otros y ser sumamente pobre, se vendan y rematen en almoneda o fuera de ella, como les pareciere. Cumplan y ejecuten este testamento, aunque sea pasado el término de la ley; porque el que más fuere necesario, ése les prorrogó sin limitación alguna. Y pido, por amor de Dios, al reverendo padre rector de dicho colegio, se sirva de hacerme caridad y limosna de que mi cuerpo sea sepultado en dicha iglesia, en atención a no tener ni dejar bienes con qué costear mi entierro y en recompensa del particular amor y voluntad que siempre he tenido a dicha sagrada religión, y particulares beneficios que de sus religiosos he recibido desde que vine de dicho reino a este de Nueva España; y en especial y particular, la dirección que siempre han tenido en guiarme al culto divino y enseñanza para el bien de mi alma.

[260] Y en el remanente que quedare de todos mis bienes, deudas, derechos y acciones que me tocan y pertenecen, instituyo y nombro por mi heredera universal a mi alma; para que lo que importare se convierta en misas y sufragios por ella.

[261] Y revoco y anulo y doy por ningunos y de ningún valor ni efecto, cualesquier testamentos, codicilos,¹⁶⁵ poderes para testar y otras disposiciones que antes de ésta se hayan hecho y otorgado, por escrito o de palabra, para que no valgan ni hagan fe en juicio ni fuera de él; salvo éste que ahora otorgo, que quiero se guarde y cumpla por mi última voluntad, en aquella vía y forma que mejor haya lugar en derecho. Que es fecho en la ciudad de los Ángeles, a dos días del mes de agosto de mil seiscientos y ochenta y seis años. Y la otorgante, que yo el escribano doy fe conozco, no firmó porque dijo no saber. Firmó un testigo a su ruego. Testigos: Matías de Arrieta, Francisco Gutiérrez y Juan Gómez Guerrero, vecinos de esta ciudad. Por testigo: Mateo de Arrieta. Ante mí, Antonio Gómez de Escobar, escribano real y público.

Hago mi signo en testimonio de verdad
Antonio Gómez de Escobar, escribano real y público.
Sin derechos

¹⁶⁵ Disposición de última voluntad que no contiene la institución del heredero y que puede otorgarse en ausencia de testamento o como complemento de él.

[262] En la ciudad de los Ángeles, a veinte días del mes de enero de mil seiscientos y ochenta y ocho años, ante mí, el escribano, y testigos; el reverendo padre Alonso Ramos de la religión sagrada de la Compañía de Jesús, a quien doy fe que conozco, y como albacea testamentario de Catarina de San Juan difunta, instituido y nombrado por tal por el testamento que otorgó y debajo de cuya disposición falleció; su fecha, en esta ciudad, a dos días del mes de agosto de mil seiscientos y ochenta y seis, ante Antonio Gómez de Escobar, escribano real y público. Y en virtud de la facultad que se le concedió por una de las cláusulas de dicho testamento, que es el antecedente, para que los bienes que en ella declara los convierta en limosnas entre pobres; en mi presencia y de dichos testigos, dicho reverendo padre repartió los bienes contenidos y expresados en dicha cláusula entre diferentes personas, así hombres como mujeres pobres, sin que quedase cosa alguna de las referidas. Y porque conste estar cumplida, por parte de dicho padre, en el todo dicha cláusula de su pedimento, así lo certifico y firmo; siendo testigos Juan de Chaves y Francisco Bazán, vecinos de esta ciudad.

Hago mi signo en testimonio de verdad
Francisco Solano, escribano real y público
Sin derechos

CAPÍTULO 4

DE OTRAS NOTICIAS PARTICULARES QUE ACREDITAN LAS VIRTUDES DE LA SIERVA DE DIOS CATARINA DE SAN JUAN

1. De una salud repentina y prodigiosa que se atribuyó a la sierva del Señor, en la ciudad de San Luis Potosí

[263] Omíto con reflexión y particular advertencia todas las maravillas y prodigios que se dice haber obrado Dios por la intercesión de su sierva, en la ciudad de Puebla de los Ángeles, donde falleció con opinión de santa y fue honrada en la dicha muy noble e imperial ciudad, universalmente de nobles y plebeyos; porque juzgo conveniente dar tiempo a que se temple el ardor de la devoción que se encendió con la publicación y celebridad plausible de sus virtudes. No sé cómo ni por qué se calientan y desordenan con

tanta facilidad los humanos afectos, cuando nos consta por experiencia que ni los enemigos ni los muy amigos son buenos para testigos de la verdad. La una y la otra pasión ciegan el entendimiento y parece que arrebatan la voluntad, de manera que, pasando el calor de la devoción, si no se desdican los juicios humanos, se arrepienten escrupulosos y temerosos de haber pasado los límites de la razón y de la justicia. Paso por este motivo, a dar otras noticias de lugares y ciudades distintos. Y sea la primera con el traslado de una carta que recibí de San Luis Potosí, su fecha en 29 de abril de 1690 años. Y es como sigue:

[264] “Mi padre prepósito Alonso Ramos, etc. En mi casa ha sucedido un prodigio público y notorio en toda la ciudad; y porque cede en honra y gloria de Dios y de su santísima madre la conservación de su memoria, que puede olvidarse con el tiempo, me han aconsejado participe a vuestra paternidad la noticia del suceso, como lo hago, con la confirmación de autoridad en el sentir de algunas personas graves que tuvieron y tocaron (como se dice) con las manos el prodigio, testificado con sus cartas y firmas, mientras hay juez competente delante de quien se pueda y deba hacer información jurídica y suficiente. Suponiendo desde luego que mi fin e intención no es otra que el mostrarme agradecido al patrocinio de la madre de Dios, que se ha experimentado en mi casa y familia por la intercesión (según como lo juzgo con piedad y verdad) de la sierva de Dios Catarina de San Juan, hija espiritual de vuestra paternidad, cuya vida y alivio en sus achaques deseo y pido a nuestro Señor en mis pobres oraciones, etc. Francisco de Pastrana, etc.”

[265] “Francisco de Pastrana, vecino de esta ciudad de San Luis Potosí y escribano público de ella, aseguro a vuestra paternidad y digo que teniendo en mi casa una niña como de once años, le sobrevino por el año pasado de 1687 una gravísima enfermedad que, según decían los médicos y cirujanos que la curaban, era más que perlesía;¹⁶⁶ de que se hallaba sumamente impedida sin ser dueña de sus acciones, pues no podía andar, comer ni vestir sino por mano ajena, padeciendo hasta en el habla y pronunciación, tanto que no se podía entender ni percibir lo que decía. Y habiendo padecido dicha enfermedad más de diez meses, sin que tuviesen efecto muchos y diversos medicamentos que se le hicieron para su curación. Y mirándose ya ésta como imposible en lo humano por ir cada día en aumento el achaque, llevaron a mi casa un día a leer el sermón que se predicó en las honras de la venerable

166 Privación o disminución del movimiento de partes del cuerpo.

Catarina de San Juan; y habiéndolo leído doña Antonia de Pastrana y Valdés, mi mujer, se enterneció con la leyenda y ponderación y pidió a la venerable señora Catarina de San Juan, a quien piadosamente consideraba en el cielo, intercediese y pidiese a la santísima virgen María, madre de Dios, alcanzase de su santísimo hijo salud para la enferma, o que se la llevase a la gloria por no verla padecer tanto como padecía. En esta ocasión entró en dicha mi casa el padre Bernardo Rolandegui, rector actual del colegio de la Compañía de Jesús, el cual conoció y comunicó a la dicha venerable señora Catarina de San Juan, y con su parecer nos determinamos a mandar decir una misa a la madre de Dios, para que mediante la intercesión de esta sierva del Señor experimentase mi casa este consuelo con la salud de la enferma. Y para este efecto se llevó dicha niña al convento de Nuestra Señora de la Merced y se rogó al reverendo padre predicador fray Baltasar del Castillo, religioso del dicho convento, dijese la misa, según y como se había prometido. Y acabando de decirse se reconoció tan grande y repentina mejoría en la enferma, que pudo venir y vino por su pie desde la dicha iglesia hasta la casa de mi morada, que era entonces en la casa pública de esta ciudad. Continuándose en los días siguientes tanto la mejoría que dentro de muy pocos se halló totalmente sana y buena y libre de todos los accidentes que padecía, como actualmente lo está; y con tan diferentes colores y carnes que parece no haber padecido tal enfermedad, causando admiración a las personas que la han visto y la vieron cuando estaba enferma. Y porque tenga más lugar mi crédito y verdad con que hablo a vuestra paternidad, le remito los pareceres y cartas inclusas que confirman lo que llevo dicho. Y son la del padre Bernardo Rolandegui, rector del colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad de San Luis Potosí; la del padre Juan de Contreras, religioso de la dicha sagrada religión; del licenciado don Francisco Guerrero, abogado de la Real Audiencia; de Andrés Ibáñez de Villanueva, maestro de cirugía; del contador de la Real Caja, Juan Domingo de Sequeira.”

Y todos estos personajes confirman lo que me escribió el secretario Francisco de Pastrana, vecino de la ciudad de San Luis Potosí, en 29 abril de 1690 años.

2. De varias noticias, dignas de todo crédito, que pueden conducir al conocimiento de las virtudes de la sierva de Dios Catarina de San Juan

[266] En veintiuno de agosto de mil seiscientos ochenta y ocho, recibí una carta del padre rector, que entonces era de uno de nuestros colegios, distan-

te más de trescientas leguas de esta ciudad de México, en que dice así: “Una persona espiritual de mi satisfacción que, por ausencias, enfermedades y otros accidentes de su confesor, me ha visto y comunicado lo interior de su conciencia a veinte de julio, día más o menos, de este presente año de mil seiscientos ochenta y ocho; respondiéndome a no sé qué le decía, y nombrándole a la sierva de Dios Catarina de San Juan, me dijo: ‘Señor, ¿pues ya no es difunta esa señora? Luego que murió (y me parece que fue por la pascua de Navidad o de los santos Reyes), se me apareció muy gloriosa, tratándome de su hermana, y me dijo que se llamaba Catarina de San Juan, que acababa de morir en la ciudad de Puebla de los Ángeles.’ Yo le respondí: ‘Cierto es que en esa ciudad hay una persona de ese nombre, con fama de muy virtuosa; pero que no tenía noticia de su muerte’. A que añadió: ‘Sí, sí. Muerta es y venía, según me acuerdo, vestida de una sotana negra, como hermana de la Compañía de Jesús; y a su lado derecho traía a nuestro padre san Ignacio. Y no sólo esta vez la he visto, sino que aun viviendo me visitó en espíritu muchas veces y yo me hallaba con ella en visita como corporal, alentándonos la una a la otra a servir a la divina majestad; pero como hace tanto tiempo que pasó, no me acuerdo ahora de lo que pasó en esas visitas y coloquios’. Le dije entonces lo encomendara a Dios y le pidiera que le trajera a memoria lo que le ha pasado con su sierva de Dios. Esto fue en el miércoles veintisiete de agosto, día en que su ordinario confesor había salido a misiones por estas provincias tan dilatadas como destituidas de doctrina católica”.

[267] “Volvió esta alma a mis pies otro día y me dijo: ‘Pensando en lo que vuestra reverencia me encargó, estando en mi recogimiento, se me dejó ver la señora Catarina de San Juan en gran gloria. El traje que traía era de una sotana o túnica de la Compañía de Jesús, con un esplendor y resplendor notable, bordada de Jesuses y Marías de oro (así adornaron y vistieron la túnica las devotas señoras que asistieron a lucir la mortaja). Y sobre esos adornos reparé que traía un como sobrepelliz de raso blanquísimo y en el pecho un Jesús de oro grande”.

[268] “Describió su estatura y rostro de manera que, como yo la había conocido y tratado familiarmente, no pude dudar había tenido visión clara de la sierva de Dios, que se le representó muy hermosa, con una riquísima corona en la cabeza y sobre la corona se levantaba un globo muy grande, de una luz tan amorosa como apacible. Por la corona entendí sus soberanos pensamientos e ilustraciones que había recibido del cielo; y en el globo de luz, lo mucho que había procurado el bien de las almas y la luz que había

de dar a todo el mundo con los resplandores de sus virtudes. Y le dio un recado para mí y que me dijese cómo había muerto el día o víspera de los tres santos Reyes, que la asistieron en su muerte con especialidad, por el singular cuidado que había puesto en el ejercicio de las tres virtudes significadas en los tres dones que ofrecieron al Niño Dios; y sobre todos, por el de la caridad tan grande con que deseó el bien de todas las almas y que todas amasen a Dios de todo su corazón. Y añadió esta alma que había hecho especial memoria Catarina del cuidado que había puesto en la mortificación y que con especialísimo premio se le había pagado en el cielo”.

[269] “Me dijo también que el Señor y su santísima madre, con otros muchos santos y bienaventurados que por su intercesión gozaban de Dios, a quienes venían como capitaneando nuestro padre san Ignacio y san Francisco Xavier y el beato Estanislao Kotska, la habían asistido en la hora de su muerte. Y, finalmente, añadió (omitiendo otras cosas de menos importancia) que al apartarse el alma de su cuerpo había pasado por el purgatorio y llevado consigo al cielo como cuarenta almas. Nuestro Señor me guarde a vuestra reverencia y le dé fuerzas para concluir lo que tiene entre manos. Y no puedo dejar de dar mi queja, pues en tanto tiempo no me ha avisado vuestra reverencia de la muerte de nuestra Catarina, constándole el afecto que yo le tenía en Dios”. Todo esto, como en lo que toca a las circunstancias de la muerte de la sierva de Dios y todo lo demás que pertenece a la asistencia del cielo en su fallecimiento, se hace muy creíble a la prudencia humana, supuestas las virtudes que dejo escritas en la vida de esta esclarecida virgen. Y se confirma su verificación con la siguiente noticia espiritual.

[271] Estaba cierta alma en su recogimiento, acabando de comulgar, la mañana que murió la venerable Catarina de San Juan. Y hallándose en presencia del Señor, le preguntó: “Si estaba ya Catarina en el cielo”. Le respondió: “Aún no está”. Dio noticia de esta voz o inteligencia a su confesor y éste le dijo: “Encomiéndala a Dios, pero no creas cosa contra el prójimo”. Con esta respuesta se fue la dicha alma con Cristo y le representó el dicho de su padre espiritual, temerosa de haber errado en creer. Y su Majestad le respondió: “Dile al padre que hay defectos que ni mis santos ni los confesores los alcanzan. Que Catarina no tiene ni tendrá pena alguna; pero que entró en el purgatorio”. Y prosiguiendo el Señor como maestro que enseñaba, añadió: “Mis juicios son incomprensibles. ¡Hoy cuántos santos están haciendo milagros en sus cuerpos con el poder de mi gracia, estando aun sus almas en el purgatorio! Éste no es lugar de réprobos. Catarina en mi gracia perseveró hasta el fin, porque estuvo de su parte mi poder”. Otro día, hallándose la

insinuada alma con el Señor, le dijo: “Todos los sufragios que se han hecho por Catarina, al entrar en la bóveda los apliqué por el sacerdote y las otras almas que sabe su confesor”. Tenía por devoción esta misma persona dar toda la satisfacción de sus buenas obras a las ánimas del purgatorio, sin reservar para sí ni un avemaría. Y después de un día de desamparos y terribles penas, se puso a leer la vida de Catarina de San Juan. Y admirándose, según el conocimiento que le daba Dios de las virtudes prodigiosas de la sierva del Señor, empezó a humillarse afligida y confusa. Y Dios, que ama a los corazones contritos y atribulados, se le dejó ver y la consoló, ponderándole sus virtudes en contraposición de las de Catarina; preguntándole: “Dime, ¿cuál es más? ¿Quedarse sin comer por darlo todo a los pobres, como lo hacía mi sierva, o el desnudarse de todas las buenas obras por socorrer a las almas, mis escogidas, para que me vean, gocen y alaben por una eternidad en el cielo?”. Y después de otras muchas preguntas misteriosas, concluyó el Señor: “Persevera constante como mi sierva y persuádate que ni treinta Catarinas han de igualarte. Ni en lo presente ni en lo venidero se ha de ver otro mayor prodigio si perseveras en el camino en que te he puesto”.

[272] En otra ocasión, estando esta persona espiritual leyendo la vida de Catarina y advirtiéndole que el autor ponía en duda la edad que tendría la sierva de Dios cuando llegó a esta ciudad de Puebla, se suspendió un poco y vio junto a sí a Catarina. Y valiéndose de la ocasión, le preguntó y dijo: “Si todo lo sabías, ¿cómo no dijiste a tu confesor los años que tenías cuando viniste a esta tierra?”. Le respondió la sierva del Señor: “Tenía trece años y las batallas que vencí fueron triunfos de la Omnipotencia, que me dio para batallar las fuerzas de un Sansón”. Le preguntó también el día en que había nacido. Le respondió: “Que en la víspera de la circuncisión, del año cinco de este siglo”. Continuándose la visita, preguntó también esta alma a Catarina si le duraba todavía la aspereza y mala condición. Le respondió: “Igual tú eres la mal acondicionada, pues llegando yo un día a la reja de la comunión, temiendo caerme, me quise tener de ti y tú dijiste: ‘¿Qué vieja es ésta? Téngase en sí misma o ande con muletas’”. “Es verdad, Catarina, sucedió eso; pero si yo te conociera no lo hubiera dicho”. Se sonrió la sierva de Dios y el alma también, diciendo: “¿Serás de aquí adelante mi amiga? Que santa Catalina mártir lo es”. Se desapareció Catarina, diciendo: “Sí, lo eres”. Se repitió esta visita otro día. Dijo esta alma a Catarina: “¿Por qué se hizo pública tu santidad cuando vivías?”. Le respondió: “Porque quiso Dios, para mi mayor martirio; pues yo hartó me encerraba y escondía, y por esto parecía al mundo más santa”. Añadió el alma, favorecida con

esta visitación: “Por no parecerlo yo, no me encierro. Y si el Señor quisiere condonarme virtudes, ha de mostrar su fineza como un coral que cuanto más golpeado con los golpes de las aguas, más fino se aprecia”. Añadió Catarina: “Bien habrás menester la valentía esforzada de una singular gracia para ese camino nuevo; que aunque, mirando al poder de Dios es muy fácil, mirando a la flaqueza humana es difícil y peligroso.” Con estas palabras se acabó la visita y se desapareció la visión. Y esta alma preguntona hizo otra pregunta a Cristo, diciéndole: “Si doña Juana de Irazoqui era tan virtuosa, ¿cómo no se publicó su santidad mientras vivió?”. El Señor le respondió: “Porque era muy prudente y recogida”.

3. Otras varias noticias que nos dejó escritas de su mano y pluma, acerca de la muerte y gloria de la venerable virgen, doña Juana de Irazoqui, a quien piadosamente se puede dar crédito por sus heroicas virtudes, que deseo y espero dar a la estampa

[273] Pocos días antes de la muerte de la sierva de Dios, se le representó a doña Juana, como moribunda. Dice esta prudente virgen: “Y en este trance, sentí en mí unos grandes deseos de hallarme a su cabecera, como me hallé (según entiendo) en espíritu; y la vi con un santo Cristo en la mano y en agonías tan sosegadas, que me causaba un género de envidia su suave muerte. No me acuerdo en lo que paró esta visión, porque ha muchos meses que murió la sierva de Dios cuando escribo esto; pero se me ha venido a la memoria otro sueño acerca de esta santa mujer, y como todas mis visiones las miro y estimo como sueños, quiero poner éste también aquí. Y es que se me representó una madrugada como muerta esta buena señora; y que yo, con esta noticia, salía de mi casa con presteza por verla. Y con este impulso o movimiento me hallé en la iglesia donde de ordinario asistía Catarina, y que me entré en una capilla o bóveda donde vi una niña pequeñita muy blanca y muy hermosa, envuelta como en mantillas preciosas y fajaditos los brazos, y no muerta sino viva, con un rostro muy risueño. En esta ocasión entraron mis hermanas y yo me fui saliendo y diciendo entre mí: ‘Por más que deseaba ver a esta santa mujer, no pude verla’. Aquí desperté con grande quietud. Y mirando a la divina majestad, parece que me dijo: ‘Hija, aquella niña que te mostré era el alma de mi sierva’”. Todo este sueño se verificó en la muerte de Catarina, porque al publicarse la noticia con el doble de las campanas de nuestra iglesia, salió de su casa doña Juana con ansias de ver a la difunta. Y aunque sus hermanas se entraron en la casa donde estaba amortajado el

cuerpo, ella se fue a la iglesia, y pidiendo licencia al confesor para entrar en casa ajena para cosa tan piadosa, se la negó, diciéndole: “No te revuelvas con los populares concursos. Considera lo que es un cuerpo muerto y la facilidad de un alma justa. Encomiéndala a Dios y procura imitar sus virtudes que, si son como las predica el mundo, tendrás en esa sierva del Señor mucho qué imitar, qué ponderar y admirar”. Con esta respuesta se privó de ver el cuerpo muerto y le sirvió de consuelo la visión que había tenido de la bendita alma de su hermana y querida Catarina de San Juan, de quien tuvo otras visiones y asistencias, tan continuas que no le faltó su presencia hasta el último trance de su vida; en que asistida y acogida en los brazos de la sierva de Dios Catarina de San Juan, dio la dicha doña Juana el espíritu al Señor.

[274] “En ese mismo día, que fue víspera de los santos Reyes, poco antes de amanecer, después de una batalla continua por toda la noche de pensamientos buenos y malos, porque eran muchos contra nuestra santa fe, oí con claridad estas palabras: ‘Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo’. Y al mismo tiempo sentí tres golpes en las espaldas, como que me rempujaban para que despertase. Desperté con grande paz. Y volviendo el rostro al lado de donde me pareció había venido la voz, me pareció que se retiraba la buena mujer Catarina de San Juan, que aquella misma mañana, víspera de los Reyes, había muerto. Y con su ausencia cesó la tentación que me afligía. Luego que me levanté y fue hora, pasé de mi casa a la iglesia para hacer mi obligación; como lo ejecuté, con grande admiración del cuerpo, que estaba desflaquecido y sin fuerzas para moverse, aunque mi alma se hallaba fervorosa, si bien con la inquietud que se le comunicaba del contento y la alegría común de la muerte de la sierva de Dios, Catarina de San Juan”.

[275] “Poco después que me aparté de los pies de mi confesor, me hallé en quietud, y me pareció que miraba con los ojos del alma a esta caritativa mujer y que me decía, con mucho amor y eficacia: ‘Hermana, quiébrale la cabeza al enemigo, aquí y aquí’, señalándome como con la mano el confesionario y la mesa donde escribo, obligada de la obediencia, que eran los dos puestos donde siempre me combate el infierno furioso, porque deje a mi buen maestro y porque no le obedezca en el escribir. Esta espiritual asistencia de Catarina fue continua, porque desde que murió no me deja de enseñar y dar fuerzas para estas dos acciones de mi obligación, poniéndome como por su mano y poder a los pies del confesor y en la mesa de mis escritos, a pesar de las repugnancias que me ponían y de las violencias con que me impedían los enemigos la ejecución de mi voluntad, sujeta al Señor y al vicario que me había dado por director.”

[276] “Otro día de éstos, al tiempo de mi recogimiento, se me vino con especial claridad a la vista la venerable Catarina, con apacibilidad y hermosura celestial, vestida como de un raso blanquísimo y resplandeciente. Traía, según vi y entendí, una palma vistosa en la mano y en la cabeza una corona hermosísima y riquísima de oro. Venía acompañada de otra venerabilísima señora, vestida como las religiosas de santa Teresa. Y que en medio de las dos vírgenes, ostentaba la madre de Dios su grandeza y soberana hermosura, vestida de un resplandor tan claro y superior a todo lo que yo puedo ponderar, que me pareció iluminaba y participaba parte de su glorioso esplendor a las dos señoras que traía a su lado y en su compañía. En esta visión estaba mi alma como embobada y admirada de la belleza de tan hermosos objetos; deseaba conocer la señora que se representaba vestida con el hábito de las religiosas de santa Teresa, a quien yo no conocía ni había visto otra vez. Estando con este deseo, se llegó a mí nuestro padre san Ignacio, mi querido y continuo maestro y poderoso patrón, y me dijo: ‘Hija, esa persona a quien no conoces es santa Teresa, que por haber estimado tanto sus hijas en esta vida a Catarina, quiere Dios que su madre la acompañe para enseñarte y visitarte a ti’. Las tres señoras no me dijeron nada, sino que haciéndome una como indicación con las cabezas, se fueron subiendo a las alturas celestes con grandes músicas angélicas, dejándome a mí como embelesada, pero alegre y con deseos de que fuese Dios alabado y engrandecido en los cielos y en la tierra”.

[277] “El día que se comenzaron las misas del funeral de la sierva del Señor Catarina de San Juan, me acuerdo que hice diligencia por comulgar antes que se empezase la misa cantada, para retirarme a mi rincón y huir del ruidoso bullicio del pueblo, como me lo había mandado mi confesor con el motivo de mis achaques y otros que yo no alcanzo ni quise saber. Pero quiso o permitió Dios que el padre que dijo la misa segunda no diese la comunión; y así me vi obligada a apartarme del comulgatorio algo afligida, por la grande flaqueza y desfallecimiento que padecía mi miserable naturaleza. Y en medio de esta congoja, vi como de repente con los ojos del alma a la venerable Catarina, como quien me daba la mano y aun ponía también sobre el hombro, diciéndome: ‘Fía en el poder de Dios, que te confortará para que oigas la misa cantada y todas las demás del novenario. Y ponlas todas en manos de la santísima Virgen para que, como señora sabia, las aplique a las ánimas y personas más necesitadas’. Con estas palabras y visitación celestial (a mi entender), me hallé confortada para poder, después de haber comulgado, esperar y oír la primera misa cantada que cantó el venerable y señor deán.”

[278] “Y en su principio, vi que la divina majestad comunicó a mi alma una noticia superior y conocimiento, tan cierto para mí como extraordinario, de que la sierva de Dios Catarina de San Juan con grande hermosura y como de edad de 33 años, bajaba de las celestiales alturas acompañando a la santísima Virgen, con mi padre y maestro san Ignacio y otra muchedumbre de ángeles y bienaventurados; y que acercándose a mí, me decía: ‘¡Ea, ángel mío! Con la gracia del Señor haz cuanto pudieres por las ánimas y por lo pecadores. Y a este fin, reza todos estos días una corona a la santísima Virgen’. Yo con estas voces me sentí con una grande fe, tal que me pareció dádiva especial de Dios nuestro señor, y con ella oí la misa con toda la devoción que pude y recé la corona que me había mandado. Y en este tiempo me asistió la buena mujer Catarina de San Juan, rodeada de muchas ánimas del purgatorio. Y veía yo con mucha claridad que iba como cogiendo de mi pobre mano las avemarías que rezaba y las llevaba a la imagen de Nuestra Señora de Loreto (a quien ofrezco yo todo mi padecer), y volvía con ellas en sus manos en forma de unas piedras riquísimas, de gran valor y vistosa hermosura. Y al llegar cerca de mí, me decía: ‘Ves aquí tus pobres oraciones encomendadas a la madre de Dios, cuán preciosas y enriquecidas se muestran para el provecho de los necesitados’. Y luego iba a mi vista repartiendo con grande alegría, las piedras entre las almas que la cercaban. Yo, con esta visión, me alegré mucho; aunque por otra parte, me atribulé por haber entendido lo que me ha de costar la devoción con la santísima Virgen, como con efecto lo voy experimentando. Porque son tan terribles las angustias y amarguras con que el Demonio me aflige cuando imploro el favor de la soberana Señora, que tiembla como azogada¹⁶⁷ toda mi pobre naturaleza y se halla mi alma en unas tinieblas tan espesas y penosas, llenas de tristezas y melancolías, que me derriban y dan conmigo en el suelo. Si bien, no me falta el aliento para procurar perseverar hasta rendir la vida en estas interiores batallas; si el poder de Dios no es conmigo, perdida voy en estas continuas tribulaciones, porque me parece que el Demonio me va quitando o minorando poco a poco la viveza y la fe y la firmeza de la esperanza. Pero, si Dios conmigo, ¿quién contra mí? En esta visión me pareció que estaba la sierva de Dios vestida de una tela riquísima de azul y oro, su cuerpo de buena disposición y su rostro muy blanco y con notable resplandor”.

¹⁶⁷ La intoxicación por azogue produce un notable temblor en quien la sufre.

[279] “El segundo día de las misas me fui a la iglesia con deseo de hacer lo que esta sierva de Dios me había encomendado. Y luego que entré en el templo, reconocí con la vista interior la presencia de la venerable Catarina, vestida de una gala amarilla, muy preciosa y tan vistosa, que yo me quedé como suspensa en un deseo ansioso de saber qué significaría el color amarillo de su vestidura. Y en esta suspensión o embobamiento de mi alma, me pareció que me decía el Señor con grande amor: ‘Hija mía, el color del vestido de mi querida Catarina significa el grande cautiverio que sufrió por mi amor en esta vida’. Con estas palabras (a mi parecer) de Dios, recibí notables alientos y deseos de padecer lo mismo que había padecido su sierva. Y en esta ocasión y tiempo vi que Catarina repetía la acción de presentar a la milagrosa imagen de Loreto mis avemarías y que volvía con ellas adonde yo estaba, repartiéndolas entre los necesitados en mi presencia. Con el consuelo y alegría que mostraba la buena mujer y querida mía en la distribución de esta espiritual limosna, me consolaba y comunicaba aliento para proseguir los demás días en estos ejercicios y santas devociones. Pero le dije en una ocasión, hallándome apurada con lo que me costaba esta obediencia (que obediencia era el ejecutar lo que mi buen maestro y confesor confirmaba y me mandaba hacer), digo que dije un día de éstos a la sierva de Dios: ‘Madre y hermana mía, Catarina: los días que se siguen no he de rezar tu corona, porque tengo yo muchas devociones y ejercicios que hacer por las almas y personas necesitadas de mi obligación, y no es razón pierdan éstas el provecho de mis pobres oraciones por la conveniencia de los necesitados de tu afecto’. La buena mujer y humildísima sierva del Señor respondió, a mi entender, sonriéndose: ‘Sea así como tú lo deseas, que yo pediré y clamaré a nuestro redentor por las personas que tú pidieres’. Con estas palabras me hallé llena de consolación espiritual. Y perseverando, con la gracia del Señor, los demás días de las misas del funeral en la iglesia, pidiendo y clamando por las almas y personas de mi obligación y por las que pedía y a quienes favorecía Catarina, advertí que nunca me faltaba la asistencia de la sierva de Dios, acompañada de muchos ángeles e innumerables almas y personas necesitadas, a quienes repartía como fiel dispensera, por modo de limosna, mis pobres oraciones, enriquecidas con la intercesión de la santísima Virgen y la sangre preciosa de nuestro redentor. Con estas visiones crecía en mi corazón tanto el fervor y deseos de servir y amar a Dios, que apenas me podía valer; porque el mismo amor encendido con excesos, me violentaba a prorrumpir en voces de mi humillación y de alabanzas de las misericordias de Dios, por las misericordias que indigna experimentaba”.

[280] “Todos estos días del funeral, me asistía Catarina de San Juan con diferentes vestiduras de galas celestiales, como lo significaban los colores de las telas extraordinarias y de los adornos y preesas que las enriquecían. Y aun su Majestad me declaró lo que significaba la variedad de colores y preciosos adornos de los vestidos con que se me representaba la sierva de Dios. Por el desfallecimiento de mi flaca naturaleza, no puedo ahora explicarme; y me queda el consuelo de que nuestro Señor dará luz a mi confesor y maestro para entender la significación de la riqueza y variedad de estas preciosas vestiduras. El día último del novenario, de las misas y del sermón de sus virtudes en la celebración de sus honras (día, a mi parecer, deseado de toda la ciudad y de sus contornos), me hallé antes de amanecer como hambrienta y sedienta de oír las maravillas y prodigios que el Señor había obrado con el instrumento de esta buena y venerable mujer. Y de estas ansias como arrastrada, salí de mi casa antes de la hora acostumbrada para coger asiento en el templo de la Compañía de Jesús, dónde poder oír al predicador. Pero cuando yo juzgué ser de las primeras personas que entrase en la iglesia, me pareció ser la última, porque me encontré con el concurso tan noble y tan tupido, que parecía era ya la hora del sermón e imposible el que yo pudiese hallar lugar de dónde oír al predicador. Con este susto me fui entrando sin saber lo que hacía, hasta que me hallé junto al comulgatorio, contentísima y muy agradecida a nuestro Señor. En este lugar cumplí la obediencia de recibir a la divina majestad sacramentada y me estuve hasta que se acabó el sermón y la misa; y no me hartaba de dar gracias a Dios por las fuerzas que experimenté, pareciéndome como milagrosas, pues, como sabe mi confesor, mi cuerpo más está para el lecho que para otra cosa de esta vida. Pero en fin (como se suele decir), nunca mucho costó poco, y aunque me estuve toda la mañana martirizada con los aprietos del numeroso concurso y con la turbamulta¹⁶⁸ de mis achaques, lo di todo por bien empleado, porque gusté del sermón cuanto no puedo explicar. Y reconocí en mí, por la bondad de Dios, muy extraordinarios deseos de cumplir con mis obligaciones y de imitar a la sierva de Dios en las virtudes que se predicaron en el sermón de sus honras”.

[281] “Una noche de éstas, estando rezando el rosario de nuestra Señora con mi madre y toda la gente de casa, como acostumbramos; se puso delante de los ojos de mi alma, como de repente, una nube muy especiosa¹⁶⁹

168 Multitud confusa y desordenada.

169 Hermosa.

y muy apacible. No sé cómo explicar su color agradable, porque me pareció de un azul celeste, revestido de tanta claridad, que se me representaba como la misma blancura. Su vista me causó quietud y notable consuelo. Y en ella vi una hilera de varones gravísimos y sobremanera esclarecidos, y entre ellos a la venerable Catarina de San Juan. Sintió mi pobrecita alma con esta visión tanto gozo y se encendió en mi corazón tal llama de fuego que, sin estar en mi mano, iba a prorrumpir en estas voces: ‘¡Miren los apóstoles y a Catarina, cuán gloriosos vienen a visitarme!’. Pero el Señor, con su poder y sabiduría, me dio prudencia para reprimir este violento impulso, a quien yo no di crédito; ni tampoco me hablaron palabra alguna los ilustres varones que se me pusieron a la vista, ni me dejaron otra señal ni muestra de que era cosa buena que el haberlos visto en un clarísimo cielo y el incendio de amor de que llenaron mi pecho”.

[282] “Finalmente, padre y maestro mío, acabo este papel, que es el peor de todos y el que más me ha costado, por hallarme turbada, desflaqueada y desmemoriada, con traer a vuestra reverencia a la memoria la sangrienta y continua lucha en orden a defender mis manos del contacto de manos ajenas, aunque sean de mis hermanas y madre. En estos días, con especialidad, me ha combatido el infierno, por sí y por medio de las creaturas; pues todas, cuando me saludan, me piden la mano, así como lo usan todas las mujeres al encontrarse unas con otras, amigas y conocidas. En estas concurrencias me he hallado por este tiempo tan atribulada y con tal turbación de los sentidos y potencias, que no tengo razones ni juicio para defenderme. Y como ciega y confusa, prorrumpí en mi interior, sin estar en mi mano otra cosa, un día de éstos: ‘¡Este embuste de mi flaca naturaleza! ¡He de dar la mano a quien se ofreciere! Porque yo no he de ser singular ni excusarme de lo que usan las demás mujeres, pues soy peor que todas ellas’. En esta batalla quedé rendida y como adormecida. Y juntamente sentí que me cogían las manos y que me ponían unos como guantes y fundas de oro muy suave, aquilatado y resplandeciente; y que juntamente, con repetidas voces, me decían: ‘Guarda las manos, guarda las manos’. Y con este sentimiento e inteligencia miré, con los ojos del alma, hacia el lado de donde venían las voces y vi a mi querido patrón, maestro y padre san Ignacio y a la sierva de Dios Catarina de San Juan, como que se apartaban de mí y me dejaban enseñada y encargada la guarda de las manos”.

[283] “En esta visión y representación, estuvo mi alma llena de fe y confianza de que el cielo era quien le hablaba; pero, pasado el rapto y con él la viveza de la especie que se arrebató la inteligencia y el crédito, volví

a las batallas de mis dudas y confusiones, persuadiéndome a que todas estas representaciones eran fantásticas imaginaciones de mi flaca cabeza. Y para más afianzarme, acudí al consejo de mi confesor, que es toda mi seguridad y consuelo en las tribulaciones que por instantes experimento. Le supliqué (antes de manifestarle esto que me había sucedido) me diese licencia para dar la mano a quien, saludándome, me la pidiese. A esta mi propuesta y pedida licencia me respondió el ministro de Dios con alguna aspereza, sin faltar a la caridad con que me dirige y gobierna: ‘Atiende, hija, atiende a mis voces. Guarda esas manos, niégalas a todas las creaturas, porque están dedicadas al divino esposo. Sólo a Dios se las has de dar en la otra vida, que en esta te las puede pedir Lucifer transformado en ángel de luz’. Con esta voz del confesor, se aseguró y enteró mi alma en esta verdad y conocí que la voz del confesor era la misma que la de Dios. Pero hallándome en mi rincón, sin estar en mi mano, volvió a enfurecerse la guerra y lucha sangrienta. Y yo turbada, decía entre mí, hablando y contradiciendo a mi espíritu con copiosas lágrimas: ‘¿Qué escándalo tan terrible es este? No tiene remedio. Yo he de dar la mano a chinas y negras y a cuantas personas se me ofrecieren. Sólo Catarina anduvo con estas delicadezas en esta vida; que unos las tendrían por chiqueos y otros por embustes y fingimientos’. En estas terribles congojas y turbaciones de las potencias y sentidos de mi alma y cuerpo, anegada toda en tristes y melancólicas lágrimas, me pareció oía la misma reprensión que mi confesor me había dado. Y causándome nueva y extraordinaria confusión, me hallé como en una profunda suspensión. Y en ella vi a la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan, que con amor y cariño caritativo volvió a ponerme los guantes o fundas de oro, ciñéndolos y amarrándolos a las muñecas de mis dos manos, como asegurándome que con la gracia de Dios podría perseverar en el recato que debe tener una virgen y esposa dedicada a los castos amores del divino esposo.”

4. De otras noticias espirituales que acreditan con probabilidad las virtudes de la sierva de Dios Catarina de San Juan

[284] Aún viviendo la sierva de Dios, hecho un retrato de dolores y enfermedades su delicado cuerpo, a imitación del santo Job, empezó por los años de 1685 a aparecerse y visitar a una persona espiritual de mi satisfacción, al tiempo de sus ejercicios y acciones virtuosas, y con especialidad en las horas de su oración retirada. Con las frecuentes y repetidas visitas, se fue comunicando el espíritu de Catarina a la dicha persona espiritual, que ésta

no acertaba ni podía explicar este especialísimo género de unión. Pero decía al confesor: “Padre, yo no sé qué ni cómo es esto. Lo que experimento es que, en estas apariciones y visitas, se miran nuestros dos cuerpos y que los espíritus se unen tan estrechamente, que no puedo explicarlo si no es diciendo que sucede, a mi entender, a la manera que dos licores se mezclan en un vaso; dos arroyuelos que se encuentran, de los cuales se forma y hace un río”. Los efectos de esta unión, decía esta persona espiritual, eran experimentar en sí grande amor de Dios y extraordinario fervor y aliento en las tribulaciones que, ordinaria y sangrientamente, la combatían. Comenzó el espíritu de Catarina a hablar a la dicha persona. Después de muchos días de estas repetidas visitas espirituales, en ocasión que se les puso a la vista un monstruo o demonio en forma espantosa, y asustándose esta alma espiritual con tan terrible objeto, le dijo Catarina: “No te asustes, que yo echaré de aquí este maldito espantajo. Prosigue en tu contemplación y déjame a mí el batallar con esta infernal fiera”. Y peleó tan varonilmente que luego se desapareció el demonio, y el alma asustada y atribulada se fortaleció y cobró grande confianza en las fuerzas de la divina gracia que asistieron a la sierva de Dios Catarina de San Juan contra los espantos y poderíos del infernal abismo.

[285] Preguntó el confesor a esta persona espiritual, si Catarina le había hablado en estas visitas espirituales otra cosa. Y respondió: “Me ha dicho que me ha de acompañar hasta que yo me crucifique en toda desnudez, como ella vive crucificada. Y lo voy experimentando, pero con tales desfallecimientos de mi flaca naturaleza, que lo miro como imposible. Dios es todopoderoso y este infinito poder fortalece mi confianza y fortifica mis esperanzas, de manera que no dudo puedan verificarse las palabras de la sierva de Dios”. Se continuó esta asistencia espiritual hasta la pascua de Espíritu Santo, en que le pareció a esta alma contemplativa y se le representó Catarina muy enferma, como se verificó, porque le sobrevino a la sierva de Dios una enfermedad muy penosa y peligrosa. Y desanimándose y afligiéndose la dicha persona espiritual, juzgando le había de faltar el presidio¹⁷⁰ y fortaleza de Catarina, revivió su aliento, como dicen, con ver y experimentar que las asistencias del espíritu de la enferma no se interrumpían ni se enflaquecían, sino que le venían más fuertes y continuas, comunicándole nuevos y especiales alientos para continuar sus horas de

170 Auxilio, ayuda, socorro, amparo.

oración y los demás ejercicios que disponen y se requieren en una perfecta contemplación. En uno de estos días de turbación de esta alma contemplativa, estando acompañada de Catarina o de su espíritu, vio que venía hacia las dos una sombra enferma, de bulto y persona humana. Y asustándose, le dijo nuestra venerable Catarina: “No te asustes, que esta es una de las benditas ánimas, y ofreciendo por ella nuestras pobres oraciones y corto padecer, se irá a descansar”. Como parece que sucedió, pues ofreciendo la dicha alma su padecer por el alma aparecida, se desapareció ésta, dejándola en paz y quietud para continuar en su oración y contemplación.

[286] En otra ocasión, estando unidos estos dos espíritus, vio la ya insinuada persona espiritual que visitaba Cristo nuestro señor a Catarina y le daba una porcelana de buen tamaño, llena de sangre; y que cogiéndola la sierva de Dios, dijo, hablando con la dicha alma: “Entre las dos hemos de beber hasta las heces¹⁷¹”. Y con estas palabras de Catarina, la bebieron entre ambas a dos sin dejar gota en la vasija. El día de san Bartolomé dijo esta misma persona a su confesor: “Estando en oración vi venir en espíritu a Catarina como una saeta o paloma de resplandor, con notable velocidad, y que se unía con mi alma tan fuertemente que me pareció se hacían los dos espíritus una cosa misma”. Y que como ya en este tiempo conversaban y se hablaban mucho las dos almas, recibía de estas uniones y en ellas, singulares noticias; pero con un modo tan espiritual y tan escondido a los sentidos materiales interiores y exteriores del cuerpo que, cuando volvía en sí, no se acordaba sino de una u otra cosa de todo lo que había comunicado y hablado con Catarina. Algunas de las que se acordó y refirió fueron que se halló como arrebatada del espíritu de la sierva de Dios de la otra parte del mar por este tiempo, entre escuadrones de enemigos, y que veía hacían mucho daño en el reino o provincia donde se hallaban los dos espíritus. En esta ocasión entraron varios piratas en Campeche y arruinaron el puerto y lugares o pueblos circunvecinos. Otro día de estos se le puso delante este espíritu de Catarina a la dicha alma, como retirado y apartado, estando en su oración y recogimiento, combatida de una sangrienta guerra y cruel batalla contra la pureza. Y entre las congojas y temores de perderse, clamó a la sierva de Dios, diciéndole: “Catarina, ¿cómo me dejas sola en el riesgo?”. Y le respondió, sonriéndose: “Porque ya es tiempo de que te vayas haciendo

171 En las preparaciones líquidas, parte de desperdicio que se deposita en el fondo de las cubas o vasijas.

a pelear cuerpo a cuerpo con tus enemigos, sin otra ayuda que el auxilio de la divina gracia, que no niega Dios a sus creaturas y suele ser tanto más eficaz cuanto ellas más se ayudan y hacen de su parte”.

[287] El día 24 de octubre de este mismo año, estando el alma de la dicha persona espiritual unida con el espíritu que la asistía, se halló muy afligida por los muchos dolores y penas que experimentaba como efectos de esta tan fuerte como penosa unión. Y en el rigor de tantas penas, vio salir un alma como de un globo de oscuridad que, tomando un nuevo vestido de resplandores, voló con notable velocidad al cielo. Quedó suspensa, sin entender lo que se le significaba en esta visión. Y le respondió el Señor o su ángel de la guarda: “Tú no entiendes lo que viste. Pero sabe que fue efecto de ese espíritu humano que te asiste, que con sus oraciones y excesos de padecer sacó del mundo dos almas bien apeligradas y arriesgadas de perderse; la una de ellas voló al cielo, la otra quedó en el purgatorio hasta su tiempo”. Otro día de estos, vio y se le representó a la ya insinuada persona espiritual, el espíritu de Catarina vestido de resplandores y rayos de luz, que salían o reverberaban en muchas y finas piedras preciosas que se descubrían con hermosura y proporción entre los mismos resplandores. Y no penetrando el misterio el alma contemplativa, le dijo el ángel del Señor: “Tú no entiendes. Y así, atiéndeme, porque en todo ese objeto se simbolizan las virtudes de Catarina”. En esta ocasión dijo la sierva de Dios a la persona que asistía: “Tú quedarás en mi lugar y me heredarás los empleos para que Dios me creó y me conserva en el mundo”. Las cuales palabras entendió la dicha alma de una herencia trabajosa y colmada de penas, enfermedades y tribulaciones.

[288] Por los años de 1686 y 1687 se continuó esta frecuente como misteriosa asistencia espiritual, cuyos efectos pedían, para su plena relación, libros de mayor volumen. Y omitiéndolos por ahora, sólo digo que siendo así que casi en el tiempo de los dichos años estuvo enferma y en cama la sierva de Dios, nunca le faltó a esta persona espiritual la asistencia del espíritu de Catarina, con la misma unión y fortaleza que la experimentaba cuando la sierva del Señor estaba fuerte y robusta. En esta frecuente comunicación espiritual, entendió el alma favorecida y acompañada de Catarina varias cosas dignas de toda ponderación. Pondré aquí algunas de las que pueden conducir a la mayor honra y gloria de Dios y crédito de su sierva. Dijo un día el Señor a la ya insinuada persona, que el agonizar de Catarina había de ser a la manera de las agonías de un niño o niña pequeña e inocente. Y sucedió así, porque en la última enfermedad, después

que recibió los santos sacramentos, quedó la sierva de Dios como una criaturita sin malicia, sin refleja, sin escrúpulos, sin saber quejarse; pero según el exterior, que se reconocía, padeciendo y obrando su espíritu como en el tiempo de sus mayores batallas. Y en esta disposición salió de esta vida, apartándose el alma del cuerpo sin las ansias, congojas y los otros extremos que suelen notarse y verse en los otros moribundos.

[289] En la continua asistencia y comunicación espiritual, por este tiempo se continuaron las batallas con los enemigos combatientes a la una y otra alma, y también los raptos y vuelos de los dos espíritus por el mundo. Y mostrándose el de nuestra Catarina como maestro, confortando, dirigiendo e ilustrando al de su hermana espiritual y compañera; hasta que el día 4 [de enero] de mil seiscientos ochenta y ocho, se despidió Catarina de su ahijada con un estrechísimo abrazo y le dijo: “Ya llega el tiempo de mi descanso. Trabaja y pelea, que no te he de dejar hasta que, después de crucificada, nos veamos unidas en perfecta caridad con Dios en el cielo, donde no hay ni llegan los vientos y huracanes que destemplan los corazones humanos acá en la tierra, con la pobreza, con la aflicción y con la persecución de los tres enemigos: mundo, Demonio y carne”. Al despedirse la sierva de Dios, dejó a su ahijada un dolor agudo y muy intenso en los brazos y espaldas. Y luego se le mostró a esta alma contemplativa la santísima Virgen en un campo raso con una cruz muy pesada. Y poniéndosela sobre el hombro, la pasaron a otro llano dilatado que le parecía y explicó con el nombre de mar de sangre, en que luchaban unas olas con otras y venían alteradas hacia ella para ahogarla. Éstas y otras semejantes visiones las entendía el alma de los trabajos que había de padecer si quería imitar a Catarina, la cual se le representó en este mismo día en forma de un árbol de grandes ramas pero con pocas hojas, como que se iba secando; si bien, advirtió que en el tronco, hasta comenzar a nacer y extenderse las ramas, que tendría de longitud como cuatro o seis varas, se descubrían siete blancos o claraboyas de cristal por donde salían otras tantas refulgentes luces que esclarecían la sala donde se hallaba la dicha alma en compañía del misterioso árbol, que le pareció estaba asistido y cercado de un gran número de bienaventurados con ademanes de quienes le guardaban y asistían vigilantes. Esta visión permaneció hasta la hora en que la sierva de Dios Catarina de San Juan dio su espíritu al Señor, que fue como a las cuatro de las mañana y día 5 de enero de 1688.

[290] Desde este día se le comenzó a aparecer a la dicha alma contemplativa, no ya como criatura humana sino como espíritu angélico y algunas veces con alas misteriosas, exhortándola y aun impeliéndola a la ejecución

de todas las cosas de su obligación y devoción, diciéndole: “¡Ea, vamos a cumplir la obediencia debida a Dios y a sus ministros!” Y con estas solas palabras y particular asistencia, le arrebatava y facilitava el principio y fin de todos los ejercicios de virtud. Por todos los días de este mes de enero se le dejó ver Catarina a esta alma con variedad de muy vistosos y riquísimos vestidos. Pero el día del entierro de la sierva de Dios, sintió esta persona espiritual un olor suavísimo que, saliendo como del altar de Nuestra Señora del Pópulo y patrona de la muy ilustre congregación, corría y se iba comunicando y extendiendo por todos los demás altares del magnífico templo donde está depositado el cuerpo de la sierva del Señor. Y era tan intensa esta fragancia que, por su eficacia y por temor de ser engañada, se retiró la dicha alma contemplativa a lo último de la iglesia, donde percibía y sentía el mismo suave y extraordinario tormento. Menos ocupaciones, menos achaques eran necesarios en el autor de esta historia para poder dilatarse en todo lo que deseaba decir, para mayor honra y gloria de Dios y provecho de las almas, en los prodigios de la Omnipotencia y maravillas de la gracia que se reconocieron en la vida de la venerable y escogidísima alma de esta sierva de Dios, Catarina de San Juan. Pero pues Dios ha dispuesto que, entre tantos ahogos, se den a la estampa estas tres partes de su vida. Espero que, con el tiempo, hemos de ver obras de otros sobresalientes historiadores que, por vía de compendios o con el motivo de sacar a luz lo que yo he omitido, nos pongan a la vista otras leyendas de este mismo asunto, más dilatadas, gustosas y provechosas. Y yo concluyo esta historia con añadir uno u otro apuntamiento, en este último párrafo, que llegaron a mis manos a tiempo que no pude ponerlos en sus propios lugares.

5. De otras noticias que llegaron tarde a manos del último confesor de esta sierva de Dios

[291] El padre Juan Fernández Cabero de la Compañía de Jesús, rector actual del colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, me escribió la carta siguiente: “Mi padre Alonso Ramos, *pax Christi* &.¹⁷² Desde el día que supe la santa ocupación de vuestra reverencia en sacar a luz la vida de la venerable Catarina de San Juan, he sentido en mi interior notable propensión de noticiar a vuestra reverencia el suceso siguiente, que lo oí

172 “Paz en Cristo, etcétera.”

de boca de una persona de toda autoridad, que era actual confesor de la sierva de Dios en esta ciudad de Puebla de los Ángeles; a quien refirió un día de festividad, al tiempo de la primera misa, que había visto a un mozo que asistía a uno de los padres predicadores de nuestro colegio del Espíritu Santo, bañado en sangre y con algunas heridas. El dicho confesor, con la experiencia que tenía de cuán verdad eran las revelaciones y previsiones de su penitenta Catarina, se fue, llevado de la curiosidad, al aposento del padre predicador, donde halló bueno y sano al sirviente nombrado por la sierva de Dios. Suspendió por entonces su juicio, aguardando el fin de la revelación. Se hizo hora de la misa cantada y, al tiempo que se cantaba el *Ite missa est*,¹⁷³ se alborotaron los que estaban hacia la puerta de la iglesia, pidiendo confesión para el mozo dicho, a quien traían cosido a puñaladas. También me dijo este confesor de la venerable Catarina que, habiendo compuesto él mismo un papel satírico, más por diversión que por otro motivo, al verse después con la sierva de Dios, le dijo ésta las siguientes: ‘Te vi escribiendo. Y me dijo el Señor estas palabras que yo no entiendo. Tú las entenderás, pues eres sabio: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum*’; que en nuestro lenguaje quieren decir: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. Otros muchos sucesos me refirió el ya insinuado confesor, pero estos dos son los que más presentes tengo y he tenido siempre en mi memoria, etc. Nuestro Señor me guarde a vuestra reverencia, etc., de Tepetzotlán y enero 21 de 1689 años.”

[292] El padre Joseph de Capetillo de la Compañía de Jesús, me dio por escrito varios apuntamientos que le sucedieron y oyó a la sierva de Dios en muchas ocasiones, que es forzoso omitir muchos por estar ya escritos e insinuados en la historia; concluiré con apuntar los que faltan de escribir. Dice el padre nombrado: “Asistía yo a una persona en ocasión de gravísima enfermedad, y me rogó pidiese a la venerable Catarina fuese medianera con sus ruegos, para que nuestro Señor le diera algunos años más de vida para disponerse para una buena muerte y para componer algunas dependencias concernientes a las conveniencias de sus hijos y demás personas de su familia. Salí de la casa del enfermo y al entrar a ver a la sierva de Dios, me previno ella con estas palabras: ‘Padre Capetillo, diga (con esta llaneza y sencillez solía hablarme) a esa persona que Dios le concede diez años más de vida para el ajuste de sus dependencias; pero con condición que gaste ese tiempo en gracia y servicio de la divina majestad’. La oí con admiración,

173 “Pueden irse, terminó la misa.”

viendo que me prevenía con la respuesta; y mucho más me admiré cuando volví a dar esta noticia a la persona enferma y la hallé con conocida mejoría, que se fue continuando por los tres o cuatro días siguientes. Y por este motivo dilató el confesarse para tiempo más oportuno, que le parecía ser el de la entera y perfecta salud. Pero dentro de pocos días me llamó la sierva de Dios y me dijo: ‘Los juicios de Dios son muy diferentes que los juicios de los hombres. Ve, padre, luego, que importa, a confesar a esa dicha persona, porque se muere sin remedio; y el que se salve su alma depende de que vayas a toda prisa y le obligues a que confiese tal culpa grave que acaba de cometer y tiene vergüenza de confesarla. El Señor, en castigo de su pecado, le ha negado los diez años de vida que le había prometido, si los emplease en amarle y servirle, como debía, a ley de buen cristiano’. Con esta noticia fui, con toda diligencia, a visitar a la ya insinuada persona enferma y, declarándole el conocimiento con que me hallaba de su pecado, le reduje a que se confesase, como lo hizo; y acabada la confesión y conseguida la absolución, expiró en gracia de Dios, según parece. Pues hablando el día siguiente con la sierva de Dios, me agradeció mi diligencia y me dijo que estaba en carrera de salvación el alma de la persona difunta, si no es que fuese engaño e ilusión del maldito lo que se le había dado a entender.

[293] “Otras cosas y casos semejantes me participó la venerable Catarina de San Juan (dice el padre Joseph de Capetillo y que cuando fuere conveniente los testificará con juramento), dándome noticia de algunas culpas que tenían solapadas y escondidas en sus corazones los fieles, sin ánimo de confesarlas. Y que estos avisos me los daba la sierva de Dios con palabras que yo, dicho padre, entendía solamente y no Catarina; pues, al parecer, mostraba no saber lo que se decía. Pero avisando yo a las personas que ella me nombraba, tocaba con las manos de la experiencia la verdad en sus culpas y el remedio en la infinita misericordia de Dios, movida de la intercesión y eficaces oraciones de Catarina. Pero la sierva del Señor me decía que ni por ella ni por mí obraba Dios estas maravillas de la gracia y prodigios de su omnipotencia, sino por su inmensa bondad y misericordia infinita. Y siendo así verdad que yo no fui nunca su director y maestro, experimentaba estas singulares noticias, ¿qué no experimentarían y tocarían con las manos sus ordinarios y propios confesores? Me persuado a que es mucho más lo que omiten que lo que escriben.”

[294] Predicando yo, día de la ascensión de nuestra Señora, en nuestro colegio del Espíritu Santo en la ciudad de Puebla, me sucedió que a la mitad del sermón se me fueron totalmente las especies y memoria de lo que lle-

vaba prevenido, sin ocurrirme una sola palabra que condujese al asunto y discurso que había empezado y propuesto. Levanté el corazón a Dios como miserable y procuré entretener y divertir al auditorio con una moralidad que me ocurrió; y acabada ésta, por modo de doctrina, me ocurrieron las especies todas de mi sermón. El día siguiente, acabando de decir misa, salí a la iglesia llamado de Catarina, y me dijo: “No te apartes del confesionario, que ésta juzgo ser la voluntad de Dios. Mira que importa”. Así lo hice y a poco rato se llegó a mis pies un hombre de mala vida, que había callado por muchos años sus culpas en las confesiones, con ánimo de confesarse enteramente, aunque sin la disposición necesaria por falta de examen. Le oí sus pecados callados y los demás de que pudo acordarse y le dilaté la absolución hasta que se examinase despacio; y le rogué volviese a confesarse generalmente de toda su vida. Entonces volvió Catarina a hablarme al confesionario y me dijo: “Él vendrá. Y por esta confesión quizá querrá el Señor que se salve. Esto fue lo que pedí a Dios ayer al tiempo que predicabas. Y vi que una paloma te tapó con sus alas la boca para que no dijese lo que traías prevenido, y te hería el corazón con el pico para que hablastes lo que dijiste. Vete a desayunar ahora pues, según entiendo, se ha logrado tu trabajo y mortificación”.

[295] Concluyo con un caso que me sucedió con la sierva de Dios el año de 1684 y 20 del mes de julio. Día en que, llegándose a mis pies para reconciliarse, me dijo: “Encomienda a Dios, en la misa, a tu madre. Y cuando se dé en la portería la comida a los pobres, como lo acostumbra esta santa comunidad, asiste a este acto de edificación. Y al fin y último plato que se acabe de servir y comer, ponte de rodillas y di un padrenuestro y un avemaría y, puesto en pie, un responso por el alma de tu madre, sin que se entienda y conozca la persona por quien se dice. Y por todos estos actos de devoción e intercesión de los pobres y religiosos que les sirven, se irá tu madre al eterno descanso”. Hice con devoción todos estos ejercicios. Y, admirado de que tuviese noticia de la muerte de mi madre en lo natural, me consolé con la especie y juicio prudencial de que Dios se lo hubiese revelado. Y mucho más cuando vi que, en acabando de servir a los pobres, me llamó a la portería y me dijo, nombrando a mi madre por su nombre: “Da gracias a Dios, pues ya está en el cielo”.

[296] Todo lo que se ha escrito en esta historia lo experimenté y lo toqué (como dicen) con las manos, o lo oí a la sierva de Dios; y lo que me dijeron otros de sus confesores y personas que asistieron a la sierva de Dios en lo temporal y espiritual. Y porque se dé el crédito que se debe a lo que me

han dicho y yo no he visto, pongo, universalmente hablando, los nombres de los que me informaron para mayor crédito y autoridad. Pues, siendo personas religiosas y del ilustre clero o almas tenidas de todos por siervas y temerosas de Dios, entre quienes no prevalece ni debe presumirse prevalencia la mentira, ni otro efecto que el de la mayor gloria de Dios y honra de sus santos, se habrán conformado con el fin de mis deseos en el trabajo de esta historia; que es el que, el atribuyendo los yerros a la cortedad de mis talentos y a la tibieza de mi pluma, lo bueno que se conociere se atribuya solamente a Dios, de quien todo perfecto don descende y se deriva.

*SOLI DEO HONOR ET GLORIA*¹⁷⁴

174 "A sólo Dios sea la gloria y el honor."

ÍNDICE DE LAS COSAS NOTABLES QUE SE CONTIENEN EN ESTOS DOS LIBROS DE LA TERCERA PARTE DE ESTA HISTORIA¹

A

Asbesto: Piedra preciosa y símbolo de la virtud de la fe, fol. 8, n. 15.

Abrazos del divino esposo con el alma justa, fol. 73, n. 120. Véase *Amor, contemplación y unión*.

Aceptación: Las personas más humildes privan con Cristo, fol. 59, n. 99.

Acaz, rey: Recibió de Dios una merced en ofrecerle que pidiese un milagro, aunque fuese sacar del infierno a un condenado, fol. 58, n. 96.

Adúlteros: Penas que tiene Dios prevenidas para ellos en el infierno, fol. 54, n. 91.

Agonías: Las de Catarina en su muerte. Véase *Caridad y amor al prójimo*.

Amor de Dios: Cuán poderoso se ostentaba el divino amor en esta su escogidísima alma, fol. 10, n. 19. Excesos de este divino amor en el corazón de su sierva, fol. 11, n. 21 y fol. 13, n. 27. Efectos que causaban en Catarina las ausencias de su amado y divino amante, fol. 12, n. 24. Véase *Ausencia, presencia y contemplación*. Cuán estrecha y fuerte era la unión amorosa entre Dios y su sierva, fol. 13, n. 25. Cómo desde su bautizo estuvo hasta la muerte unida Catarina con Cristo por fe y caridad, fol. 2, n. 4. Véase *Fe y unión*. Se explica la fortaleza de esta unión con la que tiene el pulpo con la piedra a que se une, fol. 3, n. 4. Véase *Favores del cielo, caridad y contemplación*. Efectos que causa el amor de Dios, al parecer, encontrados, fol. 13, n. 27. Véase *Presencia y contemplación*. Lo que estorba el amor de las creaturas para lo excesivo y fino del amor de Dios, fol. 22, n. 43. Cómo significó y manifestó Dios al mundo el amor que tenía a su sierva, fol. 50, n. 86.

Amor del prójimo: Cuando no es en Dios, de Dios y para Dios, no puede ser perfecto, fol. 22, n. 43; fol. 25, n. 50. Lo que padeció y deseó padecer por el mundo. Véase *Caridad, paciencia y pecadores*.

Andrés: Al padre Andrés Cobián vio Catarina cuando murió, y su detención para entrar en el cielo y por qué, fol. 64, n. 107.

Ángeles. Véase *Bienaventurados*. Cómo en sus tribulaciones, hacía oficio de ángel con las almas contemplativas. Véase, *Asistencias, vuelos y revelaciones*. Los muchos ángeles que la ayudaban para convertir y salvar a los pecadores, fol. 47, n. 82. Véase *Conversiones*.

Apariciones: Las que tuvo la sierva de Dios de los bienaventurados, de las benditas ánimas del purgatorio, de las del infierno, limbo y pecadores. Véase en sus letras y en la palabra *Profecías, visiones y favores*.

Árbol: Símbolo de las virtudes y santidad de la sierva de Dios, fol. 80, n. 133. Árbol deshojado con el corazón de luz, símbolo de Catarina moribunda o difunta, fol. 125, n. 289.

¹ Este índice fue elaborado por el propio Alonso Ramos. Los folios corresponden a las páginas del original y los números a los párrafos en que está dividida la obra. Al parecer, el índice quedó inconcluso, ya que sólo llega hasta la letra "M" y únicamente tiene una referencia correspondiente a la letra "V".

Asistencias: Cómo la asistía el cielo. Véase *Favores, bienaventurados y santísima Trinidad*.
Cómo asistía en vida y en muerte a las almas espirituales. Véase *Contemplación, oración, revelaciones y apariciones*, fol. 124, n. 284 ss. Asistieron a la muerte de la sierva de Dios, María santísima con sus ángeles, vírgenes, santos de la Compañía, santos Reyes y otros santos, fol. 118, n. 269.

Ausencias de Dios y sus efectos. Véase *Amor, favores y contemplación*, fol. 18, n. 36.

Aves: Son símbolos de predicadores, fol. 76, n. 124.

B

Bautismo: Bajó Cristo a bautizar a santa Cristina, fol. 58, n. 96. Puede Cristo comunicar los efectos de los sacramentos sin los sacramentos, fol. 57, n. 95. Éstas y otras materias arduas confería Cristo con su sierva, fol. 59, n. 99.

Bienaventurados: Las frecuentes asistencias y favores que recibía de ellos. Véase *Amor de Dios, presencia y santísima Trinidad*.

Bienhechora: Hizo Dios a Catarina bienhechora común. Véase *Caridad* y fol. 36, n. 67. Véase *Llaves, sangre, y oración* y fol. 45, n. 81. Véase *Mundo, eficacia, oración y paciencia*.

Bienhechores: Los beneficios que alcanzaba del cielo para ellos, fol. 39, n. 72. Se los mostraba Dios en sus enfermedades, en sus muertes y en el purgatorio, para que le pidiese por ellos, fol. 64, n. 107. Véase *Purgatorio*.

C

Caridad: Cómo deseaba privarse de la presencia del Señor porque la gozasen las demás criaturas, fol. 13, n. 27. Varios y raros casos en que se manifiesta el desnudarse y negarse Catarina al sustento necesario por vestir y sustentar a los pobres, fol. 26, n. 51. Caridad especial que tenía con los enfermos, deseando y padeciendo en sí las enfermedades ajenas por el alivio y consuelo de sus prójimos, fol. 31, n. 58. Se extendía su caridad compasiva aun con los brutos, a quienes curaba y daba salud prodigiosa, fol. 31, n. 59. Cómo con el contacto de sus manos y vestidos daba salud a los enfermos, pegándose a ella los achaques ajenos, fol. 32, n. 60. Deseos de su caridad ardiente de la salvación de las almas, fol. 33, n. 62. Se ofrecía con frecuencia a padecer por todos los pecadores, fol. 74, n. 123. Por este fin representaba el Señor a Catarina muchos grandes pecadores, para que pidiese por ellos, fol. 75, n. 122. Véase *Pecadores, caridad con los difuntos*. Véase *Purgatorio* y fol. 52, n. 88. Véase *Tormentos*.

Casos raros: Salud, al parecer milagrosa, que gozó una niña por la intercesión de Catarina, después de su feliz muerte, fol. 117, n. 265. Véase *Conversiones, pecadores, oración y caridad*.

Cielo: Su gobierno y descripción. Véase *Santísima Trinidad, visiones* y fol. 22, n. 43 y fol. 45, n. 81. Véase *Bienaventurados*.

Compañía de Jesús: Véase *Profecías, purgatorio y gobierno*, fol. 76, n. 125 hasta fol. 78, n. 128.

Confesión: Pena de un condenado por callar pecados en la confesión. Véase *Infierno*.

Confesor: Véase *Obediencia*. Gusta el Señor que los penitentes se gobiernen por sus confesores, fol. 58, n. 96.

Confianza en Dios. Véase *Caridad y esperanza*.

- Conocimiento propio*: Es fundamento de la verdadera humildad, fol. 70, n. 115.
- Consuelos de Dios*. Véase *Trabajos y favores*.
- Contemplación*: Véase *Amor, presencia y unión*. Es una bienaventuranza terrena, fol. 71, n. 116. Cuán alto grado de oración le concedió el Señor, fol. 70, n. 115. A qué personas suele Dios comunicar el don especial de contemplación, fol. 72, n. 118. Tiene por fundamento y fruto a la humildad, fol. 70, n. 115. Véase *Oración*.
- Conversiones*: Véase *Caridad, fuente y eficacia de sus oraciones, celo* y fol. 39, n. 72. Dos conversiones particulares que hizo Dios por las oraciones de su sierva, fol. 42, n. 76. Redujo a muchos a buena vida con sus mortificaciones y penitencias. Véase *Mundo* y fol. 60, n. 100 y fol. 127, n. 302.
- Convite*: Para el cielo, que puso Dios en la elección de Catarina, fol. 47, n. 82.
- Coral*: Es símbolo de almas atribuladas, porque cuanto más golpeado parece, sale más fino, fol. 119, n. 272.
- Corazón*: Cómo el corazón de Catarina era como el retrete o relicario donde se acogía el divino Verbo humanado, huyendo de los pecados del mundo, fol. 13, n. 27. Que el corazón de la sierva de Dios era piedra imán que atraía y detenía a Cristo enamorado, fol. 14, n. 28. Tiraba y atraía a sí el corazón de Catarina como con un cordel delicado, fol. 74, n. 121.
- Cortesía*. Véase *Igualdad*.
- Cruz*: Cuando es grande, necesita de cirineo, fol. 66, n. 111. Véase *María santísima, codicia del mundo, ricos* y fol. 39, n. 72.

D

- Deseos de padecer*. Véase *Amor, padecer* y fol. 20, n. 40. Deseos de la salvación de todo el mundo. Véase *Caridad, conversiones, celo de las almas*, fol. 33, n. 62 y fol. 39. Más quería padecer que gozar, fol. 35, n. 66.
- Desgracias*: Las que prevenía la sierva de Dios, fol. 126, n. 301. Véase *Pecadores, mundo y visiones*.
- Diablos*: Los que tienen oficio de perturbar los auditorios porque se falte a la veneración debida en los templos, fol. 4, n. 9. Cómo les concede Dios hacer las indecencias que ven hacer a los cristianos. *Ibidem*. Golpes y martirios que le hacían los demonios. Véase *Enfermedades* y fol. 86, n. 150. Procuraban con todas sus fuerzas impedir a Catarina el que pidiese por los pecadores y por las benditas almas, fol. 67, n. 111. Véase *Pecadores y caridad*.

E

- Edad de Catarina*. Véase *Muerte* y fol. 119, n. 272.
- Eficacia de su intercesión*. Véase *Oración, llaves, caridad* y fol. 37, n. 69; fol. 42, n. 76; fol. 45, n. 81. Salud especial que consiguió para un enfermo, fol. 77, n. 127; fol. 50, n. 86.
- Enfermedades*: Extraordinarias que padeció y cómo sanaba milagrosamente de ellas, fol. 83, n. 139. De su última enfermedad, fol. 84, n. 147.
- Engaño*: Trazas engañosas del Demonio, fol. 53, n. 89. Véase *Infierno*.
- Entierro*: De su entierro y cosas particulares que sucedieron, fol. 87, n. 152. Véase *Honras, mortaja, muerte y testimonios*. De la solemnidad con que la enterró el señor deán y

venerable cabildo, en ausencia de su ilustrísima, fol. 88, n. 156. Honró Dios a su sierva en el tiempo de su muerte y entierro con notables circunstancias, fol. 89, n. 115. Véase *Mortaja, muerte y testimonios*.

Epitafios: Los que se pusieron en el túmulo de sus honras, fol. 90, n. 160.

Erratas: fol. 68, n. 113. Dice “suplica”, léase “suplía Catarina”. Fol. 117, n. 265. “No sé qué le decía”; Lee: “a no sé qué le decía”.

Esperanza: Que no es contra la virtud de la esperanza, el temor santo de perder la gloria por nuestras culpas, fol. 9, n. 18. De la grandeza y firmeza de la esperanza de la sierva de Dios, fol. 8, n. 16. Se prueba esta grandeza con las obras de Catarina y se compara en esta parte con santa María Magdalena. *Ibidem*.

F

Favores del cielo: Varios favores que recibió la sierva de Dios como efectos del manantial del divino amor, fol. 13, n. 26. Favores que recibió de la santísima Trinidad, fol. 15, n. 30 y fol. 18, n. 38 hasta fol. 26, n. 50.

Fe: Esta preciosa virtud es y fue en la sierva de Dios el fundamento de la perfección cristiana, fol. 1, n. 1. Se compara la de Catarina a la piedra preciosa asbesto, fol. 8, n. 15. Se compara a la piedra jaspé y por qué, fol. 1, n. 1. Se compara al grano de la mostaza, fol. 5, n. 10. Se pondera la grandeza de esta virtud en Catarina, fol. 1, n. 2 y fol. 5, n. 11. Cómo fue Dios, con especial providencia, introduciendo esta virtud en su creatura escogida, comenzando por la predicación de sus padres gentiles, fol. 1, n. 2. Crece el concepto de la grandeza de esta virtud en Catarina, comparándose con la que reconocemos en los cristianos viejos, fol. 2, n. 3. Cómo acompañaba la sierva de Dios la virtud de la fe con todas las demás virtudes, fol. 3, n. 5. Véase *Templo*.

Fragancia: La que se sintió en la muerte de la sierva de Dios o en su entierro, fol. 126, n. 300. Véase *Vestidos*.

Fuente de sangre: En que vio a Cristo crucificado, para el bien del mundo, fol. 33, n. 63.

G

Gallinas: Símbolo de los padres de espíritu y misioneros.

Globo: De luz, que se vio en Puebla como prenuncio de la muerte de Catarina, fol. 85, n. 147.

Gloria: La que tenía Dios prevenida y predicha para su sierva, fol. 76, n. 125. Véase *Perfección, revelaciones, profecías, testimonios de su santidad* y fol. 118, n. 268. Las muchas almas que lleva Dios a su gloria por la intercesión de la sierva de Dios, fol. 42, n. 76. Símbolo de la gloria, fol. 47, n. 82.

Gobiernos: La asistencia de Catarina a los de la Compañía de Jesús y de todo el mundo, fol. 77, n. 126 ss.

H

Hermosura: La de su cuerpo, después de su dichosa muerte, fol. 88, n. 155.

Hijos: Los de Eva nacen llorando y por qué, fol. 56, n. 94.

Hipócritas: Pena que les corresponde en los infiernos, fol. 54, n. 91.

Honras: Que se hicieron a la venerable sierva de Dios, fol. 89, n. 158. Sermón que se predicó en ellas, fol. 94, n. 180.

Humildad: Es el primer fundamento y señal de buen espíritu, fol. 70, n. 115. Véase *Obediencia*. Subió Dios a Catarina a un muy alto de contemplación por la humildad con que se ponía en la presencia de Dios, fol. 70, n. 115. Véase *Contemplación*. El verdaderamente humilde, por mucho que haga, le parece poco; halla en sí siempre defectos que enmendar y, en los otros, virtudes que imitar y admirar en los prójimos. *Ibidem*. Era tan humilde Catarina que se persuadía no habría quién la asistiese en su muerte, no sólo en la tierra sino tampoco en el cielo, fol. 81, n. 134 y fol. 48, n. 83.

I

Igualdad. Para que la total igualdad de los vivientes no sea injusta, deben imitar, en proporción debida, el gobierno de la monarquía celeste, fol. 22, n. 43.

Infierno: El poder que le concedió Dios contra estos infernales monstruos y el horrible temor que le tenían, fol. 6, n. 13. Visitas que hizo al infierno y variedad de penas en que veía a los condenados, fol. 51, n. 87. Penas en que vio a los adúlteros. Véase *Adúlteros*. Pena especial que aflige a un condenado por callar pecados en la confesión, fol. 52, n. 88. Salían representándosele los vivos en el infierno con aquellas penas que desesperaban en la eternidad o las que al presente merecían por sus culpas, fol. 54, n. 91.

Inspiraciones: Se debe corresponder a las del Espíritu Santo, fol. 58, n. 96.

J

Jaspe: Símbolo de la fe y por qué. Véase *Fe*.

Josué: Se da razón de por qué detuvo con su oración al sol, para que alumbrase hasta conseguir la victoria, fol. 57, n. 96.

Juana: Varias apariciones que tuvo doña Juana de Irazoqui de la sierva de Dios, manifestándole ésta la gloria que tenía en el cielo, en premio de sus virtudes y trabajos de esta miserable vida, fol. 120, n. 273 hasta fol. 124, n. 284.

L

Líbano: Monte en que se simboliza la perfección de Catarina, fol. 48, n. 83.

Libros: Su leyenda es gran remedio contra los vicios, fol. 68, n. 112.

Limbo: De una visión particular que tuvo un hermanillo suyo, que murió sin bautismo, fol. 54, n. 92. Algunos niños del limbo clamarán contra sus padres el día del juicio, fol. 52, n. 93. Por medio de las oraciones y merecimientos de san Nicolás, llevó Dios al cielo a un niño que había muerto sin bautismo, fol. 59, n. 96.

Limosnas: Que hacía. Véase *Caridad y pobreza*. La limosna alivia mucho a las ánimas del purgatorio, fol. 64, n. 107. Véase *Obras*.

Llaves misteriosas: Que le entregó el Señor y su significación, fol. 37, n. 69. Véase *Oración y caridad*. Llaves de la muerte y del infierno, no las fía Dios a las creaturas y por qué, fol. 39, n. 71. Véase *Bienhechora*.

Luz: Globo de luz, anuncio de su muerte, fol. 85, n. 147.

M

Maestros: Cómo hacía Catarina oficio de maestra de espíritu para guiar a las personas tentadas y atribuladas, fol. 42, n. 77 y fol. 126, n. 289. El espíritu era su principal maestro, fol. 69, n. 114 y fol. 124, n. 285.

Maravillas: Véase *Prodigios*.

María santísima: Era esta señora la mano por donde conseguía Catarina todo lo que pedía, fol. 75, n. 123. Especial favor que le ofreció y concedió la reina de los cielos, fol. 81, n. 135. Véase *Favores, conversiones, eficacia y oración*.

Meditaciones: Las sutiles y delicadas más impiden que aprovechan a la contemplación, fol. 70, n. 115. Con ellas consiguió Catarina la subiese Dios a muy alto grado de perfección, fol. 67, n. 112.

Merecimientos: Sólo es tiempo de merecer el de esta vida, fol. 61, n. 103.

Miguel: El padre Miguel Godínez calificó el espíritu de Catarina, fol. 67, n. 112.

Moisés: Los prodigios que obró, fol. 57, n. 96.

Monarquías: Las del mundo deben ajustarse al gobierno de la celestial, fol. 22, n. 43.

Montes: El Líbano y Olivete, símbolos de la perfección de Catarina. Véase en sus letras.

Mortaja: De la especial providencia con que dispuso la divina providencia se verificasen las noticias de la mortaja con que se había de enterrar a la sierva de Dios, fol. 87, n. 152. Cómo amortajaron su virginal cuerpo las señoras más principales de la ciudad. *Ibidem*, n. 255. De la desordenada piedad del pueblo, aunque devota, con que procuró despojar al venerable cuerpo de su mortaja. Véase *Entierro, honras y muerte*.

Mortificación: Lo que aprovechaban sus mortificaciones y penitencias al mundo. Véase *Mundo, padecer y caridad*.

Muerte de la sierva de Dios: Cómo le previno la reina de los ángeles que la había de asistir en ella, fol. 81, n. 135. Le mostraron cómo había de subir al cielo su alma cuando se partiese del cuerpo, fol. 82, n. 138. Varios prodigios en su muerte, entierro y después de muerta. Véase en sus propias letras y fol. 85, n. 147. Muerte dichosa de Catarina, fol. 87, n. 151. Se ocasionó la muerte de los martirios de los demonios. Véase *Enfermedades y diablos*. Véase fol. 86, n. 150 y fol. 81, n. 135. Véase *Asistencias*.

Mundo y sus bienes: Cuán despreciados de la sierva de Dios. Véase *Caridad y pobreza de espíritu*. Lo que debió a las oraciones de la sierva de Dios. Véase *Bienhechora y eficacia de su oración*. Le revelaba Dios todas las desgracias futuras que amenazaban al mundo, para que pidiese por las creaturas, fol. 76, n. 125. Véase *Bienhechora común*. Las muchas almas que convertía Dios por lo que Catarina padecía. Véase *Conversiones, caridad, padecer, purgatorio* y fol. 125, n. 187.

V

Vuelos: A tierras incógnitas del gentilismo, fol. 20, n. 39. Por el mundo todo para reconocer y remediar todas las necesidades, fol. 33, n. 62. Vuelos con la sangre de Cristo, fol. 36 y 67. Véase *Gobiernos, contemplación y bienhechora*.

ALONSO RAMOS

**Los prodigios de la Omnipotencia
y milagros de la gracia en la vida
de la venerable sierva de Dios
Catarina de San Juan**

Tomo II

GISELA VON WOBESER
coordinadora de la edición
y estudio introductorio

se terminó de imprimir en la
Ciudad de México en julio 10 de 2017,
con un tiraje de 500 ejemplares en los talleres de
Estampa Artes Gráficas, Privada de Doctor Márquez 53, Col. Doctores
Tels. (55) 5530 5289/ (55) 5530 5526 / (55) 5530 9239
Correo electrónico: estampa.direccion@gmail.com